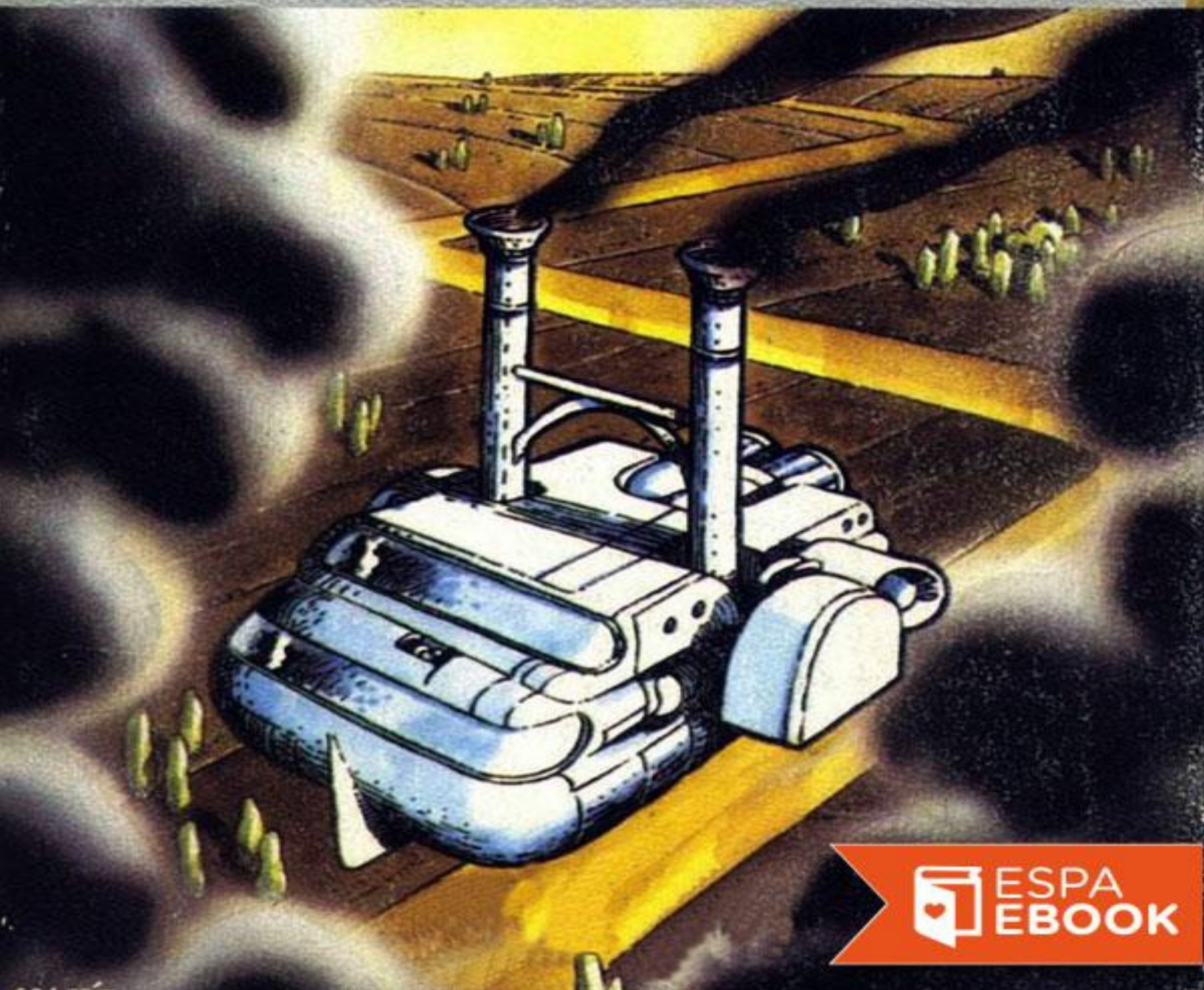


Philip José Farmer

# EL FABULOSO BARCO FLUVIAL

Una nueva incursión en el fabuloso "Mundo del Río", de la mano de Sam Clemens (Mark Twain) y el famoso explorador Richard Burton.



Samuel Clemens, más conocido en su vida terrestre por el seudónimo de Mark Twain, busca hierro a todo lo largo del valle del Río con el que intenta construir su fabuloso barco fluvial de paletas, el *No Se Alquila*. Finalmente lo encuentra, construye su barco, y con la ayuda del famoso explorador Sir Richard Burton emprende su exploración a lo largo del Río en busca de los Éticos y su secreto de la nueva vida tras la muerte...

Philip José Farmer, que fue piedra de escándalo en los Estados Unidos con novelas tan osadas como *Los amantes* y *Extrañas relaciones*, que ha sido uno de los pocos autores que se ha atrevido a escribir ciencia ficción de un erotismo casi pornográfico, que ha parodiado (no imitado, sino incluso a veces superado) a autores como Burroughs y Conan Doyle, nos ofrece con su serie de *El mundo del Río* una de las obras más completas y originales de toda la historia de la ciencia ficción. La originalidad del argumento y del marco donde se sitúa la acción, la personalidad de los conocidos protagonistas, todo ello hace de *El mundo del Río* una de las obras más apasionantes de la moderna literatura americana.



Philip José Farmer

# **El fabuloso barco fluvial**

**El mundo del río - 2**

ePUB r1.2

karpanta 07.08.13



Título original: *The Fabulous Riverboat*

Philip José Farmer, 1971

Traducción: Domingo Santos

Editor digital: karpanta

Corrección de erratas: Insaciable

ePub base r1.0

---

**más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)**

---

—La resurrección, como la política, trae extraños compañeros de cama —dijo Sam Clemens—. No puedo decir que haya sido un sueño reparador.

Con el telescopio bajo el brazo, aspiró el humo de un largo puro verde mientras paseaba por la cubierta de popa del Dreyruger, el Ensangrentado. Ari Grimolfsson, el timonel, no comprendía el inglés, y lanzó una mirada sombría a Clemens. Clemens tradujo sus palabras a un deficiente noruego antiguo. El timonel no por eso dejó de mirarle sombríamente.

Clemens le maldijo en inglés, llamándole necio bárbaro. Clemens había practicado durante tres años, noche y día, noruego del siglo X. Y sólo podía hacerse entender a medias por la mayoría de los hombres y mujeres del Dreyruger.

—Soy un Huck Finn de noventa y cinco años, siglo más o menos —dijo Clemens—. Empecé río abajo, en una balsa. Y ahora estoy en este estúpido barco vikingo, río arriba. ¿Qué vendrá después? ¿Cuándo conseguiré realizar mi sueño?

Manteniendo la parte superior de su brazo izquierdo pegada al cuerpo para que no se le cayese el precioso telescopio, golpeó con su puño derecho la palma abierta de la mano izquierda.

—¡Hierro! ¡Necesito hierro! Pero, ¿dónde hay hierro en este planeta tan pobre en metales y tan rico en gente? ¡Tiene que haber hierro! ¿De dónde procede el hacha de Erik, si no? Y ¿cuánto habrá? ¿Suficiente? Puede que no. Posiblemente haya sólo un meteorito muy pequeño. Aunque quizá alcance para lo que yo quiero. Pero, ¿dónde estará, Dios mío? El Río puede tener veinte millones de kilómetros de largo. Y el hierro, si es que lo hay, puede estar al otro extremo. ¡No, eso no puede ser! Tiene que estar en algún sitio no muy lejos de aquí, en un radio de unos ciento cincuenta kilómetros. Aunque bien es verdad que podemos estar navegando en dirección contraria. La ignorancia es madre de la histeria. ¿O será al revés?

Enfocó el telescopio hacia la orilla izquierda y maldijo de nuevo. Sus peticiones de aproximar el barco a una distancia de la ribera desde la que pudiesen verse más claramente las caras habían sido rechazadas. Erik Hachasangrienta, rey de la flota noruega, dijo que aquél era territorio hostil. Hasta que la flota saliera de él, navegarían por el centro del Río.

Eran tres navíos iguales, y el Dreyruger era la nao capitana. Tenía veinticuatro metros de longitud y había sido construida básicamente con bambú. Parecía un «barco dragón» vikingo. Su casco era bajo y alargado, tenía un mascarón de proa de roble tallado en forma de cabeza de dragón, y una popa aguda y curvada. Pero tenía también una cubierta de proa y otra de popa elevadas que se extendían lateralmente en voladizo sobre el agua. Los dos mástiles de bambú tenían aparejos de velas áuricas. Las velas eran membranas finas pero duras y flexibles hechas de tripas de peces «dragones» de los que vivían en las profundidades del Río. Había en la popa un timón controlado mediante una rueda.

Los escudos redondos de cuero y roble de la tripulación colgaban en los laterales; los grandes remos estaban apilados en bastidores. El Dreyruger navegaba a contraviento, zigzagueando, maniobrando de un modo que los hombres del norte desconocían cuando vivían en la Tierra.

Los hombres y mujeres de la tripulación que no andaban manejando cabos y sogas, estaban

sentados en los bancos de los remeros hablando y jugando a los dados y al poker. De bajo la cubierta de popa surgían gritos exaltados, maldiciones y, de vez en cuando, un desmayado clic. Hachasangrienta y su guardaespaldas jugaban al billar. A Clemens le ponía muy nervioso que jugasen al billar en aquellos momentos. Hachasangrienta sabía que unos cinco kilómetros río arriba estaban disponiendo barcos para interceptarlos, y que tras ellos, en ambas orillas, estaban disponiendo también navíos para salir en su persecución. Y, sin embargo, el rey pretendía estar muy tranquilo. Quizá estuviese de veras tan calmado como lo estaba Drake, supuestamente, antes de la batalla contra la Armada Invencible.

—Pero las condiciones son muy distintas —murmuró Clemens para sí—. En un río de poco más de dos kilómetros de ancho hay poco espacio para maniobrar. Y no va a venir a ayudarnos ninguna tormenta.

Recorrió la ribera con el telescopio, como lo había venido haciendo desde que la flota zarpara, tres años atrás. Era un hombre de estatura media y cabeza grande, lo que hacía que sus hombros, no demasiado anchos, lo pareciesen aún menos. Tenía ojos azules, cejas tupidas y nariz romana, y el pelo largo y de un castaño rojizo. En su rostro faltaba el bigote que tan característico había sido en él durante su vida en la Tierra (los hombres habían sido resucitados sin pelo en la cara). Su pecho era una fronda de rizado vello castaño rojizo que le llegaba hasta el cuello. Vestía sólo una toalla blanca hasta la rodilla fijada a la cintura con un cinturón de cuero, del que pendían sus armas y la funda del telescopio, y las zapatillas también de cuero. Tenía la piel tostada por el sol ecuatorial.

Apartó el telescopio del ojo para mirar a los barcos enemigos que les seguían a kilómetro y medio de distancia. Al hacerlo, vio relampaguear algo en el cielo. Era una mancha blanca como un alfanje, que apareció de pronto como desenvainada del azul. Se hundió hacia abajo y luego desapareció tras los montes.

Sam estaba sorprendido. Había visto algunos pequeños meteoritos en el cielo, de noche, pero nunca uno grande. Sin embargo, este gigante que aparecía de día le deslumbró y dejó una imagen flotando ante sus ojos durante un segundo o dos después de desaparecer. La imagen se desvaneció, y Sam se olvidó del meteorito. Escudriñó de nuevo la ribera con su telescopio.

Aquella parte del Río había sido normal. A ambas orillas de la corriente de unos dos kilómetros de ancho se extendían herbosas planicies de anchura similar a la del río. En ellas, a un kilómetro y medio de separación, había grandes estructuras de piedra en forma de hongo, las piedras de cilindros. Había pocos árboles en las llanuras, pero las laderas de los montes estaban cuajadas de pinos, robles, tejos y árboles de hierro. Estos últimos eran árboles de unos trescientos metros de altura, corteza gris, enormes hojas en forma de orejas de elefante, centenares de ramas gruesas y nudosas, raíces tan profundas y madera tan dura que era imposible cortarlos, quemarlos o desarraigarlos. Sobre las ramas crecían enredaderas con grandes flores de brillante colorido.

Había kilómetro y medio o dos kilómetros de laderas, y luego surgían bruscamente montes pelados, que alcanzaban los 6000 y 7000 metros y que eran inaccesibles a partir de los 3000.

La zona por la que navegaban los tres barcos noruegos estaba habitada principalmente por alemanes de principios del siglo XIX. Existía el diez por ciento habitual de individuos de otras zonas y lugares de la Tierra. En este caso la formaban persas del siglo I. Y existía también el ubicuo uno

por ciento de individuos aparentemente elegidos al azar, de diversas épocas y lugares. El telescopio recorría las cabañas de bambú y las caras de los ribereños. Los hombres vestían sólo toallas. Las mujeres llevaban faldas cortas como toallas y ropas más finas sobre el pecho. Había muchas reunidas en la ribera, al parecer para contemplar la batalla. Llevaban lanzas de punta de pedernal y arcos y flechas, pero no parecían preparadas para la batalla.

De pronto, Clemens soltó un gruñido y fijó el telescopio en la cara de un hombre. A aquella distancia, y dado el reducido alcance del instrumento, no podía ver claramente los rasgos de aquel individuo. Pero percibía algo familiar en aquel rostro moreno. ¿Había visto antes aquella cara? ¿Dónde?

De pronto cayó en la cuenta. Aquel sujeto se parecía mucho al famoso explorador inglés Sir Richard Burton, del que había visto fotografías en la Tierra. Más que nada había algo en aquel sujeto que le hacía recordarlo. Clemens suspiró y pasó a fijar el telescopio en otras caras cuando el barco le hizo perder en su avance al supuesto Richard Burton. Jamás sabría la auténtica identidad de aquel hombre.

Le hubiese gustado desembarcar y hablar con él, saber realmente si era Burton. En sus veinte años de vida en aquel planeta río, entre los millones de rostros que había visto, Clemens no había encontrado a nadie al que hubiese conocido en la Tierra. A Burton no lo había conocido personalmente, pero estaba seguro de que Burton habría oído hablar de él. Aquel hombre, si es que era Burton, sería un lazo, aunque leve, con la Tierra muerta.

Pero, entonces, apareció en el círculo del telescopio una figura borrosa y lejana. Clemens gritó, sin poder creer lo que veía:

—¡Livy! ¡Oh, Dios mío! ¡Livy!

Era indudable. Aunque no pudiese distinguir claramente sus rasgos, constituían una prueba abrumadora e innegable. La cabeza, el peinado, la figura y aquella forma de caminar inconfundible (tan única como una huella dactilar), le gritaban que allí estaba su mujer de la Tierra.

—¡Livy! —gimió.

El barco escoró para virar por delante y la perdió. Frenético, movió a un lado y a otro el telescopio.

Con los ojos desorbitados, comenzó a patear la cubierta gritando:

—¡Hachasangrienta, Hachasangrienta, ven aquí! ¡Deprisa!

Se lanzó hacia el timonel, gritándole que debía volver atrás y poner proa hacia la orilla. A Grimolfsson le sorprendió de momento la vehemencia de Clemens. Luego achicó los ojos, movió la cabeza y gruñó una negativa.

—¡Te lo ordeno! —gritó Clemens, olvidando que el timonel no entendía el inglés—. ¡Aquella es mi esposa! ¡Livy! ¡Mi hermosa Livy, tal como era a los veinticinco años! ¡Resucitada de entre los muertos!

Oyó un ruido a su espalda, y se volvió para ver una cabeza rubia a la que le faltaba la oreja izquierda surgiendo al nivel del suelo de cubierta. Luego, aparecieron los anchos hombros, el amplio pecho y los inmensos bíceps de Erik Hachasangrienta, a los que siguieron sus muslos como columnas al terminar de subir la escalera.

Vestía una toalla a cuadros verdes y negros, un cinturón ancho en el que llevaba varios cuchillos de calcedonia, y una funda para su hacha. El hacha era de acero, de hoja ancha y mango de roble. Clemens jamás había visto otra semejante en aquel planeta, en el que hacían todas las armas de piedra y madera.

Frunció el entrecejo mirando hacia la ribera. Se volvió a Clemens y le dijo:

—¿Qué es lo que pasa, smaskitligr? Me hiciste perder cuando chillaste como la esposa de Thor en su noche de bodas. Por tu culpa me ganó un puro Toki Njalsson.

Sacó el hacha de la funda y la enarboló. El sol brilló sobre el azul del acero.

—Es mejor que tengas una buena justificación para molestarme. He matado a muchos hombres por bastante menos que esto.

Bajo el bronceado, la cara de Clemens estaba pálida. Pero el motivo de su palidez no era, en esta ocasión, la amenaza de Erik. Miró a éste, el pelo al viento, los ojos firmes y el perfil aguileño como el de un halcón.

—¡Al infierno tú y tu hacha! —gritó—. Acabo de ver a mi esposa, a Livy. ¡Está allí, en la ribera derecha! Quiero... Exijo... ¡que me lleves a tierra para poder estar de nuevo con ella! ¡Oh, Dios mío, después de todos estos años, de tanta búsqueda sin esperanza! ¡Sólo será un minuto! ¡No puedes negarme esto! ¡No puedes ser tan inhumano como para negármelo!

El hacha silbó y relampagueó. El hombre del norte gruñó:

—¿Todo este escándalo por una mujer? ¿Y qué me dices de ésa? —e indicó con un gesto a una mujercita morena que estaba de pie junto al gran pedestal y el cañón del lanzacohetes.

Clemens palideció aún más.

—Temah es una chica estupenda —dijo—. La quiero mucho. ¡Pero no es Livy!

—Bueno, ya basta —dijo Hachasangrienta—. ¿Es que te crees que estoy tan loco como tú? Si me acerco a la orilla nos cazarán, quedaremos atrapados entre las fuerzas de tierra y las del río. Y nos aplastarán como grano en el molino de Frey. Olvídala.

Clemens chilló como un halcón y se lanzó, braceando, contra el vikingo. Erik golpeó con el hacha plana la cabeza de Clemens, derribándolo sobre cubierta. Clemens permaneció tendido durante varios minutos, con los ojos abiertos fijos en el sol. Manaba sangre de su cuero cabelludo, sobre su rostro. Luego se puso a cuatro patas y empezó a vomitar.

Erik dio una orden con paciencia. Temah, mirando de reojo y con miedo a Erik, descolgó un cubo por la borda y subió agua del río. Echó el agua sobre Clemens, que se incorporó y fue poniéndose en pie, tambaleándose. Temah subió otro cubo y limpió la cubierta.

Clemens comenzó a reñir con Erik. Este dijo entre risas:

—¡Llevas demasiado tiempo hablándome fuerte, cobardica! Ahora ya sabes lo que pasa cuando alguien le habla a Erik Hachasangrienta como si fuese un esclavo. Y piensa que has tenido suerte de que no te matara.

Clemens se apartó de Erik, se acercó tambaleándose a la borda y comenzó a subir por ella.

—¡Livy!

Hachasangrienta corrió hacia él, maldiciendo, lo agarró por la cintura, y lo apartó de la borda. Luego, dio a Clemens un empujón tan violento que éste cayó otra vez sobre cubierta.



—¡No permitiré que me abandones en este momento! —dijo—. ¡Te necesito para que me encuentres esa mina de hierro!

—No hay... —dijo Clemens, pero se interrumpió y cerró firmemente la boca. Si el noruego descubría que no sabía dónde estaba la mina, si es que había mina, le mataría inmediatamente.

—Además —continuó Erik alegremente—, después de que encontremos el hierro, tal vez necesite que nos ayudes a llegar a la Torre Polar, aunque creo que puedo llegar allí sólo con seguir el río. Pero, de todos modos, sabes muchas cosas que pueden serme útiles. Y además puedo utilizar a ese gigante congelado de Joe Miller.

—¡Joe! —dijo Clemens con voz firme. Intentaba ponerse de nuevo en pie—. ¡Joe Miller! ¿Dónde está Joe? ¡Él te matará!

El hacha silbó en el aire sobre la cabeza de Clemens.

—Tú no dirás nada de esto a Joe, ¿me oyes? Si lo haces, te juro por el ojo tuerto de Odín que te mataré antes de que él pueda ponerme la mano encima. ¿Me oyes?

Clemens se puso en pie y se tambaleó unos instantes. Luego, con voz más fuerte, llamó:

—¡Joe! ¡Joe Miller!

Sonó una voz bajo la cubierta de popa. Era tan profunda que hacía erizarse el pelo de la nuca aunque se oyese por milésima vez.

La firme escalerilla de bambú rechinó bajo un peso. Rechinó tan aparatosamente que se oyó por encima del silbar del viento en las cuerdas de cuero, su batir en las velas membranosas, el crujir de las juntas de madera, los gritos de la tripulación y el rumor del agua contra el casco.

La cabeza que surgió sobre el suelo de la cubierta era aún más aterradora que aquella voz de profundidad inhumana. Era tan grande como medio barril de cerveza y todo barras, arcos, salientes, contrafuertes y saledizos de huesos bajo una piel floja y rosada. El hueso circundaba los ojos, pequeños y de un azul oscuro. La nariz no armonizaba con el resto de la cara. Debería haber sido lisa en el puente y ancha en las aletas. Pero, por el contrario, era la monstruosa y cómica parodia de la nariz humana que luce el mono proboscidio para irrisión del mundo. Bajo su larga sombra se extendía un amplio labio superior, como el de un chimpancé o un irlandés de caricatura. Los labios eran finos y saltones, y las convexas mandíbulas parecían dispararlos hacia adelante.

Sus hombros hacían parecer ridículos a los de Erik Hachasangrienta. Tenía una gran panza saliente, como un globo que intentase apartarse del cuerpo al que estaba anclado. Las piernas y los brazos parecían cortos, y eran desproporcionados respecto a aquel largo tronco. La unión de muslo y tronco quedaba al mismo nivel que la barbilla de Sam Clemens, y sus brazos, extendidos, podían sujetar, y habían sujetado, a Clemens en el aire, a distancia, durante una hora sin un temblor.

No llevaba ropa alguna, ni la necesitaba en realidad, aunque no había conocido el pudor hasta que el homo sapiens le enseñó a conocerlo. El sudor aplastaba contra el cuerpo una gran masa de pelo de un rojo herrumbroso, más espeso que el vello de un hombre y menos que el de un chimpancé. Bajo el pelo, la piel tenía el color rosado sucio del nórdico rubio.

Se llevó una mano, del tamaño de un diccionario no abreviado, a aquel pelo ondulado de un rojo herrumbroso que le brotaba justo encima de los ojos, y se lo echó hacia atrás rápidamente. Bostezó, mostrando unos inmensos dientes semihumanos.

—Eztaba durmiendo —balbuceó—, eztaba zoñando con la Tierra, zoñaba con un klavulthithmengbhabafving... lo que vozotroz llamáiz un mamut. Aquelloz eran buenoz tiempoz.

Avanzó pesadamente hacia ellos, luego se detuvo.

—¡Zam! ¡Qué ha pazado! ¡Eztáz zangrando! ¡Parecez enfermo!

Llamando a gritos a sus guardias, Erik Hachasangrienta reculó apartándose del titántropo.

—¡Tu amigo se volvió loco! Pensó que había visto a su mujer (por milésima vez) y me atacó porque no quise llevarle a la orilla con ella. ¡Joe, por los testículos de Tyr! ¡Ya sabes cuántas veces ha creído ver a esa mujer, y cuántas veces hemos parado, pese a que siempre resultaba una mujer que se parecía en algo a su mujer, pero que no era su mujer! ¡Y esta vez dije no! ¡Aunque hubiese sido su mujer, habría dicho no! ¡Sería meter la cabeza en la boca del lobo!

Erik se acuclilló, con el hacha dispuesta, preparado para utilizarla contra el gigante. Llegaron gritos de la cubierta media, y un individuo grande y pelirrojo con un hacha de pedernal subió la escalerilla. El timonel le hizo un gesto para que se fuese. El pelirrojo, al ver a Joe Miller de ánimo

tan belicoso, no dudó en retroceder.

—¿Qué dices tú, Zam? —dijo Miller—. ¿Quierez que lo haga pedazoz?

Clemens se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—No. Supongo que tiene razón. No sé realmente si era Livy. Probablemente fuese solo una hausfrau alemana. ¡Yo qué sé! ¡Yo qué sé! ¡Quizá fuese ella! —añadió con un gruñido.

Sonaron trompas de huesos de peces, y en la cubierta media atronó un inmenso tambor.

—Olvida todo esto, Joe —dijo Sam Clemens—, hasta que pasemos los estrechos... ¡Si es que logramos pasarlos! Para sobrevivir debemos combatir unidos. Más tarde...

—Tú ziempre dicez máz tarde, Zam, pero nunca es máz tarde. ¿Por qué?

—¡Si no entiendes por qué, Joe, es que eres tan idiota como pareces! —replicó Clemens.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Joe, y humedecieron sus grandes mejillas.

—Ziempre que tienez miedo, me llamaz tonto —dijo—. ¿Por qué la tomaz connigo? ¿Por qué no con loz que te pegan y te azuztan? ¿Por qué no con Hachasangrienta?

—Perdóname, Joe —dijo Clemens—. Los niños y los hombres monos siempre dicen... No eres tan idiota, eres bastante listo. Olvídalo, Joe. Perdona.

Hachasangrienta se acercó a ellos, pero manteniéndose fuera del alcance de Joe. Rió entre dientes, blandiendo el hacha.

—¡Pronto habrá una asamblea de metal! —Y luego añadió, entre carcajadas—: ¿Pero qué es lo que digo? ¡Las batallas sólo son ahora asambleas de piedra y madera, salvo por mi gran hacha! Pero, ¿qué importa eso? Ya estoy harto de estos seis meses de paz. Necesito oír los gritos de guerra, el silbar de la lanza, el golpe de mi afilado acero mordiendo carne, el brotar de la sangre. Estoy tan impaciente como un garañón que huele a una yegua en celo. Voy a aparearme con la muerte.

—¡Fanfarrón! —dijo Joe Miller—. Eztáz tan azuztado como Zam. Tienez miedo también, pero lo ocultaz con tuz fanfarronadaz.

—No entiendo ese lenguaje que hablas —dijo Hachasangrienta—. Los monos no deberían intentar hablar los idiomas de los hombres.

—Me entiendez perfectamente —dijo Joe.

—Cálmate, Joe —dijo Clemens. Miró río arriba. A unos tres kilómetros de distancia las llanuras de ambas riberas se convertían en montañas que avanzaban sobre el agua creando estrechos de anchura no superior a los quinientos metros. El agua hervía al fondo de los acantilados, que debían tener unos novecientos metros de altura. En sus cimas, a ambos lados, brillaban al sol objetos no identificables.

Unos ochocientos metros más abajo de los estrechos, avanzaban treinta galeras formando tres medias lunas. Y, ayudadas por la rápida corriente y los sesenta remos que cada una tenía, se acercaban rápidas a los tres navíos intrusos. Clemens miró por su telescopio y luego dijo:

—Hay unos cuarenta guerreros en cada una y dos lanzacohetes. Hemos caído en una trampa. Y nuestros proyectiles llevan tanto tiempo almacenados que es probable que la pólvora se haya cristalizado. Explotarán en los cañones y nos enviarán al infierno.

—¿Y todas esas cosas que hay encima de los acantilados? ¿Serán aparatos para lanzar fuego griego?

Un hombre trajo la armadura del rey, yelmo de cuero de tres capas con alas de cuero y una pieza que cubría la nariz, loriga de cuero, polainas de cuero y un escudo. Llegó otro hombre con un montón de jabalinas: el mango de tejo y las puntas de pedernal.

Los artilleros, todos mujeres, colocaron un proyectil en el lanzacohetes giratorio. Era un proyectil de casi dos metros de longitud, sin contar la guía, hecho de bambú, que parecía exactamente un cohete del Cuatro de Julio. La cabeza del proyectil contenía unos diez kilos de pólvora negra junto con pequeños fragmentos de piedra: la metralla.

Joe Miller, la cubierta rechinando bajo sus cuatrocientos kilos, bajó a coger su armadura y sus armas. Clemens se puso un yelmo y se echó un escudo al hombro. Él no usaba loriga ni polainas. Aunque temía las heridas, temía aún más ahogarse en el río si caía con una armadura pesada.

Clemens daba gracias a los dioses por haber tenido la suerte de conocer a Joe Miller. Eran ahora hermanos de sangre, aunque Clemens se había desmayado durante la ceremonia, que exigía, además de la mezcla de sangres, otros actos aún más dolorosos y repulsivos. Miller tenía que defenderle, y Clemens tenía que defender a Miller, hasta la muerte. Hasta entonces, el titántropo había sido siempre el encargado de luchar, pero lo que se les venía encima exigía el esfuerzo de ambos.

Hachasangrienta detestaba a Miller porque le tenía envidia. Hachasangrienta se consideraba el mejor guerrero del mundo, pero sabía que Miller le despacharía en un combate con la misma facilidad que a un perro. Y un perro pequeño, además.

Erik Hachasangrienta dio las órdenes para el combate, que se transmitieron a los otros dos barcos mediante un sistema de señales con espejos de obsidiana. Los barcos mantendrían las velas altas e intentarían escurrirse entre los galeones enemigos. Sería difícil porque podrían verse obligados a desviar su curso para evitar un choque y con ello perder el viento. Además, estarían sometidos en tres puntos a fuego cruzado.

—El viento les favorece —dijo Clemens—. Sus proyectiles tendrán más largo alcance que los nuestros hasta que nos aproximemos.

—No pretenderás enseñarme a... —dijo Hachasangrienta, y se detuvo.

Unos objetos brillantes abandonaron sus posiciones en la cúspide de los acantilados y surcaron el aire siguiendo una dirección que les llevaría sin duda alguna hacia los barcos de los vikingos. Los hombres del norte comenzaron a gritar con desconcierto y alarma, pero Clemens se dio cuenta de que eran planeadores. Con el menor número de palabras posible, explicó a Hachasangrienta de qué se trataba. El rey comenzó a transmitir la información a los otros vikingos, pero hubo de detenerse porque los galeones delanteros del enemigo lanzaron sus primeras andanadas de cohetes. Dejando atrás una estela de espeso humo negro, diez cohetes iniciaron un arco hacia los tres navíos. Estos cambiaron su curso con la mayor rapidez posible, casi chocando dos de ellos. Algunos de los cohetes bajaron muy cerca de mástiles y cascos, pero ninguno llegó a alcanzarlos, y todos cayeron sin explotar a las aguas del río.

Entonces, intervino el primero de los planeadores. Ligerero, con largas alas, negras cruces maltesas en los costados de fino y plateado fuselaje, se lanzaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia el Dreyrigr. Los arqueros vikingos tensaron sus arcos de tejo y, a una orden del arquero jefe, dispararon sus flechas.

El planeador inició un picado hacia el agua, con varias flechas clavadas en el fuselaje, disponiéndose a posarse sobre el río. No había logrado arrojar sus bombas sobre el Dreyrgr. Habían quedado en algún punto bajo la superficie del agua. Pero se acercaban más planeadores a los tres navíos, y los galeones enemigos habían lanzado otra andanada de proyectiles. Clemens miró sus lanzacohetes. Las grandes artilleras rubias giraban el cañón siguiendo las órdenes de la pequeña morena Temah, pero ésta aún no parecía dispuesta a encender la mecha. Necesitaban acercarse aún más al enemigo para poder alcanzarles con un proyectil.

Durante un segundo, todo pareció como inmobilizado en una fotografía. Los dos planeadores, con las puntas de sus alas a sólo unos centímetros de distancia, disponiéndose a iniciar el picado, y las pequeñas bombas negras lanzadas hacia sus objetivos, las flechas en el aire hacia los planeadores, los proyectiles alemanes en el aire hacia los barcos vikingos, en el arco de caída de su trayectoria.

Clemens sintió tras él un súbito golpe de viento, un silbido, una explosión, cuando las velas captaron todo el impacto del aire e inclinaron violentamente el barco sobre su eje longitudinal. Un estruendo desgarrador, como si la base del mundo se quebrase. Un retumbar como si grandes hachas se hubiesen abatido sobre los mástiles.

Las bombas, los planeadores, los cohetes, las flechas, giraron, dieron vueltas, las velas y los mástiles se desprendieron del barco, como lanzados por un cañón, y desaparecieron. El barco, liberado del empuje de las velas, recuperó su posición horizontal y abandonó su ángulo de casi noventa grados con el río. Clemens se salvó de verse barrido de cubierta por el primer golpe de viento gracias a que el titántropo se había agarrado al timón con una mano y lo había agarrado a él con la otra. El timonel se había cogido también al timón. Las artilleras, cuyos gritos llevaba el viento río arriba, boquiabiertas, desmelenadas, volaron como pájaros del barco, se hundieron, y reaparecieron luego sobre las aguas. El lanzacohetes se desprendió limpiamente de su pedestal y las siguió también.

Hachasangrienta se había cogido a la borda con una mano y había mantenido sujeta con la otra su preciosa arma de acero. Mientras el navío se balanceaba, logró meter el hacha en la funda y luego agarrarse a la borda con ambas manos. Y fue bueno para él poder hacerlo, porque el viento, chillando como una mujer que cayese por un precipicio, se hizo aún más fuerte, a los pocos segundos una ardiente bocanada golpeó el barco, y Clemens quedó ensordecido y tan chamuscado como si un cohete hubiese estallado junto a él.

Una gran ola alzó el barco. Clemens abrió los ojos y se puso a gritar sin poder oír su propia voz debido al castigo que habían recibido sus oídos.

Por la curva del valle, a unos seis o siete kilómetros de distancia, avanzaba un muro de agua de un marrón sucio y de por lo menos quince metros de altura. Quiso cerrar los ojos otra vez, pero no pudo. Continuó mirando con los párpados rígidos, hasta que aquel gran mar estuvo a kilómetro y medio de él. Entonces pudo distinguir los árboles, los pinos gigantescos, robles, tejos esparcidos por la cresta de la ola, y, cuando se aproximó más, fragmentos de casas de bambú y de pino, un tejado aún intacto, un bateado casco de navío con medio mástil, el cuerpo gris oscuro de un pez dragón, parecido a un cachalote, arrancado de las profundidades del río, de ciento cincuenta metros de profundidad por lo menos.



El terror le cegó. Deseó morir para huir de aquella muerte. Pero no podía, y hubo de contemplar con ojos helados y mente paralizada cómo el barco, en vez de hundirse y quedar aplastado bajo los cientos de miles de litros de agua, subía y subía por el lomo de la ola, entre aquella agua de un marrón sucio, siempre a punto de aplastarlo, y con el cielo encima que había cambiado su brillante azul por un gris ceniciento.

Luego el barco llegó a la cima, e inició la caída hacia el seno de la ola. Otras olas, más pequeñas, pero aun así inmensas, cayeron sobre el navío. Sobre la cubierta cayó un cuerpo cerca de Clemens. Un cuerpo catapultado por las aguas enfurecidas. Clemens lo contempló con sólo una chispa de comprensión. Estaba demasiado congelado por el terror como para algo más. Había llegado al límite.

¡Contemplaba el cuerpo de Livy, destrozado por un lado, pero intacto por el otro! Era Livy, su esposa, a la que había visto en aquella ribera.

Otra ola que casi lo separó del titántropo golpeó la cubierta. El timonel dio un grito al desprenderse del timón, y siguió al cadáver de la mujer por encima de la borda.

El barco continuaba ascendiendo de las profundidades del seno de la ola, pero se ladeaba constantemente y estaba a una posición casi vertical, de modo que Miller y Clemens colgaban del timón como del tronco de un árbol en la ladera de una montaña. Luego, el barco recuperó su posición horizontal y se lanzó hacia el siguiente valle. Hachasangrienta no había podido seguir sujetándose, y habría sido lanzado sobre la cubierta hasta el otro lado si el barco no se hubiese enderezado a tiempo. Logró agarrarse a la baranda de la tronera.

En la cresta de la tercera ola, el Dreyrugi descendió de costado la montaña de agua. Chocó con la proa rota de otro navío, se estremeció y, a consecuencia del impacto, Hachasangrienta se vio de nuevo sin sujeción. Salto sobre la baranda, chocó con la borda de popa del otro lado, la hizo estremecerse, y pasó por encima de ella, cayendo a la cubierta central.

Hasta la mañana del día siguiente no se recuperó Sam Clemens de su conmoción. El Dreyruger se había alejado lo bastante de las grandes olas como para navegar oblicuamente a través de las llanuras sobre aguas menos profundas, pero aún agitadas. Habían atravesado las colinas y un estrecho paso de un pequeño cañón en la base de una montaña. Y, cuando las aguas se calmaron tras él, el barco encalló con un golpe en el suelo.

La tripulación estaba embargada por un terror tan espeso como barro frío mientras las aguas y el viento rugían y el cielo continuaba del color del hierro congelado. Luego cesó el viento. O, mejor dicho, cesaron los vientos que soplaban río abajo, y volvió a aparecer la brisa normal que soplaban río arriba.

Los cinco supervivientes que había sobre cubierta comenzaron a moverse y a hacerse preguntas. Sam tenía la sensación de apenas poder articular palabras con su boca embotada. Tartamudeando, les habló del resplandor que había visto en el cielo quince minutos antes de que llegase el viento. En algún punto al fondo del valle, quizá a trescientos kilómetros de distancia, había caído un gigantesco meteorito. El viento producido por el calor generado al pasar el meteorito a través de la atmósfera, y el correspondiente desplazamiento de aire, habían sido la causa de aquellas olas gigantes. Con todo lo terribles que habían sido, aquellas olas deberían ser como pigmeos comparadas con las producidas en la zona próxima al impacto. En realidad, el Dreyruger estaba en la zona exterior de aquella terrible explosión.

—Cuando llegó a nosotros no era más que una especie de broma —dijo Sam.

Algunos de los noruegos se incorporaron tambaleándose en cubierta. Otros sacaron la cabeza por las escotillas. Hachasangrienta estaba herido a consecuencia de su caída, pero logró gritar:

—¡Todo el mundo a las bodegas! ¡Puede haber muchas más olas, peores, aún que éstas, no podemos estar seguros!

A Sam no le agradaba Hachasangrienta, desde luego, pero no podía por menos de admitir que el noruego sabía lo que se hacía en todo lo relativo a navegación. Él había supuesto que las primeras olas serían las últimas.

La tripulación se acomodó en la bodega. Todos se situaron donde pudieron, cerca siempre de algún punto estable al que poder agarrarse. Esperaron, pero no por mucho tiempo.

La tierra retumbó y se estremeció, y luego las aguas irrumpieron en el paso con un bufido como el de un gato de quince metros de altura, al que siguió un aullido. Empujado hacia adelante por la corriente del estrecho, el Dreyruger se balanceó y comenzó a girar sin dejar de balancearse. Sam se quedó frío. Estaba seguro de que, si hubiese luz, él y los demás parecerían tan pálidos como cadáveres.

El barco continuó su avance, arañando de vez en cuando las paredes del cañón. En el momento en que Sam estaba a punto de jurar que el Dreyruger había llegado a la cima del cañón e iba a caer de proa por una catarata, el barco se hundió. Descendió rápidamente, o así lo pareció, mientras las aguas atravesaban el paso casi con la misma rapidez con que habían penetrado en él. Hubo un estruendo, seguido de un pesado jadear de hombres y mujeres, de gemidos dispersos, el rumor del

agua cayendo, y el bramar lejano de la corriente dejada atrás.

No habían terminado aún. Había que esperar, atenazados por el frío y ciego terror, hasta que la gran masa de agua retrocediese para llenar los espacios de los que había sido desplazada por la tremenda masa de varios cientos de miles de toneladas del meteorito. Temblaban como si estuvieran encajados en hielo, aunque el aire era mucho más cálido de lo que nunca había sido a aquellas horas de la noche. Y, por primera vez en veinte años de aquel planeta, no llovió de noche.

Antes de que las aguas golpearan de nuevo, sintieron que la tierra se sacudía y retemblaba. Hubo un gran silbido y un bramido, y de nuevo el barco se alzó, subió, giró, golpeó contra las paredes del cañón, y luego cayó. Esta vez el casco no golpeó el suelo con tanta dureza, probablemente, pensó Sam, porque había ido a caer sobre una gruesa capa de fango.

—No creo en milagros —murmuró Sam— pero éste es uno. No entiendo cómo aún estamos vivos.

Joe Miller, que se había recuperado antes que el resto, salió a hacer un viaje de exploración de media hora. Regresó con el cuerpo desnudo de un hombre. Pero su carga estaba viva. Tenía el pelo rubio todo manchado de barro, un rostro hermoso y ojos azulgrisáceos. Dijo algo en alemán a Clemens y luego logró sonreír, después de que lo depositaran suavemente sobre cubierta.

—Lo encontré en zu planeador —dijo Joe—. En lo que quedaba de él, vamo. Hay mucho. Hay mucho cadáveres a la salida del cañón. ¿Qué queréis hacer con él?

—Hacernos amigos suyos —repuso Clemens—. Su gente ya no está. Esta zona está limpia.

Tembló. La imagen del cuerpo de Livy sobre cubierta como un irónico presente, el pelo húmedo pegado a la zona de la cara golpeada, su ojo oscuro mirándole sombríamente, iba haciéndose cada vez más vivida y dolorosa. Sintió ganas de llorar, pero no pudo, y se alegró de ello. El llanto le hubiera hecho desmoronarse como un puñado de cenizas. Más tarde, cuando tuviese la fuerza necesaria para soportarlo, lloraría. Por ahora...

El rubio se sentó en la cubierta. Temblando descontroladamente dijo, en inglés británico:

—Tengo frío.

Miller bajó a la bodega y subió pescado seco, pan de maíz, brotes de bambú y queso. Los vikingos habían almacenado comida para cuando estuviesen en territorios hostiles donde no pudiesen utilizar sus cilindros.

—Eze idiota de Hachangrrienta e. está vivo aún —dijo Miller—. Ze ha roto varias coztillaz y e. está todo magullado. Pero zu boca. zigue funcionando muy bien. ¿No lo zabías?

Clemens empezó a llorar. Joe Miller lloraba con él e hinchaba su gran nariz simiesca.

—Ahora —dijo— me ziento mucho mejor. Nunca he e. estado tan azutzado en toda mi vida. Cuando vi aquel agua, como todoz loz mamutz del mundo corriendo en e. ztampida hazia nozotroz, penzé, adioz Joe, adioz Zam. Dezpertaré en algún otro lugar del río, en un nuevo cuerpo, pero jamáz volveré a verte, Zam. Zolo que e. ztaba demaziado aterrado para zentirme triste por ello. ¡Dioz mío, que aterrado e. ztaba!

El joven extranjero se presentó. Era Lothar von Richthofen, piloto de planeador, capitán de la Luftwaffe de su Majestad Imperial el Kaiser Alfredo I de Nueva Prusia.

—Hemos conocido un centenar de Nuevas Prusias en los últimos dieciséis mil kilómetros —dijo

Clemens—. Todas tan pequeñas que no podías ponerte en medio de una de ellas y lanzar un ladrillo sin que aterrizara en el centro de la siguiente. Pero la mayoría no eran tan belicosas como la vuestra. Nos dejaban desembarcar y cargar nuestros cilindros, sobre todo después de que les mostráramos lo que teníamos para comerciar.

—¿Comerciar?

—Sí. Nosotros no compramos y vendemos artículos, mercancías, por supuesto, pues ni siquiera todos los navieros de la Tierra podrían transportar lo suficiente para cubrir una fracción del Río. Nosotros vendemos ideas. Enseñamos a la gente a construir mesas de billar, y a hacer un fijador para el pelo de pasta de pescado desodorizada.

El kaiser de la zona había sido en la Tierra un conde von Waldersee, mariscal de campo alemán nacido en 1832 y fallecido en 1904.

Clemens cabeceó y dijo:

—Recuerdo que leí algo sobre su muerte en la prensa, y sentí una gran satisfacción por sobrevivir a otro contemporáneo. Ese era uno de los pocos placeres auténticos y gratuitos de la vida. Pero, si sabes volar, debes ser un alemán del siglo XX, ¿no?

Lothar von Richthofen hizo un breve resumen de su vida. Había pilotado un caza de las fuerzas alemanas en la Weltkrieg. Su hermano había sido el más diestro piloto de la guerra.

—¿La primera Guerra Mundial o la segunda? —preguntó Clemens.

Había conocido a los suficientes sigloveintianos como para saber algunos datos y fantasías sobre acontecimientos sucedidos después de su muerte, después de 1910.

Von Richthofen añadió más detalles. Había participado en la I Guerra Mundial. Había combatido bajo las órdenes de su hermano y había dado cuenta de cuarenta aviones aliados. En 1922, conduciendo a una actriz de cine americana y a su representante de Hamburgo a Berlín, el aparato se había estrellado y von Richthofen había muerto.

—La suerte de Lothar von Richthofen me abandonó —dijo—. O al menos eso he pensado después.

Se rió.

—Pero aquí estoy, otra vez a mis veinticinco años, olvidadas las cosas tristes de la edad adulta, cuando las mujeres ya no te miran, cuando el vino te hace llorar en vez de reír y te amarga la boca con el sabor de la debilidad, y cada día es un paso hacia la muerte.

—Mi suerte falló de nuevo cuando estalló ese meteorito. Mi planeador perdió las alas al primer golpe de viento, pero en vez de caer, floté en mi fuselaje, dando vueltas y vueltas, cayendo, alzándome de nuevo, cayendo, hasta que fui depositado con la levedad de una cuartilla de papel sobre una colina. Y cuando llegó el retroceso de la onda, el fuselaje fue arrastrado hasta el agua y yo caí gentilmente de bruces contra la loma de un monte. ¡Un milagro!

—Un milagro: una disposición afortunada de los acontecimientos, que sucede una vez cada millón —dijo Clemens—. ¿Crees que fue un meteoro gigante lo que provocó la inundación?

—Ví su resplandor, su estela ardiendo en el aire. Debió de caer muy lejos, afortunadamente para nosotros.

Bajaron del barco y anduvieron por el espeso barro de la entrada del cañón. Joe Miller apartó

troncos que no hubiese podido arrastrar un tiro de caballos. Echaba a un lado otros, y los tres bajaron por las faldas de las colinas hacia las llanuras. Los demás les seguían.

Caminaban en silencio. La tierra había quedado allí desnuda de arbolado, a excepción de los grandes árboles de hierro. Estaban tan profundamente enraizados que muchos de ellos se mantenían aún erectos y en pie. Además, donde no se había asentado el barro, había hierba. Era un testimonio de lo firme y profundamente que estaba enraizada la hierba, que a pesar de los millones de toneladas de agua seguía aferrada allí.

De vez en cuando aparecían pecios arrastrados por la resaca. Cadáveres de hombres y mujeres, maderas rotas, toallas, cilindros, canoas, pinos arrancados de raíz, y robles, y tejos.

Las grandes piedras en forma de seta, a kilómetro y medio una de otra por ambas riberas, estaban también intactas e incólumes, aunque había algunas enterradas en el fango.

—Las lluvias acabarán arrastrando el fango —dijo Clemens—. La tierra cae hacia el Río.

Apartó la vista de los cadáveres. Le producían una gran desazón. Además, tenía miedo de ver otra vez el cuerpo de Livy. No creía poder soportarlo. Le enloquecería.

—Hay una cosa segura —dijo Clemens—. No quedará nadie entre nosotros y el meteorito. Seremos los primeros en reclamar su posesión, y habremos de defender ese inmenso tesoro de hierro de los lobos que acudirán atraídos por su aroma. ¿Te gustaría unirte a nosotros? Tendremos un avión algún día, no un simple planeador.

Sam dio algunas explicaciones sobre su Sueño. Y explicó un poco sobre la historia de la Torre de las Nieblas de Joe Miller.

—Solo es posible disponiendo de gran cantidad de hierro. Y es necesario trabajar de firme —dijo—. Estos vikingos son capaces de ayudarme a construir un buque de vapor. Necesito conocimientos técnicos que no poseo. Pero estaba utilizándolos para hacerme con una posible fuente de hierro. Había supuesto que podría haber suficiente mineral en el lugar en que había aparecido el usado para hacer el hacha de Erik. Utilicé su codicia por el metal, y también la historia de Miller, para embarcarles en esta expedición. Ahora no tenemos que buscar. Sabemos dónde tiene que haber más que suficiente. Lo único que hace falta es extraerlo, fundirlo, refinado, y darle la forma que necesitamos. Y protegerlo. No quiero engañarte con un cuento color de rosa. Tardaremos años en poder construir ese buque, y tendremos que trabajar de firme.

El rostro de Lothar resplandeció ante las palabras de Clemens.

—¡Es un noble y magnífico sueño! —dijo—. Sí, me gustaría unirme a ti. ¡Te juro por mi honor que te seguiré hasta el asalto de la Torre de las Nieblas! ¡Tienes mi palabra de caballero y de oficial! ¡Lo juro por la sangre de los barones de Richthofen!

—Basta con que me des tu palabra de hombre —dijo secamente Sam.

—¡Formamos un trío bastante extraño, increíble realmente! —dijo Lothar—. Un gigante subhumano, que debió de morir por lo menos cien mil años antes de la civilización. Un barón y aviador prusiano del siglo XX. Un gran humorista norteamericano nacido en 1835. Y nuestra tripulación... —Clemens alzó sus tupidas cejas al oír nuestra—. ¡Vikingos del siglo X!

—Una pena —dijo Sam, contemplando a Hachasangrienta y a los otros que caminaban chapoteando en el barro, llenos de heridas de la cabeza a los pies y muchos cojeando—. No me



siento muy bien. ¿Has visto alguna vez a un japonés ablandar un pulpo muerto? Ahora sé cómo se siente el pulpo. Por cierto, yo era algo más que un humorista, ¿sabes? Yo era un literato.

—¡Oh, perdona! —dijo Lothar—. ¡He herido tus sentimientos! ¡No pretendía ofenderte! Permíteme que corrija mi error explicándote que cuando era niño me reí muchas veces leyendo tus libros. Y tu Huckleberry Finn lo considero un gran libro. Aunque he de admitir que me gustó muy poco cómo ridiculizabas a la aristocracia en tu Connecticut Yankee. Aunque, de todos modos, ellos eran ingleses, y tú eres norteamericano.

Erik Hachasangrienta decidió que estaban demasiado cansados y magullados para iniciar los trabajos necesarios para conducir el barco río abajo aquel día. Cargarían sus cilindros al anochecer, comerían, dormirían, y después de desayunar se pondrían a trabajar.

Volvieron al barco, cogieron sus cilindros de los depósitos, y los introdujeron en las depresiones del techo liso de una piedra de cilindros. Cuando el sol tocó las cimas de los montes por el oeste, los hombres esperaron el estruendo y el fognazo azul y ardiente de las piedras. La descarga eléctrica cargaría los convertidores que transformaban la energía en materia en el interior del cilindro, y, al abrir las tapas, los hombres encontrarían carnes cocinadas, verduras, pan y manteca, fruta, tabaco, goma de los sueños, licores, hidromiel...

Pero cuando la oscuridad cubrió el valle, las piedras de cilindros continuaron frías y silenciosas. Al otro lado del Río brotó un fognazo de las piedras de cilindros situadas allí, al que siguió un desmayado estruendo.

Pero las piedras de la ribera occidental, por primera vez en los veinte años transcurridos desde el día de la Resurrección, no funcionaron.

Hombres y mujeres se sentían como si Dios les hubiese fallado. El regalo que tres veces al día entregaban las piedras había empezado a parecer tan natural como la salida del sol. Tardaron un rato en serenar el malestar de sus estómagos lo suficientemente como para comer del pescado, los brotes y el queso que quedaban.

Clemens estuvo un rato inquieto y atemorizado. Pero von Richthofen empezó a hablar de que era necesario transportar los cilindros a la otra ribera para poder comer mañana. Entonces Clemens se levantó y fue a hablar con Hachasangrienta. El noruego estaba más desquiciado de lo normal, pero por último admitió que había que hacer algo. Joe Miller, el alemán y un sueco grande y pelirrojo llamado Toke Kroksson subieron al barco y sacaron unos cuantos remos. Los tres, con Clemens, transportaron los cilindros en la canoa. Y Toke y Joe Miller remaron de vuelta con ella. Miller, Clemens y von Richthofen se echaron a dormir en el techo de una piedra de cilindros. Estaba limpio, pues la descarga eléctrica había pulverizado todo el barro.

—Cuando llegue la lluvia tendremos que meternos debajo de la piedra —dijo Clemens.

Estaba tendido boca arriba, las manos bajo la cabeza, mirando al cielo nocturno. No era como el cielo terrestre; había un resplandor de 20.000 estrellas mayores que Venus en toda su gloria, y temblorosos filamentos que brotaban como tentáculos de resplandecientes nubes de gas. Algunas estrellas eran tan brillantes que podían percibirse como pálidos fantasmas incluso al mediodía.

—El meteorito debe de haber destrozado algunas de las piedras de cilindros de la ribera oeste —dijo Sam Clemens—. Y ha debido romper el circuito. ¡Dios mío, qué circuito! ¡Debe haber por lo menos veinte millones de piedras conectadas entre sí, si los cálculos son correctos!

—Habrà un gran conflicto a lo largo de todo el río —dijo Lothar—, los ribereños occidentales atacarán a los orientales para poder cargar sus cilindros. ¡Vaya guerra! Debe de haber de treinta y cinco a treinta y siete mil millones de personas en este valle del Río. Todos combatiendo a muerte por comida.

—Y lo peor del asunto es —dijo Joe Miller— que si la mitad resultan muertos y hay suficiente espacio en las piedras de cilindros, no se solucionarán las cosas. A las veinticuatro horas, los muertos estarán vivos otra vez y todo volverá a empezar.

—No estoy tan seguro —dijo Sam—. Creo que se ha demostrado que las piedras están relacionadas con las resurrecciones, y si se han estropeado la mitad de ellas, quizás haya un considerable corte de producción en la cadena de Lázaro. Este meteorito es un saboteador de los cielos.

—He pensado durante mucho tiempo que este mundo, y nuestra resurrección, no son obra de seres sobrenaturales —dijo von Richthofen—. ¿No has oído esa extraña historia que se cuenta por todo el Río? Se dice que un hombre despertó antes del día de la resurrección, y se encontró colocado en un lugar muy extraño. Había millones de cuerpos a su alrededor, flotando en el aire. Hombres, mujeres y niños, todos desnudos, con las cabezas afeitadas, todos girando lentamente impulsados por una fuerza invisible. Este hombre, un inglés llamado Perkin, o Burton, según dicen, había muerto en la Tierra hacia 1890. Consiguió liberarse pero lo interceptaron dos seres... humanos, que le devolvieron al

sueño. Luego despertó, como el resto de nosotros, en las riberas del Río. Haya lo que haya detrás de todo esto, no es infalible. Cometieron un error con Burton, que consiguió ver una parte de la pre-resurrección, un estado entre nuestra muerte en la Tierra y la preparación para la vida en este mundo. Parece fantástico como un cuento de hadas. Pero además...

—He oído hablar de eso —dijo Sam Clemens. Pensó decirle que había visto la cara de Burton por el telescopio un momento antes de localizar la de Livy. Pero no podía soportar el dolor al pensar en ella.

Se incorporó, soltó una maldición, agitó un puño hacia las estrellas, y luego empezó a llorar. Joe Miller, acuclillado tras él, sacó una gigantesca mano y le acarició suavemente el hombro. Von Richthofen, azarado, desvió la mirada. Luego dijo:

—Estaré contento cuando hayamos cargado nuestros cilindros. Estoy deseando fumar.

Clemens se rió, se secó las lágrimas y dijo:

—Es difícil que llore. Pero he conseguido superar el sentirme avergonzado cuando lo hago.

—Un mundo triste éste; igual de triste en la mayoría de los sentidos que la antigua Tierra. Sin embargo, volvemos a tener los cuerpos de nuestra juventud, no tenemos que trabajar para comer ni molestarnos en pagar facturas, ni preocuparnos porque queden embarazadas nuestras mujeres ni por las enfermedades. Y si nos matan resucitamos al día siguiente, enteros y animosos, aunque a miles de kilómetros de donde nos atrapó la muerte.

—Pero no se parece en nada a lo que nos explicaban los curas. Lo que, desde luego, no es sorprendente. Y quizá sea justo, además. ¿Quién iba a querer andar volando con alas aerodinámicamente inestables o andar todo el día tocando el arpa y entonando hosannas?

Lothar se rió y dijo:

—Pregúntale a cualquier coolie chino o indio si este inundo no es mucho mejor que el otro. Sólo nosotros, los occidentales modernos, que somos unos mimados de la suerte, nos quejamos y buscamos causas primeras y últimas. No sabíamos gran cosa sobre cómo operaba nuestro cosmos terreno, y sabemos aún menos sobre éste. Pero estamos aquí, y quizá lleguemos a descubrir quién nos colocó aquí y por qué. Entretanto, mientras haya mujeres fáciles y bellas, y las hay, cigarrillos, goma de los sueños, vino y una buena lucha, ¿por qué preocuparse? Gozaré de este valle de brillantes sombras hasta que me sean arrebatadas una vez más las cosas buenas de la vida. Goce y goce antes de ser polvo y polvo.

Hubo un silencio, y Clemens no logró dormirse hasta inmediatamente antes de que empezase a llover. Se metió bajo el hongo hasta que el chaparrón cesó. Tendido otra vez sobre el techo de piedra, estuvo varias horas estremeciéndose y dando vueltas, aunque le cubrían largas y gruesas toallas. Al amanecer, le sacudió la maciza mano de Miller. Precipitadamente, bajó de la piedra y se colocó a distancia segura de ella. Cinco minutos más tarde, la piedra lanzó una llamarada azul que saltó varios metros en el aire con un rugido de león.

Al mismo tiempo relampaguearon las piedras del otro lado del río.

Clemens miró a Lothar.

—Alguien reparó la avería.

—Se me ponen los pelos de punta —dijo Lothar—. ¿Quién es ese alguien?

Guardó silencio por un rato, pero, antes de que llegasen a la ribera occidental, estaba riendo y charlando como un invitado en un cóctel. Demasiada alegría, pensó Clemens.

—Ellos nunca han dado señales de vida antes, estoy seguro —dijo Sam—. Pero sospecho que esta vez tuvieron que hacerlo.

Los cinco días siguientes los pasaron llevando el barco hasta el Río. Les costó otras dos semanas reparar el Dreyrgr. Durante todo este tiempo mantuvieron un vigía, pero nadie penetró en la zona. Echaron al agua el barco, aún sin mástiles ni velas, y bajaron a remo Río abajo, sin ver ni rastro de vida humana.

La tripulación, acostumbrada a las llanuras llenas de hombres y mujeres, se sentía inquieta. El silencio resultaba desquiciante. No había más animales en aquel mundo que los peces del río y los gusanos de la tierra, pero los humanos habían hecho siempre suficiente ruido.

—Pronto estarán aquí las hienas —dijo Clemens a Hachasangrienta—. Ese hierro es mucho más valioso de lo que era el oro en la Tierra. ¿Quieres luchar? Tendrás lucha hasta que te canses.

El vikingo enarboló el hacha, y dio un respingo por el dolor de sus costillas.

—¡Déjales que vengan! ¡Sabrán que han participado en una batalla para alegrar los corazones de las valkirias!

—¡Fanfarrón! —dijo Joe Miller.

Sam sonrió, pero se colocó detrás del titántropo. Hachasangrienta no tenía miedo más que a una persona en el mundo, pero podría perder fácilmente el control y enfurecerse. Sin embargo, necesitaba a Miller, que valía por veinte guerreros.

El barco viajó sin contratiempos durante dos días utilizando las horas de sol. De noche, hacía guardia un hombre y los demás dormían. A la tarde del tercer día, el titántropo, Clemens y von Richthofen estaban sentados en la cubierta de popa fumando sus puros y sorbiendo whisky del que les habían proporcionado sus cilindros en la última parada.

—¿Por qué le llamas Joe Miller? —preguntó Lothar.

—Su verdadero nombre es impronunciabile, mucho más largo que cualquier término técnico de un filósofo alemán —dijo Clemens—. Cuando le conocí no pude pronunciarlo, nunca llegué a conseguirlo. En cuanto aprendió el bastante inglés como para contarme un chiste (estaba tan ansioso de aprenderlo que no podía esperar el momento), decidí llamarle Joe Miller. Me contó un chiste que me dejó atónito. Tenía idea de aquel chiste desde hacía mucho tiempo. Lo oí por primera vez, aunque de una forma distinta, cuando era niño en Hannibal, Missouri, y continué oyéndolo, para mi desdicha, por cienmilésima vez cuando ya era viejo. Pero oír la misma historia de labios de un hombre que había muerto cien mil años, quizá un millón, antes de que yo naciese, era demasiado...

—¿Qué historia era?

—Bueno, era ese cuento del cazador que perseguía a un corzo herido durante todo el día. Llegó la noche y con ella una violenta tempestad. El cazador vio la luz de una hoguera y se paró a la puerta de una cueva. Preguntó al viejo hechicero que vivía en ella si podía pasar la noche allí. Y el viejo hechicero le dijo: «Desde luego, pero vamos a estar muy apretados. Tendrás que dormir con mi hija...». ¿Hace falta que siga?

—Zam no ze rió —masculló Joe—. Por lo que yo pensé que no tenía zentido del humor.

Clemens pellizcó afectuosamente la nariz en forma de proyectil de Joe.

—A veces me parece que tienes razón —dijo Clemens—. Pero en realidad soy el hombre con



más sentido del humor del mundo, porque soy el más afligido. La risa tiene sus raíces en el dolor.

Estuvo un rato fumando el puro y mirando a la ribera. Justo antes de que oscureciese el barco había penetrado en la zona afectada por el intenso calor provocado por el meteorito. Aparte los árboles de hierro, todo había sido devorado por las llamas. Los árboles de hierro habían perdido sus inmensas hojas, e incluso su corteza, enormemente resistente, se había carbonizado y caído, y la madera que había debajo, más dura que el granito, se había chamuscado. Además, la llamarada había inclinado o derribado muchos árboles de hierro arrancándolos de su base. Las piedras de cilindros estaban oscurecidas y habían perdido la vertical, pero conservaban su forma.

Por último, Clemens dijo:

—Lothar, es un momento muy indicado para explicarte algo del motivo de nuestra empresa. Joe puede decírtelo a su modo. Yo te explicaré algo que no entenderías. Es una extraña historia, pero no más, en realidad, de lo que es cuanto ha sucedido aquí desde que todos despertamos de entre los muertos.

—Tengo zed —dijo Joe—. Déjame echar un trago antez.

Los ojos azul oscuro, sombreados por los anillos de hueso, se centraron en el vacío de la copa. Parecía atisbar allí dentro como si intentase conjurar las escenas que iba a describir. Con sonidos guturales, pronunciando unas consonantes más fuertes que otras, dando así a su inglés un tono rechinante, aunque cómico por el ceceo, su voz brotaba de un pecho profundo y resonante como del pozo del oráculo de belfos. Habló de la Torre de las Nieblas.

—En alguna parte Río arriba, me dezperté, deznudo como eztoy ahora. Eztaba en un lugar que debe hallarze muy al norte de ezte planeta, porque hacía mucho frío y la luz no era tan brillante. No había humano, zolo nozotroz, loz titántropoz, como noz llama Zam. Teníamoz zilindroz, zolo que mucho mayorez que loz vueztroz, como puedez ver. Y no teníamoz cerveza ni whizky. No conocíamoz el alcohol, azi que no lo recibíamoz en nueztroz zilindroz. Bebíamoz agua del Río.

»Penzamoz que noz encontrábamoz en el lugar al que ze iba dezpuéz de morir, que loz... loz diozez noz habían dado ezte lugar y todo cuanto necesitábamoz. Eramoz felicez, amábamoz, comíamoz y dormíamoz y combatíamoz a nueztroz enemigoz. Y yo habría zido muy feliz allí zi no hubieze zido por el barco.

»Zí, el barco. Por favor Zam, no me interrumpaz. Ya me haz hecho baztante dezgraciado ezplicándome que no había diozez. Aunque yo hubieze vizto a los diozez.

—¿Ver a los dioses? —dijo Lothar.

—No ezactamente. Yo vi dónde vivían. Vi zu nave.

—¿Qué? —dijo von Richthofen—. ¿Pero qué es lo que dices?

Clemens agitó su puro.

—Después; déjale hablar. Si le interrumpes demasiado, se embarulla.

—En el zitio de donde vengo nadie habla cuando ezta hablando otro. Zi lo hacez te ganaz un puñetazo en la nariz.

—Pues con una nariz tan grande como la vuestra, Joe, debe doler —dijo Sam.

Miller se golpeó delicadamente su probóscide.

—Ez la única que tengo. Y eztoy orgullozo de ella. En ningún zitio de ezta parte del valle hay un

pigmeo que tenga una nariz como la mía. En el zitio de donde yo vengo, el tamaño de la nariz indica el tamaño del... ¿cuál ez la palabra, Zam?

Sam rió entre dientes y se sacó el puro de la boca.

—Nos hablabas de la nave, Joe.

—Zi. ¡No! ¡No hablaba de ezo! Aún no había llegado a ezo. Como iba diciendo, un buen día eztaba yo tumbado en la ribera viendo jugar a loz pecez. Eztaba penzando en levantarme y hacer un anzuelo para pezcar. De pronto, oí un ruido. Alcé la vizta y allí, en un recodo del Río, eztaba aquel terrible monztruo.

Quedé zobrecogido. Me levanté de un zalto e iba a ezcapar corriendo cuando vi que había hombrez zobre él. Parecían hombrez, pero cuando el monztruo ze aproximó máz, vi que eran unoz tipoz pequeñitoz y cazi zin nariz. Podría haber acabado con todoz elloz con una mano zolo, y zin embargo iban cabalgando en aquella monztruoza zerpiente del Río como zobre la ezpalda de un ozo. Azi que...

Clemens, escuchando, sintió de nuevo lo que había sentido cuando oyó la historia por primera vez. Sintió como si estuviese defendiendo a aquella criatura de la aurora de la humanidad. Pese a su tono chillón y a su ceceo y a sus tartamudeos y a sus dificultades para agrupar las palabras, aquel titán hablaba de modo impresionante. Clemens percibía su propio pánico y su propio asombro, y una necesidad casi abrumadora de salir corriendo. Sentía también la necesidad de hacer lo contrario, la curiosidad del primate, la cosa de la que él procedía, si no un hombre completo, al menos un pariente cercano. Bajo aquel cráneo había una materia gris que no se contentaba simplemente con existir sino que quería alimentarse con las formas de cosas desconocidas, de fenómenos nunca vistos.

Así pues, Joe Miller estaba en la orilla sujetando firmemente el asa de su cilindro, preparado para llevárselo si tenía que huir.

El monstruo se aproximó flotando. Joe empezó a pensar que podía estar muerto. Pero si lo estaba, ¿por qué la gran cabeza que había en su parte delantera como preparada para embestir? Sin embargo no parecía vivo. Daba una sensación de muerte. Esto no quería decir nada, desde luego. Joe había visto a un oso herido fingir estar muerto y levantarse de pronto y arrancarle el brazo a un compañero suyo de cacería.

Además, aunque él había visto morir al cazador, le había vuelto a ver vivo otra vez el día en que despertó en las riberas con otros de su especie. Y si él, y Joe también, podían volver a la vida, ¿por qué no podía aquella cabeza serpentina y petrificada perder su inmovilidad de madera y agarrarle entre sus dientes?

Pero despreció sus temores y, tembloroso, se aproximó al monstruo. Él era un titán, un hermano mayor del hombre, de la aurora misma del género humano, y con la curiosidad del primate. Un pigmeo, sarnoso como los otros pero que llevaba sobre la frente un círculo de cristal con un sol llameante de un rojo intenso, localizó a Joe Miller. Los otros que iban sobre la bestia de madera se colocaron tras el individuo del círculo de cristal con lanzas y extraños aparatos que Joe supo más tarde que eran arcos y flechas. No parecían asustados por el coloso, pero esto podría deberse a que estaban tan cansados de su incesante remar contra corriente que no se preocupaban por lo que pudiese suceder en la orilla.

El jefe pigmeo tardó mucho tiempo en conseguir que Joe subiera a bordo. Bajaron a la orilla a cargar sus cilindros mientras Joe retrocedía separándose de ellos. Comieron, y Joe comió también, pero a distancia. Sus compañeros se habían ido corriendo a las colinas, asustados también por el barco. Luego, una vez demostrado que la serpiente del río no amenazaba a Joe, se aproximaron lentamente.

Los pigmeos retrocedieron hacia el barco. Y entonces el jefe sacó un extraño objeto de su cilindro e hizo brotar un alambre resplandeciente en su punta, y brotó humo de aquel objeto y de la boca del pigmeo. Joe dio un salto ante la primera bocanada. Sus amigos volvieron a correr hacia las colinas. Joe se preguntó si aquellos pigmeos desnarigados serían las crías del dragón. Quizá sus hijos tuviesen aquella forma larval, pero pudieran, como su madre, echar bocanadas de fuego y humo...

—Pero no soy tan tonto —dijo Joe—. No tardé mucho en darme cuenta de que el humo venía del objeto, lo que llamáis un cigarro. Zu jefe me explicó que si subía al barco, podría fumar un cigarro. Debí volverme loco para hacer una coza como aquella, pero quería fumar aquel cigarro. Puede que pensara que impresionaría a mi tribu, no lo sé.

Subió al barco, que se ladeó un poco con su peso. Enarboló su cilindro para mostrarles que si le atacaban les aplastaría el cráneo con él. Ellos se hicieron cargo y no se aproximaron. El jefe dio a Joe un cigarro, y aunque Joe tosió un poco y encontró extraño el sabor del tabaco, le gustó. Luego, cuando bebió cerveza por primera vez, se quedó extasiado.

Así que Joe decidió continuar en la espalda de la serpiente del Río y subir aguas arriba con los pigmeos. Le pusieron a trabajar en una gran palanca, y le llamaron Tehuti.

—¿Tehuti? —dijo von Richthofen.

—La forma griega es Thoth —dijo Clemens—. Para los egipcios era como el dios Ibis de largo pico. Supongo que debía recordarles también al dios babuino, Bast, pero aquella tremenda nariz eliminaba esa posibilidad. Así que se convirtió en Thotho o Tehuti.

Pasaron días y noches en la corriente del Río. A veces Joe se cansaba y quería que le desembarcasen. Podía hablar ya el lenguaje de los pigmeos, aunque con dificultades. El jefe aceptaba complacer a Joe, dado que era evidente que si se negaba podía matar a toda su tripulación. Pero hablaba con tristeza de que aquello sería el final de la educación de Tehuti, cuando mejor iba y más adelantaba en ella. Había sido sólo un animal, aunque con la cara del dios de la sabiduría, y pronto sería un hombre. ¿Animal? ¿Dios? ¿Hombre? ¿Qué eran ellos?

El orden no era absolutamente correcto, diría el jefe. El orden correcto, incluso hacia arriba, era animal, hombre y dios. Sin embargo, no había duda de que se podía ver a un dios disfrazado de animal, y a un hombre pasando imperceptiblemente de animal a deidad, equilibrándose entre ambos, y de vez en cuando pasando de una cosa a otra.

Esto quedaba más allá del rudimentario cerebro de Tehuti. Se acuclillaría con el ceño fruncido en la ribera próxima. No habría ya puros ni cerveza. Los ribereños serían de su especie, pero no de su tribu, y podrían matarle. Además, estaba empezando a experimentar por primera vez el estímulo intelectual, y éste cesaría en cuanto volviese con los titántropos.

Así que miraba al jefe y pestañeaba, sonreía, movía la cabeza y le decía que iba a quedarse en el

barco. Reanudaba su trabajo con la palanca y su estudio de la más maravillosa de todas las cosas: una lengua que sabía filosofía. Logró dominar su idioma y comenzó a captar las cosas maravillosas que el jefe le explicaba, aunque a veces era tan doloroso como agarrar un puñado de espigas. Si alguna idea se le escapaba, la perseguía, la capturaba, la devoraba, quizá la vomitase varias veces. Al final la digería y obtenía de ella cierto alimento.

El Río seguía fluyendo. Ellos remaban, siempre manteniéndose cerca de la orilla, donde la corriente era más débil. Días y noches, y ahora el sol no parecía subir tan alto en el cielo, sino que estaba un poco más bajo en su cénit de lo que lo había estado la semana anterior. Y el aire se hizo más fresco.

—Joe y su grupo —dijo Sam— estaban aproximándose al polo norte. La inclinación del ecuador de este planeta respecto al plano de la eclíptica es cero. Como sabéis, no hay estaciones; el día y la noche duran igual. Pero Joe se aproximaba al punto donde vería el sol siempre medio por debajo del horizonte y medio por encima. O así lo hubiese visto sin las montañas.

—Zi. Ziempre eztábamoz entre doz luzez. Yo tenía frío, aunque no tanto como loz hombrez. Elloz tiritaban.

—Su gran masa irradia calor con más lentitud que nuestros cuerpos —dijo Clemens.

—¡Por favor, por favor! ¿Me vaz a dejar hablar o no?

Lothar y Sam sonrieron.

Él continuó. El viento se hizo más fuerte, y el aire traía niebla. Comenzaba a sentirse incómodo. Tenía ganas de dar la vuelta, pero de momento no quería perder el respeto del jefe. Iría con ellos paso a paso hacia el objetivo que tuviesen marcado.

—¿Tú no sabías a dónde iban? —dijo Lothar.

—No ez exactamente. Elloz querían llegar al origen del Río. Penzaban que quizáz loz diozez viviezen allí, y que loz diozez lez admitiezen en un auténtico mundo poztrero. Decían que ezte mundo no era el mundo verdadero. Que era una etapa en el camino hacia el mundo verdadero. Fuera cual fuera.

Un día Joe oyó un rumor que sonaba tan leve pero sin embargo tan próximo como los gases que se mueven en las tripas. Al poco rato el ruido se hizo atronador, y se dio cuenta de que era agua que caía de inmensas alturas.

El barco entró en una bahía protegida por un brazo de tierra. Ya no se alineaban a lo largo del río las piedras de cilindros. Los hombres tendrían que atrapar peces y secarlos. Había también una partida de brotes de bambú en el barco; los habían recogido en la región soleada para un caso como aquél.

El jefe y sus hombres rezaron, y el grupo comenzó a subir por una serie de cataratas. Allí la fuerza sobrehumana de Tehuti Joe Miller les ayudó a vencer obstáculos abrumadores. Otras veces, su gran peso fue un inconveniente y un peligro.

Continuaron hacia arriba, empapados por la omnipresente rociada. Cuando llegaron a un acantilado liso como el hielo, de miles de metros de altura, desesperaron. Explorando el terreno encontraron una soga que colgaba del acantilado. Estaba formada por toallas ligadas entre sí. Joe probó su consistencia y se puso a escalar, los pies contra la roca y las manos en la soga, hasta que

llegó a la cima. Se volvió y vio que los otros le seguían. El jefe, que era el que seguía a Joe, a mitad de camino se sintió sin fuerzas para proseguir. Joe le ayudó tirando de la soga y subiéndolo hacia arriba. Junto con todos los demás hombres del grupo.

—¿Y de dónde llegaba aquella soga? —dijo von Richthofen.

—Alguien les había preparado el camino —dijo Clemens—. Dada la tecnología primitiva de este planeta, nadie podría haber descubierto un medio de fijar la soga en la roca a la que estaba fijada. Quizás con un globo un hombre pudiera subir hasta allí. Se podría hacer un globo con piel de pez dragón del Río, o con pieles humanas, claro está. Se podría obtener hidrógeno haciendo pasar vapor por una capa de carbón vegetal caliente, contando con un catalizador adecuado. Pero en este mundo en que tanto escasea el metal, ¿dónde hay un catalizador?

—El hidrógeno podría hacerse sin ningún catalizador, pero a costa de muchísimo combustible. Pero no había rastro de los hornos necesarios para hacer el hidrógeno. Y además ¿por qué dejarían allí la soga, cuando muy bien podrían necesitarla otra vez? No, solo una persona desconocida, llamémosle el Misterioso Extraño, pudo poner esa soga allí para Joe y su grupo, o para quien pudiese llegar. No me preguntes quién era o cómo lo hizo. Escucha. Aún hay más.

El grupo, llevándose la soga, caminó varios kilómetros entre dos luces por una llanura nebulosa. Llegaron a otro acantilado donde el río se ensanchaba sobre ellos en una catarata. Era tan ancho que a Joe le pareció que había allí agua suficiente como para que flotase en ella la luna de la Tierra. No le habría sorprendido ver aquella gran órbita platinegra aparecer al borde de la catarata allá arriba, lejos, y caer entre las aguas atronadoras y hacerse pedazos en las rocas del pie.

El viento se hizo más fuerte y más ruidoso. La niebla más espesa. Las gotas de agua se condensaban en las toallas con las que estaban protegidos ahora de la cabeza a los pies. El acantilado que había ante ellos era liso como un espejo y tan perpendicular como el que acababan de subir. Su cima se perdía en la niebla. Podría estar solo a treinta metros de altura, o a diez mil. Buscaron al pie, esperando hallar un tipo de hendidura. Encontraron una. Era como una pequeña puerta en la zona de unión de la llanura y el acantilado. Estaba tan baja que hubieron de ponerse a cuarto patas y gatear. Joe se arañó los hombros contra las aristas de la roca. Pero la roca era suave, como si el agujero hubiese sido hecho por el hombre y pulido hasta dejarlo liso.

El túnel conducía en un ángulo de poco menos de cuarenta y cinco grados hacia arriba, atravesando la montaña. No había medio de calcular su longitud. Cuando Joe salió al otro lado tenía los hombros, las manos y las rodillas en carne viva y sangrando, pese a la protección de las toallas.

—No entiendo —dijo von Richthofen—. Me parece que las montañas se construyeron allí para impedir que los hombres llegasen al final del Río. ¿Por qué existía ese túnel excavado en la sólida roca para dejar paso a los intrusos? ¿Y por qué no había un túnel en el primer acantilado?

—Un túnel en el primer acantilado podría haberlo localizado un centinela o una patrulla que hubiese en la zona —dijo Clemens—. Pero el segundo acantilado estaba en la niebla.

—La cadena de toallas blancas era aún más escandalosa —dijo el alemán—. Quizá la pusiesen allí poco antes de que llegase Joe.

Von Richthofen se estremeció.

—¡Por amor de Dios, dejadme que lo cuente! ¡Después de todo ez mi hitoria!

—Y una gran historia, además —dijo Clemens, mirando las grandes posaderas de Joe.

—Nunca me dejaz hablar.

El grupo llegó a otra meseta de unos quince kilómetros. Durmieron o procuraron hacerlo, comieron, y continuaron la ascensión. Ahora, aunque las montañas eran muy empinadas y ásperas, eran escalables. El principal obstáculo era la falta de oxígeno. Respiraban con dificultad, y tenían que pararse a menudo a descansar.

Por entonces, a Joe le dolían los pies y cojeaba. No preguntaba si podía descansar. Mientras los otros siguiesen, él seguiría.

—Joe no aguanta tanto de pie como un humano —dijo Clemens—. Todas sus especies tienen los pies planos. Pesan demasiado para ser bípedos. No me sorprendería que este género se extinguiese en la Tierra debido a la ruptura de los arcos.

—Yo conozco a un espécimen de homo sapiens que va a padecer ruptura de cuello si no deja de meterse en mis asuntos y me deja contar mi historia —dijo Joe.

Escalaron hasta que el Río, pese a toda su anchura, era solo un hilo bajo ellos. Durante casi todo el tiempo ni siquiera podían ver ese hilo debido a las nubes. La nieve y el hielo hacían aún más peligrosa la ascensión. Luego encontraron un camino de bajada a otra meseta y caminaron a través de la niebla en contra del viento que aullaba y les azotaba.

Y se encontraron ante un pavoroso agujero entre las montañas. Del agujero brotaba el Río, y en todas partes, salvo en el curso de éste, la montaña se alzaba recta y lisa. Sólo se podía ir por el agujero. Salía de él un estruendo tan grande que apenas si podían oírse entre sí. Era como la voz de un dios que hablaba tan fuerte como la muerte. Joe Miller descubrió un estrecho reborde al principio de la cueva por encima de las aguas. Joe se dio cuenta de que el jefe se había puesto ahora detrás de él. Después de un rato, el titántropo se dio cuenta de que todos los pigmeos le miraban como a su guía y salvador. En sus gritos para hacerse oír por encima del bramido de las aguas, le llamaban Tehuti. No había nada extraño en esto, pero antes siempre captaba tonos burlones cuando usaban el nombre. Ahora no. Ahora él era realmente su Tehuti.

—Era como si nosotros —interrumpió otra vez Clemens— llamásemos Jehová a un tonto de pueblo o algo parecido. Cuando los hombres no necesitan a los dioses, se burlan de ellos. Pero cuando tienen miedo, les tratan con respeto. En aquel momento podría decirse que Thoth estaba introduciéndolos en la entrada del mundo de las sombras.

—Por supuesto, no hago más que señalar el viejo vicio del género humano de intentar convertir una coincidencia en un símbolo. Todo perro tiene su pulga.

Joe Miller respiraba pesadamente por su grotesca nariz, y su amplio pecho subía y bajaba como un fuelle. Resultaba claro que el revivir aquella experiencia despertaba en él el antiguo terror.

El saliente no era como el túnel de la montaña. No había sido preparado. Era áspero y sin desbastar y había huecos, y a veces se elevaba tanto que Joe tenía que arrastrarse para pasar por entre el saledizo y el techo de la caverna. La oscuridad le cegaba como si le hubiesen arrancado los ojos. Su oído no le ayudaba; el estruendo lo anulaba. Solo le quedaba el sentido del tacto para guiarse, y estaba tan nervioso que a veces se preguntaba si no estaría traicionándolo. Hubiese desertado si no fuese que, en caso de hacerlo, los que le seguían no habrían podido continuar.

—Noz paramoz doz vevez para comer, y una para dormir —dijo Joe—. Cuando yo empezaba a penzar ya que podríamos arraztrarnoz hazla quedarnoz zin comida, vi un grizor delante. No era ninguna luz. Zólo como una dizminución de la ozcuridad.

Estaban fuera de la cueva, al aire libre, en la ladera de la montaña. Varios miles de metros por debajo, había un mar de nubes. El sol estaba oculto entre las montañas, pero el cielo aún estaba claro. El estrecho saledizo continuaba, y prosiguieron, hacia abajo ahora, aferrándose con sus manos y rodillas ensangrentadas, penosamente, pues el saledizo se había estrechado aún más.

Temblando, se agarraban como podían. Un hombre resbaló y cayó y arrastró a otro. Ambos desaparecieron gritando entre las nubes.

El aire se hizo más cálido.

—El Río empezaba a irradiar su calor —dijo Clemens—. No sólo se origina en el Polo Norte; también se vacía después de almacenar calor en sus recorridos por todo el planeta. El aire del Polo Norte es frío, pero muchísimo menos que el del Polo Norte de la Tierra. Todo esto es teoría, desde luego.

El grupo llegó a otra plataforma sobre la cual pudieron ponerse en pie, mirando a la montaña, y avanzar de lado, como cangrejos. El saliente giraba alrededor de la ladera. Joe se detuvo. El estrecho valle se había ensanchado en una gran llanura. Podía oír, lejos, abajo, el rumor de la marea contra las rocas.

Entre dos luces, Joe pudo ver las montañas que rodeaban el mar del Polo Norte. Las aguas cubiertas de nubes formaban una masa de unos cien kilómetros de diámetro. Las nubes eran más densas en el otro extremo del mar. Entonces él no sabía por qué, pero Sam le había explicado que las nubes ocultaban la desembocadura del Río, donde las aguas calientes entraban en contacto con el aire frío. Joe dio unos pasos más rodeando la curva del saledizo.

Y vio el cilindro gris de metal en el sendero ante él.

Por un instante no comprendió lo que era, tan extraño le pareció. Luego fue viéndolo como algo más familiar, y se dio cuenta de que era un cilindro dejado por un hombre que había recorrido antes que él aquel peligroso sendero. Algún peregrino desconocido que había sobrevivido a las mismas pruebas que él. Hasta aquel punto, claro está. Había puesto en el suelo el cilindro para comer. La tapa estaba abierta, y había en su interior malolientes restos de pescado y de pan de molde. El peregrino había utilizado el cilindro como recipiente, esperando quizá poder encontrar en el camino una piedra de cilindros y cargarlo otra vez.

Algo le había pasado. No habría dejado el cilindro allí a menos que le hubiesen matado o que estuviese tan aterrado como para escapar corriendo sin él.

Y a Joe se le puso la carne de gallina al pensar en eso.

Comenzó a rodear el punto en que el saledizo bordeaba un saliente de granito. Por un instante quedó bloqueada su visión del mar.

Bordeó el saliente... y lanzó un aullido.

Los demás le gritaron preguntándole qué le pasaba.

No podía decírselo, porque la impresión había borrado aquella lengua recién aprendida, y sólo hablaba su lengua nativa.



Las nubes que había en el centro del mar habían desaparecido en unos segundos. De las nubes brotaba la cúspide de una estructura. Era tubular y gris, como el extremo de un cilindro monstruoso.

Las masas de niebla ascendían y descendían a su alrededor, velándola y descubriéndola cada poco...

En algún lugar de las montañas que circundaban el mar del polo existía una hendidura. En aquel momento, el sol poniente debía de haber pasado por dicha hendidura. Un rayo de luz la cruzó y fue a dar en la cima de la Torre.

Joe entrecerró los ojos e intentó ver en la claridad del reflejo.

Una cosa redonda había aparecido sobre la cima de la Torre y descendía hacia ella. Era una cosa blanca en forma de huevo, y en ella relumbraba el sol.

Al instante siguiente, cuando el sol pasó la hendidura, el resplandor murió. La Torre y el objeto que había sobre ella se desvanecieron en medio de la niebla y la oscuridad. Joe, chillando ante la visión de aquel objeto volador, dio un paso atrás. Su pierna chocó con el cilindro abandonado allí por el peregrino desconocido.

Braceó intentado recuperar el equilibrio, pero ni siquiera su agilidad de hombre mono pudo salvarle. Se desplomó hacia atrás, dando gritos de terror mientras daba vueltas y vueltas en el aire. En una de estas vueltas vio los rostros de sus compañeros, una hilera de pequeños objetos oscuros con una O más oscura en sus bocas abiertas, viéndole descender hacia las nubes y las aguas del fondo.

—No recuerdo cuándo llegué al agua —dijo Joe—. Desperté trazedado a unaz treinta millaz de donde Zam Clemenz eztaba. Era una llanura donde vivían hombrez del norte del ziglo décimo dezpuéz de Crizto. Tuve que empezar a aprender otro idioma. Loz pequeñoz deznarigadoz me tenían miedo, pero lez guztaba que luchaze por elloz. Luego conocí a Zam y noz hicimoz camaradaz.

Permanecieron un rato en silencio. Joe alzó su vaso hasta sus labios finos y flexibles como los de un chimpancé y tragó el resto del licor. Los otros dos le miraron sombríos. La única claridad que había sobre ellos era el resplandor del fuego de sus cigarrillos.

—Y ese hombre —dijo von Richthofen— del circulito de cristal... ¿cómo dijiste que se llamaba?

—No lo dije.

—Bueno, entonces dílo. ¿Cómo se llamaba?

—Ijnaton. Zam zabe máz zobre él que yo, y ezo que yo viví cuatro añoz con él. Por lo menoz ezo ez lo que Zam dice. Pero... —Joe pareció empavonecerse— conozco a eze hombre, y todo lo que Zam zabe de él zon datoz hipotéticos, digamoz.

Von Richthofen dio las buenas noches y bajó a las bodegas. Sam paseó arriba y abajo, deteniéndose en una ocasión a encenderle un cigarrillo al timonel. Deseaba dormir, pero no podía. El insomnio le perseguía desde hacía años; lo tenía metido en el centro de su cerebro, que giraba como una rueda loca desgajada de la necesidad de descanso de su cuerpo.

Joe Miller se sentó apoyado en la borda y esperó a su amigo (el único hombre al que quería y en quien confiaba) para bajar a las bodegas. Luego su cabeza cayó, la porra de su nariz en un desmayado arco, y empezó a roncar. Era como el ruido lejano de los leñadores. Eran secoyas que se trinchaban, se hendían y se desplomaban. Inmensos suspiros y burbujeos alternaban con las actividades de los leñadores.

—Que duermas bien, camarada —dijo Sam, sabiendo que Joe soñaba con aquella Tierra, perdida para siempre, de mamuts y osos gigantes y leones y aquellas mujeres que a él le parecían bellas porque eran de su especie. En una ocasión gruñó y luego gimió, y Sam se dio cuenta de que ya estaba soñando otra vez que le había cogido un oso y le estaba royendo un pie. A Joe los pies le dolían día y noche. Como a todos los de su especie: eran demasiado pesados y gigantescos para la locomoción bípeda. La naturaleza había experimentado con algunas especies subhumanas de auténticos gigantes y luego los había desechado como un fallo.

—La ascensión y caída de los piesplanos —dijo Sam—. Un artículo que jamás escribiré.

Sam soltó un gruñido, débil eco del de Joe. Vio el cuerpo semimachacado de Livy, que le había sido ofrendado brevemente por las aguas y luego arrebatado otra vez. ¿O no sería realmente Livy? ¿No la había visto él por lo menos una docena de veces antes, cuando buscaba con su telescopio entre las multitudes de las riberas? Sin embargo, cuando había logrado convencer a Hachasangrienta de que pusiera proa a la orilla, simplemente para ver si aquel rostro era el de Livy, siempre se había visto frustrado. No había razón alguna para creer ahora que aquel cadáver había sido el de su esposa.

Suspiró de nuevo. ¡Qué crueldad si fuese Livy! ¡Qué semejante a la otra vida! Haber estado tan próximos, y luego verse privado de aquella proximidad unos minutos antes de poder reunirse con ella. Y aplastarla contra la cubierta como si Dios (o las fuerzas burlonas que controlaban el universo) fuese a reírse y a decir: «¡Mira lo cerca que estuviste! ¡Sufre, miserable conglomerado de átomos! ¡Aflígete, desventurado! ¡Tienes que pagar con tus lágrimas y tu calvario!».

—¿Pagar por qué? —murmuró Sam, mordisqueando su puro—. ¿Pagar por qué delito? ¿No he sufrido ya bastante en la Tierra por lo que hice, e incluso más por lo que no hice?

La muerte le había llegado en la Tierra y él se había alegrado porque significaba el final definitivo de toda aflicción. No tendría que llorar por la enfermedad y la muerte de su amada esposa y de sus queridas hijas, ni tendría que apesadumbrarse sintiéndose responsable de la muerte de su único hijo, muerte causada por su negligencia. ¿O fue solo un descuido lo que hizo que su hijo cogiese la enfermedad que le mató? ¿No había permitido su mente, de modo inconsciente, que la manta se escurriera destapando al pequeño Langdon, cuando lo llevaba a dar un paseo en un coche de caballos en aquel frío día de invierno?

—¡No! —dijo Sam, tan alto que Joe se estremeció y el timonel gruñó algo en noruego.

Golpeó su palma abierta con el puño, y Joe gruñó otra vez.

—Dios mío, ¿por qué tendré que dolerme ahora sintiéndome culpable por algo que haya hecho?

—gritó Sam—. ¡Ahora eso no importa! Todo ha quedado barrido, hemos empezado otra vez con el alma limpia.

Pero importaba. Daba igual que los muertos estuviesen otra vez vivos y que los enfermos estuviesen sanos y las malas acciones tan alejadas en tiempo y espacio que debieran perdonarse y olvidarse. Lo que un hombre había sido y había pensado en la Tierra aún lo era y lo pensaba allí.

De pronto, sintió deseos de una barrita de goma de los sueños. Aquello podría eliminar los remordimientos y hacer que se sintiera liberado y feliz.

Pero luego podía intensificarse la angustia. Nunca sabes si va a surgir algo tan aterrador que te haga desear la muerte. La última vez que tomó la goma, se había visto tan acosado por monstruos que no se había vuelto a atrever a probar fortuna. Pero quizá esta vez... ¡no!

¡El pequeño Langdon! ¡Jamás volvería a verle, jamás! Su hijo tenía solo veintiocho meses cuando murió, lo que significaba que no había resucitado en el valle del Río. Ningún niño muerto en la Tierra antes de los cinco años había sido resucitado. Al menos, resucitado allí. Se suponía que vivían en otro lugar, probablemente en otro planeta. Pero, por alguna razón, quien fuese responsable de aquello había decidido no incluir allí a los niños pequeños muertos. Con lo cual Sam jamás le encontraría para poder enmendar su yerro.

Ni encontraría nunca a Livy y a sus hijas, Sarah, Jean y Clara. Era imposible en un río que quizá tuviese veinte millones de kilómetros de longitud y en cuyas orillas posiblemente hubiese treinta y siete mil millones de personas. Aunque un hombre empezase por un extremo y recorriese andando una orilla y examinase a todas las personas que había en ella y luego, al llegar al final, volviese por el otro lado y los mirase a todos también, no podría lograrlo. Un kilómetro cuadrado al día significaría un viaje de, digamos, cuarenta millones divididos por trescientos sesenta y cinco... ¿cuánto será eso? No se le daban muy bien las operaciones mentales, pero debía de ser unos 109.000 años; aunque un hombre pudiese hacer esto, pudiese caminar todos esos kilómetros y asegurarse de no haber perdido un solo rostro, pasados más de 100.000 años aún podría no haber encontrado a quien buscaba. La anhelada persona podría haber muerto en algún punto al que aún no llegara el buscador y haber sido trasladada a un punto orilla abajo ya recorrido por el buscador, o el buscado podría haber pasado ante el buscador durante la noche, o quizá mientras el buscador buscaba al buscado.

Sin embargo, podría haber otro medio de conseguirlo. Los seres responsables de la existencia del valle del Río y de la Resurrección podían tener poder para localizar a cualquiera a voluntad. Debían de tener un archivo general o algún medio de identificar y localizar a los habitantes del valle.

O, si no lo tenían, podía al menos hacerles pagar por lo que habían hecho.

La historia de Joe Miller no era una fantasía. Tenía algunos aspectos muy desconcertantes, pero implicaba algo esperanzador. Implicaba que alguna persona desconocida (persona o ser) quería que los habitantes del valle supiesen de la existencia de la torre entre las nieblas del mar del Polo Norte. ¿Por qué? Sam no lo sabía, y ni siquiera podía imaginarlo. Pero alguien había hecho aquella cueva en el acantilado para que los seres humanos pudiesen saber de la existencia de la torre. Y en aquella

torre la luz debía borrar la oscuridad de la ignorancia. Sam estaba seguro de ello. Y luego estaba aquella conocida historia del inglés, Burlón o Perking, probablemente Burton, que había despertado prematuramente en la fase de pre resurrección. ¿No sería aquello un falso accidente, como la cueva del acantilado polar?

Y así, Samuel Clemens había tenido su primer sueño, lo había alimentado hasta hacer que se convirtiera en El Gran Sueño. Para realizarlo necesitaba hierro, mucho hierro. Fue esto lo que le empujó a convencer a Erik Hachasangrienta para embarcarse en la expedición en busca del origen del hacha de acero. Sam no había esperado en realidad que hubiese metal suficiente para construir el barco gigante, pero por lo menos los noruegos le llevaban río arriba, hacia el mar del polo.

Y ahora, por un golpe de suerte inmerecido (estaba convencido de no merecer nada bueno), tenía a su alcance más hierro del que podría haber esperado. Aunque, desde luego, eso no le había impedido esperar.

Necesitaba hombres con conocimientos. Ingenieros que supiesen tratar el hierro del meteorito, extraerlo, fundirlo y darle forma. E ingenieros y técnicos para el otro centenar de cosas necesarias.

Dio con el pie en las costillas a Joe Miller y le dijo:

—Levántate, Joe. Pronto lloverá.

El titántropo soltó un gruñido, se levantó como una torre entre la niebla y se estiró. La luz de las estrellas relampagueó en sus dientes. Siguió a Sam por la cubierta, haciendo rechinar las planchas de bambú bajo sus cuatrocientos kilos de peso. Se oyó una maldición en noruego procedente de abajo.

Las montañas de ambas riberas estaban cubiertas de nubes ahora, y la oscuridad se extendía sobre el valle y borraba el vivo resplandor de veinte mil estrellas gigantes y de las brillantes masas de gas. Pronto llovería de firme durante media hora, y luego las nubes desaparecerían.

En la orilla oriental brilló un relámpago y luego retumbó el trueno. Sam se detuvo. Los relámpagos siempre le daban miedo, o, más bien, el niño que había en él se asustaba. Los relámpagos le taladraban y le mostraban las acosadas y acosadoras caras de aquéllos a los que había injuriado o insultado o deshonrado, y tras ellos se difuminaban unos rostros que le reprochaban crímenes sin nombre. Los relámpagos se retorcían atravesándole; entonces.

Sam creía en un Dios vengador que iba a quemarle vivo, a ahogarle en ardiente dolor. En algún punto entre las nubes estaba el Colérico Retribuidor, y buscaba a Sam Clemens.

—Hay truenoz por el río. ¡No! ¡No zonz truenoz! ¡Ezcucha! ¿No lo oyez? Ez algo extraño, como un trueno pero diztinto.

Sam escuchó con la piel estremecida por el frío. Se oía un estruendo muy apagado río arriba. Sintió aún más frío al oír un estruendo más fuerte.

—¿Qué demonios es eso?

—No te azuztez, Zam —dijo Joe—. Eztoy yo contigo —pero también él temblaba.

Un relámpago iluminó fantasmalmente la orilla este. Sam dio un salto y gritó:

—¡Dios mío! ¡Vi algo que brillaba!

Joe se aproximó a él.

—¡Yo lo vi! Ez el barco, zabez, el barco que vi zobre la torre. ¡Pero ze ha ido!

Joe y Sam permanecieron en silencio, escrutando la oscuridad. El relámpago brilló de nuevo, y

esta vez no había ningún objeto blanco en forma de huevo sobre el río.

—Brotó de la nada y volvió a la nada. Como un milagro —dijo Sam—. Si no lo hubieses visto tú también, habría creído que se trataba de una ilusión.

—Todo como siempre —murmuró Sam, bromeando, aunque inconscientemente, pese a su sorpresa. Algo había hecho dormir a toda la tripulación del Dreyrigr, y mientras estaban inconscientes se había realizado el increíble trabajo de limpiar el barro y reemplazar la vegetación. ¡Aquella sección del Río había renacido!

Sam despertó en la cubierta. Estaba rígido, frío y confuso. Se giró y entrecerró los ojos, mirando hacia el sol que comenzaba a clarear por el oeste.

Joe estaba tendido a su lado, y el timonel dormía junto al timón.

Pero no fue esto lo que le hizo ponerse en pie. El oro del sol se había desvanecido cuando bajó su mirada. Todo estaba verde. Las llanuras y montañas llenas de fango, de ramas y restos de la crecida, habían desaparecido. Había yerba baja en las llanuras, yerba alta y bambú en las laderas, y pinos gigantes, robles, tejos y árboles de hierro por las montañas.

Se sentía insignificante, tal débil y desvalido como un perrillo. ¿Qué podía él, o cualquier humano, contra seres con poderes tan inmensos que podían realizar aquel milagro?

Sin embargo, tenía que haber una explicación, una explicación física. La ciencia y el fácil control de inmensas fuerzas habían hecho esto; no había allí nada sobrenatural.

Había una esperanza confortadora. Uno de los seres desconocidos podría estar del lado de la Humanidad. ¿Por qué? ¿En qué batalla mística?

Por entonces, toda la tripulación se había levantado. Hachasangrienta y Von Richthofen subieron a cubierta al mismo tiempo. Hachasangrienta frunció el ceño al ver allí al alemán, porque él no le había autorizado a estar en cubierta. Pero al ver la vegetación se emocionó tanto que se olvidó de ello.

Los rayos del sol brillaban sobre las grises estructuras en forma de hongos de las piedras de cilindros. Brillaban sobre centenares de pequeñas masas de vapor y de algo que parecía niebla, que habían brotado súbitamente en la hierba junto a las piedras. Las masas de niebla temblaban como olas de calor, y de pronto cristalizaron en cuerpos sólidos. Sobre la hierba había centenares de hombres y mujeres. Estaban desnudos, y junto a cada uno de ellos había un montoncito de toallas y un cilindro.

—Es un cambio saludable —murmuró Sam al alemán—. Los que murieron como consecuencia de la caída del meteorito y de que se estropearan los cilindros de la orilla occidental. Gente de todas partes. Una buena cosa, tardarán tiempo en organizarse, y no sabrán que hay hierro bajo sus pies.

—¿Cómo encontraremos el meteorito? —dijo Lothar von Richthofen—. Todo parece indicar que está sepultado.

—Si es que aún está —dijo Sam. Soltó una maldición—. No creo que quien tenga poder para hacer todo esto de la noche a la mañana haya de esforzarse mucho para eliminar un meteorito, aunque sea de ese tamaño.

Soltó un gruñido y añadió:

—¡O quizá haya caído en mitad del Río y esté sepultado ahora a mil metros de profundidad!

—Pareces deprimido, amigo —dijo Lothar—. No debes estarlo. En primer lugar, quizá no hayan eliminado el meteorito. En segundo, ¿qué más da que lo hayan hecho? No puedes estar peor de lo que estabas antes. Y aún hay vino, mujeres y canciones.

—No puedo sentirme satisfecho con eso —dijo Sam—. Además, no me cabe en la cabeza que fuésemos resucitados de entre los muertos para poder gozar por toda la eternidad. No tiene ningún sentido creer eso.

—¿Por qué no? —dijo Lothar riendo—. Tú no sabes qué motivos tienen esos seres misteriosos para crear todo esto y colocarnos aquí. Quizá ellos se alimenten de nuestros sentimientos.

A Sam aquello le pareció interesante. Sintió que se desvanecía parte de su depresión. Una nueva idea, aunque en sí misma fuese deprimente, le exaltaba.

—¿Quieres decir que quizá seamos ganado emocional? ¿Que nuestros propietarios se alimentan de grandes y jugosos filetes de amor, de costillas de esperanza, de hígados de desesperación, de

sesos de risa, de corazones de odio y de mollejas de orgasmo?

—Es solo una teoría —dijo Lothar—. Pero es tan buena como otras que he oído, y quizá mejor que la mayoría. A mí no me importa que se alimenten de mí. En realidad, puede que yo sea una de sus mejores piezas. Pero fíjate, mira qué belleza hay allí. ¡Déjame con ella!

Brevemente iluminado, Sam volvió a hundirse de nuevo en las oscuras sombras. Quizá el alemán tuviese razón, en cuyo caso un ser humano tenía tantas oportunidades para enfrentarse a lo desconocido como una vaca de burlar a sus dueños. Al menos un toro podía cornear, podía matar antes de enfrentarse con la derrota inevitable.

Explicó la situación a Hachasangrienta. El noruego pareció dudar.

—¿Cómo podemos encontrar esa estrella caída? No podemos cavar en la tierra en cualquier sitio buscándola. Ya sabes lo dura que es la hierba. Se tardan varios días en hacer un agujero pequeño con útiles de piedra. Y la hierba crece enseguida y llena el agujero.

—Tiene que haber un medio —dijo Sam—. Si tuviésemos una piedra imán o algún tipo de detector de metales. Pero no lo tenemos.

Lothar había estado ocupado haciendo señas a la monumental rubia de la orilla, pero no había dejado de escuchar a Sam. Se volvió y dijo:

—Las cosas se ven de otro modo desde el aire. Cuarenta generaciones de campesinos pueden trabajar la tierra sobre un antiguo edificio sin darse cuenta. Pero un aviador puede volar sobre esa tierra y ver inmediatamente que allí hay algo enterrado. Hay una diferencia de coloración, de vegetación a veces, aunque eso aquí no tendría mucha aplicación. Pero el terreno revela cosas subterráneas al que vuela alto. El suelo está a un nivel diferente sobre las ruinas.

Sam se entusiasmó.

—¿Quieres decir que si podemos construirte un planeador podrías localizar el lugar?

—Eso sería estupendo —dijo Lothar—. Podemos hacerlo algún día, pero de momento no será necesario volar. Basta con que subamos los montes hasta suficiente altura para tener una buena vista del valle.

Sam lanzó un alegre juramento.

—¡Fue un golpe de suerte encontrarte! ¡Nunca habría caído en eso!

—Pero quizá no podamos subir lo suficiente alto —dijo frunciendo el ceño—. Mirad aquellas montañas. Ascenden en vertical, lisas como un político que niega haber hecho promesas en su campaña electoral.

Hachasangrienta preguntó con impaciencia de qué hablaban: Sam se lo explicó.

—Quizá ese tipo nos sirva de algo después de todo —dijo Hachasangrienta—. No hay ningún problema, o al menos no hay ningún problema insuperable, si podemos tallar peldaños hasta una altura de unos trescientos metros. Nos llevará mucho tiempo, pero merecerá la pena.

—¿Y si no hay pedernal? —dijo Sam.

—Podríamos hacer pólvora y abrirnos paso con ella —dijo Hachasangrienta—. Con pólvora podríamos.

—Para eso necesitamos excrementos humanos, de los que no hay escasez —dijo Sam—. Y el bambú y el pino nos pueden dar carbón vegetal. Pero, ¿cómo obtener azufre? No debe de haber

azufre en un radio de mil quinientos kilómetros o más.

—Sabemos que hay mucho a unos mil kilómetros río abajo —dijo Hachasangrienta—. Pero lo primero es lo primero. Ante todo hemos de localizar el meteorito. Luego, logrado esto, no debemos hacer nada hasta que no construyamos un fuerte para defenderlo. Te aseguro que quizá podamos llegar los primeros allí, pero no seremos los únicos. De todas partes vendrán lobos atraídos por su aroma. Vendrán muchos, y tendremos que combatir para conservar el hierro. Así que... lo primero localizar la estrella, luego prepararnos para defenderla.

Sam lanzó otro juramento.

—Puede que estemos pasando ante el meteorito en este momento —dijo.

—Entonces desembarquemos aquí —dijo Hachasangrienta—. Es un sitio tan bueno como cualquier otro para empezar. Además, aún tenemos que desayunar.

Tres días más tarde, la tripulación del Dreyrgr había descubierto que no existía pedernal ni calcedonia en la zona inmediata. Todo el que pudiese haber habitado anteriormente allí debía de haberse calcinado por el impacto del meteorito. Y el suelo y la vegetación colocados allí después no contenían piedra alguna.

A veces, podían encontrarse rocas útiles para hacer herramientas y armas al pie de las colinas, en la base de las montañas. O, si los montes estaban quebrados en la base, como sucedía a veces, tenían piedras utilizables. Aquella zona estaba pelada.

—No tenemos suerte —se lamentó Sam una noche, hablando con von Richthofen—. No tenemos ningún medio de encontrar el meteorito. Y aunque lo encontrásemos, no tendríamos medio de desenterrarlo. Y si pudiésemos hacerlo, ¿cómo lo extraeríamos? El ferroníquel es un material muy denso y muy duro.

—Eres el humorista más grande del mundo —dijo Lothar—. ¿Has cambiado mucho desde que resucitaste?

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —preguntó Sam—. Un humorista es un hombre con el alma negra, negra, pero que convierte su oscuridad en explosiones de luz. Y cuando la luz muere, vuelve la negrura.

Sam miró fijamente durante un rato el fuego de bambú. Había allí rostros compactos, aplastados, que se alargaban luego, que se expandían, que flotaban (como chispas) y que se achicaban hasta que la noche y las estrellas los absorbían. Livy, llorosa, giraba hacia arriba en espiral. Su hija Jean, con la cara inmóvil y fría que tenía en el ataúd, ardiendo pero helada, los labios cerrados, hacía un gesto y pasaba con el humo. Su padre en su ataúd. Su hermano Henry. Sus facciones abrasadas e hinchadas por la explosión de la caldera de vapor. Y luego una cara con una sonrisa burlona. La de Tom Blankenship, el muchacho que sirvió de modelo para Huckleberry Finn.

En Sam siempre había permanecido vivo el niño que deseaba navegar eternamente en una balsa Mississippi abajo con muchas aventuras y ninguna responsabilidad. Ahora tenía la posibilidad de navegar eternamente en una balsa. Podría correr infinidad de emocionantes aventuras, podría conocer suficientes duques y condes y reyes para satisfacer al más exigente. Podría vagabundear, holgazanear, pescar, hablar noche y día, no tendría que trabajar para comer, podría pasarse mil años haciendo exactamente lo que quisiese.



El problema era que no podía hacer exactamente lo que deseaba. Había demasiadas zonas donde se practicaba la esclavitud de los cilindros. Hombres malvados cogían cautivos y despojaban a sus prisioneros de los bienes que sus cilindros les ofrecían: los puros, el licor, la goma de los sueños. Mantenían al prisionero con lo suficiente para que estuviese lo bastante vivo como para poder utilizar su cilindro. Ataban a los esclavos de pies y manos como si fuesen gallinas camino del mercado, para que no se suicidasen. Y si un hombre lograba suicidarse, era trasladado a otro punto a miles de kilómetros de distancia, y podía encontrarse otra vez en manos de esclavistas de cilindros.

Además, era un hombre adulto y no estaría tan feliz como un muchacho en una balsa. No; si debía viajar por el río, necesitaba protección, consuelo, y, un deseo innegable, autoridad. Además, había otra gran ambición ligada a la de ser piloto de un buque fluvial. Había logrado esto durante un tiempo en la Tierra. Ahora sería capitán de un barco de aquel Río, el mayor, más rápido y más poderoso buque fluvial que hubiese existido nunca, en el Río más grande del mundo, un río que convertía al Mississippi, Missouri y a todos sus afluentes, y al Nilo, el Amazonas, el Congo, el Obi, el Río Amarillo, a todos unidos, en sólo un mísero arroyuelo. Su barco tendría seis cubiertas por encima de la línea de flotación, dispondría de dos inmensas ruedas laterales, de lujosos camarotes para los diversos pasajeros y para la tripulación, que estaría compuesta por hombres y mujeres famosos en su época; y él, Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain, sería el capitán. Y el barco no se detendría hasta llegar al nacimiento del Río, donde enviarían una expedición contra los monstruos que habían creado aquel lugar y devuelto a toda la humanidad a sus dolores, frustraciones, desilusiones y pesares.

El viaje podría durar un centenar de años, incluso dos o tres siglos, pero daba igual. Aunque no hubiese mucho en aquel mundo, tiempo había de sobra.

Sam se animó un poco con el brillo de sus imágenes, el poderoso barco fluvial, él como su capitán en el camarote, su primer lugarteniente podría ser el Sr. Cristóbal Colón o el Sr. Francis Drake, su capitán de marineros (no, capitán no, comandante, sólo podía haber una persona a bordo con el título de capitán, el propio Sam Clemens), su comandante podría ser Alejandro el Grande, o Julio César, o Ulyses S. Grant.

El alfilerazo de un pensamiento taladró el maravilloso globo que flotaba al viento de sus sueños. Aquellos dos viejos bastardos, Alejandro y César, no se someterían mucho tiempo a una posición subordinada. Conspirarían desde el principio para hacerse con el mando del barco. ¿Y aceptaría un gran hombre como Grant recibir órdenes de él, de Sam Clemens, un simple humorista, un literato, en un mundo donde la literatura no existía?

El hidrógeno luminiscente de sus imágenes se esfumó. Sam se encogió. Pensó otra vez en Livy, tan cerca y arrebatada por lo mismo que había hecho posible su otro sueño. Se la habían mostrado brevemente como si todo fuese obra de un dios cruel, y luego la habían hecho desaparecer otra vez. ¿Y era posible aquel otro sueño? No podría encontrar aquel inmenso depósito de hierro que debía estar en alguna parte por allí cerca...

—Pareces cansado y pálido, Sam —dijo Lothar. Sam se levantó y dijo:

—Me voy a la cama.

—¡Cómo! ¿Y vas a desilusionar a esa belleza veneciana del siglo XVII que no ha hecho más que mirarte toda la tarde? —dijo Lothar.

—Ocúpate tú de ella —dijo Sam.

Se alejó. Durante las horas anteriores se había sentido tentado de llevársela a su cabaña, especialmente con el calor del whisky del cilindro. Ahora sentía indiferencia. Además, sabía que volvería a sentir remordimientos si se llevaba a la cama a Angela Sangeotti. Había sufrido remordimientos periódicos durante los veinte años que llevaba en aquel mundo con las diez mujeres que habían sido sus compañeras. Y ahora, curiosamente, se sentía culpable no sólo frente a Livy, sino también frente a Temah, su compañera indonesia de los últimos cinco años.

¡Ridículo!, se había dicho a sí mismo varias veces. No hay ningún motivo racional para que me sienta culpable frente a Livy. Llevamos tanto tiempo separados que si nos viésemos otra vez seríamos como extraños. Nos han sucedido demasiadas cosas a ambos desde el Día de la Resurrección.

Pero su lógica no le aliviaba. Continuaba sufriendo. Y por qué no. El racionalismo nada tenía que ver con la auténtica lógica. El hombre era un animal irracional, que actuaba en estricto acuerdo con su temperamento nato y con los estímulos a los que era especialmente sensible.

¿Por qué torturarme entonces con cosas de las que no soy responsable, dado que no puedo evitar reaccionar como reacciono?

Porque corresponde a mi carácter el torturarme por cosas que no son culpa mía. Es una doble maldición. El primer átomo que se movió en la Tierra primigenia y chocó contra otro átomo inició la cadena de acontecimientos que habrían de llevar inevitable, mecánicamente, a que yo estuviese aquí y caminase en la oscuridad en un planeta extraño entre una multitud de jóvenes viejos de todos los lugares y todas las épocas hasta una cabaña de bambú donde me esperan la soledad, el sentimiento de culpa y los remordimientos, racionalmente innecesarios, pero aún así inevitables.

Podría darme muerte a mí mismo, pero el suicidio aquí es inútil. Te despiertas veinticuatro horas más tarde en un sitio diferente, pero continúas siendo el mismo hombre que se tiró al río, y sabes que otro salto no resolverá nada, y posiblemente te ponga en una situación aún más desdichada.

—¡Bastardos crueles sin corazón! —dijo, agitando un puño. Luego se rió pesaroso y dijo—: Pero ellos no son responsables de la dureza de sus corazones y de su crueldad más de lo que lo soy yo por ser como soy. Todos estamos en lo mismo.

Pero este pensamiento no aplacó sus deseos de venganza. Él mordería la mano que le había dado la vida eterna.

Su cabaña de bambú de la falda de la montaña estaba situada bajo un gran árbol de hierro. Aunque era poco más que un cobertizo, representaba un auténtico lujo en aquella zona, pues allí los instrumentos de piedra necesarios para construir casas eran sumamente escasos. Los trasladadores habían tenido que arreglárselas con los materiales que tenían a mano. Plantas de bambú dobladas y

atadas entre sí con cuerdas de hierba en el techo y en las paredes laterales y cubiertas con grandes hojas en forma de oreja de elefante de los árboles de hierro. Entre las quinientas variedades de bambú que había en el valle, algunas podían fragmentarse y convertirse en cuchillos que, sin embargo, perdían fácilmente su filo.

Sam entre en su cabaña, se tendió en el jergón, y se tapó con varias toallas grandes. El desmayado rumor de una juerga distante le alteró. Tras vacilar un rato, cedió a la tentación de mascar un trozo de goma de los sueños. No había modo de predecir cuál iba a ser su efecto: el éxtasis, la visión de brillantes formas multicolores, la sensación de perfecto acuerdo con el mundo, el deseo de hacer el amor, o una oscuridad abismal llena de monstruos, de espectros recriminadores de la Tierra muerta, ardiendo en las llamas del infierno mientras demonios sin rostro se reían de sus gemidos.

Mascó, tragó saliva, y se dio cuenta inmediatamente de que había cometido un error. Ya era demasiado tarde. Continuó mascando y empezó a ver ante él escenas de aquella vez que siendo muchacho se había ahogado, o al menos estuvo a punto de ahogarse y habría muerto si no le hubiesen sacado del agua. Esa fue la primera vez que morí, pensó, y luego se dijo no, morí cuando nacía. Es algo extraño, mi madre jamás me habló de eso.

Podía ver a su madre tendida en la cama, el pelo revuelto, la cara pálida, los ojos semicerrados, la mandíbula desencajada. El médico trabajaba en la extracción del niño (él mismo, Sam) sin dejar de fumar su puro. Decía por una esquina de la boca al padre de Sam:

—Creo que casi no merece la pena salvarle.

—¿Puede salvar al niño y también a Jane? —preguntó su padre.

El médico tenía una mata de cabello pelirrojo muy brillante, un tupido bigote rojo caído y pálidos ojos azules. Era un rostro extraño y brutal.

—Corregiré mis errores —dijo—. Se preocupa usted demasiado. Salvaré a este pedazo de carne, aunque no merece la pena hacerlo, y la salvaré también a ella.

El médico lo enrolló en una sábana y lo metió en la cama, y luego se sentó y empezó a escribir en un cuadernito negro.

—¿Se pone usted a escribir en un momento como éste? —preguntó el padre de Sam.

—He de escribir —dijo el médico—, y ya casi habría terminado si no tuviese que hablar tanto. Es un diario que llevo en el que inscribo a todas las almas que traigo al mundo. Me propongo escribir algún día una historia de estos niños, descubrir si alguno llega a significar algo. Si logro traer un genio, uno solo, a este valle de lágrimas, creo que mi vida habrá tenido sentido. En caso contrario, no habré hecho más que perder el tiempo trayendo al mundo a miles de idiotas, hipócritas, sicarios, etc.

El pequeño Sam empezó a llorar y el médico dijo:

—Da la sensación de haber sido un alma perdida antes de su muerte, ¿no es así? Como si estuviese soportando la culpa de todos los pecados del mundo sobre sus pequeños hombros.

—Es usted un hombre extraño —dijo su padre—. El demonio, creo. Desde luego, no tiene usted temor de Dios.

—Yo rindo tributo al Príncipe de las Tinieblas, sí —admitió el médico.

La habitación estaba empapada del olor de la sangre, y del aliento alcohólico del médico, y de su

cigarro y de su sudor.

—¿Cómo piensa llamarle? ¿Samuel? ¡Yo me llamo así también! Significa nombre de Dios. Es una broma. Dos Samueles, ¿eh? Vaya diablillo, no creo que viva. Si lo consigue deseará no haberlo conseguido.

—¡Salga de mi casa, aborto de Satanás! ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Salga de aquí! ¡Llamaré a otro médico! ¡Ni siquiera diré que atendió usted a mi mujer o tuvo algo que ver con esto o estuvo en mi casa! ¡Limpiaré esta casa de su diabólico olor!

El médico, tambaleándose, metió sus sucios instrumentos en el maletín y lo cerró.

—Está bien. Pero ha prolongado usted mi estancia en este miserable pueblo de idiotas. Yo iba de camino hacia cosas mejores y más importantes, mi querido pueblerino. Sólo la bondad de mi corazón me hizo compadecerle porque los medicuchos que trabajan en este rincón estaban fuera. Abandoné las comodidades de la taberna para venir aquí y salvar a un niño que estaría mejor muerto, infinitamente mejor. Lo que me recuerda, aunque no sé por qué, que tiene usted que pagarme mis honorarios.

—¡Debería echarle de la casa y pagarle sólo con maldiciones! —dijo el padre de Sam—. Pero un hombre debe pagar sus deudas sean cuales sean las circunstancias. Aquí tiene usted sus treinta piezas de plata.

—A mí me parece más bien papel —dijo el médico—. Bueno, puede usted acudir a su suministrador de píldoras, locura y muerte, pero recuerde que fue el doctor Ecks el que arrancó a su mujer y a su hijo de las fauces de la muerte. Ecks, la cifra desconocida, el eterno errante, el misterioso extranjero, el demonio dedicado a mantener vivos a otros pobres diablos, y dedicado también al whisky diabólico, dado que no puedo acostumbrarme al ron.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó el padre de Sam—. ¡Fuera antes de que le mate!

—No hay gratitud en este mundo —masculló el Dr. Ecks—. Vengo de la nada, recorro el mundo poblado por idiotas, y vuelvo a la nada. Ecks significa nada.

Sudando, los ojos abiertos y fijos como los de un Apolo de piedra, Sam contemplaba el drama. Escena y actores estaban encerrados en un globo de pálida luz amarilla a través del cual resplandecían y luego se desvanecían venas rojas como relámpagos. El médico volvió la cara una vez antes de cruzar la puerta de la casa de Florida, Missouri, el 30 de noviembre de 1825. Se sacó un puro de la boca y rió burlescamente, mostrando unos grandes dientes amarillos entre los que destacaban dos caninos anormalmente blancos y anormalmente largos.

Como si la escena fuese una película, se detuvo de pronto y se desvaneció. A través de la puerta que había sido la del lugar de nacimiento de Sam y ahora era la puerta de la cabaña de bambú, cruzó otra figura. La luz de las estrellas reveló su silueta un instante, luego se deslizó entre las sombras. Sam cerró los ojos y se preparó para otra experiencia aterradora. Gruñó y deseó no haber tomado la goma de los sueños. Sin embargo, sabía que bajo el terror había un hilo de complacencia. Odiaba aquello y a la vez le producía placer. Aquel drama-nacimiento era una fantasía, creada por él para explicar por qué era la clase de hombre que era. Pero, ¿qué era aquella figura oscura que se movía silenciosa y decididamente como la muerte? ¿De qué profunda caverna de su mente brotaba aquella criatura?

Oyó una voz de barítono.

—¡Sam Clemens! ¡No te asustes! ¡No estoy aquí para hacerte daño! ¡Vengo a ayudarte!

—¿Y qué quieres a cambio de tu ayuda? —dijo Sam. El otro soltó una risita y dijo:

—Eres el tipo de ser humano que me gusta. Elegí bien.

—Quieres decir que yo te elegí para que me eligieras —replicó Sam.

Hubo una pausa de varios segundos, y luego el hombre dijo:

—Ya veo. Crees que soy una fantasía más inspirada por la goma. No es así. Tócame.

—¿Para qué? —dijo Sam—. Como fantasía inspirada por la goma, deberías saber que podría palparte además de verte y oírte. Explica lo que tengas que explicar.

—¿Todo? Eso llevaría demasiado tiempo. Y no me atrevo a estar mucho tiempo contigo. Hay otros en esta zona que podrían darse cuenta. Sería muy malo para mí, puesto que son muy suspicaces. Saben que hay un traidor entre ellos, pero no tienen la menor idea de quién pueda ser.

—¿Otros? ¿Ellos? —preguntó Sam.

—Ellos (nosotros, los Éticos), estamos haciendo un trabajo de campo en esta zona —dijo la sombra—. Es una situación única, la primera vez que se ha reunido una colección de seres humanos sin ninguna homogeneidad entre sí. Proporciona una preciosa oportunidad de estudio, y estamos registrándolo todo. Estoy aquí como administrador jefe, pues soy uno de Los Doce.

—Tendré que localizarte después de que despierte —contestó Sam.

—Tú estás despierto y yo existo. Tengo realidad objetiva y, repito, no tengo mucho tiempo.

Sam empezó a incorporarse, pero fue empujado otra vez a su jergón por una mano que de algún modo comunicaba una sensación de gran poder, muscular y mental. Sam se estremeció al sentirlo.

—Tú eres uno de Ellos —murmuró—. ¡Uno de ellos!

Rechazó la idea de agarrarle y pedir ayuda.

—Soy uno de ellos, pero no estoy con ellos —dijo el otro—. Estoy con vosotros, los humanos, y estoy intentando que mi gente no complete su sucio proyecto. Tengo un plan, pero exigirá mucho tiempo, mucha paciencia, y actuar con calma, con cuidado, y con astucia. He establecido contacto ya con tres humanos. Tú eres el cuarto. Conocen parte del plan, pero no todo el plan. Si alguno de ellos fuese localizado e interrogado, sólo podría revelar a los Éticos un poco. El plan debe desarrollarse lentamente y todo debe parecer accidental.

—Del mismo modo que el meteorito debe parecer accidental.

Sam empezó a incorporarse otra vez, pero se detuvo antes de que la mano le tocara.

—¿No fue un accidente?

—No. Hace tiempo que sé que te propones construir un barco fluvial y navegar hasta el final del Río. Sería imposible sin hierro. Por tanto, hice que el meteorito penetrase en la órbita de este planeta y cayese cerca de ti. No demasiado, claro está, porque habrías muerto y habrías resucitado lejos de esta zona. Hay sistemas de protección para impedir que caigan estos materiales del espacio en el valle, pero logré anularlos el tiempo suficiente como para que el meteorito pasara. Por desgracia, los guardianes estuvieron a punto de poner en funcionamiento a tiempo el sistema de rechazo. Cuando el sistema volvió a actuar, hizo que el meteorito se desviase de la ruta que yo había planeado. Como consecuencia, nosotros, quiero decir tú, casi mueres. Fue una suerte que no murieses. Pero luego he

descubierto que lo que tú llamas suerte está de mi parte.

—¿Entonces la estrella caída?...

—La caída de esta estrella fue deliberadamente provocada, sí.

—«Si saben tanto de mí, debe de ser un miembro de la tripulación del Dreyruger», pensó Sam, «a menos que sea capaz de hacerse invisible. Lo cual no es imposible. Ese navío en forma de huevo que vi en el aire era invisible. Lo vi únicamente porque por alguna razón se hizo visible muy brevemente. Puede que el relámpago interfiriese en el funcionamiento del aparato que hace invisible la nave. Pero, ¿qué estoy pensando? Esto no es más que otra fantasía de la goma de los sueños».

—¡Uno de sus agentes anda cerca! —dijo el otro—. ¡Escucha atentamente! El meteorito no fue retirado porque no nos dio tiempo. Al menos esa fue mi decisión. Está enterrado bajo llanuras y laderas a quince kilómetros de aquí. Sigue diez piedras de cilindros Río arriba. Llegarás al perímetro del cráter original donde están enterradas varias grandes masas y algunos trozos pequeños. Comenzad a cavar. El resto queda de vuestra cuenta. Os ayudaré cuanto pueda, pero no puedo hacerlo abiertamente.

El corazón de Sam latía con tal fuerza que su propia voz parecía enmudecida.

—¿Por qué quieres que yo construya el barco?

—Lo descubrirás a su tiempo. Por ahora conténtate con saber que tendrás lo que necesitas. ¡Escucha! Hay un inmenso depósito de bauxita a sólo ochenta kilómetros Río arriba, bajo la superficie de las montañas, junto a la base. Y cerca hay un pequeño depósito de platino, y a tres kilómetros de él, cinabrio.

—¿Bauxita? ¿Platino?

—¡Estúpido!

Se oyó el rumor de una respiración pesada. Sam casi pudo oír el combate interior de aquel hombre por controlar su disgusto y su furia. Luego añadió sosegadamente:

—Necesitas bauxita para extraer aluminio y platino como catalizador para las distintas cosas que tendrás en tu barco. No he tenido tiempo para explicártelo. Hay varios ingenieros en esta zona que te dirán lo que tienes que hacer con los minerales. Debo irme. Él está acercándose mucho. Haz simplemente lo que te digo. Y, oh, sí, hay pedernal a unos cincuenta kilómetros río arriba.

—Pero... —dijo Sam. La silueta del otro se perfiló un instante y luego desapareció. Sam se levantó y con paso inseguro se acercó a la puerta. En las orillas del Río aún se veían hogueras, y pequeñas figuras cabrioleaban frente a ellas. El extranjero había desaparecido. Sam dio la vuelta a la cabaña para mirar en la parte de atrás, pero allí no había nadie. Miró al cielo, pálido, con grandes nubes de gas y brillantes racimos, blancos, azules, rojos y amarillos, de estrellas. Tenía esperanzas de poder captar por un instante la forma de un vehículo que pasaba de la visibilidad a la invisibilidad. Pero no vio nada.

Al regresar a la cabaña, le sorprendió una inmensa figura que estaba plantada oscura e inmóvil ante la puerta. Su corazón martilleó mientras decía:

—¿Joe?

—Zi —respondió una voz profunda y cavernosa. Joe avanzó hacia él y dijo—: Ha ezrado alguien no humano aquí. Lo huelo. Dejó un aroma eztraño, diferente del que tenéiz los humano. Ya sabez, me recuerda...

Guardó silencio un rato. Sam esperó, sabiendo que las poderosas ruedas de piedra estaban machacando la harina del pensamiento. Luego Joe dijo:

—¡Bueno, maldita zea!

—¿De qué se trata, Joe?

—Zucedió hace mucho tiempo en la Tierra, ¿zabez?, antez de que me mataran allí. No, no puede zer. Dioz mío, zi lo que dicez ez verdad zobre el tiempo que hace que yo vivía, debió zer quizáz hace unoz cien mil añoz.

—Vamos, Joe, me tienes intrigado, cuenta.

—Bueno, no vaz a creerme. Pero devez recordar que también mi nariz tiene memoria.

—Debe tenerla, es tan grande como tu cerebro —dijo Sam—. ¿Lo sueltas, o estás intentando matarme de curiosidad frustrada?

—Eztá bien, Zam. Yo eztaba ziguiendo a un tribeño wifthagkruilth, vivía a unoz quince kilómetroz de nozotroz al otro lado de una gran colina que parecía...

—Deja los detalles, Joe —exclamó Sam.

—Bueno, era a última hora del día y yo zabía que eztaba alcanzando ya a mi enemigo porque zuz huellaz eran frezcaz. Y entonces oí un ruido que me hizo penzar que quizáz el tipo al que yo zeguía había retrocedido para zorprenderme por detrás e iba a rezultar yo el cazado. Azi que me dejé caer al zuelo y me puze a arraztrarme hacia el ruido. Y, ¿zabez lo que vi? Demonioz, ¡por qué no te lo habré contado antez! ¡Qué tonto zoy!

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué pasó?

—Bueno, el tipo al que yo zeguía ze había dado cuenta aunque no zé cómo, porque yo zoy, peze a mi tamaño, tan zilenciozo como una comadreja que acecha a un pájaro. Pero lo cierto ez que él había dado la vuelta y podría haberme zorprendido por detrás. Pero eztaba tendido en el zuelo, frío como el mármol, y había doz humano. Entonces, yo zoy tan valiente como el que máz, pero era la primera vez que veía humano. Y por ezo me azuzté. Me moztré cauto, ez verdad.

»Llevaban ropa, lo que tú me haz dezcrito como ropa. Tenían en laz mano. unaz cozaz de azpecto eztraño, como de medio metro de longitud, una ezpecie de varillaz negraz y gruezaz que no eran de madera, que parecían como de acero del que ezta hecha el hacha de Hachazangrienta.

»Yo eztaba bien ezcondido, pero aquellos baztardo. z tenían algún modo de zaber que yo eztaba allí. Uno de elloz me apuntó con la varilla y me quedé inconzciente. Cuando volví en mí, loz doz humano. z y el wif ya ze habían ido. Zalí corriendo de allí, pero nunca olvidé aquel olor.

—¿Esa es toda la historia? —dijo Sam. Joe asintió.

—¡Maldita sea! —dijo Sam—. Eso significa que esas... esas personas... han estado controlándonos durante medio millón de años... o quizá más... ¿O no son las mismas personas?

—¿Qué quieréz decir?

Sam explicó a Joe que jamás debería decir a nadie lo que iba a oír. Sabía que podía confiar en el titántropo, pero cuando se lo explicó, sintió recelos. X le había exigido no decir una palabra a nadie más. Joe asintió tanto que la silueta de su nariz era como un madero alzándose y cayendo en una mar picada.

—Todo encaja. Ze trata de una coincidencia, ¿no ez azi? El que yo loz vieze en la Tierra y luego fueze en la ezedición de Ignaton y vieze la torre y la nave aérea y ahora que tú zeaz ezcogido por eze X para hacer el barco de vapor, ¿qué me dicez de ezo?

Sam estaba tan emocionado que no pudo dormirse hasta poco antes del amanecer. Logró levantarse para el desayuno, aunque habría preferido quedarse en la cama. Mientras los vikingos, el alemán, Joe y él comían los contenidos de sus cilindros, les explicó una versión censurada de su experiencia. Pero lo explicó como si hubiera sido un sueño. Si no hubiese tenido el respaldo olfatorio de Joe hubiese creído que la presencia de aquel extranjero misterioso era un sueño.

Von Richthofen, por supuesto, se burló del asunto, pero los noruegos creían en la revelación a través de los sueños. O al menos, la mayoría. Desgraciadamente, entre los inevitables escépticos estaba Erik Hachasangrienta.

—¿Acaso quieréz que recorramos quince kilómetros y nos pongamos a cavar sólo porque has tenido una pesadilla? —aulló—. Siempre he creído que tenías la mente tan débil como el valor, Clemens, y ahora estoy convencido de ello. Olvídalo.

Sam había estado sentado mientras comía. Se puso en pie y, echando chispas por los ojos bajo sus tupidas cejas, dijo:

—Joe y yo iremos allí. Organizaremos a los habitantes para que nos ayuden a cavar, y cuando encontremos el hierro (que sin duda encontraremos), no podréis de manera alguna entrar en la organización. Ni por dinero ni por amor. Esto último, por cierto, jamás lo habéis tenido ni en la Tierra ni aquí, y lo primero simplemente no existe.

Hachasangrienta, escupiendo pan y carne, gritó agitando su hacha:

—¡Ningún siervo miserable va a hablar me así! ¡No cavarás más que tu tumba, perro!

Joe, que se había lanzado ya a apoyar a Clemens, gruñó y desenfundó su inmensa hacha de piedra.

Los vikingos dejaron de comer y se situaron detrás de su jefe. Von Richthofen había estado riéndose mientras Clemens describía su sueño. La sonrisa se heló en sus labios y empezó a temblar. El temblor no se debía al miedo. Se levantó y, sin decir palabra, se puso a la derecha de Clemens.

—Te has burlado —dijo a Hachasangrienta— del valor y la destreza en el combate de los alemanes, amigo noruego. Ahora te vas a tragar esas burlas.

—¡Dos gallitos de pelea y un mono! —exclamó Hachasangrienta entre carcajadas—. No vais a tener una muerte fácil. ¡Procuraré que tardéis días en hallar el gozo de la muerte! ¡Espero veros pedirme que acabe con vuestro dolor!

—¡Joe! —dijo Clemens—. Asegúrate de que matas a Hachasangrienta el primero. Luego puedes dedicarte a los demás.



Joe se echó los veinticinco kilos de su hacha sobre el hombro y luego la hizo girar en un arco de cuarenta y cinco grados, atrás y adelante, con la misma facilidad que si pesase un gramo.

—Puedo liquidarle de un zolo golpe y acabar con unoz cuantoz más dezpuéz.

Los noruegos sabían que eso era posible; le habían visto aplastar demasiados cráneos. Era capaz de matar a media docena antes de que lograsen liquidarle, e incluso matarles a todos y seguir vivo. Pero habían jurado defender a Hachasangrienta hasta la muerte y, aunque muchos le detestasen, cumplirían su palabra.

En el valle del Río no había por qué haber cobardes; el valor debería haberse extendido a todos los hombres. La muerte no era permanente; un hombre moría y resucitaba otra vez. Pero, normalmente, los que habían sido valientes en la Tierra lo eran allí, y los que en la Tierra no lo habían sido continuaban no siéndolo. La mente sabía que la muerte sólo duraba un día, pero las células del cuerpo, el inconsciente, las configuraciones emocionales, o aquello que conforma el carácter de un hombre, no reconocían el hecho. Sam Clemens eludía la violencia y el dolor resultante (al que temía más que a la muerte violenta) siempre que podía. Había luchado con los vikingos, había enarbolado el hacha, lanzado el venablo, herido, e incluso en una ocasión matado a un hombre, aunque había sido más accidente que destreza suya. Pero era un guerrero poco eficaz. En la batalla las válvulas de su corazón se abrían de par en par y su fuerza escapaba por ellas. Sam sabía muy bien esto, pero no sentía la menor vergüenza ni se hacía reproche alguno por ello.

Erik Hachasangrienta estaba furioso, aunque no atemorizado. Pero si moría, y era probable que así fuese, nunca podría tomar parte en aquel sueño de Clemens del gran barco fluvial y conquistar las ciudadelas del Polo Norte. Y aunque desconfiaba ya un poco de aquel sueño, una parte de él aún creía que los sueños podían ser revelaciones que los dioses enviaban. Quizá estuviese privándose de un futuro glorioso.

Sam Clemens conocía bien a aquel hombre y estaba seguro de que sus ambiciones anegarían su cólera. Y así fue. El rey bajó el hacha y forzó una sonrisa.

—No es bueno poner en duda lo que los dioses revelan hasta investigarlo —dijo—. He conocido sacerdotes a quienes Odin y Heimdall revelaron verdades en sueños, aunque no tuviesen coraje para luchar y contasen mentiras, salvo cuando hablaban de los dioses. Así que iremos a extraer ese hierro. Si hay hierro, claro. Si no... volveremos a tomar la disputa en el punto en que la dejamos.

Sam suspiró, aliviado y deseoso de poder dejar de temblar. Le dolía el vientre de ganas de evacuar, pero no se atrevía a irse en aquel momento. Tenía que representar el papel de quien tiene las mejores cartas.

Diez minutos después, sin poder aguantar más, se fue a su cabaña.

X, el Misterioso Extraño, había dicho que podían cavar en cualquier lugar próximo diez piedras de cilindro Río arriba. Sin embargo, los mineros tendrían ante todo que dar alguna explicación a los lugareños.

Un gángster de los años veinte y treinta de Chicago, Alfonso Gilberti, se había aliado con un magnate minero y siderúrgico belga de finales del siglo XIX y con un sultán turco de mediados del XVIII. Su triunvirato había seguido la norma ya clásica de organizar en una pequeña banda a los que habían sido implacables explotadores de sus semejantes en el crimen, los negocios y otras

actividades mundanas. Los que ponían objeciones a estos nuevos dirigentes elegidos por sí mismos habían sido liquidados el día antes, y la banda había decidido qué porcentaje del producto de sus cilindros debía pagar cada «ciudadano» por «protección». Gilbretti había elegido un harén de cinco mujeres, de las cuales dos estaban deseando morir y una había muerto ya, porque había logrado partirse la cabeza con un cilindro cuando él entró en su cabaña la noche anterior.

Clemens supo todo esto por lo que habló con la gente. Comprendió que los vikingos habrían de enfrentarse a doscientos asesinos y a por lo menos mil de los llamados milicianos. Serían frente a ellos sólo cuarenta hombres y veinte mujeres. Pero los lugareños iban armados sólo con lanzas de bambú de puntas endurecidas al fuego, y los invasores tenían armaduras de pez dragón, hachas de pedernal, y lanzas y flechas con punta también de sílex. Y estaba Joe Miller.

Hachasangrienta anunció desde el barco lo que querían hacer los vikingos. Si los lugareños querían participar, podrían hacerlo a las órdenes de los vikingos. Sin embargo, nadie tendría que «contribuir» del producto de su cilindro, y no se tomaría a ninguna mujer por la fuerza.

Gilbretti lanzó una jabalina y un juramento siciliano contra él. Hachasangrienta eludió los efectos de ambos y arrojó su hacha. Esta se hundió en el pecho de Gilbretti, y Hachasangrienta se lanzó a tierra y corrió por su preciado tesoro, con una maza de pedernal en la mano, antes de que los demás se recuperasen de su sorpresa. Tras él fueron Joe Miller y otros treinta hombres. Las mujeres lanzaban flechas y las artilleras su último proyectil contra los asesinos. Dio justamente en el blanco, cayendo entre las filas traseras de los gilbrettianos, que estaban muy agrupados. Hubo cuarenta bajas entre muertos, heridos y conmocionados.

En setenta segundos, el magnate belga y el turco habían muerto, las cabezas aplastadas por el hacha de Joe, y los otros habían muerto también o habían intentado huir.

Ninguno logró escapar. Los milicianos vieron llegada su oportunidad de vengarse y alancearon o aplastaron a garrotazos a la mayoría de ellos. A los diez que sobrevivieron les ataron en tierra con brazos y piernas extendidos y les clavaron astillas de bambú ardiendo. Sam Clemens soportó los chillidos todo lo que pudo. No quería hacerse impopular acabando con la fiesta y procuraba ignorar el espectáculo. Lothar von Richthofen dijo que desde luego comprendía el deseo de torturar de los que habían sido torturados, pero que no soportaría aquella barbaridad ni un momento más. Se llegó al torturado más próximo y le hizo callar para siempre de un golpe de hacha. Luego ordenó que matasen inmediatamente a los demás. Erik Hachasangrienta podría haberse opuesto a aquella orden, pues consideraba adecuado torturar un poco a los enemigos para enseñarles y dar a los otros una lección. Pero había quedado conmocionado por una piedra de la explosión del cohete y estaba fuera de escena.

Los milicianos obedecieron a regañadientes, aunque a su modo. Arrojaron a los nueve supervivientes al Río, donde el fuego de las astillas se apagó, pero no el dolor que producían. Algunos aguantaron varios minutos antes de ahogarse. Lo cual resultaba extraño porque podían haber acabado con los dolores de la agonía matándose, pues sabían que volverían a la vida completos y sanos poco después. Pero era tal el poder de su instinto de supervivencia que pugnaban por mantener a flote su cabeza el mayor tiempo posible.

No empezaron inmediatamente a cavar. Primero había que organizar a los lugareños, dictar definidas normas judiciales, administrativas y legislativas, y encuadrar a los militares. Había que definir la zona que abarcaba el nuevo estado. Clemens y Hachasangrienta examinaron la cuestión y acabaron decidiendo que unos cinco kilómetros orilla arriba y otros cinco orilla abajo partiendo del lugar donde empezarían a cavar sería una zona aceptable. Se construyó en las fronteras una especie de línea Maginot, que consistía en una faja de seis metros de anchura de estacas de bambú de medio metro, dirigidas hacia varios ángulos, que brotaban del suelo. La línea de protección iba desde la base de los montes hasta la orilla del Río. Se construyeron cabañas junto a los «caballos de Frisia», y en ellas vivían lanceros y mujeres como guarnición. Se construyó un tercer «caballo de Frisia» en la orilla. Cuando se acabó de construir, se envió el barco dragón vikingo Río arriba, al punto en que había una mina de pedernal si no mentía el Extranjero Misterioso. Hachasangrienta quedó atrás con quince de sus hombres. Puso al mando de la expedición a su lugarteniente, Snorri Ragnarsson. Snorri había de tratar con los lugareños para que les dejasen extraer el pedernal, prometiéndoles participación en el hierro una vez extraído. Si los locales se negaban a tratar, debía amenazarles. Hachasangrienta consideró que Joe Miller debía ir en el barco porque el gran tamaño del titántropo y sus rasgos grotescos asustarían a los locales.

Sam Clemens estaba de acuerdo con el noruego en este punto, pero no en verse separado de Joe. Sin embargo, no quería ir en el barco con Joe por miedo a lo que pudiese hacer Hachasangrienta en su ausencia. El rey era arrogante y colérico. Si ofendía a los recién conquistados, podría provocar una revolución que derrocara a aquel puñado de vikingos.

Sam paseó frente a su cabaña, fumando y pensando con ansiedad. Bajo la hierba había hierro más que suficiente para realizar El Sueño. Sin embargo, aún no podía empezar a extraerlo, necesitaba hacer antes una serie de preparativos. A cada paso que planeaba dar se veía obstaculizado por una docena de problemas más. Se sentía tan frustrado que casi rompió el puro de un mordisco. La gente que estaba asentada en el territorio de la mina de pedernal necesitaba ver a Joe para suavizarse y aceptar una cooperación. Pero si Joe se iba, Hachasangrienta podía aprovechar el momento para matar a Sam. No lo haría abiertamente, por miedo a Joe, pero podría aparentar fácilmente un accidente. Sam maldecía y sudaba.

—Si muero, resucitaré en algún otro lugar, tan lejano a éste que podría tardar mil años en llegar aquí en canoa. Y mientras tanto, otros extraerían el hierro y construirían mi barco fluvial. ¡Y es mío! ¡Mío! ¡No suyo! ¡Mío!

Lothar von Richthofen fue a verle.

—He localizado dos personas de la clase que buscas. ¡Sólo que uno no es hombre! ¡Imagínate, una mujer ingeniero!

El hombre, John Wesley O'Brien, era un ingeniero siderúrgico de mediados del siglo XIX. La mujer era mitad mongola mitad rusa, y había pasado la mayor parte de su vida en las comunidades mineras de Siberia.

Sam Clemens les dio la mano y les explicó brevemente lo que pensaba hacer de momento y lo

que esperaba hacer más tarde.

—Si hay un yacimiento de bauxita cerca de aquí —dijo O'Brien— es muy probable que podamos construir el tipo de barco que quieres.

Estaba muy emocionado, como lo estaría cualquier hombre que hubiese abandonado ya toda esperanza de ejercer allí su profesión terrestre. Había allí muchos hombres y mujeres que querían trabajar aunque no fuese más que para matar el tiempo. Había médicos que no podían más que arreglar un hueso roto de vez en cuando; impresores que no tenían tipos que utilizar, ni papel; carteros sin ninguna carta que entregar; herradores sin ningún caballo que herrar; labradores sin nada que cultivar; amas de casa sin hijos, la comida preparada ya, las labores domésticas reducidas a quince minutos diarios y sin tener que ir a comprar; vendedores sin nada que vender; predicadores cuya religión estaba totalmente desacreditada por la existencia de aquel mundo; contrabandistas de alcohol sin posibilidades de hacerlo; botoneros sin botones; chulos y prostitutas cuyas profesiones se veían arruinadas por el exceso de aficionados; mecánicos sin coches; publicitarios sin publicidad; fabricantes de alfombras que sólo podían trabajar con hierba y fibras de bambú; vaqueros sin caballos ni vacas; pintores sin pintura ni lienzos; pianistas sin pianos; ferroviarios sin hierro; corredores de bolsa sin bolsa ni acciones que vender o comprar; y así sucesivamente.

—Sin embargo —continuó O'Brien—, tú quieres un buque de vapor, y eso no me parece muy realista. Tendrías que parar una vez al día para cortar madera combustible, lo cual significaría una gran pérdida de tiempo aún en el caso de que los lugareños te permitiesen apoderarte de parte de sus limitados suministros de bambú y de pino. Además, vuestras hachas y calderas y otras piezas se gastarían antes de llegar al final del viaje, y no tendríais espacio suficiente para transportar el hierro que hiciese falta para las piezas de repuesto. No, lo que necesitas son motores eléctricos.

—Además, hay un hombre en esta zona, al que conocí poco después de mi traslación aquí, no sé donde está en este momento, pero no debe encontrarse lejos. Lo localizaré. Es un mago de la electricidad, un ingeniero de finales del siglo XX que sabe construir el tipo de motores que necesitáis.

—¡No vayas tan de prisa! —dijo Sam—. ¿De dónde íbamos a sacar la tremenda cantidad de energía eléctrica necesaria? Tendríamos que construir unas cataratas del Niágara transportables...

O'Brien era un joven bajo y delgado con un mechón de pelo casi color naranja y unos rasgos tan delicados que parecía afeminado. Tenía siempre una sonrisa forzada que lograba, sin embargo, resultar agradable.

—Tenemos electricidad disponible —dijo— a todo lo largo del Río.

Señaló la piedra de cilindros más próxima.

—Esas piedras desprenden tres veces al día una enorme cantidad de energía eléctrica. ¿Por qué no podemos ligar a una serie de ellas cables transmisores y almacenar las descargas para hacer funcionar nuestros motores?

Sam frunció el ceño un instante y luego dijo:

—¡Qué idiota soy! ¡Delante de mis narices y nunca se me ocurrió pensarlo! ¡Por supuesto!

Luego achicó los ojos y arqueó sus tupidas cejas.

—¿Cómo demonios puedes almacenar toda esa energía? No sé mucho de electricidad, pero sé

que haría falta una batería más alta que la torre Eiffel o un condensador como una montaña.

—Yo también creía lo mismo —dijo O'Brien negando con un gesto—. Pero ese tipo, que es mulato, mitad afrikaan mitad zulú, Lobengula Van Boom, me dijo que si dispusiera de los materiales necesarios podría construir un aparato de almacenaje (un batacitor, dijo), un cubo de unos diez metros que podría contener diez megakilovatios hora y soltarlos al ritmo de a una décima de amperio o todos a la vez.

—Así que si podemos extraer la bauxita y hacer alambre de aluminio, y hay varios problemas para hacer incluso eso, podríamos utilizar el aluminio en circuitos y motores eléctricos. El aluminio no es tan eficaz como el cobre, pero no tenemos cobre y el aluminio servirá.

La cólera y la frustración de Sam desaparecieron. Rió entre dientes, chasqueó los dedos y dio un saltito en el aire.

—¡Busca a Van Boom! ¡Quiero hablar con él!

Dio una última chupada a su puro, que resplandeció como las imágenes de su mente. Ya el gran barco blanco de paletas subía a todo vapor (¿o iría electrificado?). Río arriba con Sam Clemens en el lugar de mando, Sam Clemens tocado con una gorra de capitán hecha de piel de pez dragón, Sam Clemens capitán del fabuloso y único buque de paletas, el gran navío que zarpaba hacia su viaje de más de un millón de kilómetros. ¡Jamás había existido barco tal, ni tal Río, ni tal viaje! Sonaban las sirenas, repiqueteaban las campanillas, la tripulación estaría compuesta por los hombres y mujeres más grandes, o casi más grandes, de casi todos los tiempos. Desde el subhumano Joe Miller, de un millón de años antes de Cristo, al científico, de cuerpo delicado pero gran cerebro, de finales del siglo XX.

Von Richthofen lo trajo de nuevo a la realidad inmediata.

—Yo estoy preparado ya para empezar la extracción. Pero, ¿qué piensas hacer con Joe?

—No soy capaz de decidir lo que debo hacer —dijo Sam con un gruñido—. Con que falle una cosa todo el edificio se tambalea. ¡Está bien, está bien! Enviaré a Joe. Tengo que probar suerte. Pero estando sin él me siento tan desvalido como un banquero en un Viernes Negro. Hablaré con Hachasangrienta y con Joe, y tú puedes empezar con tu grupo. Pero tenemos que hacer una ceremonia. Habrá un discurso, y luego yo haré la primera excavación.

Unos minutos más tarde, con el estómago caldeado por un buen trago de whisky, el puro en la boca, concluido su discurso, Sam empezó a cavar. La pala de bambú tenía un borde afilado, pero la hierba estaba tan dura y era tan espesa, que fue necesario utilizar la pala a modo de machete. Sudando, maldiciendo, proclamando que él siempre había odiado el ejercicio físico y que no tenía condiciones de cavador, Sam clavó su pala en la hierba. Al intentar alzarla de nuevo se dio cuenta de que apenas si podía levantar media palada. Sería necesario eliminar la hierba y el barro antes.

—¡Por la gran cuchara de cuerno! —dijo, tirando al suelo la pala—. ¡Que haga esta tarea un campesino! ¡Yo soy un trabajador intelectual!

La multitud se rió, y todos empezaron a trabajar con cuchillos de pedernal y bambú y hachas de pedernal.

—Si el hierro está a tres metros de profundidad —dijo Sam— tardaremos diez años en encontrarlo. Joe; es mejor que consigamos pedernal suficiente; si no, no habrá nada que hacer.

—¿Tengo que ir yo? —dijo Joe Miller—. Te echaré de menoꝝ, Zam.

—No te preocupes por eso, lo superarás —dijo Sam—. Y no te preocupes por mí.

Durante los tres días siguientes, lograron hacer un agujero de tres metros de anchura por treinta centímetros de profundidad. Von Richthofen organizó los equipos de trabajo para que se turnasen cada quince minutos. Había cavadores frescos y fuertes en abundancia, pero la construcción de nuevas herramientas de pedernal y de bambú causaban dilaciones. Hachasangrienta protestaba de los daños que el trabajo producía en hachas y cuchillos, y decía que, si les atacaban, las armas de piedra no cortarían ni el cuello de un niño. Clemens le pidió por doceava vez que dejase que utilizaran su hacha de acero, y Hachasangrienta se negó.

—Si estuviese Joe aquí, haría que le quitasen el hacha —dijo Clemens a Lothar—. Y, por cierto, ¿qué será de Joe? Debería estar ya de vuelta, con las manos vacías o llenas de regalos.

—Creo que deberíamos enviar a alguien en una canoa a investigar —dijo von Richthofen—. Iría yo mismo, pero creo que me necesitas aquí para protegerte de Hachasangrienta.

—Si le sucede algo a Joe, los dos necesitaremos protección —dijo Sam—. Bueno, está bien; ese patán, Abdula, nos servirá de espía. Podría pasar inadvertido dentro de un cesto lleno de serpientes de cascabel.

Dos días más tarde, al amanecer, llegó Abdula. Despertó a Sam y a Lothar, que dormían en la misma cabaña para protegerse mutuamente. En un torpe inglés, explicó que Joe Miller estaba encerrado en una gran jaula de bambú. Abdula había intentado liberar a Joe, pero la jaula estaba vigilada las veinticuatro horas del día.

Los vikingos habían sido acogidos con amistad y simpatía. El jefe de la región parecía pensar que cambiar su pedernal por el acero de ellos sería un estupendo negocio. Dio una gran fiesta para celebrar el acuerdo y obsequió a sus invitados con cuanto licor y goma de los sueños desearon. Los noruegos fueron sorprendidos mientras roncaban borrachos. Joe estaba dormido, pero se despertó mientras lo ataban. Sin más armas que sus manos había liquidado a veinte hombres y herido a otros quince antes de que el jefe le golpeará con una maza en la nuca. El golpe que hubiese acabado con cualquier hombre sólo redujo la capacidad de lucha de Joe lo suficiente como para permitir que cayera sobre él una multitud de guerreros que le sujetaron, mientras el jefe le golpeaba otras dos veces en la cabeza.

—El jefe sabe que Joe es un gran guerrero —dijo Abdula—. Mejor que el propio Rustam. Oí hablar a algunos hombres y decían que su jefe planeaba utilizar a Joe como rehén. Quiere ser socio de la mina de hierro. Si no se aceptan sus condiciones no matará a Joe, sino que lo utilizará como esclavo, aunque dudo que pueda hacerlo. Nos atacará, nos matará y se apoderará del hierro.

—Y puede hacerlo. Está preparando una gran flota de buques pequeños que transportan cuarenta hombres cada uno, son fáciles de construir y muy útiles para el transporte de su ejército. Efectuará un ataque general con guerreros provistos de armas de pedernal, arcos y flechas y grandes bumerangs.

—¿Y quién es ese presunto Napoleón? —dijo Sam.

—Sus hombres le llaman el rey Juan. Dicen que reinó en Inglaterra cuando los hombres llevaban armadura y luchaban con espadas. En tiempos de Saladino. Su hermano era un guerrero muy famoso, Ricardo Corazón de León.

—¡Juan Sin Tierra! —exclamó Sam soltando una maldición—. ¡El siniestro y astuto Príncipe Juan! ¡Tan malvado que los ingleses juraron no volver a tener nunca un rey que se llamase Juan! ¡Preferiría tener tras de mí a un truhán como Leopoldo de Bélgica o como Jim Fiske!

Treinta minutos después, Sam cayó en una depresión aún más profunda. Esta vez, la noticia llegó por murmuraciones. Unos cincuenta kilómetros río abajo subía hacia ellos una gran flota. Constaba de sesenta navíos de un solo mástil que transportaban cuarenta guerreros cada uno. El jefe de la armada era un rey de una zona que quedaba al lado de la destruida por el meteorito. Se llamaba Joseph María von Radowitz.

—¡Leí sobre él en la escuela! —dijo von Richthofen—. Veamos, nació en 1797, murió hacia 1853, creo. Era especialista en artillería y buen amigo de Federico Guillermo IV de Prusia. Le llamaban «El Monje Guerrero», porque era un general con ideas religiosas muy estrictas. Murió cuando andaba por los cincuenta, desilusionado porque había perdido el favor del monarca. Y ahora está vivo otra vez, es joven, y no duda en imponer su puritanismo a otros y en matar a los que no están de acuerdo con él.

A la hora llegó la noticia de que había zarpado la flota del rey Juan.

—Las fuerzas de Juan llegarán aquí antes —dijo Sam a Hachasangrienta—. Llegarán antes porque el viento y la corriente les favorecen.

—No intentes enseñar a un padre a hacer hijos —replicó burlescamente Hachasangrienta.

—Así pues, ¿qué planes tienes?

—Aplastar al inglés primero, y luego destruir al alemán —contestó Hachasangrienta. Y luego agitó su hacha y dijo—: ¡Por el himen taladrado de la esposa de Thor! ¡Aún me duelen las costillas, pero me olvidaré del dolor!

Sam no quiso discutir, pero cuando se quedó a solas con Lothar dijo:

—Luchar sin esperanza hasta la muerte es algo muy honorable. Pero no compensa. Supongo que pensarás que soy más cobarde que una cucaracha, Lothar, pero tengo un sueño, un gran sueño, y ese sueño trasciende todas las ideas ordinarias de fidelidad y moral. ¡Quiero ese barco, Lothar, y quiero pilotarlo hasta el final del Río, cueste lo que cueste!

—Si tuviésemos alguna oportunidad de triunfar en la lucha, sería partidario de luchar. Pero no la tenemos. Nos superan en número, y nuestras armas son inferiores. Así que lo que yo sugiero es que hagamos un pacto.

—¿Con quién? —dijo von Richthofen. Estaba ceñudo y pálido.

—Con Juan. Puede ser el rey más traidor del mundo, aunque la competencia en ese campo es feroz, pero es el que puede juzgar más conveniente pactar con nosotros. La flota de Radowitz es mayor que la suya, y aunque Juan lograra derrotarla, quedaría tan debilitado que podríamos acabar nosotros con él. Pero si nos aliamos con Juan, podremos dar a Radowitz tal paliza que tendrá que irse corriendo con el rabo entre las piernas.

—Por un instante —dijo von Richthofen riéndose— creí que ibas a proponerme que nos escondiéramos en los montes y viniéramos luego a ofrecer nuestros servicios al vencedor. No podría soportar la idea de jugar el papel del cobarde, de dejar a esta gente luchar sola.

—Seré franco —dijo Clemens—. Haría eso si considerase que era el único camino. No, lo que



quiero decir es que nos libraremos, de la forma que sea, de Hachasangrienta. El nunca aceptará como socio a Juan.

—Tendrás que vigilar a Juan como si fuese una serpiente venenosa —dijo el alemán—. Pero no veo otra salida. Y tampoco considero una traición matar a Hachasangrienta. Es una cuestión de seguridad. Él se librará de nosotros a la primera oportunidad que se le presente.

—Y en realidad no será necesario matarle —dijo Sam—. Bastará con apartarle de escena.

Clemens quería hablar más sobre lo que debían hacer, pero von Richthofen dijo que ya habían hablado bastante. Sam pretendía dilatar el momento de entrar en acción, como siempre. Pero había que actuar inmediatamente.

—Supongo que sí —dijo Sam con un suspiro.

—Pero ¿qué te pasa? —dijo Lothar.

—Me siento culpable antes de haber incurrido en culpa —respondió Sam—. Me siento como un perro, aunque no hay razón para que me sienta así. ¡Ninguna! Pero nací para sentirme culpable por todo, hasta por haber nacido.

Lothar alzó las manos con disgusto y se alejó, diciendo por encima del hombro:

—Sígueme o quédate atrás. Pero no esperarás que te considere capitán de nuestro barco. Los capitanes no vacilan.

Sam hizo una mueca, pero le siguió. Lothar habló con doce hombres que consideraba dignos de confianza para lo que se proponían. Mientras ultimaban detalles, el sol alcanzó su cénit; luego los hombres fueron a armarse. Regresaron de su cabañas con lanzas y cuchillos de bambú. Uno tenía un arco de bambú con seis flechas, eficaz solo a corta distancia. Lothar von Richthofen y Sam Clemens encabezaban el grupo que se dirigió a la cabaña del rey noruego. Seis vikingos hacían guardia a la puerta.

—Queremos hablar con Hachasangrienta —dijo Sam, intentando que su voz no temblase.

—Está dentro con una mujer —dijo. Ve Grimarsson.

Sam alzó la mano. Lothar se adelantó y golpeó con su maza en la cabeza a Grimarsson. Una flecha pasó silbando sobre el hombro de Sam y fue a clavarse en la garganta de otro de los guardianes. En diez segundos, los otros estaban muertos o tan gravemente heridos que ya no podían luchar. Se oyeron gritos, y aparecieron corriendo otros doce vikingos dispuestos a defender a su jefe. Hachasangrienta, desnudo, bramando, enarbolando su hacha de acero, surgió de su cabaña. Von Richthofen se abalanzó con su lanza y atravesó con ella al noruego. Hachasangrienta soltó el hacha y retrocedió tambaleándose, empujado por el peso del alemán, hasta que se derrumbó contra la pared de bambú de la cabaña. Miraba fijamente al suelo, y movía la boca, y la sangre caía por las comisuras de sus labios; su piel tenía un color gris azulado.

El alemán arrancó la lanza del vientre del noruego, y éste se derrumbó.

Hubo después una lucha en la que murieron seis hombres de Clemens y cuatro resultaron heridos. Los vikingos no cederían hasta perecer todos como su rey.

Sam Clemens, jadeando pesadamente, manchado de sangre ajena y sangrando de una cuchillada al hombro, se apoyó en su lanza. Había matado a un hombre, Gunnlaugr Thorrfinnsson, atravesándole los riñones por atrás, mientras el vikingo atacaba a von Richthofen. Le dolía lo de Gunnlaugr. De

todos los vikingos, era el que más reía los chistes de Sam. Ahora un buen amigo lo había atravesado por la espalda.

He combatido en treinta y ocho batallas, pensaba Sam, y sólo he matado a dos hombres. El otro fue un turco gravemente herido que intentaba ponerse en pie. Sam Clemens, el poderoso guerrero, el héroe valeroso. Mientras pensaba esto, contemplaba los cadáveres con el horror y la fascinación que le habían producido siempre y seguirían produciéndole aunque viviese diez mil años.

Y de pronto se estremeció de miedo e intentó liberar su tobillo izquierdo de la mano que lo sujetaba. Al no lograrlo, alzó la lanza para clavarla en el hombre que le sujetaba. Vio bajo sí los pálidos ojos azules de Erik Hachasangrienta. Hachasangrienta había revivido por un instante. La mirada borrosa había desaparecido de sus ojos, y su piel ya no era azulgrisácea. Su voz era débil, pero lo suficientemente clara para que Sam, y los que estaban cerca, le oyeran.

—¡Bikkja! ¡Engendro de Ratatosk! ¡Escucha! ¡No te dejaré ir hasta haber hablado! Los dioses me han dado poderes como a un *voluspa*. Quieren castigar tu traición. ¡Escucha! ¡Sé que hay hierro debajo de esta hierba empapada de sangre! Siento el hierro recorrer mis venas. Su grisor espesa y enfría mi sangre. Hay hierro suficiente y de sobra para tu gran barco. Conseguirás extraer ese hierro, y construirás un barco que podrá rivalizar con el *Skiíhblathnir*.

»Y serás su capitán, maldito Clemens, y tu barco navegará Río arriba y recorrerá más kilómetros de los que podrían andar en un día las ocho piernas de *Sleipnir*. Irás hacia atrás y hacia adelante, hacia el norte y hacia el sur, al este y al oeste, recorrerás varias veces el mundo.

»Pero la construcción del barco y la travesía serán amargas y llenas de dolor. Y después de años, el equivalente a dos generaciones en la Tierra, después de grandes sufrimientos y algunas alegrías, cuando creas que al fin estás coronando tu larga jornada, ¡entonces me encontrarás!

»¡O más bien te encontraré yo! Estaré esperándote en un barco lejano, y te mataré. ¡Y nunca conseguirás llegar al fin del Río ni derribar las puertas del Valhalla!

Sam se sintió helado y estremecido. Ni siquiera cuando notó que la mano aflojaba su presa pudo moverse. Oyó el rumor del estertor de la muerte, y no se movió ni se volvió a mirar.

Desmayadamente, Hachasangrienta habló de nuevo:

—¡Te espero!

Hubo otro estertor, la mano se aflojó aún más, y cayó. Sam logró apartarse, no muy seguro de no ir a deshacerse en pedazos. Miró a von Richthofen y dijo:

—¡Superstición! ¡Un hombre no puede ver el futuro!

—Yo no lo creo —dijo von Richthofen—. Pero si las cosas están previstas, ¿por qué no puede abrirse el futuro por un instante, iluminarse el túnel del tiempo, y un hombre ver a través de él?

Sam no contestó. Von Richthofen soltó una carcajada para indicar que estaba bromeando, y dio a Sam una palmada en la espalda.

—Necesito un trago —dijo—. Lo necesito realmente. —Luego añadió—: Yo no creo en esas supersticiones estúpidas. —Pero estaba convencido de que aquellos ojos moribundos habían visto el futuro, y por tanto creía.

Una hora antes de que oscureciese llegó la flota del rey Juan. Sam Clemens envió a un hombre a decirle a Juan que deseaba discutir una posible asociación. Juan siempre prefería hablar con alguien antes de acuchillarle, y aceptó parlamentar. Sam se acercó a la orilla y Juan Sin Tierra habló apoyado en la borda de su galera. Sam, con el miedo suavizado por una docena de whiskies, describió la situación, y habló brillantemente del gran barco que quería construir.

Juan era un individuo bajo y moreno, de hombros muy anchos, pelo castaño y ojos azules. Sonreía a cada poco, y hablaba un inglés no tan acentuado como para que no fuese fácil entenderle. Antes de llegar a aquella zona, había vivido diez años entre virginianos del siglo XVIII. Buen lingüista, se había liberado de muchas de las frases coloquiales de su inglés del siglo XII y de su francés normando.

Comprendió muy bien por qué podía interesarle aliarse con Clemens contra von Radowitz. Sin duda tenía reservas mentales sobre lo que podría hacer una vez eliminado Radowitz, pero desembarcó dispuesto a jurar amistad y asociación eternas. Los detalles del acuerdo se perfilaron bebiendo, y luego de que el rey Juan librase a Joe Miller de su jaula de la nao capitana.

Sam no lloraba con facilidad, pero sintió deslizarse varias lágrimas por sus mejillas al ver al titántropo. Joe lloró como las cataratas del Niágara, y casi le destrozó a Sam las costillas al abrazarle.

Sin embargo, von Richthofen dijo luego a Clemens:

—Al menos con Hachasangrienta uno sabía exactamente a qué atenerse. Has hecho un mal negocio.

—Yo soy de Missouri —replicó Sam—, aunque nunca haya sido tratante de ganado. Sin embargo, si estás huyendo para salvar la vida, con un par de lobos pisándote los talones, seguro que es buen trato cambiar un jamelgo viejo por un caballo salvaje siempre que te libre del peligro. Ya buscarás luego el medio de librarte de él sin romperte el pescuezo.

La batalla, que empezó al amanecer del día siguiente, fue larga. El desastre se acercó varias veces a Clemens y al rey Juan. La flota inglesa se había ocultado junto a la orilla este aprovechando la niebla del amanecer, y luego se situó detrás de la flota alemana. Las llameantes antorchas de pino arrojadas por los marineros de Juan incendiaron muchos de los barcos de von Radowitz. Pero los invasores hablaban un lenguaje común, estaban bien disciplinados, habían luchado juntos mucho tiempo, y estaban mucho mejor armados.

Sus cohetes hundieron algunos barcos de Juan y agujerearon el caballo de Frisia alzado en la orilla. Los alemanes se lanzaron después a un desembarco cubiertos por una pantalla de flechas. Durante el desembarco, explotó un proyectil en el agujero practicado para descubrir el hierro. Sam fue derribado por la explosión. Se levantó semiinconsciente. Y entonces se fijó en un hombre al que no había visto nunca y que estaba de pie a su lado. Sam estaba seguro de que aquel hombre no había estado en aquella zona hasta aquel momento.

El extranjero medía sobre metro setenta de estatura y era muy corpulento. Como un viejo carnero, pensó Saín, aunque, claro está, el extranjero parecía tener veinticinco años. El pelo, de un pardo

rojizo y rizado, le llegaba casi hasta la cintura. Sus cejas negras eran tan tupidas como las de Sam. Tenía los ojos grandes, de un castaño oscuro con chispas de pálido verde, el rostro aguileño y de barbilla saliente. Las orejas, muy grandes, le salían casi en ángulo recto de la cabeza.

El cuerpo de un viejo carnero, pensó Sam, y la cabeza de un gran búho cornudo.

Su arco estaba hecho de un material que Sam había visto antes, aunque era raro: lo formaban dos de los curvados cuernos que rodeaban la boca del pez dragón, unidos ambos en un arco doble. Era con mucho el tipo de arco más potente y duradero que existía en el valle, pero tenía un inconveniente: se necesitaban brazos tremendamente fuertes para tensarlo.

El carcaj de cuero del extranjero contenía unas veinte flechas de punta de pedernal, laboriosamente talladas, hechas a partir de los huesos del pez dragón, y con fragmentos tallados de hueso tan fino que el sol los atravesaba como si fueran plumas.

Habló en alemán, con fuerte acento no germánico no identificable.

—Tú pareces Sam Clemens.

—Lo soy —contestó Clemens—. Lo que queda de mí. Pero, ¿cómo supiste...?

—Me dio tu descripción... —el extranjero hizo una pausa— uno de Ellos.

De momento, Sam no comprendió. La sordera parcial causada por la explosión, los gritos de los hombres que se acuchillaban a poca distancia, otras explosiones de proyectiles más lejanas, y la súbita aparición de aquel hombre, daban a todo un aire irreal.

—Te envió él... —dijo—, el Misterioso Extraño... ¡Te envió él! ¡Eres uno de los doce!

—¿Él? ¡Él no! ¡Me envió ella!

Sam no tenía tiempo de preguntarle sobre aquello. Contuvo su impulso de preguntarle a aquel hombre si era bueno con el arco. Tenía aspecto de ser capaz de utilizarlo en toda su potencia. Sam escaló el montón de tierra que había junto al agujero y señaló el barco enemigo más próximo, cuya proa apuntaba hacia la orilla. Había un hombre de pie en la cubierta de popa, vociferando órdenes.

—Von Radowitz, el jefe enemigo —dijo Sam—. Está fuera del alcance de nuestros débiles arcos.

Con rapidez y suavidad, deteniéndose sólo un instante para apuntar, sin molestarse en calcular el viento que soplaba siempre en aquel momento del día con una fuerza constante de unos 10 kilómetros por hora, el arquero lanzó su flecha negra. Su trayectoria concluyó en el plexo solar de von Radowitz. El alemán se tambaleó y retrocedió con el impacto, se giró mostrando la punta ensangrentada de la flecha que le salía por la espalda y cayó hacia atrás al agua por encima de la borda entre el barco y la orilla.

Su lugarteniente reagrupó a sus hombres, y el arquero lo atravesó de otro flechazo. Joe Miller, con su armadura de piel de pez dragón, agitando su inmensa maza de roble, causaba estragos entre los alemanes en el centro de la línea de combate. Era como un león de casi cuatrocientos kilos, con un cerebro humano. Con él llegaban la muerte y el terror. Aplastaba veinte cráneos por minuto, y a veces agarraba a un hombre con la mano libre y lo utilizaba para derribar a media docena.

En momentos distintos, cinco hombres lograron deslizarse detrás de Joe, pero las flechas negras de hueso del recién llegado siempre los interceptaron.

Los invasores desistieron e intentaron regresar a sus barcos. Von Richthofen, desnudo, ensangrentado, riendo a carcajadas, bailaba delante de Sam.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

—Conseguirás tu máquina voladora —dijo Sam. Se volvió al arquero—. ¿Cómo te llamas?

—He tenido varios nombres, pero cuando mi abuelo me cogió en brazos por primera vez me llamó Ulises.

—Tenemos mucho que hablar —fue todo lo que se le ocurrió decir a Sam.

¿Podía ser aquél el hombre al que cantó Hornero? ¿Podía ser el auténtico Ulises, es decir, el Ulises histórico, que luchó ante las murallas de Troya y que más tarde dio lugar a leyendas y cuentos fantásticos? ¿Por qué no? El hombre invisible que había hablado en la cabaña de Sam le había dicho que había elegido a doce hombres de entre los miles de millones de que podía disponer. Los propósitos que le guiaban para elegirlos era algo que Sam ignoraba, pero suponía que las razones eran buenas. Y el Misterioso Extraño le había citado a uno de los elegidos: Richard Francis Burton. ¿Existía una especie de aura en los doce que permitía al renegado conocer al individuo capaz de realizar el trabajo? ¿Existía alguna característica especial del alma que los distinguía de los demás?

De noche, tarde ya, Sam, Joe, Lothar y el arquero Ulises se dirigieron a sus cabañas, tras la fiesta con que se celebró la victoria. Sam tenía la garganta reseca de tanto hablar. Había intentado que el arquero le contara todo lo que sabía sobre el asedio de Troya y sobre sus posteriores vagabundeos. Y había oído lo suficiente como para aumentar su confusión en vez de despejarla.

La Troya que conocía Ulises no era la ciudad próxima al Helesponto, las ruinas que los arqueólogos de la Tierra llamaban Troya Séptima. La Troya que Ulises, Agamenón y Diomedes asediaron quedaba mucho más al sur, frente a la isla de Lesbos, pero tierra adentro, al norte del río Kaikos. La había habitado un pueblo relacionado con los etruscos que vivía en aquella época en Asia Menor, y que más tarde emigró a Italia debido a la invasión helénica. Ulises conocía la ciudad que generaciones posteriores identificarían con Troya. Allí vivían unos bárbaros, los dardanios; estaban emparentados con los auténticos troyanos. Su ciudad había sucumbido cinco años antes de la guerra de Troya ante otros bárbaros del norte.

Tres años después del asedio de la auténtica Troya, que había durado sólo dos años, Ulises había participado en la gran incursión de los aqueos contra el Egipto de Ramsés III. La expedición acabó en un desastre. Ulises hubo de huir por mar para salvar su vida, viéndose embarcado sin desearlo en un viaje que duró tres años, y durante el cual visitó Malta, Sicilia y partes de Italia, tierras entonces desconocidas para los griegos. No había habido ni lestrigones ni Eolo ni Calipso ni Circe ni Polifemo. Su esposa se llamaba Penélope, pero no tuvo que matar a ningún pretendiente.

En cuanto a Aquiles y a Héctor, Ulises conocía a ambos sólo como protagonistas de una leyenda. Suponía que habían sido pelagos, individuos del pueblo que vivía en la península helénica antes de que los aqueos bajaran del norte para conquistarla. Los aqueos habían adaptado la leyenda de los pelagos a sus propios fines, y luego rapsodas posteriores la habían incorporado a La Ilíada. Ulises conocía La Ilíada y La Odisea porque se había encontrado con un erudito que podía recitar ambos poemas de memoria.

—¿Y qué me dices del Caballo de Madera? —dijo Sam, esperando asombrarle con su pregunta. Ante su sorpresa, Ulises no solo conocía el asunto, sino que dijo que realmente había sido él el responsable. Fue una treta inspirada por la desesperación, y debería haber fallado.

Y esto fue para Sam lo más asombroso. Todos los eruditos habían cerrado filas negando cualquier realidad a aquella historia, tachándola de claramente imposible. En realidad parecían tener razón, pues la idea resultaba fantástica, y no era probable que los aqueos fuesen tan estúpidos como para construir el caballo y los troyanos como para dejarse engañar por él. Pero el caballo de madera había existido, y los aqueos habían conseguido introducirse en la ciudad ocultos en su interior.

Von Richthofen y Joe les oían hablar. Sam había decidido que, pese a la advertencia que le hiciera el Ético de que no hablase sobre él, Joe y Lothar debían saberlo. De otro modo, Sam tendría que hacer muchas cosas que resultarían inexplicables para individuos tan unidos a él. Además, Sam consideraba que al hacer partícipes a otros del secreto mostraría al Ético que las cosas marchaban. Era una actitud infantil, pero Sam la adoptó.

Sam dio las buenas noches a todos, salvo a Joe, y se tendió en el jergón. Aunque estaba muy cansado, no podía dormir. Los ronquidos que lanzaba Joe, que eran como truenos, no le ayudaban precisamente a vencer el insomnio. Además, su excitación por los acontecimientos del día siguiente hacía bullir su cerebro y descontrolaba sus nervios. Mañana será un día histórico, si es que en este mundo hay historia. Con el tiempo, habrá papel, tinta, lápices, incluso una imprenta. El gran barco fluvial editaría un semanario. Sería un libro que explicaría cómo se iba profundizando el hueco de excavación haciendo estallar los cohetes capturados a las tropas de von Radowitz. Quizá el hierro saliese a la luz al día siguiente; muy bien podría suceder.

Y estaba además su preocupación por el rey Juan. Cualquiera sabía lo que aquella mente insidiosa planeaba. Era difícil que Juan cometiese traición antes de que el barco estuviese construido, y aún tardarían años en construirlo. No había pues ninguna necesidad de inquietarse por el momento, ninguna en absoluto. Pero a pesar de todo, Sam estaba inquieto.

Sam despertó sobresaltado, el corazón batiendo como si un monstruo de sus pesadillas lo hubiese pateado. Penetraba aire húmedo a través de los intersticios de las paredes de bambú y de la esterilla que colgaba a la entrada. Batía la lluvia contra el techo cubierto de hojas, y retumbaban los truenos en los montes. Joe roncaba también sus truenos particulares.

Sam se estiró, y luego lanzó un grito y se incorporó. Su mano había tocado carne. Una luz lejana matizó la oscuridad mostrando dos sombras, y reveló los vagos contornos de alguien que se acuclillaba junto al catre.

Una voz de barítono, ya familiar, dijo:

—No te molestes en pedir ayuda al titántropo. Ya he hecho lo necesario para que no despierte hasta el amanecer.

Con esto, Sam supo que los Éticos podían ver donde no había luz. Sam cogió un puro de la mesita plegable y dijo:

—¿Te importa que fume?

El Misterioso Extraño tardó tanto en responder que intrigó a Sam. El resplandor del alambre al rojo del encendedor de Sam no sería suficiente para mostrar los rasgos del hombre, y probablemente llevase además una máscara o alguna otra cosa para ocultar su rostro. ¿Le desagradaba el olor de los puros, quizá el de toda clase de tabaco? ¿Y no quería decirlo por si esta característica podía identificarle? ¿Identificarle ante quién? ¿Ante los otros Éticos que sabían que había un renegado en sus filas? Eran doce, o por lo menos eso le había dicho el Extraño. Si ellos sabían alguna vez que él, Sam Clemens, había entrado en contacto con un Ético, y sabían que al Ético le disgustaba el tabaco, ¿podrían identificar inmediatamente al renegado? Sam no formuló sus sospechas. Se las guardaría para su posible uso posterior.

—Fuma —dijo el Extraño.

Aunque Sam no podía verle ni oírle moverse, tuvo la impresión de que retrocedía un poco.

—¿Cuál es el motivo de esta visita inesperada?

—Decirte que no podré verte en mucho tiempo. No quiero que creas que te abandono. Me reclaman asuntos que no podrías comprender aunque quisiese explicártelos. Quedarás solo durante mucho tiempo. Si las cosas te van mal, no podré intervenir de ningún modo.

»Sin embargo, tienes todo lo que de momento necesitas para trabajar durante una década. Habrás de ingeniártelas para resolver los problemas técnicos que van a planteársete. No puedo suministrarte más metales ni materiales que puedas necesitar, ni ayudarte contra posibles invasores. Ya corrí bastante riesgo al desviar el meteorito y al decirte dónde estaban la bauxita y el platino.

»Habrán otros Éticos (no los Doce, sino otros de segunda fila) encargados de observarte, pero no interferirán. No creerán que el barco constituya ningún peligro para El Plan. Ellos preferirían que no hubieses encontrado el hierro y les inquietará que «descubras» el platino y la bauxita. Lo que ellos desean es que vosotros los terrestres os ocupéis del desarrollo psíquico, no del tecnológico, pero no meterán las narices en el asunto.

Sam sintió un poco de miedo. Por primera vez comprendió que, aunque odiaba al Ético, había

llegado a depender mucho de él, de su apoyo material y moral.

—Espero que todo vaya bien —dijo Sam—. Hoy estuve a punto de perder mi posibilidad de conseguir hierro. Si no hubiera sido por Joe, y por ese tipo, Ulises... Luego añadió:

—¡Por cierto! ¡Ulises me dijo que el Ético que habló con él era una mujer!

Se oyó una risa en la oscuridad.

—¿Qué significa eso?

—O bien tú no eres el único renegado, o bien puedes cambiar la voz. ¡O puede que todos estéis en el asunto y lo estéis manejando así para vuestros fines! ¡Nosotros somos instrumentos vuestros!

—¡No miento! Y no puedo hablarte de tus otros compañeros. Si tú, o los otros a los que he escogido, sois localizados o interrogados, lo que expliquéis confundirá a mis colegas.

Hubo un roce.

—Ahora debo irme. Sólo dependes de ti mismo. Buena suerte.

—¡Espera! ¿Y si fracaso?

—Algún otro construirá el barco. Pero tengo buenas razones para querer que lo hagas tú.

—Así que sólo soy un instrumento. Si el instrumento se rompe, se tira y se coge otro.

—No puedo asegurarte el éxito. No soy un dios.

—¡Malditos seáis tú y los de tu especie! —gritó Sam—. ¿Por qué no podías dejar que las cosas fueran como eran en la Tierra? Teníamos la paz de la muerte eterna. Con ella acababan el dolor y el llanto. Acababan las incesantes fatigas y las pesadumbres. Todo eso quedaba atrás. Estábamos libres, libres de las cadenas de la carne. Pero vosotros nos disteis de nuevo las cadenas y las asegurasteis de tal modo que ni siquiera pudiéramos matarnos a nosotros mismos. Pusisteis la muerte fuera de nuestro alcance. ¡Es como si nos pusierais en el infierno para siempre!

—No es tan malo —dijo el Ético—. La mayoría estáis mucho mejor que antes. O como mínimo igual. Los ciegos, los tarados, los enfermos, los hambrientos, ahora son jóvenes y sanos. No tenéis que trabajar ni preocuparos por el alimento diario, y la mayoría coméis ahora mucho mejor que en la Tierra. Aunque, desde luego, en un sentido amplio estoy de acuerdo contigo. Resucitaros fue un crimen. El mayor de los crímenes. Así que...

—¡Quiero recuperar a mi Livy! —gritó Sam—. ¡Y quiero a mis hijas! ¡Para mí sería mejor que estuviesen muertas si es que vamos a estar separados eternamente! ¡Preferiría que estuviesen muertas! ¡Por lo menos no me torturaría constantemente el pensar que puedan estar sufriendo, en una situación terrible! ¿Cómo sé que no están violándolas, pegándolas, torturándolas? ¡Hay tantos malvados en este planeta! ¡Y así tenía que ser, estando aquí la población original de la Tierra!

—Podría ayudarte —dijo el Ético—. Pero tal vez tardara años en localizarlas. No te explicaré los medios porque son demasiado complicados y tengo que irme antes de que llegue la lluvia.

Sam se levantó y caminó hacia él con las manos extendidas.

—¡Detente! ¡Ya me tocaste una vez! —dijo el Ético. Sam se detuvo.

—¿Podrías encontrarme a Livy? ¿Y a mis hijas?

—Lo haré. Te doy mi palabra. Sólo que... puedo tardar años... Supón que tengas construido el barco... que estés ya a un millón de kilómetros Río arriba, y llegue yo y te diga que he encontrado a tu esposa pero que está a tres millones de kilómetros Río abajo... yo puedo notificarte dónde está,



pero desde luego no puedo traértela. Tendrás que ir tú a por ella. ¿Qué harás entonces? ¿Darás la vuelta y te pasarás veinte años de travesía? ¿Va a permitirlo tu tripulación? Lo dudo. Además, aunque lo hiciese, no tendrías ninguna seguridad de encontrar a tu mujer en aquel punto. Podrían muy bien matarla entre tanto y ser trasladada a otro lugar cualquiera, aún más lejos.

—¡Maldito seas! —gritó Sam.

—Y por supuesto —dijo el Ético— la gente cambia. Aunque quizá tú le gustes aún cuando la encuentres...

—¡Te mataré! —gritó Sam Clemens—. ¡Te...!

La cortinilla de bambú se alzó. Se perfiló brevemente la silueta del Extraño, una forma como un murciélago, con una capa y una capucha cubriéndole la cabeza. Sam agitó sus puños apretados y se obligó a mantenerse como un bloque de hielo, esperando a que su cólera se derritiera. Luego comenzó a pasear arriba y abajo hasta que por último tiró el puro. Le sabía mal; hasta el aire que respiraba le resultaba desagradable.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Construiré el barco y llegaré al polo norte y descubriré lo que pasa!  
¡Y le mataré! ¡Los mataré!

La lluvia cesó. Se oyeron gritos distantes. Sam salió, alarmado, pensando que podían haber detenido al Extraño, aunque no le parecía probable. Y se dio cuenta entonces de que su barco significaba para él más que ninguna otra cosa, que no quería que pasara nada que pudiese obstaculizar su construcción, aunque le permitiese tomar venganza inmediata de los Éticos. Eso ya llegaría más tarde.

Se acercaban antorchas por la llanura. Pronto se acercaron tanto que Sam pudo distinguir las caras de algunos guardianes y la de von Richthofen. Con ellos iban tres desconocidos.

Vestían grandes toallas, unidas con cierres magnéticos, que les caían sin forma sobre el cuerpo. Un gorro semi ocultaba el rostro del más pequeño de los tres. El más alto tenía la cara larga, enjuta y morena, y una inmensa nariz aguileña.

—Tienes la partida perdida —dijo Sam—. En esta cabaña hay un tipo que tiene una nariz que deja chiquita a la tuya.

—Nom d'un con! Va te faire foutre! —dijo el alto—. ¿Es que he de aguantar que me insulten en todos los sitios adonde voy? ¿Es ésta la hospitalidad que brindáis a los extranjeros? ¿Es que he de viajar diez mil leguas en condiciones increíblemente duras para dar con un hombre que puede proporcionarme una buena espada otra vez, únicamente para que se burle de mi nariz? Has de saber, estúpido e insolente ignorante, que Savinien de Cyrano II de Bergerac no pone la otra mejilla. Si no te excusas inmediatamente y a satisfacción, te atravesaré con esta nariz de la que tanto te burlas.

Sam se excusó humildemente, diciendo que tenía los nervios destrozados por la batalla. Contempló asombrado a aquel personaje legendario, y se preguntó si sería uno de los doce elegidos.

El segundo hombre, un joven rubio y de ojos azules, se presentó como Hermann Goering. De su cuello colgaba, sujeto a una cuerda, el hueso en espiral de un pez del Río, y Sam supo por esto que era miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Esto significaba problemas, porque los creyentes de la Segunda Oportunidad predicaban un pacifismo absoluto.

El tercer extranjero echó hacia atrás la capucha y dejó al descubierto su hermoso rostro y su

largo pelo negro recogido en un moño.

Sam se tambaleó y casi se desmayó.

—¡Livy!

Ella también se quedó asombrada. Se aproximó a él y, silenciosa, pálida bajo la luz de la antorcha, le miró. Se tambaleaba también, tan sorprendida como él.

—Sam —dijo débilmente.

Dio un paso hacia ella, pero la mujer se giró y buscó apoyo en de Bergerac. El francés la rodeó con su brazo y miró desafiante a Sam Clemens.

—¡Valor, corderita mía! ¡No te hará daño mientras yo esté contigo! ¿Qué significa para ti?

Ella alzó la vista hacia él con una expresión que a Sam le pareció definitiva. Dio un grito y agitó un puño hacia las estrellas, que empezaban a aparecer tras las nubes.

El barco fluvial recorría su sueño como un resplandeciente diamante de veinte mil quilates.

Jamás había existido un barco como aquél, y jamás volvería a existir otro.

Se llamaría el No Se Alquila: estaría tan bien armado que nadie podría arrebatárselo jamás. Ni nadie podría nunca comprárselo ni alquilárselo.

El nombre resplandecía en grandes letras negras sobre el casco blanco: NO SE ALQUILA.

El fabuloso barco fluvial tendría cuatro puentes: el puente de máquinas, la cubierta principal, la cubierta de paseo y la cubierta de aterrizaje para la máquina aérea. Tendría una longitud total de ciento treinta y cinco metros. El bao que habría sobre las defensas de las palas giratorias tendría unos treinta metros. El calado medio, con carga, sería de unos tres metros y medio. El casco sería de magnalio o, quizá, de plástico. Las grandes chimeneas arrojarían humo de vez en cuando, porque habría a bordo una caldera de vapor. Sólo se utilizaría para lanzar los grandes proyectiles de plástico de las ametralladoras de vapor. Las gigantescas ruedas giratorias del barco girarían mediante enormes motores eléctricos. El No Se Alquila sería el único barco metálico del Río, el único barco no impulsado por los remos o por el viento, y dejaría asombrado a todo el mundo, tanto a los nacidos dos millones de años antes de Cristo como a los nacidos dos mil después.

Y él, Sam Clemens, sería El Capitán, con E mayúscula y C mayúscula, porque a bordo de su navío, con una tripulación de ciento veinte hombres, solo habría un Capitán.

El rey Juan de Inglaterra podía llamarse a sí mismo Almirante si lo deseaba, aunque a juicio de Sam Clemens él sería Primer Oficial y no Almirante, y si estuviese realmente en manos de Sam Clemens decidir, el rey Juan, Juan Sin Tierra, Juan el traidor, ni siquiera subiría al barco. Sam Clemens, fumando un gran puro verde, con su gorra blanca, una falda escocesa blanca y una toalla blanca a modo de capote sobre los hombros, se inclinaría por la portilla de estribor de la gran timonera y gritaría: ¡Ya está bien, haraganes, agarrad esa masa putrefacta de inmortalidad y traición y arrojadla por la pasarela! ¡No me importa que caiga en el Río o en la orilla! ¡Deshaceos de esa basura humana!

Y el príncipe Juan sería arrojado por el puente de máquinas, Juan el traidor, chillando, maldiciendo en su inglés medio con acento francés o en francés anglonormando o en esperanto. Luego retirarían la pasarela, repiquetearían las campanillas, silbaría la sirena, y Sam Clemens, de pie tras el piloto, daría la orden de iniciar el viaje. ¡El viaje! Río arriba recorriendo posiblemente dieciséis millones de kilómetros, o quizá treinta millones, durante cuarenta o cien años. ¡En la Tierra, en la Tierra muerta hacía ya tanto tiempo, jamás nadie había soñado con un barco así, ni con un río tal, ni con un viaje parecido! Río arriba, el único Río de aquel mundo en el único barco como aquél con Sam Clemens como La Sipestro, El Capitán, también llamado La Estro, El Jefe.

¡Se sentía tan feliz!

Y entonces, mientras se dirigía hacia el centro del Río, sólo para tantear la corriente, que era mucho más fuerte en el centro, mientras miles de personas en la orilla decían adiós agitando los brazos y gritaban alegres o lloraban mirando hacia el barco, siguiéndole, Samuel Langhorne Clemens, alias Mark Twain (El Capitán, El Jefe) vio tras de sí a un hombre de largo cabello rubio y

anchos hombros que se abría paso entre la multitud.

El hombre llevaba ropa como de felpa asegurada con cierres magnéticos, una especie de faldilla escocesa. Sus sandalias de cuero eran de piel de pez dragón. Llevaba al cuello, un cuello muy musculoso, un collar de vértebras de pez cornudo brillantemente coloreadas. En su mano grande y poderosa empuñaba el mango de madera de una gran hacha de guerra de acero. Sus ojos de un azul pálido se clavaron en Samuel Clemens, y aquella cara ancha de nariz aguileña tenía un gesto torvo.

Sam Clemens gritó al piloto: ¡Más deprisa! ¡Más deprisa! ¡A toda máquina!

El gran barco comenzó a hundirse en el agua más rápidamente... Chunk... chunk. Aun a través de la cubierta aislada con fibra de vidrio las vibraciones le hacían temblar. De pronto, aquel hombre rubio, Erik Hachasangrienta, rey vikingo del siglo X, estaba en la timonera.

Y gritaba a Sam Clemens en antiguo noruego: ¡Traidor! ¡Escoria de Ratatosk! ¡Te dije que te esperarías en las riberas de este Río! ¡Tú me traicionaste para poder conseguir el hierro de la estrella caída y construir tu gran barco!

Sam huyó de la timonera y bajó las escaleras de una cubierta tras otra hasta las oscuras entrañas de la bodega, pero Erik Hachasangrienta iba siempre a dos pasos de él.

Pasaron los colosales motores eléctricos giratorios, Sam Clemens corrió, atravesó el laboratorio, donde los ingenieros obtenían nitrato de potasa a partir de excrementos humanos y lo mezclaban con azufre y carbón vegetal para hacer pólvora. Allí Sam cogió un encendedor y una antorcha de resina, encendió el primero, y con el alambre encendido abrió la tapa de una caja.

¡Detente, o volaré el barco!, chilló Sam.

Erik se había detenido, pero hacía girar el hacha sobre su cabeza. Con una mueca burlona dijo: ¡Adelante! ¡A ver si tienes valor! ¡Este barco es lo que más quieres del mundo, aún más que a tu preciosa e infiel Livy! ¡No te atreverías a volarlo! ¡Así que voy a partirte en dos con mi hacha, y luego pilotaré este barco yo mismo!

¡No! ¡No!, chilló Sam. ¡No te atreverás! ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes! ¡Este es mi sueño, mi amor, mi pasión, mi vida, mi mundo! ¡No puedes!

El noruego se acercó más a él, haciendo silbar el hacha sobre su cabeza.

¿Que no puedo? ¡Ahora verás!

Sam vio por encima del hombro una sombra. Avanzó hacia él y se convirtió en una figura alta y sin rostro. Era X, el Misterioso Extraño, el Ético renegado que había enviado aquel meteorito a estrellarse en el valle del Río con el fin de que Sam pudiese tener el hierro y el níquel necesarios para construir su barco en aquel planeta pobre en minerales. Y para que con él pudiese navegar por el Río hasta el mar del Polo Norte donde se ocultaba, entre la fría neblina, la Torre de las Nieblas, el Gran Cilindro, o como quiera que se llamase. Y allí Sam, con los once hombres elegidos por X para su plan, aún no revelado, asaltaría la Torre y encontraría... ¿qué encontraría? Lo que allí hubiese.

¡Extraño!, dijo Sam: ¡Sálvame! ¡Sálvame!

La risa fue como un viento del mar polar, y dejó cristalizadas sus entrañas.

¡Sálvate tú mismo, Sam!

¡No! ¡No! ¡Lo prometiste!, gritó Sam. Y entonces sus ojos se abrieron y el último de sus gemidos se apagó. ¿O había soñado que estaba gimiendo?

Se incorporó. Su cama era de bambú. El colchón de tela de fibra de bambú rellena de hojas gigantes de árbol de hierro. La manta estaba hecha de cinco toallas unidas con cierres magnéticos. La cama estaba arrimada a la pared de la habitación de unos veinte metros cuadrados en la que había un escritorio y una mesa redonda y unas doce sillas, todas de bambú o de pino, y un orinal de cerámica. Había también un cubo de bambú lleno a medias de agua, un cajón ancho y alto con muchas casillas para rollos de papel, un armero con lanzas de bambú y pino con puntas de pedernal y hierro, arcos y flechas de tejo, un hacha de guerra de ferroníquel y cuatro largos cuchillos de acero. En la pared había una serie de colgadores y en ellos toallas blancas. En una peana había una gorra de oficial de cuero cubierto con una fina tela blanca.

Sobre la mesa estaba su cilindro, un cilindro metálico gris con asa de metal.

En el escritorio había botellas de agua con tinta de un negro hollín, una serie de plumas de hueso, y una pluma de ferroníquel. Los papeles que había en el escritorio eran de bambú, aunque había unas cuantas hojas de pergamino de la pared interna del estómago del pez cornudo.

Las ventanas acristaladas (o portillas, según ellos decían) cubrían toda la habitación. Por lo que Sam Clemens sabía, aquella era la única casa con ventanas de cristal de todo el valle del Río. Desde luego era la única en quince mil kilómetros en ambos sentidos.

La única luz venía del cielo. Aunque no había amanecido aún, la luz era un poco más clara que la que derramaba sobre la Tierra la luna llena. Estrellas gigantes de diversos colores, algunas tan grandes que parecían fragmentos arrancados de la luna, cubrían los cielos. Entre ellas, tras ellas, e incluso, al parecer, delante de algunas de las más luminosas, pendían brillantes arroyos y sábanas. Eran nubes de gas cósmico, esplendores que nunca dejaban de emocionar a los individuos más sensibles de las riberas del Río.

Sam Clemens, frunciendo los labios por el gusto amargo del licor que había bebido la noche anterior, e incluso por el sabor aún más amargo del sueño, cruzó la estancia. Abrió del todo sus ojos cuando llegó al escritorio, prendió un encendedor, y aplicó el alambre encendido a una lámpara de aceite de pescado que había en un estante de piedra.

Abrió una portilla y miró hacia el Río. Un año atrás sólo habría visto una lisa llanura de kilómetro y medio cubierta de hierba baja, dura, luminosa y verde. Ahora era una masa horrible de tierra apilada, profundos agujeros y numerosos edificios de bambú y pino donde se hallaban las fundiciones. Había centrales siderúrgicas, fábricas de cristal, de cemento, había hornos, ferreterías, armerías, laboratorios y fábricas de ácido nítrico y de ácido sulfúrico. A un kilómetro de distancia había una pared alta de madera de pino tras la que se guardaba el primer barco de metal que allí se construía.

A su izquierda flameaban antorchas. Los hombres cavaban también de noche, extrayendo piezas del bloque de ferroníquel.

Tras él había antes un bosque de árboles de hierro de trescientos metros de altura, pinos, abetos, robles negros, robles blancos, tejos y espesas matas de bambú. Todos ellos llenaban las colinas; las colinas aún seguían allí, pero los árboles, salvo los de hierro, habían desaparecido, y también había desaparecido el bambú. Sólo seguían en pie los inmensos árboles de hierro, que se habían resistido a las hachas de acero de las gentes de Clemens. Las altas hierbas habían sido cortadas y sus fibras

transformadas químicamente en materiales para hacer sogas y papel, pero sus raíces eran demasiado duras y estaban demasiado enredadas, y no había razón suficiente para acabar con ellas. El trabajo y los materiales utilizados para cavar a través de las raíces de la hierba baja de las llanuras para obtener el metal habían resultado muy caros. No en dinero, porque éste no existía, pero sí en sudor, y en instrumentos de piedra y de acero estropeados.

Aquella zona que había sido bella, llena de árboles, de hierba luminosa, con los capullos de colores de la hiedra que cubría los árboles, era ahora como un campo de batalla. Para construir un hermoso barco había sido necesario crear fealdad.

Sam tembló por la humedad y el viento frío que siempre llegaba al final de la noche en la parte alta del Río. Temblaba también al pensar en aquella desolación. Él amaba la belleza y el orden natural, y amaba el aspecto del valle en estado salvaje, pensase lo que pensase sobre aquel mundo. Y ahora él lo había convertido en algo espantoso solo por un sueño. Y se veía obligado a ampliar aquella destrucción, porque sus hornos y fábricas necesitaban más madera para combustible, para papel, para carbón. Toda lo que su estado poseía se había agotado, y se había agotado también casi toda la que Cernskujo, el estado limítrofe del norte, y la que Publiujo, el limítrofe por el sur, comerciaba con él. Si deseaba más tendría que hacer la guerra a sus estados vecinos o establecer acuerdos comerciales con los estados más distantes o con los situados a la otra orilla del Río. O bien conquistarlos y apoderarse de su madera. Él no quería hacer eso. Odiaba por principio la guerra, y apenas si podía soportarla en la práctica.

Pero si quería conseguir su barco tenía que disponer de madera como combustible para sus fábricas.

Tenía que obtener también bauxita y criolita y platino, si quería generadores y motores de aluminio.

La fuente más cercana de estos tres materiales estaba en Soul City, la nación situada a unos cuarenta kilómetros Río abajo, dominada por Elbut Wood Hacking, que odiaba a los blancos.

Hasta el momento, Sam había logrado intercambiar armas de hierro por bauxita, criolita, cinabrio y platino. El propio país de Sam, Parolando, necesitaba con urgencia armas. A un peso se añadía otro, pues Hacking insistía en que Parolando utilizase a sus propias gentes para extraer y transportar el mineral.

Sam suspiró profundamente. ¿Por qué demonios el Misterioso Extraño no había dirigido el meteorito de modo que cayese junto a los yacimientos de bauxita? Así, cuando Sam y los vikingos de Hachasangrienta hubiesen llegado a la zona inmediatamente después de la caída del meteorito, podrían haber ocupado la tierra que ahora era Soul City. Cuando hubiera llegado Hacking, se hubiese visto obligado a unirse a Clemens o a marcharse.

Entonces, ni siquiera los poderes del Extraño podían desviar fácilmente una masa de ferroníquel de cien mil toneladas de su curso y hacerla caer a sólo unos cuarenta kilómetros de la bauxita y de otros minerales. En realidad, el Extraño había supuesto haber dado en el blanco. Le había dicho a Sam, antes de desaparecer hacia su misión desconocida, que los minerales estaban Río arriba, en un radio de diez kilómetros. Pero se había confundido. Y esto alegraba y enfurecía a un tiempo a Sam. Su furia era porque los minerales no estaban a su alcance, y su alegría porque los Éticos pudiesen

cometer errores.

Este hecho en poco ayudaba a los humanos encerrados para siempre entre inmensas montañas de seiscientos metros de altura en un valle de doce kilómetros de anchura como media.

Estarían allí aprisionados miles de años, si no perpetuamente, a menos que Samuel Langhorne Clemens pudiese construir su barco fluvial.

Sam se acercó al armario de pino, abrió una puerta, y sacó una botella de cristal opaco. Contenía medio litro de whisky donado por gente que no bebía. Dio un buen trago, pestañeó, carraspeó, se palmeó el pecho, y puso de nuevo en su sitio la botella. ¡Aj! Nada mejor para empezar el día. Sobre todo cuando has tenido una pesadilla que el Gran Censor de los Sueños debería haber rechazado. Sí, si es que el Gran Censor ama a uno de sus creadores de sueños favorito y vela por él. Por Sam Clemens. Quizá el Gran Censor no le amara en realidad. Al parecer muy pocos amaban ya a Sam. Sam tenía que hacer cosas que no quería hacer para conseguir que se construyera su barco.

Y luego, allí estaba Livy, su esposa en la Tierra durante treinta y cuatro años.

Lanzó un juramento, acarició un bigote inexistente, volvió al armario, y sacó de nuevo la botella. Otro trago. De sus ojos brotaron lágrimas, pero no supo si provenían del whisky o de pensar en Livy. Probablemente las lágrimas, en aquel mundo de fuerzas completas, misteriosas operaciones, misteriosos operadores, se debiesen a ambas cosas. Más otras cosas que su inconsciente no se molestaba en descubrir en aquel momento. Su inconsciente esperaba a que su consciente se inclinase, para atarse sus cordones mentales de los zapatos, y arrear entonces una patada en el culo a dicho consciente.

Cruzó los cortinajes de bambú y miró por la portilla. Allí fuera, a unos doscientos metros, bajo las ramas del árbol de hierro, había una cabaña redonda de dos habitaciones y de techo cónico. En el dormitorio estaba Olivia Langdon Clemens, su esposa (su ex esposa), y aquel francés, aquel larguirucho y narigudo Savinien de Cyrano II de Bergerac, espadachín, libertino y hombre de letras.

—¿Cómo pudiste, Livy? —dijo Sam—. ¿Cómo pudiste destruir el amor de tu juventud?

Había pasado ya un año desde el día en que apareciera con Cyrano de Bergerac. Había sido una enorme sorpresa para él. En sus setenta y cuatro años en la Tierra y sus veinte años en el mundo del Río, nunca se había sorprendido más. Pero se recobró. O se habría recobrado si no le hubiese esperado otra sorpresa, aunque menor. Nada podía exceder a la primera. Después de todo, él no podía esperar que Livy no se ligase a un hombre en veintiún años, siendo como era joven y bella otra vez y apasionada aún, y sin tener razonables esperanzas de volver a verle. También él había vivido con media docena de mujeres, y no podía esperar castidad o fidelidad de ella. Aunque sí había esperado que ella abandonase a su compañero nada más verle a él.

Pero no fue así. Ella amaba a Bergerac.

La había visto casi todos los días desde la noche en que había surgido de entre las nieblas del Río. Hablaban con bastante cortesía, y a veces lograban romper la reserva y reír y bromear como lo habían hecho en la Tierra. A veces, breve pero innegablemente, sus ojos se decían que el viejo amor vibraba aún entre ellos. Luego, cuando él sentía que había roto ya la ansiedad, como una urticaria, como se decía más tarde a sí mismo riendo, cuando sentía ganas de llorar, había avanzado hacia ella, pese a sí mismo, y ella había retrocedido hacia Cyrano si estaba allí, o le había buscado si no estaba.

Y allí estaba noche tras noche con aquel maldito francés, aquel narigudo y larguirucho pero ingenioso, inteligente, bravo y vigoroso francés. La rana viril, murmuró Sam. Podía imaginárselo saltando, croando de lujuria, hacia la blanca, torneada y suave carne de Livy. Saltando, croando...

Se estremeció. Aquello no era bueno. No siquiera cuando llevaba allí mujeres en secreto (aunque no tenía por qué ocultar nada) podía olvidarla del todo. Ni siquiera cuando mascaba goma de los sueños podía olvidarla, sino que entonces la imagen de ella, arrastrada por los vientos del deseo, navegaba con mayor vigor por el mar de su mente templado por la droga. La hermosa fragata Livy con sus velas blancas hinchadas al viento, con su casco limpio y curvado...

Y oía sus risas, aquellas risas maravillosas. Eso era lo más difícil de soportar.

Salía a pasear y miraba por las portillas frontales. Se acercaba al pedestal de roble y al famoso gran timón que él había tallado. Aquella estancia era su «timonera», y las dos habitaciones que había detrás el «texas». El edificio estaba situado en la ladera de la colina más próxima a la llanura. Se asentaba en pilotes de diez metros y se llegaba a él por una escalera o escalerilla (para utilizar un término más náutico) por el lado de estribor, o por una portilla a la que se llegaba directamente desde la colina por la parte de atrás. Sobre la timonera había una gran campana, la única de aquel mundo, por lo que Sam sabía. Tan pronto como la clepsidra marcara las seis, él tocaría la gran campana, y el valle oscuro iría reviviendo lentamente.



Aún había niebla. El Río y el borde de la orilla estaban nebulosos, pero podía ver la masa inmensa de piedra en forma de hongo de una piedra de cilindros situada a unos dos kilómetros de la colina abajo al otro lado de la llanura, al borde del agua. Un momento después, vio un barco muy pequeño que surgía de entre la niebla. De él saltaron dos figuras que partieron en canoa hacia la orilla y luego se alejaron corriendo por la derecha. La luz del cielo era lo suficientemente clara como para que Sam les viese, aunque a veces se perdían tapados por los edificios. Tras rodear la alfarería de dos plantas, se dirigieron recto hacia las colinas. Entonces los perdió, pero le pareció que se dirigían hacia el «palacio» de troncos de Juan Plantagenet.

Mierda para el sistema de vigilancia de Parolando. Todo el frente del Río estaba vigilado por un sistema de puestos de control situados a unos trescientos metros de distancia entre sí. Eran cabañas asentadas sobre pilares de diez metros en las que había cuatro hombres de guardia. Si veían algo sospechoso, debían tocar sus tambores, soplar sus trompas de hueso y encender antorchas.

¿Dos hombres deslizándose entre la niebla para llevar noticias al rey Juan, al ex rey Juan de Inglaterra?

Quince minutos después, Sam vio una sombra que corría entre las sombras. La cuerda de la pequeña campana que había en la entrada se agitó. Observó por la portilla de estribor. Una cara blanca miraba hacia él. Era el espía de Sam, William Grevel, famoso comerciante en lanas, ciudadano de Londres, muerto en el año de Nuestro Señor de 1401. No había ovejas ni otra clase de mamíferos más que los hombres a lo largo del Río. Pero el antiguo mercader había mostrado grandes aptitudes para el espionaje y le entusiasmaba estar despierto toda la noche, husmeando. Sam le hizo señas de que subiese. Grevel corrió por la «escalerilla» y entró una vez Sam hubo abierto la gruesa puerta de roble.

Sam dijo en esperanto:

—Saluton, leutenanto Grevel. Kio estas? («Hola, lugarteniente Grevel, ¿qué es lo que pasa?»).

Grevel dijo:

—Bonan matenon, Estro. Ciu grasa fripono, Regó Johano, estas jus akceptita dúo spionoj. («Buenos días, jefe. Ese pillastre del rey Juan acaba de recibir a dos espías»).

Ni Sam ni Grevel podían entenderse en inglés, pero les iba bien, en general, con el esperanto.

Sam hizo una mueca. Bill Grevel se había deslizado por la rama de un árbol de hierro, burlando así un puesto de vigilancia, y se había descolgado con una soga hasta el tejado del edificio de dos plantas. Había cruzado el dormitorio, donde dormían tres mujeres, y luego había subido una escalera. Juan y sus espías, un italiano del siglo XX y una húngara del siglo vi, estaban allí sentados ante una mesa debajo de Grevel. Los dos habían informado sobre su viaje Río arriba. Juan estaba furioso, y no era para menos desde su punto de vista.

Sam, tras el informe de Grevel, también se puso furioso.

—¡Intentar asesinar a Arturo de Nueva Britania! ¿Es que ese hombre pretende que nos hundamos todos?

Paseó arriba y abajo, luego se detuvo, encendió un gran puro y volvió a pasear. Se detuvo de

nuevo, e invitó a Grevel a tomar queso y vino.

Era una de las ironías de la «casualidad», o quizá de los Éticos que habían dispuesto todo aquello, que el rey Juan de Inglaterra y el sobrino al que había asesinado estuviesen absurdamente situados a una distancia de cincuenta kilómetros. Arturo, príncipe de Britania en la Tierra muerta, había organizado a las gentes entre las que se encontró, formando una nación que llamó Nueva Britania. Había muy pocos antiguos britanos en el territorio de quince kilómetros de longitud sobre el que reinaba, pero eso daba igual. Aquello era Nueva Britania.

Arturo había tardado ocho meses en descubrir que su tío era vecino suyo. Había viajado de incógnito a Parolando para comprobar con sus propios ojos la identidad de aquel tío que le había degollado y arrojado su cadáver atado con un peso al Sena. Arturo quería capturar a Juan y mantenerlo vivo el mayor tiempo posible sometiéndole a refinadas torturas. Matar a Juan hubiese sido inútil, no hubiese podido coronar su venganza. Resucitaría al día siguiente en otro lugar a miles de kilómetros de distancia.

Pero Arturo había enviado emisarios exigiendo que le entregaran a Juan. Tales peticiones habían sido rechazadas, claro está, aunque sólo el sentido del honor y el miedo a Juan impedían a Sam acceder a las demandas de Arturo. Y ahora Juan había enviado a cuatro hombres a asesinar a Arturo. Dos habían sido muertos. Los otros dos habían escapado con heridas leves. Esto significaba una invasión. Arturo no solo pretendía vengarse de Juan, sino también apoderarse del hierro del meteorito.

Entre Parolando y Nueva Britania había una zona de unos veinticinco kilómetros de extensión a la orilla derecha del Río conocida como Tierra de Chernsky, o, en esperanto, Cernskujo. Chernsky, un coronel de caballería australiano del siglo XVI, no había querido aliarse con Arturo, pero la nación situada inmediatamente al norte de Nueva Britania estaba gobernada por Iyeyasu. Era éste un individuo de gran ambición, el hombre que había establecido el Shogunato de Tokudagwa en 1600 con capital en Yedo, que más tarde se llamaría Tokio. Los espías de Sam decían que japoneses y bretones se habían reunido seis veces en conferencia de guerra.

Además, inmediatamente al norte de Iyeyasujo estaba Kleomenujo. Gobernaba esta nación Cleomenes, que había sido rey de Esparta y hermanastro de aquel Leónidas que defendió el desfiladero de las Termopilas. Cleomenes se había reunido tres veces con Iyeyasu y Arturo.

Inmediatamente al sur de Parolando había una extensión de unos diecisiete kilómetros llamada Publia, por su rey Publius Crasus. Publius había sido oficial de caballería de César durante las guerras de las Galias. Su actitud era amistosa, aunque exigía buen precio por permitir a Sam cortar su madera.

Al sur de Publia estaba Tifonujo, gobernado por Tai Fung, uno de los capitanes del Khan Kublai, muerto en la Tierra al caer borracho de un caballo.

Y al sur de Tifonujo se encontraba Soul City, gobernada por Elwood Hacking y Milton Firebrass. Sam se detuvo y miró a Grevel con las cejas fruncidas.

—Lo malo del asunto, Bill, es que yo no puedo hacer nada. Si le digo a Juan que sé que intenta asesinar a Arturo, el cual, por lo que sé, merece que lo asesinen, sabrá que he enviado espías a su casa. Y se limitará a negarlo todo y a pedirme que muestre a los que le acusan... Y ya sabes lo que

eso significaría para ellos y para ti.

Grevel palideció.

—No te preocupes —dijo Sam—, no lo haré. No. Lo único que puedo hacer es estar tranquilo y observar el desarrollo de los acontecimientos. Pero estoy harto de mantenerme tranquilo. Ese hombre es el tipo más despreciable que he conocido, y si supieses a cuántos he conocido, editores incluidos, te darías cuenta de la profundidad de mis palabras.

—Juan podría ser cobrador de impuestos —dijo Grevel, como si se tratase del mayor de los insultos. Y para él lo era.

—Maldito sea el día en que tomé la decisión de pactar con Juan y hacerle mi socio —murmuró Sam, exhalando el humo mientras se volvía hacia Grevel—. Pero si no me hubiese aliado con él, hubiese perdido la posibilidad de conseguir el hierro.

Despidió a Grevel después de darle las gracias. Sobre los montes del otro lado del Río el cielo estaba rojo. Pronto toda la bóveda celeste estaría rosada en los bordes y azul arriba, pero aún pasaría un rato antes de que el sol emergiera sobre las montañas. Antes de eso, las piedras de cilindros se descargarían.

Se lavó la cara en una palangana, se peinó su espesa mata pelirroja hacia atrás, se aplicó pasta de dientes con la punta de un dedo en dientes y encías, hizo gárgaras y escupió. Luego se puso un cinturón con cuatro fundas y una bolsita que colgaba de una cinta. Se echó por los hombros, a modo de capa, una larga toalla, cogió un palo de roble con la punta de hierro y, con la otra mano, su cilindro. Bajó las escaleras. La hierba aún estaba húmeda. Todas las noches llovía a las tres en punto durante media hora, y el valle no se secaba hasta después de salir el sol. Si no fuese por la ausencia de gérmenes y virus patógenos, la mitad de los hombres del valle habrían muerto de neumonía o de gripe mucho tiempo atrás.

Sam era de nuevo joven y vigoroso, pero no por eso le gustaba hacer ejercicio. Mientras bajaba caminando, pensaba en el pequeño ferrocarril que le gustaría construir desde su casa hasta la orilla del Río, pero sería demasiado limitativo. ¿Por qué no construir un automóvil cuyo motor funcionase con alcohol de madera?

Comenzó a unírsele otra gente: tuvo que dedicarse a contestar a los «Saluton!» y «Bonan matenon!». Al final de su paseo, entregó su cilindro a un hombre para que lo colocase en una hendidura del techo de granito gris de la piedra de cilindros. Colocaron en la hendidura unos seiscientos cilindros grises, y la multitud se retiró a una respetable distancia. Quince minutos después, la piedra lanzó un bramido. Brotaron llamas azules de unos siete metros de altura, y el eco del estallido atronó en los montes. Los guardadores de la piedra de cilindros nombrados para aquel día subieron a la piedra y comenzaron a entregar los cilindros. Sam regresó a la timonera, preguntándose mientras caminaba por qué no delegaría a alguien la misión de cargar su cilindro. Lo cierto era que un hombre dependía tanto de su cilindro que no podía confiárselo a ningún otro.

De nuevo en casa, abrió la tapa. En seis pequeños recipientes estaba su desayuno y diversos artículos de añadidura.

El cilindro tenía un falso fondo en el que estaba el convertidor de energía en materia y los menús programados. Aquella mañana tenía jamón y huevos, tostadas con mantequilla y mermelada, un vaso

de leche, una raja de melón, diez cigarrillos, un porro de marijuana, un taquito de goma de los sueños, un puro, y una copa de algún delicioso licor.

Se sentó a comer con gusto, pero pronto se agrió su buena disposición. Al mirar por la portilla de estribor (para no ver la puerta de la casa de Cyrano), vio a un joven de rodillas ante su cabaña. El individuo rezaba, con los ojos cerrados y las manos unidas. Vestía sólo una especie de falda escocesa, y un hueso en espiral de un pez del Río colgaba de su cuello, sujeto por una tira de cuero. Tenía el pelo rubio oscuro, la cara ancha y el cuerpo musculoso. Pero empezaban a aparecer sus costillas. El hombre que rezaba era Hermann Goering. Sam lanzó un juramento y se levantó de su silla, derribándola; la colocó de nuevo en pie, y trasladó su desayuno del escritorio a la gran mesa redonda del centro de la estancia. Aquel tipo le había estropeado el desayuno una vez más. Si había algo que Sam no pudiera soportar, era un pecador arrepentido, y Hermann Goering había pecado más que la mayoría y era ahora, a modo de compensación, más santo que la mayoría, o así se lo parecía a Sam, aunque Goering proclamaba que era el más humilde de los humildes, en cierto sentido.

Deja a un lado esa maldita humildad arrogante, había dicho Sam. O al menos no la exhibas delante de mí...

Si no hubiese sido por la Carta Magna que Sam había redactado (pese a las protestas del rey Juan, y repitiendo así la historia), Sam hubiese expulsado a patadas a Goering y a sus seguidores mucho tiempo atrás. Bueno, por lo menos la semana anterior. Pero la Carta, la Constitución del estado de Parolando, la constitución más democrática de la historia de la humanidad, concedía libertad religiosa total y libertad de expresión total. Bueno, casi total. Tenía que haber ciertas limitaciones.

Pero su propio documento prohibía a Sam impedir predicar a los misioneros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

Sin embargo, si Goering seguía protestando, haciendo discursos para convertir a más individuos a su doctrina de resistencia pacifista, Sam Clemens no lograría terminar su barco. Hermann Goering había convertido el barco en un símbolo. Decía que representaba la vanidad, la codicia, las ansias de violencia y el olvido de los designios del Creador para el mundo del hombre.

El hombre no debía construir barcos. Debía construir mansiones más amplias para el alma. Lo único que el hombre necesitaba ahora era un techo sobre la cabeza que le protegiese de la lluvia y unas finas paredes que le proporcionasen cierta intimidad de vez en cuando. El hombre ya no tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente. Se le entregaban alimentos y bebidas sin exigírsele nada a cambio, ni siquiera gratitud. El hombre tenía tiempo para determinar su destino. Pero el hombre no debía agredir a otros, ni robarles sus posesiones, su amor o su dignidad. Debía respetar a los demás y a sí mismo. Pero esto no podía hacerlo robando, saqueando, agrediendo y despreciando... Debía...

Sam se volvió. Goering tenía algunos buenos sentimientos con los que Sam estaba de acuerdo, pero Goering se equivocaba si creía que lamiéndoles las botas a los que les habían puesto allí podrían alcanzar una Utopía o la salvación de las almas. La Humanidad había sido engañada de nuevo. Estaba siendo utilizada desconsideradamente. Todo, la resurrección, el rejuvenecimiento, la ausencia de enfermedades, la comida, el tabaco, las drogas y el licor gratis, la ausencia de trabajo duro y de necesidades económicas, todo era una ilusión, una barrita de caramelo para engatusar al

infantil género humano y llevarle a un oscuro callejón donde... ¿dónde qué? Sam no lo sabía, pero el Misterioso Extraño había dicho que el género humano estaba siendo víctima de la más cruel de todas las farsas, una farsa más cruel incluso que la primera, que la vida en la Tierra. El hombre había sido resucitado y aclimatado en aquel planeta para ser objeto de un descomunal estudio científico. Eso era todo. Y cuando el estudio concluyese, el hombre caería de nuevo en la oscuridad y en el olvido.

De nuevo burlado.

Pero, ¿qué se proponía obtener el Extraño explicando esto a ciertos hombres elegidos? ¿Por qué había escogido a un pequeño número para que le ayudasen a derrotar a sus congéneres los Éticos? ¿Qué era lo que en realidad perseguía el Extraño? ¿Estaba engañando a Sam y a Cyrano y a Ulises y a los otros a quienes Sam aún no conocía?

Sam Clemens no sabía nada. Ignoraba tanto como había ignorado en la Tierra, pero estaba seguro de una cosa: quería aquel barco.

Las nieblas se habían desvanecido; había concluido la hora del desayuno. Comprobó la clepsidra y tocó la gran campana de la timonera. Tan pronto como el repiqueteo cesó, comenzaron a oírse los silbatos de madera de los sargentos. A lo largo de los quince kilómetros del valle del Río que abarcaba Parolando, sonaban los silbatos. Luego comenzaron a tocar los tambores, y Parolando empezó a trabajar.

Parolando tenía diez mil habitantes, pero el barco sólo podría llevar a ciento veinte personas. Veinte de ellas ya sabían con seguridad que irían en él. Sam y Joe Miller. Lothar von Richthofen, Van Boom, De Bergerac, Ulises, tres ingenieros, el rey Juan, y sus respectivas compañeras. El resto no sabrían si habían trabajado en vano o no hasta unos días antes de que el barco zarpase. Entonces, se escribirían los nombres de todos en trozos de papel, se colocarían dentro de un gran bombo de alambre, al que se haría girar una y otra vez. Luego Sam, con los ojos tapados, iría sacando, una tras otra, cien papeletas. Y esos afortunados formarían la tripulación del No Se Alquila.

El No Se Alquila tenía que recorrer, si el Extraño no se equivocaba, ocho millones de kilómetros. A una media de unos quinientos kilómetros cada veinticuatro horas, tardaría unos cuarenta años en llegar al final del Río, pero la media no sería esa, claro está. La tripulación tendría que desembarcar para hacer vacaciones en tierra, y había que tener en cuenta las inevitables reparaciones. De hecho, el barco podía estropearse, aunque Sam se proponía llevar muchas piezas de repuesto. Una vez iniciada la travesía no habría posibilidad de volver atrás a por piezas ni de obtenerlas en otros sitios. No habría metal suficiente fuera de aquel lugar.

Era extraño pensar que tendría unos ciento cuarenta años cuando llegase al final del Río.

Pero, ¿qué significaba eso teniendo en cuenta que disponía de miles de años de juventud?

Miró por las portillas. La llanura hormigueaba de personas que bajaban de las colinas a las fábricas. Tras él, las colinas estarían llenas de otros individuos que se dirigían a las fábricas de las colinas. Había un pequeño ejército trabajando en el gran embalse del noroeste, junto a las estribaciones de las montañas. Se había construido un muro de hormigón entre dos colinas escarpadas para embalsar el agua procedente de un arroyo próximo a la cima de la montaña. Al llenarse el lago situado tras la presa, su excedente proporcionaría energía eléctrica para las fábricas.

De momento, la energía eléctrica necesaria se extraía de las piedras de cilindros. Un gigantesco transformador de aluminio recogía tres veces al día la electricidad y la conducía por cables de aluminio a una instalación de dos plantas llamada batacitor. Se trataba de un descubrimiento electrónico de finales del siglo XX que podía almacenar cientos de kilovatios hora en una centésima de microsegundo y cederlos en una cuantía de desde una décima de amperio a un centenar de kiloamperios. Era el modelo del batacitor que se instalaría en el barco. De momento, la energía se utilizaba principalmente para alimentar la máquina laminadora construida por Van Boom que cortaba las piezas de ferróniquel extraídas en la llanura. También se utilizaba la energía eléctrica para fundir el metal. El aluminio de los cables y del batacitor se había obtenido, por un procedimiento laborioso y caro, partiendo del silicato de aluminio obtenido de la arcilla que había bajo la hierba en las estribaciones de los montes. Pero esta fuente de suministros se había agotado, y ahora la única fuente económicamente asequible estaba en Soul City.

Sam se sentó ante su escritorio, abrió un cajón, y sacó un grueso libro forrado de piel de pez y con páginas de papel de fibras de bambú. Era su diario, Las Memorias de Un Lázaró. Por el momento utilizaba tinta hecha de agua y ácido tánico de corteza de roble y de carbón y con ella escribía los acontecimientos del día y sus reflexiones. Cuando la tecnología de Parolando hubiese progresado lo

suficiente, utilizaría la grabadora electrónica que Van Boom le había prometido.

Apenas si se había puesto a escribir cuándo empezaron a sonar los tambores. Los tambores de sonido más profundo representaban rayas, los de sonido más agudo puntos. El código era morse, el idioma esperanto.

Von Richthofen tomaría tierra en unos minutos. Sam se puso en pie para mirar de nuevo. A algo menos de un kilómetro de distancia se veía el catamarán de bambú en el que Lothar von Richthofen había zarpado Río abajo diez días atrás. Por las portillas de estribor Sam vio una figura achaparrada de pelo oscuro que salía de las puertas del palacio de troncos del rey Juan. Tras él iban guardaespaldas y cortesanos.

El rey Juan quería asegurarse de que von Richthofen no llevaba ningún mensaje secreto de Elbut Elwood Hacking.

El ex monarca de Inglaterra, en la actualidad corregente de Parolando, vestía una especie de faldilla escocesa a cuadros rojos y negros, una prenda estilo poncho hecha de toallas, y botas de piel de pez dragón hasta las rodillas. A su gruesa cintura llevaba un ancho cinturón con una serie de fundas que contenían dagas de acero, una espada corta y un hacha de acero. En una mano sostenía una corona de acero, fuente de muchas disputas entre Sam y el rey Juan. Sam no quería desperdiciar metal en anacronismos inútiles, pero Juan había insistido, y Sam cedió.

Sam se sentía satisfecho ahora al pensar en el nombre de su pequeña nación. Parolando significaba en esperanto Tierra de Pares, y se llamaba así porque la gobernaban dos hombres. Pero Sam no le había explicado a Juan que otra traducción al inglés podría ser Twain Lana.

Juan siguió un sendero de barro endurecido que rodeaba un edificio bajo y alargado, una fábrica, y llegó al pie de las escaleras del cuartel general de Sam. Su guardaespaldas, un matón llamado Sharkey, tiró de la cuerda de la campana, y ésta repiqueteó. Sam sacó la cabeza y gritó:

—¡Sube, Juan!

Juan alzó hacia él sus ojos azul claro y empujó a Sharkey para que le precediese. Juan tomaba siempre precauciones contra posibles asesinos, y tenía buenas razones para hacerlo. Además, estaba resentido por tener que venir a ver a Sam, pero sabía que von Richthofen informaría primero a éste.

Entró Sharkey, inspeccionó la timonera de Sam y las habitaciones traseras. Sam oyó un gruñido, tan profundo y poderoso como el de un león, que procedía de la habitación posterior. Sharkey retrocedió rápidamente y cerró la puerta.

Sam sonrió y dijo:

—Joe Miller puede estar enfermo, pero aún puede comerse a diez luchadores polacos como desayuno y repetir.

Sharkey no contestó. Hizo una seña a través de la portilla a Juan, indicándole que podía subir sin miedo a una celada.

El catamarán desembarcaba entonces, y la pequeña figura de von Richthofen cruzaba la llanura, con el cilindro en una mano y su báculo de embajador en la otra. Por la otra portilla, Sam pudo ver al largirucho de Bergerac que dirigía una patrulla hacia el muro sur. Livy no estaba a la vista.

Juan entró.

—Bonan matenon, Johano! —dijo Sam.

A Juan le molestaba que Sam se negase a dirigirse a él como Via Rega Mozto (Su Majestad) en privado. La Konsulo (el Cónsul) era su título correcto, e incluso éste salía pocas veces de labios de Sam. Sam estimulaba a otros a que le llamasen a él La Estro, El Jefe, porque esto enfurecía aún más a Juan.

Juan soltó un gruñido y se sentó a la mesa redonda. Otro guardaespaldas, un protomongol moreno y alto de gran envergadura e inmensos y poderosos músculos, Zaksksromb, que probablemente había muerto hacia el treinta mil antes de Cristo, encendió un gran cigarro negro para Juan. Zak, como se le conocía, era el hombre más fuerte de Parolando, después de Joe Miller. Y podía argumentarse que Joe Miller no era un hombre. O por lo menos no un homo sapiens.

Sam deseaba que Joe se levantara de la cama. Zak le ponía nervioso, pero Joe estaba intentando relajarse con goma de los sueños. Dos días atrás se había desprendido un cascote de siderita de una grúa cuando Joe pasaba debajo. El gruista juró que había sido un accidente, pero Sam tenía sus sospechas.

Sam dio una chupada a su puro y dijo:

—¿Has sabido algo de tu sobrino últimamente?

Juan no se sorprendió, pero sus ojos se achicaron. Miró a Sam desde el otro lado de la mesa.

—No. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. He pensado en proponer a Arturo una conferencia. No hay razón alguna para que andéis intentando asesinaros. Esto no es la Tierra, como bien sabes. ¿Por qué no podemos olvidar los viejos pleitos? ¿Qué importancia tiene que le tiraras al río metido en un saco? El pasado, pasado está. Podríamos utilizar su madera. Y necesitamos más piedra caliza para obtener carbonato de calcio y magnesio. Y él tiene en abundancia.

Juan le miró, luego bajó los ojos y sonrió.

Astuto Juan, pensó Sam. Juan el suave. Juan el ruin.

—Para obtener madera y piedra caliza tendríamos que pagar con armas de acero —dijo Juan—. Y no estoy dispuesto a permitir que mi querido sobrino pueda conseguir más acero.

—Pensé simplemente que discutiría el asunto contigo —dijo Sam—. Porque a mediodía...

—¿Sí? —Juan se tensó.

—Bueno, pensé que podría plantear la cuestión ante el consejo. Podríamos someterlo a votación.

—¡Ah! —Juan se relajó.

—«Piensas que ya estás seguro», pensó Sam. «Tendrás de tu lado a Pedro Anséure y a Frederick Rolfe, y una votación de tres contra cinco es voto nulo en el consejo».

Consideró una vez más la posibilidad de suspender la Carta Magna para poder hacer cosas que eran necesarias, pero esto podía significar la guerra civil y el fin de su sueño.

Paseó un rato mientras Juan describía en voz muy alta y con penosos detalles su última conquista femenina. Sam procuró ignorar sus palabras; aún le irritaban los desplantes presuntuosos de aquel hombre, aunque ahora ninguna mujer que aceptase a Juan podría culpar a otra persona mas que a sí misma.

Repiqueteó la campanilla. Lothar von Richthofen entró en la estancia. Ahora llevaba el pelo largo y, con sus hermosos rasgos de aire eslavo, parecía un Goering menos corpulento y más guapo. Los



dos se habían conocido bien durante la primera guerra mundial, pues habían servido ambos bajo las órdenes del barón Manfred von Richthofen, hermano mayor de Lothar. Lothar era una persona valiente, libre y muy agradable, pero aquella mañana su sonrisa había desaparecido.

—¿Cuáles son las malas noticias? —preguntó Sam. Lothar tomó la copa de whisky que Sam le ofreció, se la bebió y dijo:

—Sinjoro Hacking está a punto de terminar sus fortificaciones. Soul City tiene unas murallas de cuatro metros de altura y tres de profundidad en todas sus fronteras. Hacking fue muy grosero conmigo, me llamó ofejo y honkio, palabras nuevas para mí. No me molesté en pedirle una explicación.

—Ofejo podría derivarse del inglés ofay —dijo Sam—, pero la otra palabra nunca la he oído. ¿Honkio?

—Oirás muchas veces esas palabras en el futuro —dijo Lothar— si tratas con Hacking. Y tendrás que hacerlo. Hacking, después de soltar un torrente de insultos, especialmente aludiendo a mis antepasados nazis (y yo jamás oí hablar de los nazis en la Tierra, pues fallecí en un accidente de aviación en 1922), pasó a hablar de negocios. Parecía muy furioso por algo... Quizá su cólera no tuviese nada que ver conmigo en principio. Pero el resumen de su discurso fue que podría cortar el suministro de bauxita y de otros minerales.

Sam se apoyó sobre la mesa para serenarse. Luego dijo:

—Tomaré un trago de coraje de Kentucky yo también.

—Al parecer —prosiguió von Richthofen—, Hacking no se siente demasiado feliz con la composición de su estado. Hay una cuarta parte de negros de Harlem que murieron entre 1960 y 1980, y una octava parte de negros dahomeyanos del siglo XVIII. Pero tiene un cuarto de población no negra, árabes wahhabi del siglo XIV, fanáticos que aún proclaman que Mahoma es su profeta y que están aquí sólo para un breve período de prueba. Luego hay otra cuarta parte compuesta por hindúes del siglo XVIII, dravinianos, caucasianos de piel oscura, y un octavo de gente diversa. Una ligera mayoría de este octavo pertenece al siglo XX.

Sam asintió con un gesto. Aunque la Humanidad resucitada incluía a todas las personas que habían vivido desde el año dos millones antes de Jesucristo al 2008 después, un cuarto de todos ellos habían nacido después del año 1899 de la era cristiana, según los cálculos.

—Hacking quiere que su Soul City sea casi totalmente negra. Dice que él había creído en la posibilidad de la integración cuando vivía en la Tierra. Los jóvenes blancos de su época no tenían los prejuicios raciales de sus antecesores, y él había conocido la esperanza. Pero no había en sus tierras muchos de sus contemporáneos blancos. Y los árabes wahhabi estaban volviéndole loco. Hacking se había hecho musulmán en la Tierra, ¿sabían eso? Primero fue musulmán negro, una variedad norteamericana. Y luego se hizo musulmán auténtico, peregrinó a La Meca, y estaba completamente convencido de que los árabes, aunque fuesen blancos, no eran racistas.

»Pero la matanza de los negros sudaneses por los árabes sudaneses y la historia de la esclavización de negros por los árabes le desconcertaban. De todos modos, estos wahhabi del siglo XIX no eran racistas, solo eran fanáticos religiosos, y causaban muchos problemas. Él no me lo dijo, pero estuve allí diez días y pude ver por mis propios ojos la situación. Los wahhabi quieren

convertir Soul City a su tipo de islamismo, y si no pueden hacerlo pacíficamente, lo harán de modo sangriento. Hacking quiere librarse de ellos y de los dravinianos, que parecen considerarse superiores a los africanos, sean del color que sean. De todos modos, Hacking continuará proporcionándonos bauxita si le enviamos a todos nuestros ciudadanos negros a cambio de todos sus wahhabi y de sus dravinianos. Más una cantidad mayor de armas de acero. Y una cuota mayor de siderita en bruto.

Sam soltó un gruñido. El rey Juan escupió en el suelo.

Sam frunció el ceño y dijo:

—Merdo, Johano! ¡Ni siquiera un Plantagenet tiene derecho a escupir en el suelo de mi casa!

¡Usa la escupidera o lárgate!

Procuró contener su cólera y su frustración al ver el gesto torvo de Juan. No era el momento de provocar un conflicto. El vanidoso ex monarca jamás se doblegaría a utilizar la escupidera, y el problema era en realidad algo secundario.

Sam hizo un gesto disculpándose y dijo:

—Olvidalo, Juan. Escupe todo lo que quieras. —Pero no pudo evitar añadir—: Siempre que yo tenga el mismo privilegio en tu casa, claro está.

Juan gruñó y se metió una chocolatina en la boca. Adoptó un tono de voz áspero y burlón que indicaba que también él estaba muy furioso y procuraba controlarse.

—Ese sarraceno, Hacking, obtiene demasiado. Creo que ya está bien de besar su mano negra. Sus exigencias han retrasado la construcción de la barca...

—El barco, Juan —dijo Sam—. Es un barco, no una barca.

—Boato, smoato. Lo que yo digo es que debemos conquistar Soul City, pasar por las armas a los ciudadanos, y apoderarnos de los minerales. Entonces podremos hacer aluminio allí mismo. En realidad, podríamos construir el barco allí. Y asegurarnos de que no iban a molestarnos conquistando todos los estados que hay entre nosotros y Soul City.

Juan y su ansia de poder.

Sin embargo, Sam se sintió inclinado a pensar que por una vez quizá tuviese razón. En el período de un mes aproximadamente. Parolando dispondría de armas suficientes como para hacer lo que Juan proponía. Pero Publia era una nación amiga y sus facturas no eran muy altas. Y Tifonujo, aunque exigía mucho, había permitido que se talaran todos sus árboles. Era posible, sin embargo, que ambos estados planeasen utilizar el ferróniquel que habían conseguido a cambio de su madera para hacer armas con que poder atacar Parolando.

Los salvajes de la otra orilla del Río probablemente planeaban lo mismo.

—Aún no he terminado —dijo von Richthofen—. Hacking propone el intercambio de ciudadanos en la base de uno por uno. Pero no llegará a ningún acuerdo a menos que le enviemos a un negro a tratar con él. Dice que el enviarme a mí constituye un insulto, porque soy un prusiano y un junker. Pero dice que olvidará esto si le enviamos a un miembro del consejo la próxima vez. Uno que sea negro.

A Sam casi se le cae el puro.

—¡No tenemos ningún consejero negro!

—Exactamente. Lo que Hacking quiere decir es que haríamos mejor eligiendo uno.

Juan se pasó ambas manos por el pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros, y luego se levantó. Sus ojos azules tenían un brillo feroz bajo sus cejas leoninas.

—Ese sarraceno se cree que puede decirnos cómo debemos arreglar nuestros asuntos internos. ¡Yo estoy a favor de la guerra!

—Un momento, Majestad —dijo Sam—. Hemos de tener en cuenta que podemos defendernos muy bien. Pero que no podemos invadir y ocupar un territorio grande.

—¿Ocupar? —gritó Juan—. ¡Degollaremos a la mitad y encadenaremos a la otra mitad!

—El mundo cambió mucho después de tu muerte, Juan... Bueno, Majestad. No hay duda de que existen otras formas de esclavitud aparte de la esclavitud directa, pero no quiero enzarzarme en una discusión sobre definiciones. No tiene ningún sentido discutir esa cuestión. Nos limitaremos a nombrar otro consejero. Y se lo enviaremos a Hacking.

—En la Carta Magna no está previsto este caso —dijo Lothar.

—Pues alteraremos la Carta —dijo Sam.

—Eso exigiría un referéndum.

Juan gruñó con disgusto. El y Sam Clemens habían tenido demasiadas discusiones violentas por los derechos del pueblo.

—Hay algo más —dijo Lothar, sonriendo aún, pero con un tono exasperado en la voz—. Hacking pide que se permita a Firebrass visitar Parolando en un viaje de inspección. Firebrass tiene un interés especial por ver nuestro aeroplano.

—¿Pregunta si nos importa que nos envíe un espía! —chilló Juan.

—No sé —dijo Sam—. Firebrass es el jefe de estado mayor de Hacking. Podría hacerse una idea distinta de nosotros. Es ingeniero. Crea que además tiene un doctorado en física. He oído hablar de él. ¿Qué opinas tú, Lothar?

—Mi impresión de él ha sido muy buena —dijo von Richthofen—. Nació en 1974 en Syracuse, Nueva York. De padre negro y madre mestiza de sangre irlandesa e iroquesa. Figuró en la segunda expedición que aterrizó en Marte y en la primera que se puso en órbita alrededor de Júpiter...

¡Los hombres habían logrado realmente aquello!, pensaba Sam. Aterrizar en la Luna y luego en Marte. Parecía algo sacado de Julio Verne y de Frank Reade, Jr. Fantástico, pero no más fantástico que el mundo en que vivían. Y, en realidad, no más fantástico que el mundo de la Tierra de 1910. Nada de aquello podía explicarse de modo que satisficiera a un hombre razonable. Todo era increíble.

—Lo plantearemos hoy en el consejo, Juan —dijo Sam—. Si no tienes objeción. Haremos una votación general para elegir al consejero. Yo personalmente elijo a Uzziah Cawber.

—Cawber fue esclavo, ¿no es cierto? —dijo Lothar—. No sé. Hacking dijo que no quería un Tío Tom.

Esclavo una vez, esclavo siempre, pensó Sam. Ni siquiera cuando un esclavo se rebela, mata y es matado como protesta contra su esclavitud... resucitado, ni siquiera entonces se considera un hombre libre. Nació y se educó en un mundo empapado del aroma podrido de la esclavitud. Y todos sus pensamientos y sus actitudes están teñidos por la esclavitud, sutilmente influidos por la esclavitud.

Cawber había nacido en 1841 en Montgomery, Alabama. Aprendió a leer y a escribir, trabajó como secretario en la casa de su amo, mató al hijo de éste en 1863, escapó y fue al Oeste, donde se hizo vaquero y luego minero. Murió atravesado por una lanza sioux en 1876; el ex esclavo matado por un hombre a punto de convertirse en esclavo. Cawber está entusiasmado con este mundo (o al menos así lo proclama) porque aquí ningún hombre puede esclavizarle o mantenerle esclavizado. Pero es esclavo de su propia mente y de la reacción de sus nervios. Hasta cuando mantiene alta la cabeza, da un salto si alguien chasquea un látigo, y baja la cabeza antes de poder darse cuenta...

¡Por qué, oh, por qué habían resucitado los hombres! Hombres y mujeres estaban destrozados por lo que había sucedido en la Tierra, y jamás serían capaces de remediar el daño. Los miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad proclamaban que un hombre podía cambiar, cambiar totalmente. Pero los de la Segunda Oportunidad eran un puñado de mascadores de goma de los sueños.

—Si Hacking llama a Cawber Tío Tom, Cawber le matará —dijo Sam—. Creo que debemos enviarle a él.

Juan enarcó sus oscuras cejas. Sam sabía lo que estaba pensando. Quizá él pudiese utilizar a Cawber, de un modo u otro.

Sam miró la clepsidra.

—Es hora de realizar el viaje de inspección. ¿Te importa adelantarte, Juan? Estaré con vosotros dentro de un minuto. —Y se sentó a su escritorio para hacer unas cuantas anotaciones más en su diario.

Esto dio a Juan la ocasión de salir primero, como correspondía a un ex rey de Inglaterra y de una buena parte de Francia. Sam pensó que era ridículo preocuparse por quién debía preceder a quién, pero detestaba a Juan tanto que no podía soportar dejarle ganar aunque solo fuese aquella pequeña victoria. En vez de discutir sobre el asunto, o simplemente adelantársele y enfurecer así a Juan, fingía que tenía que hacer un trabajo.

Sam alcanzó al grupo, en el que se incluían los seis miembros del consejo, justo a la salida de la fábrica de ácido nítrico. Recorrieron las fábricas rápidamente. Brotaban olores desagradables de los ácidos nítrico y sulfúrico, de los procesos de destilación de la madera para hacer alcohol, acetona, creosota, aguarrás y ácido acético. De los tanques de formaldehído y de las instalaciones en que se transformaban los excrementos humanos y los líquenes recogidos en los montes para extraer nitrato potásico<sup>[1]</sup>. Todo esto, combinado, era suficiente para hacer perder el apetito a una hiena. Los consejeros estaban abrasados y ensordecidos por el martilleo y el repiqueteo de las máquinas. En la fábrica de magnesio y en los hornos de piedra caliza se cubrieron de un polvillo blanco. En la fábrica de aluminio se sintieron de nuevo abrasados, ensordecidos y atufados.

La fábrica de armas instalada en las colinas aún no había empezado a funcionar. Salvo por ruidos distantes, estaba en silencio. Pero no resultaba hermosa a la vista. La tierra había sido excavada, los árboles derribados, y el humo de las fábricas de la parte superior del Río formaba una nube oscura y acre sobre las montañas.

Van Boom, el ingeniero jefe, mitad zulú, mitad afrikaan de finales del siglo XIX, salió a recibirles. Era un hombre agraciado, de piel oscura y bronceada y pelo rizado. Medía casi metro noventa y pesaba unos ciento veinticinco kilos. Había nacido en una trinchera durante los Años

Sangrientos.

Les saludó con bastante cordialidad (le agradaba Sam y toleraba a Juan), pero no sonrió como siempre.

—Está listo —dijo—, pero quiero que se tengan en cuenta mis objeciones. Es un juguete muy bonito y hace mucho ruido y parece algo impresionante y se podrá matar con él a un hombre. Pero me parece un derroche, y además ineficaz.

—Hablas como un congresista —dijo Sam.

Van Boom les condujo hasta la entrada del edificio de bambú, y hasta una mesa donde había un arma manual de acero. Van Boom la cogió. El arma resultaba inmensa incluso en su gran mano. Cruzó ante los otros y salió a la luz del sol. Sam se sentía exasperado. Había alargado la mano para coger el arma y el otro le había ignorado. Si Van Boom se proponía hacer una demostración fuera, ¿por qué no lo había dicho desde un principio?

—Ingenieros —murmuró Sam. Luego se encogió de hombros. Era más fácil golpear a una mula de Missouri entre los ojos con el dedo meñique que intentar cambiar los modales de Van Boom.

Van Boom alzó el arma y la luz del sol brilló en el metal gris plateado.

—Esta es la pistola Mark I —dijo—. Llamada así porque la inventó El Jefe.

La cólera de Sam se fundió como el hielo del Mississippi en la primavera.

—Es un arma manual con recámara, de chispa, de un solo tiro, con el cañón estriado y retroceso.

Movió la pistola en su mano derecha y dijo:

—Se carga así: se empuja hacia adelante el pasador del lado izquierdo del cañón. Esto libera el cierre de la recámara. Entonces ha de empujarse el cañón con la mano izquierda. Esto hace retroceder el seguro del gatillo hacia la culata, donde actúa como palanca para amartillar el percutor.

Buscó en una bolsa que llevaba colgada del cinturón y sacó un objeto alargado y circular de color marrón.

—Esto es una bala de baquelita o de resina de fenolformaldehído del calibre sesenta. Ha de apretarse la bala así hasta que penetre en el cañón.

Sacó de la bolsa un pequeño paquete que contenía una materia negra.

—Esto es una carga de pólvora negra envuelta en nitrato de celulosa. En el futuro podremos conseguir pólvora sin humo en vez de ésta. Es decir, si utilizamos esta pistola. Ahora, introduzco la carga en la recámara por este extremo. En esta parte hay papel de nitrato impregnado de pólvora. Luego alzo el cañón con la mano izquierda, así, emplazándolo en su sitio. La Mark I está lista para disparar. Pero, en caso de emergencia, si el primer proyectil no se dispara, puede cebarse el arma por este agujero lateral del cañón situado inmediatamente delante del punto de mira trasero. En caso de fallo, puede amartillarse el arma con el pulgar derecho. Tengan en cuenta que este agujero de ventilación del lado derecho está destinado a proteger la cara del tirador.

Un individuo había traído un gran blanco de madera y lo había colocado sobre un caballete. El blanco estaba a unos veinte metros de distancia. Van Boom se giró hacia él, enarboló el arma, sujeta con ambas manos, y apuntó alineando los puntos de mira.

—Pónganse detrás de mí, caballeros —dijo—. El calor producido por el paso de la bala a través del aire quemará la superficie de ésta dejando una pequeña estela de humo que podrán ustedes ver.

La bala de plástico tiene que ser de calibre tan grande porque su peso es muy pequeño. Pero esto incrementa la resistencia del aire. Si decidimos utilizar esta arma (a lo cual soy absolutamente contrario), podríamos incrementar el calibre hasta un setenta y cinco en la Mark I. El alcance efectivo del arma es de unos cincuenta metros, pero pasados los treinta su precisión es escasa, y tampoco es excesiva a menos de treinta metros.

El arma estaba dispuesta. Cuando Van Boom apretase el gatillo, el percutor rompería la superficie del cartucho. Y la chispa encendería la carga de pólvora.

Se oyó un clic y el percutor se disparó, produciendo un resplandor y una explosión. Clic, resplandor y explosión se sucedieron en un tiempo equivalente al que se tarda en pronunciarlo, y Van Boom tuvo tiempo entre el clic y la explosión de volver a colocar en posición el arma que se había movido como consecuencia del impacto del pesado percutor.

El proyectil dejó una estela de humo muy tenue, que disipó rápidamente el fuerte viento. Sam, mirando por encima del brazo de Van Boom, pudo ver cómo la bala alteraba su trayectoria y volvía a recuperarla, por obra del viento. Pero Van Boom debía de haber estado practicando porque el proyectil fue a dar cerca del blanco. Se introdujo en la blanca madera de pino, se astilló e hizo un gran agujero.

—La bala no penetrará profundamente en un hombre —dijo Van Boom—, pero dejará un gran agujero. Y si da cerca del hueso, los fragmentos lo romperán.

La hora siguiente la pasaron ocupados y felices; cónsules y consejeros se turnaron disparando al blanco. El rey Juan estaba especialmente emocionado, aunque quizá un tanto asombrado, porque nunca había visto hasta entonces una pistola. Su primera experiencia con la pólvora había tenido lugar varios años después de su resurrección, y sólo había visto bombas y cohetes de madera.

Al final, Van Boom dijo:

—Si continúan así, caballeros, agotarán nuestra reserva de balas... y se gasta mucho material y mucho trabajo en hacer estas balas. Lo cual es una de las razones de que me oponga a que se fabriquen más. Mis otras razones son: uno, que el arma sólo tiene precisión a distancia muy corta; dos, que se tarda tanto en cargarla y disparar que un buen arquero podría derribar a tres pistoleros mientras cargan y desde una distancia a la que las pistolas no serían precisas. Además, las balas de plástico no son recuperables como las flechas.

—¡Tonterías! —exclamó Sam—. El mero hecho de tener estas armas demostraría nuestra superioridad tecnológica y militar. Tendríamos al enemigo asustado antes de que empezase la batalla. Además, olvidas que hace falta mucho tiempo para preparar a un buen arquero, mientras que estas armas son de fácil uso y todos pueden aprender a utilizarlas.

—Cierto —dijo Van Boom—. Pero, ¿podrían derribar a alguien? Además, yo pensaba en la posibilidad de construir ballestas de acero. No pueden manejarse con la misma rapidez que los arcos, pero no exigen más entrenamiento que las pistolas, y los dardos son recuperables. Y son mucho más mortales que estos juguetitos ruidosos.

—¡No señor! —dijo Sam—. ¡Claro que no! Insisto en que se hagan por lo menos doscientas pistolas de éstas. Proveeremos de ellas a un nuevo grupo, los Pistoleros de Parolando. Serán el terror del Río... ¡Ya lo veréis!

Por esta vez, el rey Juan estaba de acuerdo con Sam. Insistía en que las dos primeras pistolas que se fabricasen fuesen entregadas una a Sam y otra a él, y la docena siguiente a sus guardaespaldas. Luego podría entrenarse y organizarse aquel nuevo grupo.

Sam estaba agradecido por aquel respaldo, pero se prometió investigar cuidadosamente a los individuos que ingresasen en el grupo de los Pistoleros. No quería que en él fuesen mayoría los leales a Juan.

Van Boom se esforzó por ocultar su disgusto.

—¡Escuchen! Yo cogeré un buen arco de tejo y doce flechas y me colocaré a veinticinco metros de distancia. A una señal, ustedes ocho pueden avanzar hacia mí, disparando sus Mark I... ¡Apuesto a que les derribo a los ocho antes de que se acerquen a mí lo bastante como para poder herirme! ¿Vale la apuesta? ¡Estoy dispuesto a apostar mi vida!

—No seas infantil —dijo Sam. Van Boom alzó los ojos al cielo.

—¿Que soy infantil? ¡Estás amenazando a Parolando, y amenazando el proyecto de tu barco, por tu empeño en tener armas de fuego para jugar!

—Tan pronto como tengamos las pistolas podrás empezar a hacer todos los arcos que quieras —dijo Sam—. ¡Mira! ¡Haremos armaduras para los Pistoleros! ¡Esto elimina tus objeciones! ¿Por qué no lo pensé antes? Nuestros hombres llevarán una vestidura de acero que les protegerá contra las armas de la edad de piedra del enemigo. Ya verán cuando disparen con sus arcos de tejo: sus flechas de punta de pedernal se aplastarán contra el acero, y los Pistoleros podrán acabar tranquilamente con el enemigo.

—Olvidas que hemos tenido que intercambiar mineral e incluso armas metálicas por madera y otros materiales que necesitamos —dijo Van Boom—. El enemigo tendrá flechas con punta de acero que pueden atravesar la armadura. No te olvides de Grécy y Agincourt.

—No hay modo de convencerte —dijo Sam—. Tienes que ser medio holandés, para ser tan terco.

—Si tu idea es representativa de la idea del hombre blanco, entonces me alegro de ser medio zulú —dijo Van Boom.

—No te enfades —contestó Sam—. ¡Y felicidades por la pistola! ¿Sabes lo que te digo? Vamos a llamarla la Van Boom—Mark I. ¿Qué te parece?

—Yo preferiría que mi nombre no se relacionase con ella —dijo el ingeniero—. En fin. Haré doscientas pistolas. Pero me gustaría construir una versión perfeccionada, la Mark II de la que hablamos.

—Haz primero doscientas de éstas, luego empezaremos con la Mark II —dijo Sam—. No queremos perder el tiempo intentando conseguir el arma perfecta para descubrir de pronto que no tenemos ninguna. Así que...

Habló un rato sobre la Mark II. Le apasionaban los aparatos mecánicos. En la Tierra había inventado una serie de cosas, todas las cuales iban a hacerle rico. Y en una máquina, la impresora Paige, gastó todo el dinero que había ganado con sus libros.

Sam pensó en aquel monstruo impresor, y en cómo aquella maravillosa máquina le había llevado

a la ruina. Por un segundo, Paige y Van Boom eran uno, y él se sentía culpable y un poco asustado.

Van Boom puso objeciones después a los materiales y el trabajo dedicado al AMP-I, su prototipo de máquina aérea. Sam no le hizo caso. Fue con los otros al hangar, que estaba en las llanuras a kilómetro y medio hacia el norte de la casa de Sam. El aparato no estaba terminado del todo, pero sería casi igual de frágil y esquemático cuando estuviese listo para volar como ahora.

—Es similar a algunos de los aviones que se construyeron en 1910 —dijo Von Richthofen—. Iré descubierto de la cintura para arriba, sentado en el asiento del piloto. La máquina parece más que nada una libélula de metal. Su principal objetivo es comprobar la eficacia de nuestros materiales y del motor con alcohol de madera como combustible.

Von Richthofen prometió que podría realizarse el primer vuelo en un plazo de tres semanas. Mostró a Sam los planos de los lanzadores de cohetes que irían colocados bajo las alas.

—El avión puede transportar unos seis cohetes pequeños, pero sólo será efectivo para hacer exploraciones. Únicamente alcanzará una velocidad de sesenta kilómetros por hora contra el viento. Pero será divertido pilotarlo.

A Sam le desilusionó que el avión no tuviese dos asientos. Estaba deseando volar, pues sería la primera vez que lo hiciera en su vida, es decir en su segunda vida. Pero Von Richthofen dijo que el modelo siguiente tendría dos asientos, y que Sam sería su primer pasajero.

—Después de que lo pruebes —dijo Sam. Esperaba que Juan protestase por esto e insistiese en ir él el primero. Pero evidentemente no tenía demasiadas ganas de dejar la tierra.

La última parada fue en los astilleros, situados a medio camino entre el hangar y la casa de Sam. La máquina protegida con madera de pino estaría terminada en una semana. El Dragón de Fuego I era el modelo anfíbio del barco. Era una bella máquina, hecha de magnalio grueso, de unos nueve metros de longitud, de línea similar al crucero con paletas de la marina norteamericana, con tres torretas en su cubierta superior. Funcionaba a vapor, quemando alcohol de madera, podía operar en agua o en tierra, llevaba una tripulación de once personas, y era, según proclamaba Sam, invencible.

Acarició el frío casco verde y dijo:

—Con esto no tendremos que preocuparnos de los arqueros. Este aparatito podría destruir él solo un país. Tiene un cañón de vapor como no ha habido otro ni en este planeta ni en la Tierra. Por funcionar a vapor y por tener una caldera tan grande.

En conjunto, aquel recorrido le había hecho sentirse feliz. Era verdad que apenas si se habían iniciado los planes para la construcción del gran barco fluvial. Pero eso llevaba tiempo. Era vital que el estado se protegiese primero, y con sólo los preparativos ya era suficiente. Se frotó las manos y encendió un nuevo puro, aspirando profundamente el humo verde.

Y entonces vio a Livy.

Su amada Livy, enferma durante tantos años, y que murió finalmente en Italia en 1904.

Resucitada para la vida, para la juventud y la belleza, pero no, ay, para él.

Livy caminaba hacia él, con su cilindro en la mano, vestida con una especie de falda blanca de borde escarlata que le llegaba a mitad de los muslos y un fino pañuelo blanco como blusa. Tenía una hermosa figura, bonitas piernas, y un bello rostro. Tenía una amplia frente de un blanco satinado. Unos ojos grandes y luminosos. Unos labios plenos y delicados; una sonrisa atractiva; dientes



pequeños y muy blancos. Solía peinarse el cabello negro con raya al medio, con flequillo y recogido atrás en un moño en forma de ocho. Llevaba sobre una oreja una flor de las enredaderas de los árboles de hierro. Su collar estaba hecho de las retorcidas vértebras rojas del pez cornudo.

Sam sintió como si un gato le lamiese el corazón.

Ella se cimbreaaba mientras se acercaba a él, y sus senos se movían bajo la tela semitransparente. Allí estaba su Livy, que había sido siempre tan recatada, que había llevado vestidos de gruesa tela que la cubrían desde el cuello a los tobillos, que nunca se había desvestido delante de él con la luz encendida. Ahora le recordaba a las mujeres semidesnudas de las islas Sandwich. Se sintió incómodo, y sabía el porqué. La incomodidad que sentía entre las nativas se debía a un tiempo a la atracción indeseada que sentía hacia ellas, y a la repulsión que esto le provocaba. Ambos sentimientos eran interdependientes, y nada tenían que ver con las nativas en sí.

Livy había recibido una educación puritana, pero ésta no la había destrozado. En la Tierra aprendió a beber, e incluso le gustaba la cerveza, había fumado unas cuantas veces, y se había hecho escéptica, o al menos tenía grandes dudas. Había transigido incluso con los constantes juramentos de Sam y se había permitido hasta alguna palabra gruesa si las chicas no estaban delante. Las acusaciones de que ella había censurado los libros de Sam, castrándolos al hacerlo, eran falsas. La mayor parte de la censura la había llevado a cabo él mismo.

Sí, Livy había mostrado siempre gran capacidad de adaptación.

Demasiada. Ahora, después de veinte años de separación, ella se había enamorado de Cyrano de Bergerac. Y Sam tenía el incómodo sentimiento de que aquel disparatado francés había despertado en ella algo que Sam podría haber despertado si no hubiese sido tan inhibido. Pero después de todos aquellos años en el Río y de mascar una cierta cantidad de goma de los sueños, Sam había perdido muchas de sus inhibiciones.

Pero para él era ya demasiado tarde.

A menos que Cyrano desapareciese de escena...

—Hola, Sam —dijo ella en inglés—. ¿Cómo te encuentras en este día tan hermoso?

—Aquí todos los días son hermosos —dijo él—. ¡Uno no puede siquiera hablar del tiempo, y no digamos hacer nada respecto a él!

Ella se rió. Una hermosa risa.

—Ven conmigo a la piedra de cilindros —dijo ella—. Casi es ya la hora de comer.

Todos los días se juraba no acercarse a ella porque le hacía demasiado daño. Y todos los días aprovechaba la más mínima oportunidad para acercarse lo más posible a ella.

—¿Cómo está Cyrano? —preguntó.

—Oh, muy contento porque por fin va a tener un florete. Bildron, el constructor de espadas, prometió que la primera sería para él... Después de las vuestras, la tuya y la de los otros consejeros, claro está. Cyrano había tardado tanto en aceptar que jamás volvería a tener una espada de metal en la mano... Luego oyó hablar del meteorito y vino hasta aquí... Y ahora el mejor espadachín del mundo tendrá la posibilidad de demostrar a todos que su reputación no era falsa, como dicen algunos mentirosos.

—Oye, Livy —dijo él—, yo no dije que la gente mintiese sobre su reputación. Dije que quizá

exagerasen algo. Aún no me creo esa historia de que rechazó a doscientos espadachines él solo.

—¡La lucha de la Porte de Nesle fue auténtica! ¡Y no fueron doscientos! Tú eres el que exageras, Sam, como siempre. Había un montón de sicarios, que podrían ser unos cien o menos. Pero aunque solo fuesen veinticinco, el hecho es que Cyrano los atacó él solo para salvar a su amigo el Caballero de Lignière. Mató a dos, hirió a siete, e hizo dispersarse a los demás. ¡Esa es la verdad!

—No quiero ponerme a discutir ahora los méritos de tu hombre —dijo él—. No quiero discutir nada. Hablemos como solíamos hacerlo cuando éramos tan felices... Antes de que te pusieses enferma.

Ella se detuvo. Su expresión se agrió.

—Siempre supe que mi enfermedad te irritaba, Sam.

—No, no era eso —negó Sam—. Creo que me sentí culpable de que estuvieses enferma, como si en cierto modo tuviese yo la culpa. Pero nunca te odié por eso. Me odiaba a mí mismo, si es que odiaba a alguien.

—Yo no dije que me odiases. Dije que te irritaba mi enfermedad —replicó ella—. Y que lo demostrabas de diversos modos. Oh, tú quizá pienses que eras siempre noble y gentil y amoroso. Y la mayoría de las veces lo eras. Lo eras de verdad. Pero en muchas ocasiones, bastantes, tu expresión, tus palabras, tus murmullos y tus gestos... ¿Cómo podría describirse exactamente lo que eran? No soy capaz, pero sé que yo te irritaba, a veces te enfurecía, porque estaba enferma.

—¡No es cierto! —gritó él, con voz tan fuerte que muchas personas se volvieron a mirarlos.

—¿Por qué discutir eso? Ahora ya no importa que sintieses una cosa u otra. Te amé entonces y aún te amo, en cierto modo. Pero no como te amé.

Él guardó silencio durante el resto del paseo a través de la llanura hasta la piedra de cilindros. El puro le sabía a berza agria quemada.

Cyrano no estaba presente. Estaba controlando la construcción de un sector de la muralla que protegería la orilla del Río. Sam estaba alegre. Le era bastante difícil ver a Livy sola, pero cuando estaba con el francés, no podía soportar sus propios pensamientos.

En silencio, se separaron.

Una hermosa mujer de bonito cabello color de miel se acercó a él, y pudo, por un rato, dejar a un lado sus sentimientos respecto a Livy. La mujer se llamaba Gwenafra. Había muerto a la edad de siete años en un país que debía de haber sido Cornualles en la época en que los fenicios llegaron allí para explotar las minas de estaño. Había resucitado entre gentes que no hablaban su antiguo idioma celta, y había sido adoptada por un grupo que hablaba inglés. Por su descripción, uno de ellos era aquel Sir Richard Francis Burton al que Sam creía haber visto en la orilla poco antes de que cayera el meteorito. Burton y sus amigos habían construido un pequeño barco de vela para dirigirse al nacimiento del Río. Cosa que podía esperarse en un hombre que había dedicado la mitad de su vida a explorar el corazón de África y otras tierras desconocidas. En la Tierra, Burton había buscado el origen del Nilo, y había encontrado, en su lugar, el lago Tanganika. Pero en aquel nuevo mundo se había lanzado otra vez tras el origen de un río, el más grande de todos, sin que le arredrase la perspectiva de verse obligado a recorrer quizá quince o treinta millones de kilómetros.

Tras poco más de un año, su barco había sido atacado por hombres malvados, uno de los cuales

había acuchillado a la pequeña Gwenafra y la había arrojado al Río, donde se había ahogado. Había despertado al día siguiente en la ribera muy lejos de allí, en el hemisferio norte. Hacía mucho más frío, el sol era más débil, y la gente decía que recorridas veinte mil piedras de cilindros se llegaba a una zona en donde el sol estaba siempre mitad por encima y mitad por debajo de los montes. Y allí vivían hombres peludos con cara de mono de tres metros de altura y cuatrocientos kilos de peso. (Eso era verdad, Joe Miller era uno de aquellos titántropos).

La gente que la adoptó hablaba *suomenkielta*, o sea, finlandés. Ribera abajo había suecos, gente del siglo XX que vivía una vida pacífica. Gwenafra se educó relativamente feliz con sus cariñosos padres adoptivos. Aprendió finés, sueco, inglés, un dialecto chino del siglo vi antes de Cristo, y esperanto.

Un día se ahogó otra vez por accidente, y despertó en aquella zona. Aún se acordaba de Burton, conservaba todavía el gran amor infantil que había sentido por él. Pero, como era realista, estaba dispuesta a amar a otros hombres. Y los tenía... y acababa de romper con uno de ellos, según había oído Sara. Ella quería un hombre que le fuese fiel, y no era fácil encontrarlos en aquel mundo.

Sam se sentía bastante atraído por ella. Lo único que le había impedido pedirle que se trasladase a vivir con él había sido el miedo a que Livy se enfadase. Un miedo ridículo... Ella no podía exigirle nada estando como estaba viviendo con Cyrano. Y había demostrado claramente que no le importaba cuál fuese la vida pública o privada de Sam. Sin embargo, contra toda lógica, tenía miedo a tomar otra mujer por compañera de cabaña. No quería romper aquel último lazo.

Charló un rato con Gwenafra, y confirmó que ella aún seguía libre.

La comida fue desazonante. Aquella «ruleta» oculta en las profundidades de su cilindro le deparó una comida que sólo un indio goshute podría haber tragado, e incluso con algunos esfuerzos. Sam tiró toda la comida, pero pudo consolarse con dos puros, cigarrillos, y un trago de un licor desconocido pero delicioso. Sólo con olerlo todo su sentido del gusto se ponía a bailar.

La reunión con Juan y el consejo duró tres horas. Tras mucho discutir y tras muchas votaciones, se decidió plantear al pueblo la cuestión de enmendar la Carta para que pudiese elegirse un consejero *pro tem*. Juan obstaculizó las cosas durante una hora, argumentando que no era necesario ningún referéndum. ¿Por qué no podía simplemente decir el consejo que estaba aprobada la enmienda? Ninguna explicación parecía aclarar estas cuestiones en la cabeza de Juan. No se trataba de que no fuese inteligente. Sencillamente, no era emocionalmente capaz de comprender la democracia.

La votación fue unánimemente favorable en aceptar a Firebrass como delegado oficial de Hacking. Pero se le vigilaría estrechamente. Después de todo esto, Juan se levantó e hizo un discurso, pasando en ocasiones del esperanto al francés normando cuando la emoción le dominaba. Su opinión era que Parolando debía invadir Soul City antes de que Soul City invadiese Parolando. Se iniciaría la invasión tan pronto como estuviesen listas las armas de fuego manuales y el acorazado anfibio Dragón de Fuego I. Sin embargo, quizá fuese mejor probar el temple de su acero y de las tropas primero en Nueva Britania. Sus espías estaban seguros de que Arturo planeaba atacarles pronto.

Los dos paniaguados de Juan le respaldaron, pero los demás, Sam incluido, votaron en contra. La cara de Juan se puso roja de ira, y maldijo y aporreó la mesa de roble, pero nadie decidió cambiar de opinión.

Después de la cena, los tambores transmitieron un mensaje de Hacking. Firebrass llegaría al día siguiente, antes del mediodía.

Sam se retiró a su oficina. A la luz de las lámparas que quemaban aceite de pescado (pronto dispondrían de electricidad), él, Van Boom, Tania Velitski y John Wesley O'Brien, los ingenieros, examinaron sus ideas sobre el barco fluvial y trazaron croquis sobre el papel. El papel escaseaba aún, pero necesitarían grandes cantidades para sus planos y copias. Van Boom dijo que debían esperar hasta que pudiesen obtener un cierto tipo de plástico. Sobre él podrían dibujar con «plumas» magnéticas y podrían introducirse correcciones y modificaciones simplemente desmagnetizando. Sam contestó que estaba muy bien, pero que quería empezar a construir el barco en cuanto estuviese terminado el anfibio. Van Boom dijo que no podía estar de acuerdo con ello. Que había demasiadas cosas en el aire.

Antes de que la reunión terminase, Van Boom sacó una Mark I de una gran bolsa.

—Tenemos ya diez —dijo—. Esta es tuya; felicidades de parte de Cuerpo de Ingenieros de Parolando. Y aquí tienes veinte cartuchos de pólvora y veinte balas de plástico. Puedes dormir con ella debajo de la almohada.

Sam le dio las gracias. Los ingenieros salieron y cerró la puerta. Luego fue a la habitación del fondo a charlar un rato con Joe Miller. Joe estaba aún despierto, pero dijo que no tomaba sedante

aquella noche. Por la mañana se levantaría. Sam dio las buenas noches al gigante y se fue a su dormitorio, contiguo a la timonera. Bebió dos tragos de whisky y se acostó. Después de un rato consiguió adormilarse, aunque tenía miedo de que la lluvia de las tres en punto le despertase como siempre, y tuviese problemas para volver a dormirse.

Despertó, pero la lluvia había pasado ya. Se oían gritos. De pronto sonó una explosión que hizo estremecerse la timonera. Sam saltó de la cama. Se ató una especie de faldilla escocesa a la cintura, agarró un hacha, y corrió a la timonera. Se acordó de pronto de su pistola, pero decidió que volvería por ella cuando descubriese lo que pasaba.

El Río aún estaba cubierto de niebla, pero de ella brotaban centenares de figuras oscuras, y se veían sobre ella las puntas de unos altos mástiles. Por todas las llanuras y las colinas flameaban antorchas, retumbaban los tambores.

Hubo otra explosión. Un resplandor en la noche y cuerpos volando en todas direcciones.

Miró por la portilla de estribor. Las puertas de la pared de troncos que rodeaban el palacio del rey Juan estaban abiertas, y por ellas salían hombres. Entre ellos se destacaba la sólida figura de Juan.

Pero ya habían aparecido más hombres surgidos de entre las nieblas del Río. La luz de las estrellas los iluminaba mientras se alineaban y empezaban a avanzar, hilera tras hilera. Los primeros invasores estaban ya junto a las grandes fábricas, y avanzaban rápidamente a través de la llanura hacia las estribaciones de las colinas. Se produjeron algunas explosiones en las fábricas, bombas arrojadas para desalojar a los defensores. Y entonces Sam vio relampaguear una cola roja, desaparecer, y luego vio que un objeto negro volaba hacia él. Se tiró al suelo. Tras él retumbó una explosión, y estallaron los cristales de las portillas. Una bocanada de humo acre le envolvió y luego se dispersó.

Debería levantarse y correr, pero no podía. Se sentía ensordecido y paralizado. Podía estar a punto de caer otro cohete, y podía caer aún más cerca.

Una mano gigantesca lo agarró por el hombro y lo levantó. Otra mano se deslizó por sus piernas, y sintió que lo llevaban.

Los brazos y el pecho del gigante eran muy peludos y con músculos tan duros y cálidos como los de un gorila. Una voz tan profunda como si saliese del fondo de un túnel masculló:

—Cálmate, Zam.

—Déjame, Joe —dijo Sam—. Estoy bien. Solo un poco avergonzado. Y es lógico, además; tengo motivos para sentirme avergonzado.

La conmoción se había desvanecido, y sintió que una sensación de relativa calma llenaba su vacío. La aparición del vigoroso titántropo le había dado seguridad. El buen Joe podía ser un subhumano y estar enfermo, pero aún así valía por un batallón.

Joe se había puesto su armadura de cuero. En una mano empuñaba una enorme hacha de acero de dos filos.

—¿Quiénez zon? —gruñó—. ¿Zon de Zoul Zity?

—No lo sé —dijo Sam—. ¿Te encuentras en condiciones de luchar? ¿Cómo va tu cabeza?

—Me duele. Pero puedo luchar muy bien. ¿Adónde vamo?

Sam le llevó colina abajo a unirse con los hombres que estaban agrupados alrededor de Juan. Oyó que le llamaban y al volverse vio al larguirucho de Bergerac, con Livy a su lado. Livy llevaba un pequeño escudo redondo de roble cubierto de cuero y una lanza con punta de acero. Cyrano llevaba una espada larga y resplandeciente. Sam enarcó las cejas. Era un florete.

—¡Morbleu! —exclamó Cyrano, y cambió luego a esperanto—: Tu armero me dio esto poco después de la cena... Dijo que no tenía sentido esperar.

Cyrano cortó el aire con su florete.

—Me siento vivo otra vez. ¡Acero... agudo acero!

Una explosión cercana les hizo tirarse al suelo. Sam esperó a estar seguro de que no venía otro cohete, y luego miró hacia su timonera. Había recibido un impacto directo; toda su parte central estaba destrozada. Las llamas se extendían por ella. Su diario desaparecería, pero podría recuperar luego su cilindro. Era indestructible.

En los minutos siguientes pasaron sobre ellos proyectiles de madera, con las colas flameando, lanzados por los bazucas de madera de los artilleros de Parolando. Los proyectiles cayeron cerca y algunos entre el enemigo, y explotaron con llamaradas de fuego y mucho humo negro que el viento disipaba rápidamente.

Llegaron tres correos a informar. El ataque se había producido en tres lugares a la vez, siempre desde el Río. El cuerpo principal estaba concentrado en aquella zona al parecer para lograr apoderarse de los dirigentes de Parolando, de las fábricas mayores y del anfibio. Los otros dos ejércitos estaban a kilómetro y medio de distancia a ambos lados. Los invasores eran hombres de Nueva Britania, de Kleomenujo y ulmaks de la otra orilla del Río. Los ulmaks eran salvajes que habían vivido en Siberia hacia el año treinta mil antes de Cristo, y cuyos descendientes habían emigrado cruzando los estrechos de Bering y se habían convertido en indios americanos.

Pues vaya con el servicio de espionaje del rey Juan, pensó Sam... A menos que esté aliado con los invasores. Pero si lo estuviese no andaría por aquí donde pueden matarle en cualquier momento...

Además, Arturo de Nueva Britania jamás pactaría con el tío que le había asesinado.

Continuaban partiendo cohetes de ambos lados; sus cabezas explotaban lanzando su metralla de piedra. Los de Parolando llevaban ventaja; podían echarse al suelo mientras sus cohetes explotaban entre objetivos que estaban de pie. Los invasores tenían que moverse; si no, igual podrían haberse quedado en casa. Sin embargo, era aterrador echarse al suelo y esperar el siguiente estallido, rezando para que no cayese más cerca que el anterior. Se oían los gritos de los heridos, que no eran, sin embargo, tan descorazonadores como podrían haber sido de no estar Sam tan ensordecido que apenas si podía oírlos, y si no estuviese además demasiado preocupado por sí mismo para pensar en los otros.

Luego, de pronto, los cohetes parecieron derrumbar el mundo. Una mano inmensa movió el hombro de Sam. Alzó los ojos y vio que a su alrededor había muchos que se ponían en pie. Los sargentos chillaban a los embotados oídos de sus hombres que formasen en orden de batalla. El enemigo estaba ahora tan cerca que ninguna de las dos partes utilizaba los cohetes o ya los habían lanzado todos.

Ante él había un cuerpo oscuro, un mar de enemigos vociferantes. Subían corriendo la ladera, y la primera, segunda y tercera fila cayeron atravesados por las flechas. Pero los de más atrás no se detuvieron. Saltaron sobre los caídos y continuaron avanzando. Y los arqueros pronto fueron aporreados, ensartados o acuchillados.

Sam procuraba mantenerse detrás de Joe Miller, que avanzaba lentamente, alzando y bajando su hacha. Y luego el gigante cayó, y el enemigo luchaba sobre él como un bando de chacales con un león. Sam intentó llegar hasta él; su hacha partió un escudo y una cabeza y un brazo alzado, y luego sintió un dolor abrasador en las costillas. Se vio empujado hacia atrás, mientras esgrimía el hacha hasta que la perdió hundida en un cráneo. Cayó sobre un montón de madera. Sobre él estaba el suelo ardiendo de su casa destrozada, que aún seguía en pie apoyada en tres ardientes pilares.

Se arrojó a un lado y allí estaba la pistola, la Mark I, que había dejado junto a la cama. Junto a ella tres cartuchos de pólvora y unas balas de plástico. La explosión los había lanzado fuera.

Dos hombres giraban junto a él en una loca danza, cogidos de las manos, jadeando por el esfuerzo y mirándose a las caras ensangrentadas. Se detuvieron un instante, y Sam reconoció al rey Juan. Su adversario era más alto pero no tan fuerte. Había perdido el yelmo, y tenía también el pelo castaño y ojos que parecían azules a la luz de las llamas.

Sam abrió la pistola, la cargó tal como había hecho aquella mañana en las colinas, y se puso en pie. Los dos hombres aún luchaban. Retrocedían alternativamente sin que la lucha se decidiese. Juan enarbolaba un cuchillo de acero en la mano derecha. El otro, un hacha también de acero. Ambos cogían con su mano libre la mano armada del otro.

Sam miró a su alrededor. Nadie venía hacia él. Dio unos pasos hacia adelante y apuntó con la pistola, sujetándola firmemente con ambas manos. Apretó el gatillo, sonó el clic, el arma se ladeó por el retroceso, luego hubo un centelleo, pudo colocar de nuevo el arma recta, se oyó un estruendo, brotó una nube de humo, y el adversario de Juan se derrumbó con la parte izquierda del cráneo destrozada.

Juan cayó al suelo, jadeando. Luego se levantó, miró a Sam que cargaba de nuevo el arma, y dijo: —¡Muchas gracias, socio! ¡Ese hombre era mi sobrino Arturo!

Sam no contestó. Si lo hubiese pensado con más frialdad, hubiese esperado a que Arturo matase a Juan y luego le hubiese volado la cabeza. Resultaba irónico que él, Sam, que tanto podía ganar con la muerte de Juan, fuese responsable de su salvación. Además, no podía esperar gratitud de Juan. En el alma de aquel hombre no había sitio para algo así.

Sam terminó de cargar su pistola y se alejó buscando a Joe Miller, pero vio a Livy que retrocedía ante un gran ulmak, cuyo brazo izquierdo colgaba ensangrentado, mientras con el otro aporreaba con un hacha de acero su escudo. Ella tenía la lanza rota, y en unos cuantos segundos el ulmak le habría roto el escudo o la habría derribado. Sam cogió la pistola por el cañón, y golpeó por detrás al ulmak en la cabeza con la culata. Livy cayó agotada y se puso a gemir en el suelo. Se habría acercado a consolarla, pero le pareció que estaba bien, y además no sabía dónde estaba Joe Miller. Se lanzó entre los combatientes, y vio a Joe otra vez en pie, echando abajo cabezas, troncos y brazos con mandobles de su gran hacha.

Sam se detuvo a unos pasos de un hombre que se acercaba a Joe por detrás con una gran hacha en

las manos, disparó, y la bala arrancó una parte del pecho de aquel hombre.

Un minuto después, los invasores huían en desbandada. El cielo tenía un tono grisáceo, pero a su luz se veía claramente que Parolando había rechazado el ataque de norte a sur. Las otras dos columnas habían sido rechazadas, y los esfuerzos enviados superaban en número a los invasores. Además, los cohetes destrozaban barcos y canoas que esperaban a los derrotadas.

Sam se sentía demasiado emocionado para deprimirse por las pérdidas y los daños. Por primera vez no le había asaltado el miedo que siempre se apoderaba de él en la lucha. Realmente, había disfrutado la batalla durante los últimos diez minutos.

Su gozo se esfumó al instante. Hermann Goering, con los ojos desorbitados y desnudo, la cabeza llena de sangre, apareció en el campo de batalla. Alzaba los brazos y gritaba:

—¡Oh, hermanos y hermanas! ¡Avergonzaos! ¡Habéis matado, habéis odiado, habéis deseado la sangre y el éxtasis de la matanza! ¿Por qué no abristeis vuestros brazos y aceptasteis con amor a vuestros enemigos? ¿Por qué no les dejasteis que hiciesen lo que desearan? ¡Habríais muerto y sufrido, pero la victoria final habría sido vuestra! ¡El enemigo habría sentido vuestro amor... y la próxima vez habría dudado antes de lanzarse a la guerra! Y luego podría haberse preguntado: «¿Qué es lo que hago? ¿Por qué he de hacer esto? ¿Qué saco de ello? No he ganado nada...». Y vuestro amor habría ablandado la dureza de su corazón, y...

Juan se acercó por detrás a Goering y le dio un golpe en la cabeza con el mango de su cuchillo. Goering cayó de bruces y quedó tendido boca abajo, sin moverse.

—¡Hemos de ajustar las cuentas a los traidores! —gritó Juan. Miró a su alrededor furioso y luego chilló—: ¿Dónde están Trimalchio y Mordaunt, mis embajadores?

—No creerás que van a ser tan estúpidos como para andar por aquí —dijo Sam—. Jamás podrás agarrarlos. Sabrán que tú sabes que se vendieron a Arturo.

Era ilegal lo que Juan había hecho golpeando a Goering, pues en Parolando estaba admitida la libertad de expresión, pero Sam no pensó que fuese muy adecuado detener a Juan en aquel momento, y además, también él había sentido ganas de darle un golpe al alemán.

Livy, gimiendo aún, pasó por su lado. Sam la siguió hasta donde estaba Cyrano, sentado sobre una pila de cadáveres. El francés tenía como una docena de heridas, aunque ninguna grave, y su florete estaba teñido de sangre hasta la empuñadura. Había hecho toda una demostración de sus cualidades.

Livy se arrojó en brazos de Cyrano. Sam se volvió. Ella ni siquiera le había dado las gracias por salvarle la vida. Oyó un estruendo a su espalda. Se volvió. El resto de su casa se había desplomado, derribando los pilares.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, pero poco descanso iba a poder permitirse aquel día. Había que valorar víctimas y daños. Había que transportar a los muertos al departamento de transformación de las colinas, donde se utilizaba su grasa para fabricar glicerina. Era algo repugnante pero necesario, y a los propietarios de los cuerpos no les importaba. Estarían vivos y enteros otra vez en algún punto lejano a orillas del Río.

Además, había que preparar a toda la población para una llamada a las armas, y había que acelerar las obras de las murallas a lo largo de la orilla del Río. Había que enviar exploradores y



mensajeros para saber cuál era la situación militar. Los ulmaks, los habitantes de Kleomenujo y los neobritanos podían lanzar un nuevo ataque a gran escala.

Un capitán informó que Cleomenes, el dirigente de Kleomenujo, había sido hallado muerto a la orilla del Río, con el cerebro agujereado por un trozo de metralla de piedra. Así acababa el hermanastro del gran espartano Leónidas, que defendió el paso de las Termopilas. O así acababa en aquella zona, por lo menos.

Sam designó a algunos hombres para que se trasladaran inmediatamente en barco a ambos países. Debían comunicar que Parolando no se proponía tomar venganza si los nuevos dirigentes daban garantías de amistad. Juan protestó, considerando que debía habersele consultado, y hubo una discusión breve pero violenta. Sam aceptó por fin que Juan tenía en principio razón, pero no había tiempo de discutir determinadas cuestiones. Juan le informó de que, según la ley, Sam tenía que consultar aunque no hubiese tiempo. Toda decisión debía estar aprobada por los dos.

A Sam le enfurecía tener que darle la razón a Juan, pero la tenía. Ellos no podían dar órdenes contradictorias. Fueron juntos a inspeccionar las fábricas. Los daños no eran graves. Los invasores no querían, claro está, destruirlas, dado que se proponían utilizarlas. El anfibio, el Dragón de Fuego I, estaba intacto. Sam se estremeció al pensar en lo que hubiese sucedido si estuviera ya terminado y el enemigo se hubiese apoderado de él. Con él hubiesen arrasado Parolando, situándose en el centro de la zona y luchando en el perímetro interno hasta recibir refuerzos. Tendrían que destinar una guardia especial a la protección del vehículo.

Se quedó dormido después de comer en la cabaña de un consejero. Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando le despertaron. Joe estaba de pie junto a él, resoplando aromas de whisky por su tremenda probóscide.

—Acaba de desembarcar la delegación de Zoul Zity.

—Firebrass —dijo Sam, levantándose de la silla—. Me había olvidado de él. ¡Vaya momento de aparecer!

Bajó caminando hasta el Río, donde había fondeado un catamarán junto a la piedra de cilindros. Juan estaba ya allí, recibiendo a la delegación, formada por seis negros, dos árabes y dos hindúes. Firebrass era un individuo de pelo rizado, bajo y bronceado, con grandes ojos castaños moteados de verde. Su gran frente y sus hombros de vigorosos músculos contrastaban con la delgadez de sus piernas, dando la sensación de que todo su ser estaba arriba. Hablaba en esperanto al principio, pero más tarde utilizó el inglés. Era un inglés muy extraño, lleno de argot y de términos que Sam no comprendía. Pero Firebrass respiraba franqueza y cordialidad, y Sam se sintió contento de tenerle por allí.

—Será mejor que volvamos al esperanto —dijo Sam, sonriendo y echando un poco más de whisky en el vaso de Firebrass—. ¿Es el argot de los hombres del espacio o el dialecto de Soul City?

—De los hombres del espacio —contestó Firebrass—. El inglés de Soul City es bastante libre, pero la lengua oficial es el esperanto, por supuesto. Hacking pensó en el árabe durante un tiempo, pero ahora no se siente demasiado feliz con sus árabes —añadió en voz más baja mirando a Abderramán y a Ali Fazjuli, los miembros árabes de la delegación.

—Como puedes ver —dijo Sam—, no estamos en condiciones de tener una conferencia larga y tranquila. Por ahora. Tenemos que arreglar todo esto, conseguir información sobre lo que sucede fuera de Parolando, y reparar nuestras defensas, pero sois todos bienvenidos. Y podremos tratar nuestros asuntos dentro de unos días.

—Es igual —dijo Firebrass—. Si no os importa, me gustaría echar un vistazo.

—A mí no me importa, pero tiene que dar también su consentimiento el otro cónsul.

Juan, sonriendo como si el exponer al aire sus dientes pudiera dañarlos (y probablemente en esta ocasión así era), dio permiso a Firebrass. Pero dijo que tendría que acompañarle una guardia de honor siempre que abandonase la residencia que le fuera asignada. Firebrass le dio las gracias, pero otro delegado, Abdula X, protestó enérgicamente, añadiendo a su protesta algunos términos obscenos. Firebrass guardó silencio un instante y luego dijo a Abdula que debía comportarse con corrección, pues eran huéspedes. Sam se lo agradeció, pero se preguntó si aquel exabrupto de Abdula y la orden de Firebrass no serían algo amañado de antemano.

No había resultado fácil permanecer allí sentado escuchando, aunque los insultos iban dirigidos a la raza blanca en general y no a un blanco en particular. Muy a su pesar, Sam no podía por menos que dar la razón a Abdula. Tenía razón respecto a cómo habían sido antes las cosas. Pero la antigua Tierra estaba muerta; ahora vivían en un mundo nuevo.

Sam condujo personalmente a los delegados a tres cabañas contiguas que habían pertenecido a los hombres y mujeres muertos la noche anterior. Luego, se trasladó a una cabaña próxima a la delegación.

Sonaron tambores junto a la piedra de cilindros. Tras un minuto, contestaron otros desde la orilla. El Río traía una respuesta. El nuevo jefe de los ulmak deseaba la paz. Shrubgrain había engañado a su pueblo llevándolo a la derrota.

Sam dio órdenes de que se transmitiese una petición de conferenciar al nuevo jefe Theelburm.

Los tambores de la Tierra de Chernsky dijeron que Iyeyasu, que gobernaba una extensión de tierra de unos diecisiete kilómetros entre Nueva Britania y Kleomenujo, había invadido Nueva Britania. La noticia significaba que los neobritanos no molestarían ya a Parolando, pero de todos modos preocupaba a Sam. Iyeyasu era un hombre muy ambicioso. En cuanto consolidase su estado añadiéndole Nueva Britania, podría pensar que era lo bastante fuerte como para apoderarse de Parolando.

Más tambores. Publius Crasus enviaba sus más cálidas felicitaciones y anunciaba que iría al día siguiente a visitar Parolando para ver en que podía ayudar.

Y también para ver lo duro que ha sido el golpe y si podemos constituir una presa fácil, pensó Sam. Hasta entonces, Publius había mostrado voluntad de cooperar, pero un hombre que había servido bajo las órdenes de Julio César podía tener su propia vena de cesarismo.

Goering, con la cabeza envuelta en una toalla ensangrentada, pasó tambaleándose, apoyado en dos de sus seguidores. Sam esperaba que aquello le animase a abandonar Parolando, pero no tenía demasiada fe en la perspicacia del alemán.

Se fue a dormir aquella noche mientras alumbraban antorchas por todas partes y los guardianes atisbaban sombras y niebla. Tuvo un sueño agitado, pese a su intensa fatiga. Se revolvió y dio vueltas

en la cama, y se despertó una vez con el corazón palpitante, la piel fría, seguro de que en la cabaña había una tercera persona. Esperaba ver la borrosa figura del Misterioso Extraño acucillada junto a su cama. Pero allí no había nadie más que él y la monstruosa masa de Joe tendida sobre una gran cama de bambú próxima a la suya.

A la mañana siguiente se levantó sin haber recuperado sus fuerzas en un mundo recobrado. La lluvia de las tres había lavado la sangre y borrado el olor de la pólvora. Los cuerpos habían desaparecido y el cielo estaba claro y azul. Las actividades se reanudaban como siempre, pero faltaban unos cuatrocientos cincuenta hombres y mujeres. La mitad de ellos estaban en la planta transformadora. El resto en el hospital. A los que querían poner fin a su calvario se les proporcionaba el medio. Hubo tiempos en que el único sistema de eutanasia que existía era el hacha, pero ahora, gracias a la tecnología de Parolando, podía utilizarse una píldora de cianuro potásico.

Algunos decidían aguantar. Los que no podían soportar el dolor cogían El Expreso de los Suicidios, y los cuerpos que quedaban atrás iban a la planta transformadora.

La secretaria de Sam había resultado muerta. Sam preguntó a Gwenafra si le gustaría ocupar el lugar de Millie. Gwenafra pareció muy complacida. El nuevo puesto le proporcionaba un elevado status, y siempre había mostrado claramente que le gustaba estar cerca de Sam. Pero Lothar von Richthofen no parecía tan complacido.

—¿Por qué no puede ser mi secretaria, independientemente de tus intenciones para con ella? —dijo Sam.

—No hay ninguna razón —dijo Lothar—. Salvo que yo tendría mejores oportunidades con ella si no está siempre contigo.

—Que gane el mejor.

—Y aparte de mis sentimientos, no quiero que la hagas perder el tiempo. Tú sabes que no tomarás a otra mujer como compañera mientras esté aquí Livy.

—Livy no tiene nada que decir sobre lo que yo haga —dijo Sam—. No olvides eso.

Lothar sonrió levemente y dijo:

—Por supuesto, Sam.

Gwenafra se unió a él, tomando notas, enviando mensajes, recibéndolos, disponiendo programas y citas. Aunque él estaba muy ocupado, encontraba momentos para charlar y bromear con ella, y se sentía animado cada vez que la miraba. Gwenafra parecía adorarle. Pasaron dos días. El nuevo turno continuo de veinticuatro horas de trabajo en el anfibio estaba dando buenos resultados. La máquina estaría terminada en dos días. La delegación de Soul City anduvo paseando con dos de los hombres del rey Juan siempre a su lado. Joe Miller, que había vuelto a la cama después de la batalla, dijo que estaba otra vez bien. Ahora Sam tenía con él a Gwenafra y al titántropo, y su mundo parecía mucho más confortable, aunque estaba muy lejos de ser Utopía. Llegó la noticia, transmitida por el telégrafo de tambores, de que Ulises había cargado sus barcos de pedernal y que estaría de regreso en un mes. Había ido al mando de una flota de diez barcos a comerciar con la reina de Selinujo. Esta había sido en la Tierra la condesa Huntingdon, Selina Hastings, nacida en 1707 y muerta en 1791. Estaba afiliada a la Iglesia de la Segunda Oportunidad, e intercambiaba su pedernal con Parolando sólo porque Parolando permitía a los misioneros de Goering predicar libremente en su territorio. A cambio del pedernal le habían prometido un pequeño barco de vapor metálico en el que se proponía recorrer el Río predicando.

A Sam le parecía una locura. En el primer sitio en que desembarcase le cortarían el cuello para apoderarse del barco. Pero aquello no era asunto suyo.

Los consejeros se reunieron con la delegación de Soul City en una mesa redonda en la habitación mayor del palacio de Juan. Sam hubiese preferido aplazar la reunión, pues Juan estaba de un humor más borrascoso de lo habitual. Una de sus mujeres había intentado matarle, o al menos eso decía él. Había logrado pincharle en un costado, pero él le rompió la mandíbula de un puñetazo y la lanzó de cabeza contra una esquina de una mesa. La mujer murió una hora después sin recobrar el conocimiento. Y se había aceptado la palabra de Juan de que ella había atacado primero. A Sam le hubiese gustado oír la versión de algunos testigos oculares neutrales, pero fue imposible.

Juan estaba torturado por su herida del costado, medio borracho de whisky, que había utilizado como anestésico, y enfurecido porque la mujer se hubiera atrevido a desafiarle. Se retrepó en una gran silla de roble tallado de alto respaldo cubierta de piel roja de pez cornudo. Rodeando con una mano una jarra de arcilla llena de whisky, con un cigarrillo en los labios, lanzaba miradas furiosas a todos.

Hablaba Firebrass:

—Hacking creía antes en la segregación total de blancos y no blancos. Creía, apasionadamente, que los blancos jamás aceptarían de corazón a los no blancos... es decir, a los negros, los mongoles, los polinesios y los indios. El único modo de que los blancos pudiesen vivir con dignidad, sentirse bellos, ser individuos con personalidad y orgullo propios, era seguir el campo de la segregación. Iguales pero separados.

»Luego su dirigente, Malcolm X, abandonó a los musulmanes blancos. Malcom X se dio cuenta de que estaba equivocado. No todos los blancos eran diablos y enemigos racistas, lo mismo que no todos los negros tenían las narices planas. Hacking dejó los Estados Unidos y se fue a vivir a Argelia, y allí descubrió que era la actitud lo que provocaba el racismo, no el color de la piel.

Un descubrimiento muy poco original y muy poco sorprendente, pensó Sam. Pero hubo de decirse a sí mismo que no podía interrumpir.

—Los jóvenes blancos de los Estados Unidos, o al menos muchos de ellos, rechazaron los prejuicios de sus padres y apoyaron a los negros en sus luchas. Se lanzaron a las calles y se manifestaron y combatieron entregando sus vidas por los negros. Parecía que los negros realmente les agradaban no porque creyesen que debería ser así, sino porque los negros eran seres humanos y los seres humanos pueden gustar y agradar, e incluso ser amados.

»Sin embargo, Hacking nunca se encontró a gusto con un blanco norteamericano, por mucho que se esforzó en considerar a los blancos norteamericanos como seres humanos. Le era imposible como les era imposible respecto a los negros a la mayoría de los blancos, a la mayoría de los blancos viejos. Pero procuró que le agradasen los blancos que estaban de su parte, y respetaba a los jóvenes blancos que mandaban al infierno a sus padres y a su sociedad racista blanca.

»Luego murió, como todos, blancos o negros. Resucitó entre chinos antiguos, y no fue demasiado feliz con ellos, porque consideraban inferiores a todos los que no fuesen chinos.

Sam recordó a los chinos de Nevada y de California de principios de la década de 1860, aquellos hombrecitos y aquellas mujerucas, trabajadores, activos, pequeños y sonrientes. Habían

recibido un trato inferior al que se daba a las mulas. Les habían escupido, insultado, torturado, apedreado, robado, violado. Habían sufrido todas las indignidades y crímenes que un pueblo podía sufrir. No tenían derecho alguno, ni protección ni protector. Y jamás habían murmurado ni se habían rebelado. Simplemente aguantaban. ¿Qué pensamientos se ocultaban tras aquellos rostros como máscaras? ¿Habían creído, ellos también, en la superioridad de cualquier chino sobre cualquier demonio blanco? Si así era, ¿por qué no habían reaccionado, por qué no se habían sublevado ni una sola vez? Los habrían aplastado si lo hubiesen hecho, pero habrían actuado como hombres por unos instantes.

Pero los chinos creían en el tiempo. El tiempo era su aliado. Si el tiempo no elevaba la posición de un padre, elevaría la del hijo, o la del nieto.

—Así que Hacking —prosiguió Firebrass— cogió una canoa y se fue Río abajo. Tras varios miles de kilómetros, se estableció entre unos negros africanos del siglo XVII. Antepasados de los zulúes, antes de que emigrasen al sur de África, Al poco tiempo los abandonó. Sus costumbres eran demasiado repulsivas y tenían demasiada sed de sangre.

»Luego vivió en una zona habitada por una mezcla de hunos y blanco-morenos del Neolítico. Lo aceptaron bastante bien, pero echaba de menos a su propio pueblo, los negros norteamericanos. Así que se embarcó de nuevo y fue capturado por antiguos moabitas que los esclavizaron; escapó, fue capturado por antiguos hebreos que lo sometieron a la esclavitud del cilindro; escapó otra vez, encontró una pequeña comunidad de negros que habían sido esclavos antes de la Guerra de Secesión, y se sintió feliz por un tiempo. Pero sus actitudes a lo Tío Tom y sus supersticiones le sacaban de quicio, y se fue otra vez Río abajo. Vivió con otros grupos de gente. Luego, un día, unos blancos rubios y altos, germanos de algún tipo, asaltaron el pueblo en que estaba, y resultó muerto en la lucha.

»Y resucitó aquí. Hacking se convenció de que los únicos estados felices del Río serían los compuestos por individuos del mismo color de piel, de gustos similares y del mismo período terrestre. Cualquier otra asociación no funcionaría. La gente no va a cambiar aquí. En la Tierra él podía creer en el progreso, porque los jóvenes tenían una mentalidad flexible. Los viejos morirían y luego los hijos de los blancos jóvenes estarían aún más libres de prejuicios raciales. Pero eso no va a suceder aquí. Todos los hombres se afirman en sus puntos de vista. Así que, a menos que Hacking encuentre una comunidad de blancos de finales del siglo XX, no dará con blancos que no tengan prejuicios u odios raciales. Por supuesto, los antiguos blancos no tenían nada contra los negros, pero resultan demasiado extraños para un hombre civilizado.

—¿A qué viene todo esto, Sinjoro Firebrass? —preguntó Sam.

—Nosotros queremos una nación homogénea. No podemos reunir a todos los negros de finales del siglo XX, pero podemos formar una nación lo más negra posible. Sabemos que hay aproximadamente tres mil negros en Parolando. Nos gustaría cambiar a nuestros dravidianos, árabes y demás no blancos por vuestros negros. Hacking está haciendo propuestas similares a vuestros vecinos, pero con ellos no tiene ningún argumento de peso.

—¿Quieres decir que no tiene nada que ellos quieran? —preguntó con voz agria el rey Juan, incorporándose. Firebrass miró fríamente a Juan y dijo:

—Más o menos. Pero algún día lo tendremos.

—¿Quieres decir cuando dispongáis de suficientes armas de acero? —inquirió Sam. Firebrass se alzó de hombros. Juan rompió su jarra vacía contra la mesa.

—¡Pues bien, no queremos a vuestros árabes ni a vuestros dravidianos ni a ninguna basura de vuestra Soul City! —gritó—. Pero te diré lo que haremos. ¡Os entregaremos a nuestros ciudadanos negros a razón de una tonelada de bauxita o de criolita o una onza de platino por unidad! Podéis quedaros con vuestros infieles sarracenos o empaquetarlos río abajo o ahogarlos, a nosotros nos da igual.

—Espera un momento —dijo Sam—. Nosotros no podemos entregar a nuestros ciudadanos a nadie. Si ellos quieren irse voluntariamente, de acuerdo; pero nosotros no echaremos a nadie. Esto es una democracia.

La expresión de Firebrass se había endurecido ante el exabrupto de Juan.

—Yo no quería decir que pretendiésemos que nos entregaseis a nadie —dijo—. Como sabéis, no somos tratantes de esclavos. Lo que queremos es un intercambio voluntario de ciudadano por ciudadano. Los árabes wahhabi, a los que Abderramán y Fajuli representan, no están a gusto en Soul City, y preferirían ir a un sitio en que pudiesen agruparse formando una comunidad propia, una especie de kasbah.

A Sam esto le pareció sospechoso. ¿Por qué no podían hacer esto mismo en Soul City? ¿O por qué no se iban sin más? Una de las ventajas de aquel mundo era que no existían lazos, propiedades o dependencias a causa del dinero. Un hombre podía llevar a la espalda todo cuanto poseía, y construir una nueva casa era fácil en un mundo donde el bambú crecía constantemente a una media de cinco centímetros al día.

Era posible que Hacking deseara introducir a su gente en Parolando para poder espiar o para organizar una rebelión coordinada con una invasión.

—Propondremos lo que nos decís sobre el intercambio individual —dijo Sam—. Es todo lo que podemos hacer. ¿Piensa Sinjoro Hacking continuar suministrándonos minerales y madera?

—Siempre que continuéis enviándonos mineral y armas de acero —dijo Firebrass—. Pero Hacking está considerando la posibilidad de subir el precio.

Juan aporreó la mesa.

—¡No nos dejaremos robar! —gritó—. ¡Ya estamos pagando demasiado! ¡No nos apretéis, Sinjoro Firebrass, porque podéis veros sin nada! ¡Nada en absoluto! ¡Ni siquiera vuestras vidas!

—Cálmate, Majestad —dijo Sam rápidamente. Y añadió para Firebrass—: Juan no se siente bien. Perdonadle, por favor. Sin embargo, tiene razón en parte. No podemos subir más los precios.

Abdula X, un negro alto y de piel muy oscura, se puso en pie de un salto y señaló con un gran dedo hacia Sam.

—Vosotros, blancos malditos —dijo en inglés—, debéis medir vuestras palabras. ¡No admitimos ningún insulto de los blancos! ¡Ninguno! ¡Y menos aún de un hombre que escribió un libro como el que escribiste tú sobre el negro Jim! No nos gustan los racistas blancos, y sólo tratamos con ellos porque en este momento no nos queda más remedio.

—Cálmate, Abdula —dijo Firebrass. Sonreía, y Sam se preguntó si el discurso de Abdula no

sería la segunda parte de un programa bien preparado. Posiblemente Firebrass estuviese preguntándose a su vez si la expresión de Juan no habría sido también algo planeado. Los actores no tienen por qué ser políticos, pero los políticos tienen que ser actores.

Sam soltó un gruñido y dijo:

—¿Leíste Huckleberry Finn, Sinjoro X?

—Yo no leo basura —dijo Abdula riendo.

—Entonces no sabes de qué hablas, ¿no es así?

La expresión de Abdula se oscureció. Firebrass rió entre dientes.

—¡No tengo por qué leer esa basura racista! —chilló Abdula—. ¡Hacking me habló de él, y para mí es suficiente lo que diga Hacking!

—¡Léelo, y luego vuelve y lo discutiremos! —dijo Sam.

—¿Estás loco? —dijo Abdula—. Sabes que en este mundo no hay libros.

—Entonces perdiste, ¿no es así? —dijo Sam. Temblaba un poco. No estaba acostumbrado a que un negro le hablase así—. De todos modos —añadió—, no estamos en una tertulia literaria. Vayamos a la cuestión.

Pero Abdula no quería dejar de gritar contra los libros que Sam había escrito. Y Juan, perdiendo el control, se levantó de un salto y chilló:

—Silentu, negraco!

Juan había utilizado la palabra negro en esperanto modificándola ligeramente. Hubo un momento de conmoción y de silencio. Abdula X abrió la boca, luego la cerró, y en su rostro se pintó una expresión triunfante, casi feliz. Firebrass se mordió los labios. Juan se apoyó en la mesa, sobre sus puños, y frunció el ceño. Sam dio una chupada a su puro. Sabía que el desprecio que Juan sentía por toda la humanidad le había llevado a inventar aquel término. Juan carecía de prejuicios raciales, no había visto más que una media docena de negros durante su vida en la Tierra, pero desde luego sabía insultar a una persona. Ese conocimiento era para él como una segunda naturaleza.

—¡Yo me voy! —dijo Abdula X—. He de irme de aquí... Y si vuelvo a Soul City podéis apostar vuestros culos blancos a que os costará mucho conseguir más aluminio y más platino.

Sam se puso en pie y dijo:

—Un momento. Si quieres una disculpa, yo la presento en nombre de todo Parolando.

Abdula miró a Firebrass, que desvió la vista.

—¡Yo quiero que se excuse él, inmediatamente! —Señaló al rey Juan.

Sam se inclinó hacia Juan y le dijo en voz baja:

—¡Nos jugamos demasiado para que te pongas a representar el papel de monarca orgulloso, Majestad! Y es muy posible que estén aprovechándose de tu rabieta. Se proponen algo, estoy seguro, pero no sé exactamente qué. Discúlpate.

Juan se levantó y dijo:

—¡Yo no me disculpo ante ningún hombre, y menos aún ante un plebeyo que además es un perro infiel!

Sam lanzó un bufido e hizo un gesto con su puro.

—¿Cuándo borrarás de una vez de esa cabeza de Plantagenet que no existe aquí sangre real ni



derecho divino de los reyes, y que todos somos plebeyos... o reyes?

Juan no contestó. Se levantó y se fue. Abdula miró a Firebrass, que hizo un gesto con la cabeza. Abdula salió también.

—Bueno, Sinjoro Firebrass, ¿y ahora qué? ¿Os volvéis a casa?

—No —dijo Firebrass, agitando la cabeza—. A mí no me van las decisiones precipitadas. Pero la conferencia quedará suspendida para la delegación de Soul City. Hasta que Juan Sin Tierra se disculpe. Os daré hasta mañana al mediodía para decidir lo que queréis hacer.

Firebrass se volvió para irse.

—Hablaré con Juan —dijo Sam—, pero es más terco que una mula de Missouri.

—Me molestaría que nuestras negociaciones fracasaran porque un hombre no sea capaz de guardarse sus insultos —dijo Firebrass—. Y me molestaría también que cesase nuestro comercio, porque significaría que tú no tendrías tu barco.

—No nos confundamos, Sinjoro Firebrass —dijo Sam—. No es que te amenace, pero no me detendré. Conseguiré el aluminio aunque tenga que echar a patadas a Juan del país personalmente. O, también, aunque tenga que bajar a Soul City a coger el aluminio yo mismo.

—Te entiendo —dijo Firebrass—. Pero lo que tú no entiendes es que Hacking no persigue el poder. Solo quiere tener un estado bien protegido para que sus ciudadanos puedan disfrutar de la vida. Y disfrutarán de la vida porque todos tendrán gustos similares y objetivos similares. En otras palabras, serán todos negros.

Sam soltó un gruñido y luego dijo:

—Está bien. —Después quedó en silencio, pero cuando Firebrass se iba dijo—: Un momento. ¿Leíste tú Huckleberry Finn?

Firebrass se giró.

—Claro. Cuando era niño lo consideraba un gran libro. Lo leí luego en mi juventud, y pude ver sus fallos; pero de adulto disfruté aún más leyéndolo, pese a sus fallos.

—¿Te molestó lo que decía del negro Jim?

—Has de tener en cuenta que yo nací en 1975 en una casa de labranza próxima a Syracuse, Nueva York. Las cosas habían cambiado mucho por aquel entonces, y la finca había sido adquirida por el abuelo de mi tatarabuelo, que subió desde Georgia al Canadá por el «ferrocarril subterráneo» y luego compró las tierras después de la Guerra de Secesión. No, no me ofendió lo que decías de Jim. Esas cosas se decían abiertamente en la época en que tú escribiste, y a nadie le parecían graves. Por supuesto, constituían un insulto. Pero tú estabas retratando a la gente tal como era, como realmente hablaba. Y la base ética de tu novela, la lucha de Huck entre sus deberes de ciudadano y sus sentimientos por Jim como ser humano, y la victoria del sentimiento humano en Huck... Bueno, me conmovieron. El libro era en su conjunto un ataque a la esclavitud, a la sociedad semifeudal del Mississippi, a la superstición... A todas las cosas estúpidas de aquellos tiempos. ¿Por qué habría de ofenderme?

—Entonces, ¿por qué...?

—Abdula (cuyo nombre original era George Robert Lee) nació en 1925, y Hacking en 1938. Los negros eran despreciados entonces por muchos blancos, aunque no por todos.

»Descubrieron a su costa que la violencia (o la amenaza de ella, lo mismo que los blancos habían utilizado para esclavizarles) era el único medio de obtener derechos plenos de ciudadanos de los Estados Unidos. Tú falleciste en 1910, ¿no? Pero deben de haberte explicado muchas veces lo que sucedió después...

—Es difícil de creer —dijo Sam, asintiendo—. No la violencia de las sublevaciones. Mucho de eso sucedió en mi época y nada, tengo entendido, pudo igualarse a las sublevaciones con motivo de la Ley de Reclutamiento en la ciudad de Nueva York en la Guerra de Secesión. Quiero decir, lo que resulta difícil de imaginar es que se llegase a tal licencia de costumbres a finales del siglo XX.

Firebrass se rió y dijo:

—Sin embargo, estás viviendo en una sociedad donde hay mucha más libertad y licencia, desde el punto de vista del siglo XIX, que en cualquier sociedad del siglo XX, y te has adaptado.

—Eso supongo —admitió Sam—. Pero las dos semanas de absoluta desnudez al principio, después de la Resurrección, aseguraron que el género humano jamás volviese a ser el mismo. Al menos, respecto a la desnudez. Y lo innegable de la Resurrección hizo derrumbarse muchas ideas y actitudes fijas. Aunque aún persista el reaccionarismo fanático, del que son ejemplo vuestros musulmanes wahhabi.

—Dime, Sinjoro Clemens —dijo Firebrass—. Tú eras un primitivo liberal, muy por delante de tu época en muchas cosas. Hablaste contra la esclavitud y abogaste por la igualdad. Y cuando escribiste la Carta Magna de Parolando insististe en que hubiese igualdad política para toda especie, raza y sexo. He visto que casi junto a tu casa vive una pareja formada por un negro y una blanca. Honradamente, ¿no te molesta ver una cosa así?

Sam tragó el humo, lo expulsó, y dijo:

—Honradamente, sí. Me molesta. Bueno, ¡la verdad es que me molesta muchísimo! Lo que dice mi mente no es lo mismo que lo que dicen mis reflejos. Me resulta odioso. Pero enfundé mis pistolas, no dije nada, y me relacioné con la pareja y aprendí a quererlos. Y ahora, transcurrido un año, solo me molestan un poquito. Y este poquito desaparecerá con el tiempo.

—La diferencia entre tú (que representas al blanco liberal) y la juventud de la época de Hacking y de la mía es que a nosotros no nos molestaba. Lo aceptábamos.

—¿Y no merezco algún crédito por elevarme mentalmente sobre mis contemporáneos? —preguntó Sam.

—Quizá —dijo Firebrass, volviendo al inglés—. Dos grados de desviación es mejor que noventa. No hay duda.

Se fue. Sam se quedó solo. Se sentó, y permaneció largo rato sentado. Luego se levantó y salió. La primera persona que vio fue a Hermann Goering. Llevaba aún una toalla enrollada a la cabeza, pero su piel estaba menos pálida y sus ojos no parecían extraviados.

—¿Cómo va esa cabeza? —preguntó Sam.

—Aún me duele. Pero puedo caminar ya sin ver las estrellas a cada paso.

—No me gusta ver sufrir a un hombre —dijo Sam—. Por eso, te sugiero que podrías evitar más sufrimientos, e incluso dolores directos, abandonando Parolando.

—¿Me amenazas?

—No te amenaza ninguna acción mía. Pero hay muchos que quizá estén tan hartos de ti que hayan decidido tirarte al Río para que te ahogues. Estás fastidiando a todo el mundo con tus predicaciones. Este estado se fundó con un objetivo básico, la construcción del barco fluvial. Ahora bien, en este país un hombre puede decir cuanto desee sin que por eso la ley le castigue. Pero los hay que a veces desconocen la ley, y no me gustaría tener que castigarles porque tú les tentaras. Sugiero que cumplas con un deber cristiano y te alejes de aquí. Así no empujarás a hombres y mujeres de buen corazón a entregarse a la violencia.

—Yo no soy cristiano —dijo Goering.

—Admiro a un hombre capaz de admitir eso. Jamás he conocido predicador que lo confesase, en tan pocas palabras.

—Sinjoro Clemens —dijo Goering—, leí tus libros cuando era joven, allá en Alemania, primero en alemán y después en inglés. Pero la suave ironía no va a llevarnos a ninguna parte. No soy cristiano, aunque procure practicar las mejores virtudes cristianas. Soy misionero de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Todas las religiones terrestres están desacreditadas, aunque algunos no quieran admitirlo. La Iglesia de la Segunda Oportunidad es la primera religión que surge en el nuevo mundo, la única que tiene posibilidad de sobrevivir. La...

—Ahórrame la conferencia —dijo Sam—. Ya os he oído bastante, a tus predecesores y a ti. Lo que yo digo por pura amistad y por deseo de salvarte del baño y, además, a decir verdad, para mantenerte lejos de mí, es que debes largarte. Inmediatamente. O te matarán.

—Si me matan resucitaré mañana al amanecer en cualquier otro lugar y predicaré allí La Verdad, sea el lugar que sea. Ya sabes que, aquí, como en la Tierra, la sangre del mártir es semilla de la iglesia. El hombre que mata a uno de los nuestros asegura que la Verdad, la posibilidad de salvación eterna, sea oída por muchos. El asesinato ha extendido nuestra fe Río arriba y Río abajo mucho más aprisa que cualquier otro medio convencional de viaje.

—Felicidades —dijo Sam exasperado, volviendo al inglés, como solía hacer cuando se enfadaba—. Pero dime, ¿no te inquieta que se repitan los asesinatos de tus misioneros? ¿No tienes miedo a acabar con el cuerpo?

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en vuestros dogmas.

Sam no logró ninguna reacción, sólo una mirada de desconcierto. Entonces volvió al esperanto:

—Uno de vuestros principales dogmas, si no recuerdo mal, es que el hombre no fue resucitado para que pudiese gozar de la vida aquí para siempre. Se le otorgó un período de tiempo limitado, aunque a la mayoría pueda parecería mucho tiempo, especialmente si no gozan aquí de la vida. Vosotros postuláis algo análogo a un alma, algo que llamáis una psicoforma, ¿no es así? O a veces un ka. Teníais que hacerlo, porque si no, no podríais proclamar la continuidad de la identidad personal en el hombre. Sin ella, el que muere muerto queda, aunque su cuerpo sea reproducido exactamente y devuelto a la vida. Ese segundo cuerpo es solo reproducción. El lázaro tiene la mente y los recuerdos de los hombres que murieron, y por eso piensa que es el hombre que murió. Pero no lo es. Es sólo un duplicado viviente. La muerte acabó con el primer hombre. No existe ya.

»Y vosotros resolvéis este problema proclamando la existencia de un alfa (o psicoforma o ka),

que es una entidad que nace con el cuerpo, le acompaña, registra y reseña lo que el cuerpo hace y, en realidad, debe ser una incorporación incorporeal, valga la contradicción, del cuerpo. Así que, cuando muere la carne, el ka sigue existiendo. Existe en alguna cuarta dimensión o en alguna polarización que ojos protoplasmáticos no pueden ver ni instrumentos mecánicos detectar. ¿Digo bien?

—Te aproximas bastante —dijo Goering—. Burdo, pero correcto.

—Hasta ahora —dijo Sam, expulsando una gran nube de verde humo— hemos postulado, o habéis, que yo no, la misma alma de los cristianos y de los musulmanes y de otros. Pero tú proclamas que el alma no va al infierno ni al cielo. Se queda vagando en una especie de limbo cuatridimensional. Y allí seguiría siempre si no fuese por la intervención de otros seres. Estos son extraterrestres que llegaron a la existencia mucho antes de que lo hiciese la Humanidad. Estos superseres llegaron a la Tierra cuando el género humano aún no existía... Visitaron todos los planetas del universo que pudiesen llegar a tener algún día vida consciente.

—No estás expresándolo exactamente como lo expresamos nosotros —dijo Goering—. Nosotros sostenemos que cada galaxia tiene una, o quizá varias, antiguas especies que habitan ciertos planetas. Estos seres pueden haber nacido en nuestra galaxia o en otra anterior, muerta ya, o en otro universo. En cualquier caso, son sabios, y sabían hace mucho que brotaría vida consciente en la Tierra, y dispusieron mecanismos que empezasen a registrar estas conciencias desde el momento de su aparición. Esos mecanismos no pueden detectarlas las conciencias.

»En cierto momento esos Ancianos, como les llamamos nosotros, deciden enviar los registros a un lugar especial. Allí los muertos son reencarnados a partir de los registros por medio de convertidores de energía en materia, vuelven a ser sanos y jóvenes, y luego se hacen registros de esos cuerpos, se destruyen, y los muertos resucitan en un nuevo mundo, como éste, otra vez por medio de la conversión de energía en materia.

»Los psicofomas, o kas, tienen una afinidad con sus gemelos protoplasmáticos. En el momento en que se realiza la duplicación del cuerpo muerto, el ka se liga a él y empieza a registrar. Así que, si muere el cuerpo y se le duplica un centenar de veces, el ka sigue reteniendo la identidad, la mente, y los recuerdos de todos los cuerpos. No se trata, por tanto, de que se cree un duplicado tras otro. Se trata de la preservación del individuo primero con un registro o recuerdo de todo lo que sucedió en el medio ambiente inmediato de todos los cuerpos protoplasmáticos del ka.

—¡Pero...! —dijo Sam, agitando su puro y arrimando luego la brasa a la mejilla de Goering—. Pero vosotros sostenéis que no se puede matar a un hombre un número indefinido de veces. Vosotros decís que, después de unas doscientas veces, la muerte tiene efectos definitivos. El seguir muriendo debilita el lazo que existe entre cuerpo y ka, y puede llegar un momento en que la duplicación del cuerpo no signifique que el ka se funda con él. El ka vaga, por los fantasmales pasillos de la cuarta dimensión o por dondequiera que sea. Se transforma en realidad en un espectro, un alma perdida. Está liquidado.

—Esa es la esencia de nuestra fe —dijo Goering—. O quizá debiera decir de nuestro conocimiento, pues nosotros sabemos que eso es verdad.

—¿De veras? ¿Lo sabéis? —dijo Sam, enarcando sus tupidas cejas.

—Sí. Nuestro fundador oyó la Verdad un año después de la Resurrección, del día en que toda la

Humanidad resucitó de entre los muertos. Un hombre vino a él de noche, cuando rezaba pidiendo una revelación en una cueva del monte. Ese hombre le dijo ciertas cosas, le mostró ciertas cosas, que ningún mortal terrestre podría decir o mostrar. Ese hombre era un agente de los Ancianos y le reveló la Verdad, y dijo a nuestro fundador que saliese a predicar entre las gentes la doctrina de la Segunda Oportunidad.

»Lo cierto es que el término de Segunda Oportunidad es erróneo. Se trata en realidad de nuestra Primera Oportunidad, porque jamás tuvimos posibilidad de salvación y vida eterna cuando estábamos en la Tierra. De todos modos la vida en la Tierra fue un prelude necesario de este mundo del Río. El Creador hizo el universo y luego los Antiguos preservaron al género humano... En realidad, a todos las conciencias del universo. ¡Ellos preservaron! ¡Pero la salvación es sólo para el género humano! ¡A cada hombre le toca salvarse a sí mismo, ahora que se nos ha dado tal oportunidad!

—A través de la Iglesia de la Segunda Oportunidad únicamente, supongo —dijo Sam. No quería burlarse, pero no podía evitarlo.

—Eso es lo que nosotros creemos —dijo Goering.

—¿Y qué credenciales exhibía aquel misterioso extranjero? —dijo Sam. Pensó en su Misterioso Extraño y sintió pánico. ¿Serían el mismo? ¿O serían un par de aquellos seres que se llamaban a sí mismos los Éticos? Su extranjero, el hombre que enviara el meteorito de ferroníquel y permitiera a Joe Miller ver la Torre y el nebuloso mar del polo norte, era un renegado de los Éticos. Si es que no mentía.

—¿Credenciales? —dijo Goering—. ¿Documentos de Dios?

Se rió.

—El fundador sabía que su visitante no podía ser un simple hombre porque sabía de él cosas que sólo un dios, o un ser superior, podía saber. Y le mostró algunas cosas que hubo de creer. Y le dijo cómo habíamos sido devueltos a la vida y por qué. No se lo explicó todo. Algunas cosas se revelarán más tarde. Otras habremos de descubrirlas nosotros mismos.

—¿Cómo se llama ese fundador? —preguntó Sam—. ¿O no lo sabes? ¿Es una de las cosas no reveladas?

—Nadie lo sabe —respondió Goering—. No es necesario saberlo. ¿Qué es un nombre? Él se llama a sí mismo Viro. Es decir, hombre en esperanto, del latín vir. Nosotros le llamamos La Fondinto, El Fundador, o La Viro, El Hombre.

—¿Le has conocido?

—No, pero conocí a dos hombres que le conocieron bien. Uno estaba presente cuando La Viro predicó por primera vez, siete días después de que le hablase el extranjero.

—¿La Viro es un hombre, no una mujer?

—¡Oh, sí!

Sam lanzó un profundo suspiro y luego dijo:

—Me quitas un gran peso de encima. Si nos saliese como fundadora Mary Baker Eddy, me pegaría un tiro.

—¿Cómo?

—Nada, nada —dijo Sam con un gruñido—. Escribí un libro sobre ella... No me gustaría volver a encontrármela; me degollaría. Pero algunas de esas fantásticas ideas místicas que me explicaste me la recordaron.

—Salvo por lo del ka, todo lo de nuestra explicación se basa en la física. Y el ka es físico, pero situado en ángulo recto, podríamos decir, respecto a nuestra realidad. Nosotros creemos que eso es ciencia, la ciencia de Los Antiguos, que nos han otorgado una resurrección física. No hay en ello nada sobrenatural, salvo nuestra creencia en el Creador, claro está. Lo demás es todo ciencia.

—¿Como la religión de Mary Baker Eddy? —preguntó Sam.

—No la conozco.

—¿Y cómo vamos a lograr esa salvación?

—Convirtiéndonos en amor. Y eso implica, claro está, que no debemos entregarnos a la violencia, ni siquiera en caso de defensa propia. Creemos que podremos convertirnos en amor tan sólo si logramos un cierto estado trascendente al que se llega por el conocimiento de uno mismo. Hasta ahora la mayoría del género humano no ha sabido utilizar la goma de los sueños; ha usado mal la droga, como usa mal todas las cosas.

—¿Y tú crees que te has convertido en amor, signifique esa frase lo que signifique?

—Aún no, pero voy camino de ello.

—¿Con la goma de los sueños?

—No sólo con ella. Eso ayuda. Pero uno ha de actuar además, ha de predicar su fe y sufrir por ella. Y aprender a no odiar, aprender a amar.

—¿Así que por eso te opones a mi barco? ¿Crees que estamos perdiendo el tiempo construyéndolo?

—Es un objetivo que no traerá a nadie ningún bien. Hasta ahora ha llevado a la devastación de la Tierra; a la codicia, el dolor y la sed de sangre; a la ansiedad y la traición. ¡Al odio, al odio, al odio! ¿Y por qué? Por poder tener lo que ningún otro tiene, un barco gigante de metal impulsado por electricidad, el máximo logro de la tecnología de este planeta. El barco de los locos. Para que te conduzca hasta el nacimiento del Río. Y cuando llegues allí, ¿luego qué? ¿Deberías viajar hasta las fuentes del alma!

—Hay algunas cosas que tú ignoras —dijo Sam. Su optimismo estaba agriado por una visión. Había un diablo, encogido en la oscuridad, susurrando en su oído. Pero alguien se había encogido en la oscuridad al otro lado y susurraba en el oído del fundador de la Iglesia. ¿Sería aquel Extranjero de la Iglesia el diablo? El ser que se había aparecido a Samuel Clemens había dicho que los otros eran los diablos, y que él deseaba salvar a la humanidad.

El demonio diría algo parecido, por supuesto.

—¿No llegan mis palabras a tu corazón? —dijo Goering. Sam se dio un puñetazo en el pecho y dijo:

—Sí, y a mi estómago; y creo que tengo un poco de indigestión.

Goering cerró un puño y frunció los labios.

—Cuidado, o perderás tu amor —dijo Sam, y se alejó. Pero no se sentía especialmente triunfante. Era cierto que le aquejaban ciertos trastornos estomacales. La ignorancia terca siempre le había

trastornado, aunque supiera que debía limitarse a reírse de ella.

Llegó la tarde del día siguiente. Sam Clemens y Juan Sin Tierra habían estado discutiendo toda la mañana. Finalmente, Sam, exasperado, dejando a un lado precauciones y razonamientos, dijo:

—¡No podemos permitir que Hacking nos corte sus suministros de bauxita! ¡No podemos permitir que suceda nada que retrase la construcción del barco! ¡Puede que estés haciendo esto para forzar una guerra contra Soul City! ¡Y te va a salir el tiro por la culata, Majestad!

Sam había estado paseando arriba y abajo, agitando una panatela mientras hablaba. Juan estaba retrepado en una silla junto a la mesa redonda de roble de la timonera de Sam. Joe Miller se sentaba en un rincón en una silla muy grande hecha especialmente para él. El corpulento mongol paleolítico, Zaksksromb, estaba de pie detrás de Juan.

De pronto, Sam se giró y posó ambos puños sobre la mesa. Apoyado en ella, el puro en los labios, la espesura rojiza de sus cejas enarcadas, dijo a Juan:

—Cediste una vez, en Runnymede, cuando firmaste la Carta Magna. Fue la única cosa decente que hiciste en todo tu reinado... Y los hay que dicen que cruzaste los dedos al firmar. Bien, ahora se presenta otra ocasión en que debes hacerlo, Juan, Majestad. ¡O te disculpas ante Abdula, que tiene derecho a tus excusas, o convocaré una sesión especial del consejo que determine si eres digno o no de continuar como corregente!

Juan le miró furioso un momento. Luego dijo:

—Tus amenazas no me asustan. Pero es evidente que provocarías la guerra civil en esta tierra antes que luchar contra Soul City. No comprendo esta locura, pero un hombre racional nunca logra entender la irracionalidad. Así que me disculparé. ¿Por qué no? Un rey puede permitirse ser magnánimo con un plebeyo. Nada le cuesta y fomenta su popularidad.

Juan se levantó y salió andando pesadamente, con su vigoroso guardaespaldas tras él.

Diez minutos después, Sam supo que Juan se había presentado en la casa de los invitados oficiales y había presentado sus disculpas. Abdula X, aunque ceñudo, las había aceptado. Era evidente que le habían ordenado hacerlo así.

Un momento antes de que los silbatos de las fábricas anunciaran el final de la hora de la comida, entró Cawber. Se sentó sin esperar a que Sam se lo indicase. Sam enarcó las cejas, porque era la primera vez que sucedía esto. Había en la actitud de Cawber algo indefinido. Sam, observándole cuidadosamente, analizando cada inflexión de su voz, concluyó que su actitud era la de un esclavo que ha decidido dejar de serlo.

Cawber sabía que iba a ser el emisario de Parolando en Soul City. Se sentó, echado hacia adelante, con sus inmensos brazos negros sobre la madera de roble y las manos extendidas. Habló en esperanto y, como la mayoría, utilizando sobre todo el presente, y añadiendo un adverbio de tiempo para indicar futuro y pasado si deseaba aclarar.

El equipo de Cawber había hablado con cada uno de los tres mil negros puros, aproximadamente, que había en Parolando. Existía cierta confusión al clasificar a algunos de los prehistóricos. Un tercio deseaba, aunque no apasionadamente, ir a Soul City en un intercambio con los ciudadanos que Hacking no quería. Predominaban los negros de finales del siglo XX. Los otros decían que tenían un



trabajo que les proporcionaba prestigio, que les gustaba vivir en pie de igualdad con los blancos, y que no querían perder su oportunidad de viajar en el gran barco fluvial.

Esto último quizá fuese lo más determinante, a juicio de Sam. Él no era el único que soñaba con el gran barco fluvial. Este surcaba los sueños de muchos, relampagueando como una joya con una libélula atrapada en su interior.

Firebrass y su gente fueron invitados a acudir a la mesa de conferencias. Firebrass llegó tarde porque había estado inspeccionando el aeroplano. Se burló de su fragilidad y lentitud, pero de todos modos le daba envidia que von Richthofen fuese el único que pudiese pilotarlo.

—No te preocupes, también tú tendrás posibilidad de pilotarlo —dijo Sam—. Siempre que continúes aquí, claro está, cuando...

Firebrass se puso serio.

—¿Cuál es vuestra decisión, caballeros, respecto a la propuesta de mi gobierno?

Sam miró a Juan, que indicó con un gesto que le cedía la palabra. Juan pretendía que cualquier posible ataque se dirigiese primero contra Sam.

—Esto es una democracia —dijo Sam—. Y nosotros no podemos decir a nuestros ciudadanos que se vayan a menos que hayan incurrido en conducta ilegal. Así que, según mi opinión, según nuestra opinión, cualquier ciudadano de Parolando puede irse a Soul City si lo desea. Creo que llegamos a un acuerdo básico sobre esto cuando nos reunimos la última vez. Corresponderá a tu gobierno negociar con cada ciudadano. En cuanto a lo de aceptar a vuestros árabes y dravidianos y demás, les daremos la posibilidad de venir a vivir con nosotros si lo desean. Pero nos reservamos el derecho de expulsarlos si no se comportan como corresponde. Adonde tendrán que irse entonces, será cuestión suya.

—Está bien —convino Firebrass—. Supongo que Hacking no querrá a nadie que no desee vivir en Soul City, por muy negro que sea.

—¿Y qué me dices de los cargamentos de minerales? —preguntó Sam—. ¿Se interrumpirán durante las negociaciones?

—Podría ser, aunque en realidad —explicó Firebrass— lo dudo. Tendría que conferenciar con Hacking para saberlo. Por supuesto, habéis de elevar la cuantía de mineral y armas que nos entregabais antes de que subiera el precio.

—Dices que podría ser —dijo Sam.

—Todo lo que digo está condicionado a su confirmación o negación desde Soul City —insistió Firebrass, con una sonrisa.

Se acordó luego que Cawber iría a Soul City como embajador de Parolando en cuanto pudiese alterarse la Carta de forma adecuada. Todo lo demás quedaba aún en el aire. Sam tuvo la impresión de que Firebrass no quería acelerar las cosas. Más bien al contrario. Estaba deseando que las cosas se prolongaran e incluso echar pie al freno si mostraban signo de aceleración. Quería seguir en Parolando, y Sam solo podía deducir que lo deseaba para poder espiar. Quizá quisiese también provocar conflictos.

Luego, examinó con Juan los resultados de la reunión. Juan estaba de acuerdo en que Firebrass era un espía, pero no podía entender cómo iba a poder organizar conflictos.

—Lo lógico es que quisiera que se acelerara lo más posible la construcción del barco. Cuanto antes esté terminado, antes podrá Hacking apoderarse de él. ¿O acaso crees que Hacking no se propone apoderarse del barco? ¿Crees que hay uno sólo de nuestros vecinos que no pretenda apoderarse de él? Arturo realizó su abortada tentativa de conquistarnos a causa del odio que sentía por mí. Debería haber esperado a que el barco estuviese casi terminado, y unido entonces, con Cleomenes y los ulmaks, todas las fuerzas posibles en un ataque general. Todo funcionó mal, él y Cleomenes resultaron muertos, e Iyeyasu ha invadido sus países mientras sus sucesores combaten entre sí.

—Según tus espías, él está ganando también —dijo Sam—. Si consolida su estado con los otros dos, será un enemigo realmente formidable.

Y también lo serás tú, Juan Sin Tierra, pensó Sam. De todas las personas a las que tendré que vigilar una vez construido el barco, tú serás la que merezca una vigilancia más estrecha...

Firebrass anunció que él y su delegación permanecerían en la embajada de Soul City mientras se desarrollaban las negociaciones.

—Me alegro de poder teneros aquí —dijo Sam—. Pero Soul City tiene sus propias industrias. Sé que están usando nuestro mineral para hacer armas y otras cosas que mis espías no han podido determinar.

Firebrass le miró sorprendido, y luego se echó a reír ostentosamente.

—¿Has dado en el clavo, amigo! —dijo en inglés. Luego, añadió en esperanto—: Bueno, ¿por qué no somos francos? Lo prefiero. Sí, nosotros sabemos que tenéis espías en Soul City... como vosotros sabéis que hay espías nuestros aquí. ¿Quién no tiene espías en las tierras de sus vecinos? ¿Pero qué es lo que quieres decir?

—Tú eres el individuo con mayor preparación técnica que tiene Hacking. Eres un doctor. Estás al cargo de las fábricas y de la investigación y el desarrollo ¿Por qué te envía aquí Hacking siendo tan necesario en Soul City?

—He dispuesto las cosas para que todo funcione bien. Soul City no me necesita en este momento. Yo quise venir aquí.

—Para poder ver nuestra Mark I y nuestro aeroplano y el anfibio y su cañón de vapor...

Firebrass esbozó una sonrisa, asintió con un gesto y dijo:

—Sí. ¿Por qué no? Si no veo yo esas cosas, algún otro lo hará.

Sam se tranquilizó.

—Toma un puro —dijo Sam—. Puedes mirar cuanto quieras. No estamos haciendo nada que no puedas imaginar tú mismo, salvo el cañón de vapor, quizá. Que por cierto es un invento mío. Acompáñame. Estoy muy orgulloso de él y quiero enseñártelo. Está casi terminado.

El Dragón de Fuego I estaba bajo su andamiaje de madera. Era de un gris plateado y tenía la forma de un barco de fondo plano, pero con siete inmensas ruedas de metal con neumáticos de plástico a cada lado. Por la parte trasera sobresalían dos hélices gemelas protegidas por una pantalla. Tenía unos nueve metros de longitud, tres de manga y tres y medio de altura. De su cubierta superior surgían tres tórrelas. Una la del piloto, el radiotelegrafista y el capitán, aunque no hubiese aún aparatos de radio en Parolando. La torreta central era más alta que las otras y sobresalía en ella

la masa corta y maciza de un arma. La última torreta estaba destinada a pistoleros que irían armados con pistolas Mark I y quizá con fusiles.

—El anfibio quema alcohol de madera para producir vapor —dijo Sam—. Entremos, por este acceso lateral de aquí. Verás que la caldera ocupa aproximadamente un tercio del interior. Hay buenas razones para ello, como comprobarás.

Subieron por una escalera al interior de la torreta central, en la que sólo había la luz de una bombilla. Firebrass lanzó una exclamación. Era la única bombilla eléctrica que había visto en el Mundo del Río. Sam le explicó que estaba alimentada por una célula de combustible.

—Y aquí está el Gran Cañón a Vapor —dijo él, y señaló un cilindro que salía de la masa gris de la torreta. Debajo había una como culata de pistola y una especie de gatillo. Firebrass se colocó debajo, puso el dedo en el gatillo y miró a través de la abertura que había sobre el cañón. Alzó y bajó el arma.

—Ahí habrá una silla para que el artillero se siente —dijo Sam—. Podrá girar la torreta en la dirección que desee mediante unos pedales. Podrá mover el cañón arriba y abajo en un ángulo vertical de veinte grados. El vapor de la caldera impulsará los proyectiles de plástico del calibre ocho. El arma se dispara con recámara abierta, es decir, no hay proyectiles en el cañón cuando se aprieta el gatillo. Al apretar éste, se suelta una clavija que impide a la recámara avanzar, impulsada por un muelle. Durante su movimiento hacia adelante, la recámara suelta una bala de plástico y la empuja hacia el cañón. Antes de que la recámara llegue al cañón, las lengüetas de ambos lados engranan y hacen girar la recámara un cuarto de vuelta hacia la derecha, bloqueándola así. ¿Me sigues?

Firebrass asintió.

—Bien, pues tan pronto como se completa ese cuarto de vuelta, el canal interior de la recámara se alinea con el canal de alimentación del canal de vapor a alta presión. Esto permite que el vapor caliente (unos 200° C aproximadamente) penetre en el espacio de la recámara. El proyectil de plástico atraviesa el cañón impulsado por la expansión del vapor. Y éste, actuando al mismo tiempo contra la parte trasera de la cámara, comienza a forzar la recámara hacia atrás. Debido al gran peso de la recámara ésta no empieza a moverse hasta que la bala ha salido ya del cañón.

»Cuando el bloque de la recámara comienza a moverse hacia atrás, las presillas se introducen en sus cierres y el engranaje hace girar la rueda un cuarto de vuelta a la izquierda, cerrando así el paso al vapor. Con ello, el bloque de la recámara vuelve a su posición original. Si no se suelta el gatillo, la operación se repite indefinidamente.

—Estoy impresionado —dijo Firebrass—. ¿Pero no operaría el arma con más eficacia si su temperatura fuese la misma que la del vapor introducido a alta presión? De ese modo, se utilizaría menos energía del vapor en calentar el arma, y esto significa más vapor para impulsar el proyectil. ¡Ah, ya veo! Habéis hecho una cubierta agujereada alrededor de la recámara. El vapor pasa a través de ella antes de penetrar en el arma propiamente dicha, ¿verdad?

—Sí. Hay una cubierta aislante de plástico recubierta de madera. ¿Ves aquella válvula reductora? Permite enfriar el arma una vez usada... a los cinco segundos de haber disparado con ella. Si no se hiciese eso, el arma podría recalentarse. Y como su temperatura máxima es la misma que la del

vapor de la caldera, no hay ningún peligro de que se quemara la recámara. Se puede utilizar el arma como manguera. De hecho, solo así podría ser eficaz. La precisión de una bala ligera de plástico no es grande con una velocidad tan comparativamente baja.

Firebrass no parecía ni mucho menos deprimido por la superioridad militar que el anfibio proporcionaría a Parolando. Esto probablemente fuese porque estaba planeando construir uno en Soul City. O, si Parolando tenía uno, quizás pensase construir dos, en cuyo caso Parolando tendría que construir tres.

Soul City no podía superar a Parolando. Pero Parolando no podía cortar los suministros de mineral, porque entonces Soul City no entregaría la bauxita, la criolita, el platino y el iridio que Parolando necesitaba.

El entusiasmo por mostrar su mortífera invención se desvaneció de forma casi ostentosa en Sam. La única solución al problema, si Soul City iniciaba una carrera de armamentos, sería aplastar Soul City y tomar el control directo de los minerales. Esto significaba aplazar la construcción del gran barco fluvial. Y significaba también atacar a los dos estados, Publiujo y Tifonujo, que había entre Parolando y Soul City. Y si aquellos estados se unían, constituirían una fuerza formidable, con las armas que Parolando les había entregado a cambio de su madera.

Sam había pensado que aquella posibilidad era casi catastrófica. Pero unos días después Iyeyasu completó la conquista de sus estados vecinos y envió una misión a Parolando. No hacía peticiones que no pudiesen satisfacerse. En realidad, en cierto modo, sus propuestas podían ser de ayuda. Decía que su nación había perdido bastantes árboles y que preferiría darles la posibilidad de crecer otra vez. Pero por un incremento en la cuantía de armas que Parolando le entregaba, estaba dispuesto a proporcionar gran cantidad de madera y de excrementos para su industria de explosivos. Invadiría los territorios del otro lado del Río y se apoderaría de su madera.

Esto significaba que Parolando le pagaría a Iyeyasu por recoger madera por la fuerza en sus estados vecinos. Sería más barato y además mucho menos doloroso para Parolando, que no tendría que hacer directamente matanzas, esclavizaciones ni ataques.

Y Sam Clemens tendría con esto algo más que le robase el sueño.

Juan Sin Tierra consideró excelente la proposición.

—Nuestras fábricas están construyendo armas con gran eficacia —dijo—. Podemos permitirnos exportar más. Y debemos construir una flota de Dragones de Fuego para que las espadas que entregamos a estas gentes sean fácilmente superadas por nuestras máquinas.

—¿Y cuándo vamos a empezar a construir el gran barco fluvial? —preguntó Sam.

Nadie le dio una respuesta; pero al día siguiente Van Boom, Velitski y O'Brien, sus ingenieros jefes, le enseñaron los primeros bocetos. Eran dibujos sobre planchas de plástico en blanco y negro con un lápiz conectado a una célula de combustible. El campo magnético de la punta del lápiz reordenaba la finísima y blanca cobertura de partículas por donde pasaba. Las líneas seguían polarizadas hasta que se pasaba sobre ellas un campo inverso. Así, se reducía notablemente la demanda de papel, y podían variarse los planos a voluntad.

Firebrass dijo que le gustaría colaborar en la construcción del barco. Se aceptó su propuesta, aunque Juan puso objeciones al principio. Sam contestó que cuanto más ayuda recibieran más pronto

terminarían. Y no veía que Firebrass, por mucho que supiese, pudiera robar el barco. Aunque Sam no se lo explicó a Juan, tenía una idea respecto a Firebrass. Era la de meterle tanto en aquello, en la construcción del barco, que aceptase la oferta de un puesto en él.

La maquinaria necesaria para hacer las primeras planchas del casco estaba casi terminada. Hacía una semana que habían concluido los trabajos del embalse, y el agua de la catarata iba llenándolo. Estaban instalándose los alambres de aluminio de los generadores que serían movidos por el agua del embalse. El modelo de batacitor, que tendría cuatro plantas, estaría terminado en un mes, si se disponía de los materiales.

Unos días más tarde pidieron asilo en Parolando quinientos misioneros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, Iyeyasu los había echado de su nuevo estado prometiéndoles varios géneros de exquisitas torturas si intentaban volver. Sam no se enteró inmediatamente porque estaba en el embalse.

Los misioneros se negaron a irse cuando Juan les transmitió la orden de que se fueran inmediatamente. Juan Sin Tierra, al oír esto, sonrió agriamente, se mesó su cabello leonino y lanzó su juramento favorito:

—¡Por los dientes de Dios!

Sam estaba en el embalse supervisando la instalación de toneladas de dinamita en las paredes agujereadas. Este iba a ser un truco más que se guardaba en la manga, una operación inundaciones para un caso extremo. Una operación quizá suicida, por si alguna vez el enemigo lograba una invasión afortunada.

Von Richthofen, roja la cara y respirando pesadamente de correr colina arriba, le habló de la llegada de los misioneros y de su negativa a irse. No mencionó a Juan.

Sam dijo a Lothar que dijese a los misioneros que él bajaría por la noche. Que podían esperarle, pero que no saliesen de un radio de diez metros de la piedra de cilindros más próxima al lugar donde hubiesen desembarcado. De momento, pensó en ordenarles que se fuesen inmediatamente y en decir a los soldados que podían atizarles unos cuantos golpes con la espada plana si lo deseaban. Hacía calor y estaba sudado y cubierto de polvillo de cemento. Y sentía una especial animosidad hacia los miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. En aquel mundo bendecido por la ausencia de moscas y mosquitos, aquellos misioneros parecían decididos a llenar el hueco.

El estruendo y el chapoteo de hormigoneras gigantes que vertían su contenido, los gritos de los capataces y el rascar de las palas y el traqueteo de los carros con ruedas de madera y hierro, impidió a Sam oír el estruendo que se produjo una media hora más tarde. No supo nada de lo sucedido hasta que von Richthofen llegó corriendo hacia él. Sam tuvo la sensación de desmoronarse. Juan había probado las nuevas armas con los misioneros. Un centenar de pistolas Mark I habían liquidado a casi quinientos hombres y mujeres en tres minutos. El propio Juan había cargado y disparado diez veces, utilizando las últimas cinco balas para rematar a los heridos.

Unas treinta mujeres, la mayoría muy hermosas, se habían librado. Habían sido conducidas al palacio de Juan.

Mucho antes de llegar a la orilla, Sam vio una gran multitud reunida alrededor de la piedra de cilindros. Envió a Lothar delante para que le despejara el camino. La multitud se separó ante ellos

como el Mar Rojo ante Moisés, según Sam pensó, pero el Mar Rojo se cerró de nuevo tras él después de pasar entre la multitud. Los cuerpos estaban amontonados, cubiertos de sangre, la carne destrozada, los huesos astillados por los proyectiles de gran calibre. En sus noventa y siete años de vida, Sam jamás había logrado acostumbrarse al silencio de los muertos. Parecía colgar sobre ellos como una nube invisible y estremecerse. La boca que no volvería a hablar, el cerebro que no volvería a pensar...

Poco le ayudó pensar que al día siguiente aquellas mismas personas, con los cuerpos sanos y renovados, volverían a resucitar en algún lugar de la ribera. El efecto de la muerte no se dejaba disipar con la racionalización.

Juan estaba dando órdenes para el traslado de los cadáveres a las fábricas de jabón y piel. Sonrió a Sam como un muchacho malo sorprendido tirando del rabo al gato.

—¡Esto es una matanza! —gritó Sam—. ¡Una degollina! ¡Injustificada! ¡Imperdonable! ¡No había ninguna razón para ello, asesino, bestia sanguinaria! ¡Esto es lo que has sido siempre, un perro asesino, y es lo que siempre serás! ¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!

Juan perdió su sonrisa y dio un paso atrás cuando Sam, con los puños cerrados, avanzó hacia él. El inmenso Zaksksromb, empuñando una gran maza de roble con pinchos de acero en la punta, avanzó hacia Sam.

—¡Cuidado!... ¡Si intervenís llamaré a Joe Miller! Y dispararé contra el primero que intente atacar a Sam.

Sam miró tras de sí. Lothar tenía en la mano una gran pistola, y apuntaba a Juan.

La piel oscura de Juan palideció y sus cejas se enarcaron. Incluso el iris azul claro de sus ojos pareció palidecer.

Más tarde, Sam pensó que debería haber dicho a Lothar que disparase; aunque los quinientos pistoleros fuesen hombres de Juan, podrían haber dudado si Juan moría del primer tiro. Estaban rodeados por hombres y mujeres armados, la mayoría de ellos nada adictos a Juan y casi todos impresionados por la matanza. Podrían haber rendido sus armas. Y aunque no lo hubieran hecho, Sam podría haberse tirado al suelo y no ser alcanzado por los primeros disparos. ¿Quién sabe lo que habría pasado después?

Pero de nada valía fantasear. Él no había dado la orden.

Sin embargo, tenía que emprender una acción firme e inmediata. Si le permitía aquello a Juan perdería el respeto de todos, y desde luego el de sí mismo. Podría también renunciar a la corregencia. Pero en ese caso, perdería el barco.

Giró la cabeza levemente, aunque no tanto que no pudiese seguir controlando a Juan. Vio la cara blanca y los grandes ojos oscuros de Livy. Parecía a punto de vomitar. La ignoró y llamó a Cyrano de Bergerac, que estaba de pie en la primera fila, con su largo florete en la mano.

—¡Capitán de Bergerac! —Sam señaló a Juan—. Detenga al corregente.

Juan tenía una pistola en la mano, pero no la alzó.

—Protesto —dijo con voz suave—. Les dije que se fuesen inmediatamente y se negaron. Les advertí y siguieron negándose... Así que ordené que dispararan... ¿Qué importa, además? Mañana estarán vivos otra vez.

Cyrano avanzó en línea recta hacia Juan. Se detuvo, saludó y dijo:

—Sus armas, caballero.

Zaksksromb lanzó un gruñido y alzó su maza de púas.

—No, Zak —dijo Sin Tierra—. Según la Carta, un regente puede detener al otro si cree que está actuando en contra de la Carta. No estaré detenido mucho tiempo.

Entregó su arma a Cyrano, por la culata, se quitó el cinturón y se lo dio también. En las fundas llevaba un cuchillo largo y una espada corta.

—Regresaré a mi palacio mientras tú y el Consejo decidís mi suerte —dijo—. Según la Carta debes convocarlo en el plazo de una hora después de la detención, y la decisión habrá de tomarse en dos horas, siempre que no interfiera una cuestión de emergencia nacional.

Se alejó, con Cyrano detrás. Los hombres de Juan dudaron un momento, y luego, bajo las órdenes de Zaksksromb, siguieron a Juan hasta el palacio. Sam les miró alejarse asombrado. Había esperado mayor resistencia. Y luego pensó que tal vez Juan supiese muy bien que Sam Clemens tenía que hacer lo que había hecho para no perder su prestigio. Y Juan conocía a Sam lo bastante como para saber que podría querer evitar una decisión que pudiese conducir a la guerra civil, pero que no lo haría si pensaba que estaba amenazado su gran barco fluvial.

Por eso Juan había aceptado su decisión. No quería forzar una ruptura, por ahora. Había satisfecho por el momento su sed de sangre. Los consejeros se reunirían y al final deducirían que, legalmente, Juan estaba en su derecho. Moralmente, no lo estaba. Pero entonces sus partidarios argumentarían que incluso moralmente sí lo estaba. Después de todo, los muertos resucitarían al día siguiente y sería una buena lección para los de la Segunda Oportunidad. Se mantendrían alejados de Parolando por bastante tiempo. Y posiblemente Sam Clemens admitiera que aquello era deseable. Si los de la Segunda Oportunidad seguían haciendo conversos, el barco jamás se construiría. Además, otros estados, menos debilitados por la filosofía de los de la Segunda Oportunidad, invadirían Parolando. Y él, Sam Clemens, diría por su parte que después de aquello los partidarios de Juan reclamarían el derecho a torturar a la gente. Después de todo, el dolor no duraba gran cosa. Y todas las heridas quedaban curadas con sólo matar a la víctima. Y la violación estaría justificada, porque, después de todo, las mujeres no podían quedar embarazadas ni enfermar... Y si resultaban heridas, mala suerte. Se las mataba y a la mañana siguiente todo arreglado. Los daños mentales no importaban. Eso lo curaba la goma de los sueños.

No, diría Sam, no es cuestión de asesinato sino de justicia. Si matas a un hombre, le apartas sin su consentimiento de un lugar y lo envías tan lejos que podría caminar mil años por la ribera y no llegar jamás al primer sitio. Le separas de su amor, de sus amigos, de su casa. Eso es y fue siempre...

¡Oh, oh! ¡Tengo que controlarme!

—¡Sam! —dijo una encantadora voz.

Se volvió. Livy estaba aún pálida, pero sus ojos miraban normalmente.

—¡Sam! ¿Y las mujeres que se llevó?

—¡Dónde tendré la cabeza! —dijo en voz alta—. ¡Vamos, Lothar!

Al ver a Miller, con sus tres metros de altura, que cruzaba la llanura hacia ellos, le hizo una seña,

y el titántropo se aproximó. Lothar ordenó a un centenar de arqueros que acababan de llegar que les siguieran.

Se detuvo junto al gran edificio de troncos. Juan sabía que su corregente se había olvidado de las mujeres, pero que pronto se acordaría de ellas. Y aunque estuviese dispuesto a someterse al juicio del consejo por la matanza, porque, legalmente, estaba en su derecho, entregar a las mujeres a Sam podía parecerle demasiado. Su vil carácter podía traicionarle, y estallar la guerra en Parolando.



Sam vio salir a unas treinta mujeres por las puertas abiertas, y se dio cuenta de que Juan había decidido rectificar su error. Aun así podía ser acusado de raptó, delito más grave que el asesinato en aquel mundo. Pero si las mujeres no habían sufrido daño alguno, sería muy difícil fundamentar la acusación.

Se detuvo, y pensó que se le paraba el corazón. Gwenafra estaba entre aquellas mujeres. Lothar, llamándola a voces, corrió hacia ella. Ella corrió hacia él con los brazos abiertos y se abrazaron.

Tras un minuto de abrazos, besos y sollozos, Gwenafra dejó a Lothar y se acercó a Sam.

Este se maldijo a sí mismo porque no podía, razonablemente, maldecir a ningún otro. Si hubiese mostrado que la quería cuando ella le mostró claramente que podía tenerla, ella podría no haberse entregado a Von Richthofen. ¿Y por qué, entonces, no la había tomado? ¿Por qué se había aferrado a la idea de que Livy acabaría volviendo, y que, si tomaba a otra mujer ahora, Livy se dolería tanto que jamás volvería a acercarse a él?

No era un pensamiento lógico. Pero por mucho que vociferasen los filósofos, el principal fin de la lógica era justificar nuestras emociones.

Gwenafra le besó y sus lágrimas corrieron por el pecho desnudo de él. Luego se apartó de sus brazos y volvió a Lothar, y Sam Clemens se quedó con el problema de qué hacer con, o a, Juan Sin Tierra.

Cruzó las puertas, con Joe Miller tras él. Un momento después von Richthofen estaba a su lado. Juraba y mascullaba en alemán: «¡Lo mataré!».

—¡Sal de aquí! —dijo Sam deteniéndose—. ¡Soy bastante loco, pero puedo controlarme! Ahora tus estás demasiado excitado, y si intentas algo puede matarte y alegar defensa propia. Le gustaría mucho hacerlo. Quizá haya montado todo esto sólo para justificar nuestro asesinato.

—¡Pero tú estás aquí sólo con Joe! —dijo Lothar.

—¡Y te parece poco! De todos modos, si no hubieses estado tan ocupado acariciando a Gwen, me habrías oído ordenar a las tropas que entren en el palacio y maten a todos si no he salido a los quince minutos.

Lothar miró fijamente a Sam.

—¡Te has hecho de pronto mucho más belicoso!

—Cuantos más problemas tengo, y más se retrasa la construcción del barco, más belicoso me vuelvo —dijo Sam.

No tenía objeto explicarle que su cólera al verle con Gwenafra se había desviado hacia Juan, que ya la tenía bastante dirigida hacia sí como para haberse encogido y sometido. Y lo habría hecho si hubiese justicia en el mundo.

Penetró en el edificio principal, dentro del recinto cerrado por la empalizada de troncos de pino, y pasó ante Sharkey. El membrudo sicario intentó cerrarle el paso, pero Sam no vaciló. Un cavernoso gruñido brotó de la inmensa masa peluda de Joe, detrás de Sam. Sharkey dio un respingo y cometió el error de no apartarse lo suficiente. Una inmensa cadera cubierta de pelo envió tambaleándose contra la pared a aquel hombre de ciento quince kilos como si fuese una pluma.

—¡Te mataré un día de estos! —dijo Sharkey en inglés. Joe giró lentamente la cabeza, como si fuese la torreta de un acorazado y la tremenda probóscide un cañón.

—¿Zí? ¿Tú, y qué ejército?

—Estás volviéndote muy ingenioso, Joe —murmuró Sam—. Mi influencia, sin duda.

—No soy tan tonto como piensa la mayoría de la gente —dijo Joe.

—Eso sería imposible.

Su cólera se había transformado en desánimo. Incluso con Joe como guardaespaldas no estaba ni mucho menos seguro allí. Pero confiaba en que Juan no se atrevería a hacerle nada serio, porque quería también aquel barco.

Juan estaba sentado junto a la gran mesa redonda de roble con una docena de los suyos. El gigante Zaksksromb estaba de pie a su espalda. Todos tenían jarras en la mano. La habitación apestaba a tabaco y a licor. Juan tenía los ojos enrojecidos, pero por aquel entonces casi siempre los tenía. Penetraba luz por las ventanas, pero la luz directa del sol estaba bloqueada por la empalizada exterior. Ardían humeando algunas antorchas de pino.

Sam se detuvo, sacó un puro de la pequeña caja que llevaba en una bolsita atada al cinturón, y lo encendió. Le enfureció que su mano temblase tanto, y esto incrementó su cólera contra Juan.

—¡Está bien, Majestad! —dijo—. Malo fue que te apoderases de todas aquellas mujeres extranjeras para tus viles propósitos, pero, ¿por qué cogiste a Gwenafra? ¡Ella es ciudadana de este estado! ¡Te has puesto la soga al cuello. Juan, y no uso lenguaje figurado!

Juan vació el whisky de la jarra y la posó suavemente sobre la mesa.

—Recogí a esas mujeres por su propia seguridad —dijo delicadamente—. La multitud estaba muy enfurecida, querían matar a los misioneros. Y se incluyó a Gwenafra por error. Ya determinaré quién es el responsable y le castigaré.

—Juan —dijo Sam—, debo rechazar tus afirmaciones por falta de pruebas. No tienen ninguna confirmación visible. Pero ése será tu problema. Tú eres el padre de las mentiras y el gran maestro, pasado, presente y futuro, del engaño. Si el no tener pelos en la cara es característica del mayor mentiroso, todos los demás mentirosos deberían ser tan barbudos como Santa Claus.

Juan enrojeció. Zaksksromb gruñó y alzó su maza hasta el pecho. Joe gruñó también.

Juan hizo una profunda inspiración y dijo, sonriendo:

—Estás desquiciado por un poco de sangre. Tienes que dominarte. No puedes desaprobar nada que yo haya dicho, ¿no es verdad? Por cierto, ¿has convocado ya la reunión del Consejo? La ley dice que tienes que hacerlo. Ya lo sabes.

Lo horrible era que Juan se saldría con la suya. Todo el mundo, incluidos sus seguidores, sabrían que estaba mintiendo, pero no habría nada que hacer a menos que quisiesen iniciar una guerra civil, y eso significaría que los lobos (Iyeyasu, Hacking, quizá los supuestos neutrales Publius Crasus, Chernsky, Tai Fung y los salvajes del otro lado del Río) les invadiesen.

Sam lanzó un bufido y se fue.

Dos horas más tarde sus predicciones se habían hecho realidad. El consejo aprobó una moción de censura contra Juan por haber manejado la cuestión erróneamente y de modo precipitado. Se le dijo que en futuras situaciones similares, debía conferenciar con su corregente.

Juan se reiría sin duda a carcajadas cuando le comunicasen la decisión. Y pediría más licor, tabaco, marijuana y mujeres para celebrarlo.

Sin embargo, no tendría una victoria completa. Todo Parolando sabía cómo Sam Clemens se había enfrentado a Juan, había irrumpido en su palacio con sólo uno de sus seguidores, había liberado a las mujeres, y había insultado a Juan en su propia cara. Juan sabía esto. Su triunfo se asentaba sobre bases poco seguras.

Sam pidió al Consejo que se decidiese expulsar de Parolando a todos los miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad por su propia seguridad. Pero varios consejeros alegaron que eso sería contrario a la ley. Habría que alterar la Carta. Además, era poco probable que Juan emprendiese más acciones contra ellos después de la lección que había recibido.

Ellos sabían tan bien como Sam por qué él procuraba aprovecharse del clima emocional para expulsar a los de la Segunda Oportunidad. Pero había algunos individuos tercos en el Consejo. Quizá se sintiesen irritados por no haber podido hacer nada en el caso de Juan, y pretendían por lo menos defender los principios.

Sam estaba seguro de que los supervivientes de la matanza querrían irse rápidamente, pero insistieron en quedarse. La matanza no había hecho más que convencerles de que Parolando les necesitaba mucho. Goering estaba construyendo varias cabañas grandes para ellos. Sam envió recado de que parasen las obras. Parolando tenía ya escasez de madera. Goering respondió que él y sus camaradas varones saldrían de las cabañas y dormirían debajo de las piedras de cilindros. Sam masculló un juramento y echó el humo a la cara del mensajero de Goering y dijo que lamentaba que no existiese la neumonía en aquel mundo. Después, se sintió avergonzado, pero no se desdijo. No iba a escasear la leña en sus hornos para que gente a la que ni siquiera quería pudiese dormir bajo un techo.

Se sentía bastante alterado, pero aquella noche recibió dos mensajes que le alteraron aún más. Uno era que Ulises había desaparecido por la noche de su barco en su viaje de regreso a Parolando. Nadie sabía lo que le había pasado. Sencillamente, había desaparecido. El segundo mensaje le informó de que William Grevel, el hombre que había estado espionando a Juan, había sido hallado con el cráneo roto al pie de un barranco en la montaña. Juan había logrado localizarle y ejecutarle. Y debía de estar riéndose porque Sam no podía demostrarlo ni, en realidad, siquiera admitir que Grevel estuviese trabajando para él.

Sam llamó a von Richthofen y a Cyrano y a otros que consideraba de los suyos. Era cierto que entre de Bergerac y él existía cierta hostilidad debido a Livy, pero de Bergerac era más partidario de Clemens que de Juan, con quien había tenido varias discusiones violentas.

—Quizá la desaparición de Ulises del barco sea sólo coincidencia —dijo Sam—. Pero eso, y además la muerte de Grevel, me hace pensar si Juan no estará atacándome a través de mis amigos. Quizá planee acabar con vosotros, uno a uno, en circunstancias que no permitan acusarle.

»Es hábil. Probablemente no hará nada en un tiempo, pero Ulises ha desaparecido en un lugar en el que la investigación probablemente nada revelará. Y no puedo acusar a Juan de lo de Grevel sin revelar lo que he estado haciendo. Así que tened cuidado con las situaciones en las que pudiesen producirse accidentes. Y tened cuidado cuando estéis solos.

—¡Morbleu! —dijo de Bergerac—. Si no fuese por esa ridícula ley contra el duelo, podría desafiar a Juan y acabar con él... ¡Tú, Sinjoro Clemens, eres el responsable de esa ley!

—Yo me eduqué en un país donde eran frecuentes los duelos —dijo Sam—. Solo el pensarlo me pone enfermo. Si hubieras visto cuántas tragedias... Bueno, no importa. Supongo que las viste, y no parece que te hayan afectado mucho. Pero, ¿acaso piensas que Juan te permitiría vivir lo suficiente como para batirte con él? No, desaparecerías o tendrías un accidente, puedes estar seguro.

—¿Por qué no puede tener un accidente Juan? —dijo Joe Miller.

—¿Cómo podrías atravesar esa barrera viviente de guardaespaldas? —dijo Sam—. No, si Juan tiene un accidente será un accidente de verdad.

Los despidió con la excepción de Bergerac y Joe, que nunca le abandonaban salvo que estuviese enfermo o quisiese estar solo.

—El Extraño dijo que había elegido a doce humanos para el asalto final a la Torre de las Nieblas —dijo Sam—. Joe, tú, Richard Francis Burton, Ulises y yo somos cinco. Pero ninguno de nosotros sabe quiénes son los otros siete. Ahora ha desaparecido Ulises, y Dios sabe si volveremos a verle. El Extraño daba por supuesto que los doce nos embarcaríamos en el barco fluvial en el momento oportuno. Pero si Ulises fue resucitado al sur, Río abajo, y tan lejos que no pueda regresar aquí antes de que se termine de construir el barco, quedará descartado.

—¿Por qué te preocupas tanto? —dijo Cyrano, encogiéndose de hombros y frotándose su larga nariz—. ¿O es que no puedes evitarlo? Que sepamos, Ulises no está muerto. Quizá haya entrado en contacto con ese Misterioso Extraño... que por cierto, según Ulises, es una mujer, por lo que su Extraño no es el mismo que conocemos tú y yo... ¡mordieux!... ¡Estoy desviándome! Como decía, Ulises puede haber sido llamado de pronto por ese misterioso personaje, y quizá descubra a tiempo lo que pasa. Dejemos que ese ángel (o demonio) misterioso se encargue del asunto. Debemos concentrarnos en la construcción de ese fabuloso barco y apartar a todo el que se interponga en nuestro camino.

—Ezo ez razonable —dijo Joe—. Zi a Zam le nacieze un pelo cada vez que ze preocupa, parecería un puerco ezpín. Y ahora que lo pienzo...

—De la boca de los niños... y de los monos sin rabo... —dijo Sam—. ¿O no es así? De todos modos, si todo va bien (que hasta ahora no ha ido), empezaremos a unir las planchas de magnalio del casco en un plazo de treinta días. El día que termine ese plazo será el más feliz de mi vida, hasta que realmente pongamos a flote el barco. Me sentiré más feliz incluso que cuando Livy me dio el sí...

Podía haberse interrumpido antes, pero deseaba provocar a Cyrano. Sin embargo, el francés no reaccionó. ¿Por qué habría de hacerlo? Él tenía a Livy. Ella estaba dándole el sí continuamente.

—Pues a mí no me gusta la idea —dijo Cyrano—. Soy un hombre pacífico. Me gustaría disponer de tiempo para poder disfrutar de las cosas buenas de la vida. Me gustaría que terminasen las guerras, y que si hubiese de haber derramamiento de sangre fuera entre caballeros que supiesen honrar sus espadas. Pero no podemos construir el barco sin interferencias, porque los que no tienen hierro lo desean, y no se detendrán hasta conseguirlo. Así que yo pienso que Juan Sin Tierra quizá tenga razón en algún punto. Quizá debiésemos desencadenar una guerra general en cuanto tengamos armas suficientes, y despejar ambas orillas del Río de toda oposición en cincuenta kilómetros a la

redonda. Entonces tendríamos acceso ilimitado a la madera, la bauxita y el platino.

—Pero si hacemos eso, si matamos a todos los habitantes, en un día esos países volverán a llenarse —dijo Sam—. Ya sabes cómo funciona la resurrección. Recuerda con qué rapidez se repobló esta zona después de que el meteorito matara a todos sus habitantes.

Cyrano alzó un largo y sucio dedo. Sam se preguntó si Livy estaba perdiendo su batalla por mantenerle limpio.

—¡Ah! —replicó Cyrano—. Pero esas personas no estarán organizadas, y nosotros, al estar ya aquí, podremos organizarlas, podremos convertirlas en ciudadanos de una Parolando ampliada. Les incluiremos en la lotería que decidirá la tripulación del barco. A la larga, ganaríamos tiempo deteniendo ahora la construcción del barco y haciendo lo que propongo.

Y yo te enviaré a ti a primera línea, pensó Sam. Y se repetirá otra vez la historia de David, Betsabé y Urias. Salvo que David probablemente nunca tuvo conciencia, jamás perdió un instante de sueño por lo que había hecho.

—No estoy de acuerdo —dijo Sam—. En primer lugar, nuestros ciudadanos lucharán como diablos para defenderse, porque están interesados en el barco. Pero no se embarcarán en una guerra de conquista, sobre todo cuando se den cuenta de que la inclusión de nuevos ciudadanos en la lotería reducirá enormemente sus posibilidades. Además, no me parece justo.

De Bergerac se puso en pie, la mano en el pomo de la espada.

—Quizá tengas razón. Pero el día que hiciste un acuerdo con Juan Sin Tierra y luego mataste a Erik Hachasangrienta fue el día en que manchaste tu barco de sangre, de traición y de crueldad. No te lo reprocho, amigo mío, lo que hiciste era inevitable, si querías el barco. Pero no puedes empezar así y luego avergonzarte por actos similares, o incluso peores. No puedes, si quieres conseguir tu barco. Buenas noches, amigos míos.

Hizo una inclinación y se fue. Sam dio unas chupadas a su puro y luego dijo:

—¡Odio a ese hombre! ¡Dice la verdad!

Joe se levantó, y el suelo rechinó bajo sus cuatrocientos kilos.

—Me voy a la cama. Me duele la cabeza. Todo esto me da ya dolor de muelas. O lo haces o no lo haces. Ez muy zimple.

—Zi fueze un bruto como tú, yo haría lo mismo —remedó Sam—. ¡Joe, te amo! ¡Eres maravilloso! ¡El mundo es tan poco complejo! ¡Los problemas te dan sueño y te vas a dormir! Pero yo...

—Buenas noches, Zam —dijo Joe, y pasó a su cuarto. Sam comprobó si la puerta estaba bien cerrada y si los guardias apostados fuera del edificio estaban alerta. Luego también se fue a la cama. Soñó con Erik Hachasangrienta, que le perseguía por las cubiertas y bodegas de su barco, y despertó gimiendo. Joe estaba a su lado, sacudiéndole. La lluvia repiqueteaba en el tejado, y resonaba el trueno en los montes.

Joe se puso a preparar el café un rato después. Echó una cucharada de cristales secos en agua fría, y los cristales de café calentaron la mezcla en tres segundos. Lo bebieron, y Sam fumó un cigarrillo mientras hablaban de los viejos tiempos, de la época en que viajaban Río arriba con Hachasangrienta y sus vikingos buscando hierro.

—Al menoz zolíamos divertirnos de vez en cuando —dijo Joe—. Pero ahora ya no. Ahora hay siempre demasiado trabajo que hacer y demasiada coza de qué ocuparse. Y entonces tu mujer no aparecía con eze narigudo de Cyrano.

—Gracias —dijo Sam riéndose—, es la primera risa desde hace días, Joe. ¡El narigudo de Cyrano!

—A vecez zoy demasiado zutil ihcluzo para ti, Zam —dijo Joe. Se levantó de la mesa y volvió a su habitación.

Poco durmió después de esto. A Sam siempre le había gustado quedarse en la cama, incluso después de haber dormido bien toda la noche. Ahora dormía menos de cinco horas, aunque a veces echaba una siesta. Siempre parecía haber alguien que necesitaba que le respondiesen a una pregunta o que deseaba plantear un problema. Sus ingenieros jefe no estaban, ni mucho menos, de acuerdo en todo, y esto alteraba a Sam. Él siempre había creído que la ingeniería era algo de soluciones definidas e indiscutibles. Tenías un problema y lo resolvías del mejor modo posible. Pero Van Boom, Velitski y O'Brien parecían vivir en mundos que no ajustaban entre sí. Por fin, para ahorrarse las horas de forcejeos y discusiones, concedió a Van Boom el poder de decidir la solución final. No debían molestarle a él a menos que necesitasen su autorización para algo.

Era sorprendente el número de cosas que tenía que considerar solo en el departamento de ingeniería y que necesitaban de su autorización.

Iyeyasu conquistó no solo la zona bosquimano-hotentote de la otra ribera, sino quince kilómetros del territorio de los ulmaks. Luego envió una flota Río abajo hasta la zona de unos cinco kilómetros de longitud situada más allá del territorio de los ulmaks, donde vivían indios sac y fox del siglo XVII. Esta zona fue conquistada con la matanza de casi la mitad de los habitantes. Iyeyasu comenzó luego a solicitar de Parolando un precio más alto por la madera. Además, quería un anfibio como el Dragón de Fuego I.

Por entonces, estaba casi acabado el segundo Dragón de Fuego.

Habían intercambiado ya unos quinientos negros de Parolando con un número igual de dravidianos. Sam se había negado a aceptar a los árabes wahhabi, o al menos había insistido en que se diese preferencia a los hindúes. Al parecer, a Hacking no le gustó esto, pero nada se había especificado en el acuerdo sobre qué grupo sería prioritario.

Hacking, al enterarse por sus espías de las peticiones de Iyeyasu, envió un mensaje. También quería un Dragón de Fuego, y estaba dispuesto a dar por él gran cuantía de minerales. Publius Crasus y Tai Fun se coaligaron para invadir la otra orilla del Río en la zona fronteriza a sus estados. La ocupaban gentes de la edad de piedra de todas partes y épocas, y se extendía a lo largo de la orilla izquierda en una longitud de unos veinticinco kilómetros. Con su superioridad numérica y sus armas de acero, los invasores aniquilaron a la mitad de la población y esclavizaron al resto. Y subieron el precio de la madera, aunque manteniéndose por debajo de Iyeyasu.

Los espías informaron de que Chernsky, que dirigía la nación de veinticinco kilómetros de longitud situada al norte de Parolando, había hecho una visita a Soul City. Todo el mundo hacía suposiciones respecto a aquella visita, dado que Hacking había creado un sistema de seguridad que parecía ser efectivo al cien por cien. Sam había logrado que ocho negros espieran para él, y sabía

que Juan había enviado por lo menos a una docena. Las cabezas de todos ellos fueron arrojadas desde barcos ocultos entre la niebla, a última hora de la noche, por encima del muro en la ribera de Parolando.

Van Boom fue a ver una noche, ya tarde, a Sam, y le dijo que Firebrass le había hecho cautelosamente una proposición.

—Me ofreció el puesto de ingeniero jefe del barco —dijo Van Boom.

—¿El te lo ofreció? —dijo Sam, al que casi se le cayó el puro.

—Sí. No es que me lo dijese con esas mismas palabras, pero capté la idea. El barco caerá en poder de los ciudadanos de Soul City, y yo seré ingeniero jefe.

—¿Y qué respondiste a tan gentil oferta? Después de todo, no puedes perder, en ningún caso.

—Le dije que había enchufado en un circuito falso. Le pedí que aclarara. No lo quiso hacer, aunque se rió, y yo le dije que no te había hecho ningún juramento de lealtad a ti, pero que había aceptado tu oferta y que eso era equivalente. Que no iba a traicionarte, y que si Soul City invadía Parolando la defendería hasta la muerte.

—¡Eso es magnífico, soberbio! —dijo Sam—. ¡Vamos, echa un trago de whisky! ¡Y fúmate un puro! ¡Me siento orgulloso de ti, orgulloso de mí mismo, ante tal lealtad! Pero me gustaría... me gustaría...

—¿Sí? —dijo Van Boom, mirando por encima de su copa.

—Me gustaría que le sigueses el juego. Si tú nos pasases la información, podríamos saber mucho más.

Van Boom dejó la copa y se levantó. Sus agradables rasgos morenos se habían aborrecido.

—¡Yo no soy ningún sucio espía!

—¡Vamos, vuelve! —dijo Sam. Pero Van Boom le ignoró.

Sam enterró la cabeza entre los brazos por un instante, y luego cogió la copa de Van Boom. Que nunca se dijese que Samuel Langhorne Clemens desperdiciaba el buen whisky. O el malo, en realidad. Aunque las piedras de cilindros siempre proporcionaban del mejor.

La falta de realismo de aquel hombre le irritaba. Al mismo tiempo, tenía un sentimiento contrario de cálido placer. Era bueno saber que existían hombres incorruptibles.

Por lo menos Sam no tenía que preocuparse por Van Boom.

Se despertó en mitad de la noche preguntándose si no tendría que preocuparse, después de todo. ¿Y si Van Boom no era tan leal como decía? ¿Y si el astuto Firebrass le había dicho a Van Boom que le explicase la historia a Clemens? ¿Qué mejor modo de acogerle con la guardia baja? Pero entonces hubiese sido mejor que Van Boom fingiese ante Sam que fingiría estar de acuerdo con Firebrass.

—¡Estoy empezando a pensar como el rey Juan! —dijo Sam en voz alta. Por último decidió que tenía que confiar en Van Boom. Era rígido y a veces un poco extraño, cosas muy de esperar en un ingeniero, pero tenía una base moral tan inflexible como la espina dorsal de un dinosaurio fosilizado.

El trabajo en el gran barco fluvial continuaba día y noche. Ya estaban terminadas las planchas del casco y estaban ajustándose las vigas. Se terminaron el batacitor y los motores eléctricos gigantes, y se terminó también el montaje del sistema de transporte de grúas y motores. Las propias grúas eran enormes estructuras sobre inmensos raíles, alimentadas con electricidad del modelo de batacitor. Venía gente a ver aquello de miles de kilómetros Río arriba y Río abajo. Venían en catamaranes, grandes galeras, canoas y piraguas, a ver aquellas famosas obras.

Sam y el rey Juan decidieron de común acuerdo que tanta gente vagabundeando por allí acabaría interfiriendo en el trabajo y permitiría a los espías actuar con más eficacia.

—Además, sería poner ante ellos la tentación de robar, y nosotros no queremos ser responsables de las tentaciones de la gente. La gente ya tiene bastantes problemas tal como está —dijo Sam.

Juan no sonrió. Firmó la orden que expulsaba a todos los no ciudadanos, salvo embajadores y enviados, y esto impidió la entrada de nadie más. Pero no impidió, sin embargo, que muchos barcos pasaran navegando mientras sus ocupantes observaban. Por aquel entonces estaban terminándose ya los muros de barro y piedra de la orilla. Había, sin embargo, muchos huecos a través de los cuales los curiosos podían observar. Estos se dejaban para el acceso de los barcos cargueros que traían madera, mineral y pedernal. Además, como la llanura iba elevándose hacia las colinas, los turistas podían ver varias de las fábricas y las grúas, y la gran estructura del astillero se veía desde kilómetros de distancia.

Después de un tiempo, el tráfico turístico cesó. Caían demasiados en manos de los esclavistas de cilindros por el camino. Se corrió la voz de que estaba haciéndose peligroso pasar el Río por aquella zona. Transcurrieron seis meses. El suministro de madera en la zona se agotó. El bambú alcanzaba su desarrollo máximo en un período de tres a seis semanas; los árboles tardaban seis meses en llegar a su plena madurez. Todos los estados que limitaban con Parolando, entre los setenta y cinco kilómetros a ambas fronteras, sólo tenían madera suficiente para sus propias necesidades. Los representantes de Parolando hicieron tratados con estados más distantes, intercambiando mineral de hierro y armas por madera. Había gran cantidad de siderita, por lo que Sam no tenía miedo a agotarla. Pero su extracción ocupaba a muchos hombres y mucho material, y hacía que la zona central de Parolando pareciese un paisaje de bombardeos. Pero a medida que se traía madera se necesitaban más hombres, materiales y máquinas para hacer armas con las que obtener otros productos; hombres, materiales y máquinas que no podían utilizarse en la construcción del barco.

Además, el incremento del comercio marítimo aumentó la necesidad de construir cargueros de



madera. Y hubo que entrenar a más hombres como marineros y soldados de las flotas encargadas de transportar la madera y el material. Llegó un momento en que tuvieron que alquilar barcos a los estados vecinos, y la renta, como siempre, fue mineral de ferrocromo y armas terminadas.

Sam quería estar en los astilleros de la mañana a la noche, e incluso durante ésta, porque disfrutaba con cada minuto de avance en la construcción del gran barco. Pero tenía tantos deberes administrativos sólo indirectamente (y en ocasiones ni siquiera eso) relacionados con el barco, que no podía estar en el astillero más de dos o tres horas al día... los días de suerte. Intentó conseguir que Juan se hiciese cargo de más sectores de la administración, pero Juan sólo aceptaba tareas que le proporcionasen más poder sobre las fuerzas militares y le permitiesen ejercer presión sobre quienes se oponían a él.

Las previstas tentativas de asesinato de los partidarios de Sam no se produjeron. Los guardaespaldas y la estrecha vigilancia por las noches continuaron, pero Sam decidió que Juan pensaba estarse quieto durante un tiempo. Se había dado cuenta, probablemente, de que sería mucho mejor para sus propósitos esperar a que el barco estuviese casi terminado.

—Zam —dijo Joe Miller en una ocasión—, ¿no crees que quizá eztéz equivocado con Juan? ¿No crees que quizá ze contente con zer zegundo de a bordo en el barco?

—Joe, ¿crees posible eso?

—¿Por qué no?

—Juan está podrido hasta la médula. Los antiguos reyes de Inglaterra nunca fueron gran cosa, moralmente hablando. La única diferencia entre ellos y Jack el Destripador era que ellos operaban abiertamente y con la aprobación de la Iglesia y del Estado. Pero Juan fue un monarca tan malvado que se instituyó la tradición de no nombrar jamás a ningún otro Juan rey de Inglaterra. Ni siquiera la Iglesia, tan tolerante con el mal de los poderosos, podía soportar a Juan. El Papa lanzó un interdicto contra toda la nación y obligó a Juan a arrastrarse a sus pies y pedirle perdón como un niño travieso. Pero supongo que incluso cuando estaba besándole el pie al Papa, logró chuparle un poco de sangre del dedo gordo. Y el Papa debió comprobar si le faltaba algo de los bolsillos después de abrazar a Juan.

»Lo que estoy intentando afirmar es que Juan no podría reformarse aunque quisiese. Siempre será una hiena humana, un zorrino, una comadreja.

Joe dio unas chupadas a un cigarrillo aún más largo que su nariz y dijo:

—Bueno, no zé, los humano z pueden cambiar. Mira lo que ha hecho la Iglesia de la Zegunda Oportunidad. Mira a Goering. Mírate a ti. Me decíaz que en tu tiempo laz mujerez llevaban ropaz que laz cubrían del cuello a loz tobilloz, y que quedábaiz en éztaciz zi veiaiz un tobillo bonito, y un muzlo. ¡Dioz mío! Ahora no te alteraz gran coza aunque veaz...

—¡Lo sé! ¡Ya lo sé! —dijo Sam—. Las viejas actitudes y lo que los psicólogos llaman reflejos condicionados pueden alterarse. Por eso yo digo que cualquiera que aún arrastre los prejuicios raciales y sexuales que tenía en la Tierra no está aprovechándose de lo que ofrece el Río. Un hombre puede cambiar, pero...

—¿Pero puede? —preguntó Joe—. Tú ziempre me dijizte que todo en la vida, incluso la forma en que un hombre actúa y pienza, eztaba determinado por lo acontecido mucho antez de que hubieze

nacido. ¿Qué ez ezo? Zí, ez una filozofía determinizta, ezo ez lo que ez. Pero zi creez que todo eztá fijado en zu curzo, que loz humano z on máquinaz, por azi decirlo, entoncez, ¿cómo puedez creer tú que loz hombrez pueden cambiarse a zí mizmoz?

—Bueno —masculló Sam, enfurecido, con las cejas excesivamente tupidas enarcadas y los ojos verdiazules brillando sobre su nariz de halcón—. Bueno, incluso mis teorías están mecánicamente determinadas, y si chocan es inevitable.

—Entoncez, por amor de Dioz —dijo Joe, agitando sus manos como balones de fútbol— ¿qué zentido tiene hablar de ello? ¿E incluzo hacer algo? ¿Por qué no echarlo todo a rodar, zencilamente?

—Porque no puedo esquivarme a mí mismo —dijo Sam—. Porque cuando el primer átomo de este universo chocó contra el segundo, quedó decretado mi destino, quedaron fijados mis pensamientos y mis acciones.

—Entoncez no erez rezponzable de lo que hacez, ¿no ez cierto?

—Es cierto —dijo Sam. Se sentía muy incómodo.

—Entonzes Juan no puede evitar zer un traidor azezino y un cerdo dezpreciabile.

—No, pero tampoco yo puedo evitar despreciarle por ser un cerdo.

—Y zupongo que zi alguien máz lizto que yo vinieze y te demoztraze, por eztricta e innegable lógica, que eztabaz equivocado en tu filozofía, diríaz que no podía evitar penzar que eztabaz equivocado. Pero él eztá equivocado, aunque ezté predeterminado mecánicamente a penzar como pienza.

—Yo tengo razón y lo sé —dijo Sam, dando vigorosas chupadas a su puro—. Ese hombre hipotético no podría convencerme porque sus propios razonamientos no brotan de una voluntad libre. Es lo mismo que un tigre vegetariano... es decir, no existe.

—Pero tu propio razonamiento no zurge de una voluntad libre tampoco.

—Desde luego. Estamos todos atornillados. Creemos lo que tenemos que creer.

—Tú te ríez de ezaz perzonaz que tienen lo que tú llamaz ignorancia invencible, Zam. Zin embargo, también tú eztáz lleno de ella.

—¡Dios nos libre de que los monos se crean filósofos!

—¡Zí! ¡Tú recurrez a inzultoz en cuanto no ze te ocurre nada que dezir! ¡Admítelo, Zam! ¡No tienez ningún argumento lógico para defenderte!

—Lo que sucede es que tú eres incapaz de comprender lo que yo quiero decir, por ser como eres —dijo Sam.

—Deberíaz hablar máz con Cyrano de Bergerac, Zam. Ez un cínico tan grande como tú, aunque no va tan lejoz con zu determinizmo.

—A vosotros dos os imagino incapaces de hablar de frente. ¿No os molesta ser tan parecidos? ¿Cómo puedes ponerte ante su nariz y no romper a reír a carcajadas? —Como dos osos hormigueros...

—¡Inzultoz! ¡Inzultoz! Oh, ¿qué adelantaz con ezo?

—Exactamente —dijo Sam. Joe no dio las buenas noches, y Sam no le llamó. Estaba irritado. Joe parecía tan bestial con aquella frente baja y aquellos ojos rodeados de hueso y aquella naricilla cómica, aquel aspecto de gorila y aquella pelambreira. Pero tras aquellos ojillos azules había una

innegable inteligencia.

Lo que más le molestaba a Sam era el comentario de Joe de que su fe determinista era sólo excusa de su culpa. ¿Culpa por qué? Culpa simplemente por todos los males que habían padecido los seres que él había amado.

Pero era un laberinto filosófico que desembocaba en una trampa. ¿Creía él en el determinismo mecánico porque deseaba no sentirse culpable, o se creía culpable, aunque no lo fuese, porque el universo mecánico determinaba que él había de sentirse culpable?

Joe tenía razón. De nada valía pensar en ello. Pero si el pensamiento de un hombre se ponía en marcha por la colisión de los primeros dos átomos, ¿cómo seguir pensando entonces que él fuese Samuel Langhorne Clemens, alias Mark Twain?

Aquella noche se despertó más tarde de lo habitual, aunque no para trabajar en sus deberes. Bebió por lo menos un quinto de alcohol etílico mezclado con jugo de fruta.

Dos meses antes, Firebrass había dicho que no podía entender por qué Parolando no lograba hacer alcohol etílico. Sam se había quedado sorprendido. Él no sabía que pudiera hacerse alcohol de grano. Pensaba que el único suministro de licor tenía que ser el que los cilindros proporcionaban.

No, había respondido Firebrass. ¿No se lo había dicho ninguno de sus ingenieros? Si se disponía de los materiales adecuados, ácido, gas carbónico o acetaldehído, y un catalizador adecuado, podía convertirse la celulosa de la madera en alcohol etílico. Eso era del dominio público. Pero Parolando, hasta hacía poco, era el único lugar del Río (suponía) que tenía materiales con que hacer alcohol de grano.

Sam había acudido a Van Boom, que contestó que ya tenía bastantes preocupaciones para dedicarse a proporcionar bebida a gente que ya bebía demasiado.

Sam dio órdenes de que se asignasen materiales y hombres suficientes. Por primera vez en la historia del Río, se estaba haciendo alcohol bebible en gran escala. Esto tuvo como consecuencia no solo una mayor felicidad entre los ciudadanos, dejando aparte a los fieles de la Segunda Oportunidad, sino también una nueva industria para Parolando: exportaban alcohol a cambio de madera y bauxita.

Sam se echó en la cama y a la mañana siguiente, por primera vez, se negó a levantarse antes del amanecer. Pero al otro día se levantó como siempre.

Sam y Juan enviaron un mensaje a Iyeyasu comunicándole que considerarían un acto hostil el que invadiese el resto del territorio de los ulmaks o la tierra de Chernsky.

Iyeyasu contestó que no tenía la menor intención de atacar aquellas tierras, y lo demostró invadiendo el territorio situado a su frontera norte, la Tierra de Sheshshub. Sheshshub, un asirio nacido en el siglo VII antes de Cristo, había sido general de Sargón II, y como la mayoría de las personas poderosas en la Tierra, se había convertido en el mundo del Río en un jefe. Opuso a Iyeyasu una encarnizada resistencia, pero los invasores eran más numerosos.

Iyeyasu era una preocupación. Había muchas más, las suficientes para que Sam estuviera día y noche en movimiento. Hacking envió al fin un mensaje, por mediación de Firebrass, diciendo que Parolando podía verse en un buen atolladero. Quería el anfibio prometido desde hacía tanto tiempo. Sam había alegado dificultades técnicas, pero Firebrass le dijo que esa excusa no era ya aceptable.

Así que se fletó a regañadientes el Dragón de Fuego III.

Sam hizo una visita a Chernsky para confirmarle que Parolando defendería Cernskujo. De regreso, a un kilómetro de las fábricas pero soplando el viento en dirección contraria, Sam sintió ahogos. Había estado viviendo tanto tiempo en una atmósfera de humo de ácidos que se había acostumbrado a ella, pero cualquier vacación limpiaba sus pulmones. Era como entrar en una fábrica de pasta y azufre. Y aunque el viento fuese una brisa de veinticinco kilómetros por hora, no transportaba el humo con la suficiente rapidez. El aire era claramente neblinoso. No le extrañaba que Publiujo, situada al sur, se quejase.

Pero el barco seguía creciendo. De pie ante la puerta de entrada de su timonera, Sam podía mirar todas las mañanas y consolarse de su cansancio y de la fealdad y el hedor de la tierra. Y a los seis meses estarían terminadas las tres cubiertas y se instalarían las grandes ruedas giratorias. Luego se colocaría una capa de plástico en la parte del casco que hubiese de estar en contacto con el agua. Este plástico no solo impediría la electrólisis del magnalio, sino que reduciría también la turbulencia del agua, añadiendo así quince kilómetros por hora a la velocidad del barco. Durante este tiempo, Sam recibió algunas buenas nuevas. En Seminujo, país situado inmediatamente al sur de Soul City, habían encontrado tungsteno e iridio. El informe lo trajo el propio prospector, que no confiaba en ningún otro para transmitirlo. Transmitía también otras malas noticias. Selina Hastings se negaba a permitir a Parolando excavar allí. De hecho, si ella hubiese sabido que Parolando andaba hurgando en sus montañas, hubiese expulsado a los invasores. No quería en realidad ser hostil, apreciaba a Sam Clemens, pues era un ser humano. Pero no aprobaba el proyecto del gran barco fluvial, y no permitiría que saliese nada de su tierra que pudiese ayudar a construir el barco.

Sam tuvo una explosión de cólera, el tungsteno se necesitaba con urgencia para las máquinas herramientas, pero incluso más para las emisoras de radio, y quizá, para los aparatos de televisión de circuito cerrado. El iridio podía utilizarse para endurecer el platino para diversos usos, instrumentos científicos, quirúrgicos y puntas de plumines.

El Misterioso Extraño había explicado a Sam que había emplazado allí el yacimiento de minerales, pero que sus camaradas los Éticos no sabían que lo había hecho. Junto con la bauxita, la criolita y el platino, debería haber tungsteno e iridio. Pero se había cometido un error, y estos dos últimos metales habían sido depositados varios kilómetros al sur de los tres primeros.

Sam no habló con Juan inmediatamente del asunto, porque necesitaba pensar con calma en el problema. Juan, por supuesto, querría exigir la entrega comercial de los metales a Parolando o declarar la guerra.

Mientras paseaba arriba y abajo en la timonera, llenando la estancia de nubes de humo verde, oyó tambores. Utilizaban un código que no conocía, pero que enseguida reconoció como el utilizado en Soul City. Unos minutos después Firebrass estaba al pie de la escalera.

—Sinjoro Hacking está al corriente del descubrimiento de tungsteno e iridio en Selinujo. Dice que si podéis llegar a un acuerdo con Selina, bien. Pero que no atacéis su territorio. Lo consideraría una declaración de guerra a Soul City.

Sam miró por la portilla de estribor, por encima de Firebrass.

—Ahí viene Juan, que también parece al tanto —dijo—. También ha oído las noticias. Su sistema

de espionaje es casi tan bueno como el vuestro. Unos cuantos minutos menos bueno, diría yo. No sé dónde están las filtraciones de mi sistema, pero son tan grandes que me hundirían si fuese un barco, y quizá me hundan de todos modos.

Juan, con los ojos hinchados, rojo, bufando y jadeando, entró en la estancia. Desde la introducción del alcohol de grano había engordado aún más, y parecía estar medio borracho siempre que no estaba borracho del todo.

Sam estaba irritado, pero al mismo tiempo divertido. Juan hubiese preferido citarle en su palacio, de acuerdo con su dignidad de ex rey de Inglaterra. Pero sabía que Sam no lo aceptaría durante mucho tiempo, si es que lo aceptaba, y entre tanto nadie podría controlar las charlas de Firebrass y Sam.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Juan, relampagueante.

—Dímelo tú —dijo Sam—. Tú siempre sabes más que yo del aspecto oculto de las cosas.

—¡Basta de bromas! —dijo Juan. Sin que se lo ofrecieran, se sirvió en una jarra un cuarto de licor—. ¡Sé lo que dice el mensaje, aunque desconozca el código!

—Yo pensaba lo mismo —dijo Sam—. Para tu información, por si te has perdido algo... —y le explicó lo que Firebrass había dicho.

—Esa arrogancia vuestra, la de los negros, es insoportable —dijo Juan—. Osáis decirle a Parolando, un estado soberano, cómo debe resolver sus asuntos vitales. Bien, pues yo te contesto que eso es inadmisibile. ¡Conseguiremos esos metales de un modo u otro! Selinujo no los necesita, ¡nosotros sí! ¡A Selinujo no le hace ningún daño el entregárnoslos! ¡Haremos un buen trato!

—¿Con qué? —dijo Firebrass—. Selinujo no quiere armas ni alcohol. ¿Qué podéis ofrecerles?

—¡Paz: no hacer la guerra!

Firebrass se alzó de hombros y soltó una risilla, irritando aún más a Juan.

—Desde luego —dijo Firebrass— podéis hacerles esa oferta. Pero habrá que ver lo que dice Hacking.

—A Hacking no le agrada en especial Selinujo —dijo Sam—. Echó a patadas de Soul City a todos los de la Segunda Oportunidad, blancos y negros.

—Lo hizo porque predicaban el pacifismo inmediato. También predicaban, y aparentemente practicaban, el amor hacia todos, al margen del color de la piel, pero Hacking dice que son un peligro para el estado. Los negros tienen que protegerse a sí mismos, si no serían esclavizados de nuevo.

—¿Los negros? —dijo Sam.

—¡Nosotros! ¡Los negros! —replicó Firebrass sonriendo.

No era la primera vez que Firebrass daba la impresión de que no le preocupaba tan profundamente como debiera el color de su piel. Su identificación con los negros, como tales, era débil. No es que en su vida no hubiese padecido el prejuicio racial, pero no le había afectado gran cosa. Y de vez en cuando hacía comentarios que indicaban que le gustaría tener una plaza en el barco.

Todo esto, por supuesto, podía ser pura comedia.

—Negociaremos con Sinjorino Hacking —dijo Sam—. Sería magnífico tener radios y televisores para el barco, y las fábricas de maquinaria podrían utilizar el tungsteno. Pero podemos continuar sin

ellos.

Hizo un guiño a Juan para indicarle que debía hablar él. Pero Juan estaba tan atontado como siempre.

—¡Lo que nosotros hagamos con Selinujo es problema nuestro, y de nadie más!

—Se lo diré a Hacking —dijo Firebrass—. Pero Hacking es hombre muy entero. No se doblegará ante nadie, y menos aún ante los imperialistas del capitalismo blanco.

Sam se rió, y Juan le miró asombrado.

—¡Eso es lo que os considera a vosotros! —dijo Firebrass—. Y según define él esos términos, sois lo que dice que sois.

—¡Porque deseamos ardientemente terminar este barco! —gritó Sam—. ¿Sabes tú para qué es este barco, cuál es su objetivo final...?

Logró aplacar su cólera, jadeando por el esfuerzo. Se sentía aturdido. Casi había dicho lo del Extraño.

—¿De qué se trata? —preguntó Firebrass.

—De nada —contestó Sam—. De nada. Yo solo deseaba llegar a las fuentes del Río, nada más. Puede que allí se encuentre el secreto de todo este mundo... ¿quién sabe? Pero desde luego no acepto la crítica de alguien que solo quiere sentarse a coleccionar almas hermanas. Si desea hacer eso allá él, pero aún sostengo que lo ideal es la integración. ¡Y soy un blanco de Missouri nacido en 1835! Voy contra mi herencia y mi medio ambiente... La cuestión es que si yo no utilizo el metal de siderita para construir el barco, diseñado solo para viajar, no para la agresión, entonces, algún otro lo hará. Y ese otro puede que lo use para conquistar y someter, en vez de para fines turísticos.

»Hasta ahora hemos aceptado las demandas de Hacking, hemos pagado sus precios abusivos, cuando podríamos muy bien haber llegado allí y haberle arrebatado lo que necesitábamos. Juan se disculpó por lo que dijo de ti y de Hacking, y si crees que es fácil para un Plantagenet hacer eso es que no conoces su historia. Es absurdo lo que cree Hacking. No entiendo de qué me hace responsable.

»Claro está, odia a los blancos. ¡Pero esto no es la Tierra! ¡Aquí las condiciones son radicalmente distintas!

—Pero la gente persiste en sus actitudes —dijo Firebrass—. Sus odios y sus amores, sus gustos y sus disgustos, sus prejuicios, sus reacciones, todo.

—Pero puede cambiar.

—No, según tu filosofía —dijo Firebrass burlescamente—. O más bien no hasta que las fuerzas mecánicas las cambien. Así que Hacking no está determinado por nada a cambiar su actitud. ¿Por qué habría de estarlo? El ve la misma explotación y el mismo desprecio aquí que en la Tierra.

—No quiero discutir sobre eso —dijo Sam—. ¡Te explicaré lo que creo que deberíamos hacer!

Se detuvo y miró por la portilla. El casco de un gris blanquecino y las partes más altas del barco resplandecían al sol. ¡Qué hermoso! ¡Y era, en cierto modo, todo suyo! ¡El barco valía todo lo que le estaba costando!

—Veamos —dijo más lentamente—. ¿Por qué no viene aquí Hacking? ¿Por qué no viene a hacernos una breve visita? Puede ver todo esto, ver por sí mismo lo que estamos haciendo. Ver

nuestros problemas. Puede que entienda nuestros problemas, que vea que no somos demonios de ojos azules que queremos esclavizarle. En realidad, cuanto más nos ayude, antes se librará de nosotros.

—Le transmitiré el mensaje —dijo Firebrass—. Puede que quiera hacerlo.

—Le recibiremos con todos los honores —dijo Sam—. Un saludo de veintiún cañonazos, una gran recepción, comida, bebida, regalos. Verá que, después de todo, no somos tan malos.

Juan escupió. «¡Puaj!» Pero no dijo nada más. Sabía que la propuesta de Sam era la mejor.

Tres días después, Firebrass trajo un mensaje. Hacking vendría cuando Parolando y Selinujo hubiesen llegado a un acuerdo sobre los metales.

Sam se sentía como una vieja caldera oxidada de un barco del Mississippi. Un poco más de presión y explotaría.

—¡A veces pienso que tienes razón! —gritó a Juan—. ¡Quizá debiésemos simplemente apoderarnos de esos países y liquidarlos!

—Sin duda alguna —dijo Juan suavemente—. Es evidente que la ex condesa Hantingdon (que debe ser descendiente de mi viejo enemigo el conde de Hantingdon) no está dispuesta a ceder. Es una fanática religiosa, una chiflada, como tú dices. Y Soul City nos atacará si invadimos Selinujo. Hacking no tiene más remedio que cumplir su palabra. Y es más fuerte ahora que le hemos dado el Dragón de Fuego III. Pero sobre eso no digo nada. No te lo reprocho. He estado pensando mucho en todo eso.

Sam dejó de pasear y miró a Juan. Juan había estado pensando. Sombras se moverían entre las sombras; se desenfundarían las dagas; el aire se volvería gris y helado, se llenaría de acechanzas e intrigas, correría la sangre. Y el sueño se desvanecería.

—No digo que haya estado en contacto con Iyeyasu, nuestro poderoso vecino del norte —dijo Juan. Estaba retrepado en una silla de alto respaldo tapizada en cuero rojo, y miraba el licor de su jarra.

»Pero tengo información, o medios de conseguirla —prosiguió—. Estoy seguro de que Iyeyasu, que se siente muy fuerte, desearía adquirir más territorio. Y le gustaría también hacernos un favor. A cambio de ciertos pagos, claro. Digamos un anfibio y una máquina voladora. Está loco por pilotar una de esas máquinas voladoras, ¿no lo sabías?

»Si él atacase Selinujo, Hacking no podría acusarnos. Y si Soul City e Iyeyasujo combatiesen, y Soul City quedase destruida e Iyeyasujo debilitada, ¿no saldríamos beneficiados? Además, me he enterado de que Chernsky ha firmado un acuerdo secreto con Soul City, un pacto de defensa mutua frente a Iyeyasu. Desde luego, la matanza resultante los debilitaría a ellos y nos fortalecería a nosotros. Podríamos entonces dominarlos o al menos hacer lo que quisiéramos sin obstáculos, y en cualquier caso, nos aseguraríamos un acceso sin control a la bauxita y al tungsteno.

Debajo de aquella masa pelirroja, bajo aquel cráneo, debía de haber un hervidero de gusanos, gusanos que se alimentaban de la corrupción, la intriga y la malicia. Era tan malvado que resultaba admirable.

—¿Nunca te has encontrado a ti mismo al doblar una esquina? —dijo Sam.

—¿Cómo? —preguntó Juan, alzando los ojos—. ¿Es otro de tus insultos ininteligibles?

—Créeme, es lo más cercano a un cumplido que te haya dicho nunca. Por supuesto, es pura

hipótesis. Es pura hipótesis todo. Pero si Iyeyasu atacara Selinujo, ¿qué excusa utilizaría? Jamás le han atacado, y están a cien kilómetros de distancia, con otras naciones en medio.

—¿Cuándo necesitó una nación una excusa razonable para invadir a otra? —preguntó Juan—. Pero lo cierto es que Selinujo continúa mandando misioneros a Iyeyasujo, pese a que Iyeyasu expulsó a todos los de la Segunda Oportunidad. Como Selinujo no deja de enviar misioneros...

—Bueno —dijo Sam—, no puedo permitir que Parolando entre en un pacto así. Pero si Iyeyasu decide por su cuenta combatir, nosotros tampoco podremos hacer nada por evitarlo.

—¡Y tú me llamas deshonesto!

—¡Pero si no puedo hacer nada! —dijo Sam, sacudiendo su puro—. ¡Nada! ¡Y si sucede algo que sea bueno para el barco, nos aprovecharemos de ello!

—Los suministros de Soul City podrían quedar congelados durante la lucha —observó Juan.

—Tenemos almacenado material suficiente para funcionar durante una semana. Lo más grave sería la madera. Quizá Iyeyasu pudiese resolvernos su suministro aunque hubiera guerra, pues la lucha se desarrollaría al sur. Podríamos realizar el talado y el transporte nosotros mismos. Si no se propone invadir hasta dentro de un par de semanas, podríamos hacer almacenamiento extra del mineral de Soul City ofreciendo un aumento de precio. E incluso podríamos prometerles un aeroplano, el APM-1. Es solamente un juguete, ahora que ya casi hemos conseguido terminar nuestro primer aeroplano anfibio. Todo esto es pura hipótesis, ¿comprendes?

—Comprendo —dijo Juan. No intentaba siquiera ocultar su disgusto.

Sam sintió ganas de gritarle que no tenía derecho a mostrarse disgustado. ¿De quién había sido la idea, en realidad?

Fue al día siguiente cuando se produjo la muerte de los tres ingenieros jefes.

Sam estaba allí cuando sucedió. Estaba en el andamiaje de la zona de estribor del barco, contemplando el casco. La colosal grúa cigüeña de vapor alzaba un inmenso motor eléctrico que activaría las ruedas de paletas. Durante la noche habían sacado el motor del gran edificio donde lo habían construido. El traslado duró ocho horas y se hizo con la grúa cigüeña, que tenía también un montacargas gigantesco. Con el montacargas, y centenares de hombres tirando de cables, habían colocado el motor en el gran vagón que se movía sobre raíles de acero.

Sam se levantó al amanecer para ver el trabajo final, la tarea de levantar el motor y colocarlo luego dentro del casco y ligarlo con los ejes de las ruedas de paletas. Los tres ingenieros estaban en el fondo del casco. Sam les dijo que salieran de allí, pues corrían peligro si el motor se desprendía. Pero los ingenieros estaban situados en tres puntos distintos para poder transmitir señales a los hombres del andamiaje, que a su vez hacían señales al gruista.

Van Boom se volvió a mirar a Sam, y sus dientes brillaron en el rostro oscuro. Su piel parecía púrpura a la luz de las grandes lámparas eléctricas. Y entonces fue cuando sucedió. Se rompió un cable, luego otro, y el motor se venció por un lado. Los ingenieros quedaron paralizados un instante y luego salieron corriendo. Pero ya era demasiado tarde. El motor cayó de un lado y los aplastó a los tres. El impacto hizo estremecerse el gran casco, y las vibraciones hicieron retemblar el andamiaje en que estaba Sam. Era como un terremoto.

Por debajo del motor empezó a escurrirse sangre.



Tardaron cinco horas en instalar nuevos cables en la grúa, asegurarlos al motor y alzar éste. Se retiraron los cuerpos, se lavó el casco, y luego se bajó otra vez el motor.

Una detenida inspección determinó que los daños producidos al motor no afectarían a su funcionamiento.

Sam estaba tan deprimido que le hubiese gustado acostarse y no levantarse en una semana. Pero no podía hacerlo. El trabajo tenía que continuar, y mientras hubiese allí hombres leales que controlasen su desarrollo Sam no quería que supiesen lo afectado que se sentía.

Sam disponía de bastantes ingenieros, pero Van Boom y Velitski eran los únicos del siglo XX. Aunque había procurado pregonar de palabra a través de los sistemas de tambores que necesitaba más, no había conseguido ninguno.

Al tercer día, llamó a Firebrass a su timonera para una conferencia privada. Tras darle un puro y whisky, le preguntó si quería ser su ingeniero jefe.

A Firebrass casi se le cayó el puro de la boca.

—¡Me dejas asombrado, camarada! ¿De veras es cierto lo que dices? ¿Quieres que sea tu número uno?

—Quizá sea mejor que hablemos en esperanto —dijo Sam.

—Está bien —dijo Firebrass—. Aclaremos las cosas. ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Me gustaría que obtuvieses permiso para trabajar para mí, sobre una base temporal, por supuesto.

—¿Por supuesto?

—Si quieres, el puesto sería permanentemente tuyo. El día en que el barco iniciase su largo viaje podrías ser su ingeniero jefe.

Firebrass guardó un largo silencio. Sam se levantó y se puso a pasear. De vez en cuando miraba por las portillas. La grúa había colocado ya el motor de estribor, y estaba asentando las partes inferiores del batacitor en el casco. Tendría unos diez metros de altura una vez instaladas todas sus partes. Tras su instalación, se comprobaría detenidamente el funcionamiento del batacitor y de los motores. Un doble cable de un metro de grosor correría a lo largo de sesenta metros, y su extremo libre podría unirse a la parte superior de la piedra de cilindros más próxima. Cuando la piedra desprendiese su tremenda energía eléctrica, esta se transmitiría mediante los cables al batacitor, el cual la almacenaría. Y luego la energía podría ir liberándose de modo controlado para alimentar los motores eléctricos.

Sam apartó la vista de la portilla.

—No es que esté pidiéndote que traiciones a tu país —dijo—. En primer lugar, lo único que tienes que hacer ahora es pedirle permiso a Hacking para trabajar a mis órdenes en la construcción del barco. Luego ya podrás decidir si quieres seguir o no con nosotros. ¿Qué es lo que preferirías? ¿Seguir en Soul City, donde en realidad hay poco que hacer y uno se aburre, o venir con nosotros a la mayor de las aventuras?

—Pero, si aceptase tu oferta —dijo Firebrass, lentamente—, si aceptase, digo, no querría se

ingeniero jefe. Preferiría ser jefe de vuestras fuerzas aéreas.

—¡No es un puesto tan importante como el de ingeniero jefe!

—¡Es un puesto de mucho más trabajo y responsabilidad! Pero me encanta la idea de volar otra vez y...

—¡Claro que podrías volar! ¡Cómo no! Pero a las órdenes de von Richthofen. Le he prometido que sería el jefe de nuestras fuerzas aéreas, que, en realidad, estarán formadas sólo por dos aviones. ¿Qué más te da ser o no el jefe con tal de poder volar?

—Es cuestión de orgullo. Tengo miles de horas más de vuelo que Richthofen, y en aparatos más complejos, mayores y más rápidos. Yo fui astronauta. He estado en la Luna y en Marte y en Ganimedes, y he orbitado Júpiter.

—Eso no significa nada —dijo Sam—. Los aviones que pilotarás son muy primitivos. Más aún que los de la Primera Guerra Mundial que pilotó Lothar.

—¿Por qué tienen que estar los negros siempre en segundo lugar?

—¡Eso es absurdo! —dijo Sam—. ¡Puedes ser ingeniero jefe! ¡Tendrás treinta y cinco personas a tus órdenes! Te aseguro que si no le hubiese hecho esa promesa a Lothar tendrías el puesto, puedes creerme.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo Firebrass levantándose—. Te ayudaré a construir tu barco, y me encargaré de controlar tu departamento de ingeniería, pero tendréis que dejarme volar durante ese tiempo, y cuando llegue la ocasión hablaremos sobre quién será jefe de las fuerzas aéreas.

—Yo no romperé la promesa que le hice a Lothar —dijo Sam.

—Sí, pero pueden suceder muchas cosas entretanto.

Sam se sintió aliviado en un sentido e inquieto en otro. Hacking dio su permiso a Firebrass a través del tambor. Esto indicaba que quería que Firebrass supiese cómo funcionaba el barco por si algún día había de servirle a él como ingeniero jefe. E incluso si Firebrass no pensaba en esto, podría estar planeando eliminar a von Richthofen antes de que el barco estuviese listo para navegar. Firebrass no parecía un asesino, pero las apariencias nada significan, como cualquier persona inteligente descubre si ha vivido unos cuantos años entre seres humanos.

Hacking envió recado unos días más tarde de que aceptaría mandar un gran envío extra de minerales a Parolando a cambio del AMP-I. Firebrass lo condujo durante los cincuenta kilómetros que había hasta el límite norte de Soul City, donde otro experto, un negro que había sido general de las fuerzas aéreas norteamericanas, se hizo cargo de él. Unos días más tarde, Firebrass regresó en un barco de vela.

El batacitor y los motores eléctricos funcionaban perfectamente. Las ruedas de paletas giraban lentamente en el aire. Luego aceleraban su girar con un silbido.

Cuando llegase el momento, se abriría un canal desde la orilla al gran barco, y éste rodaría hasta el Río por su propio impulso.

Lothar von Richthofen y Gwenafra no estaban en absoluto de acuerdo. Lothar había sido siempre un donjuán y parecía no poder evitar el coqueteo con otras mujeres. En general este coqueteo le llevaba lejos. Gwenafra tenía ciertas ideas definidas sobre la fidelidad, con las cuales Lothar estaba de acuerdo, en principio. Era en la práctica en lo que él discrepaba.

Hacking envió recado de que se proponía visitar Parolando personalmente a los dos días. Quería celebrar una serie de conferencias sobre su comercio mutuo, comprobar el bienestar de los ciudadanos negros de Parolando, y ver el gran barco fluvial.

Sam contestó que estaba encantado de poder recibir a Hacking. No lo estaba, pero la esencia de la diplomacia era el disimulo. Los preparativos para albergar a Hacking y a su gran comitiva y organizar las conferencias ocuparon a Sam hasta el punto de que apenas si tuvo posibilidad de supervisar la construcción del barco.

Además, había que hacer preparativos especiales para albergar los muchos barcos cargados de mineral de Soul City. Hacking enviaba un suministro tres veces superior al normal para mostrar su sinceridad y sus deseos de paz y entendimiento. Sam hubiera preferido que los suministros se enviasen espaciados, pero de todos modos era deseable conseguir el máximo posible en el mínimo tiempo. Los espías informaban de que Iyeyasu estaba organizando varias flotas y gran número de soldados en ambas riberas del Río. Y había enviado más mensajes a Selinujo instando a que dejaran de enviar misioneros a su territorio. El barco de Hacking llegó una hora antes del mediodía. Era un barco grande de dos mástiles y de unos treinta metros de largo. Los guardaespaldas, todos negros, altos y bien musculados, que llevaban hachas de guerra de acero (pero también pistolas Mark I en grandes pistoleras), descendieron por la escalerilla. Vestían una especie de falda escocesa totalmente negra, y sus yelmos de cuero y sus corazas y botas eran de piel negra de pez. Formaron en hileras de seis a ambos lados de la escalerilla por la que descendió Hacking.

Era un hombre alto y apuesto de piel marrón oscuro, ojos un poco achinados, nariz ancha, gruesos labios y barbilla prominente. Llevaba el pelo al estilo afro. Sam aún no había logrado acostumbrarse a aquella explosión de cabello rizado de los negros. Había algo definitivamente indecoroso en ella; el pelo de un negro debía cortarse casi al rape. Aún pensaba esto después de que Firebrass le explicase que los norteamericanos negros de finales del siglo XX consideraban aquel pelo «natural» símbolo de su lucha por la libertad. Para ellos el pelo muy corto era símbolo de la castración de los negros por los blancos.

Hacking llevaba una toalla negra a modo de capa, una especie de faldilla escocesa negra, y sandalias de cuero. No llevaba más arma que un florete enfundado que colgaba de su amplio cinturón de piel.

Sam hizo una señal, y un cañón disparó veintiuna veces. Estaba emplazado en lo alto de una colina al borde de una llanura. Se pretendía no sólo honrar a Hacking, sino impresionarle. Únicamente Parolando tenía artillería, aunque solo consistiese en un cañón de setenta y cinco milímetros.

Llegó la hora de los saludos. Hacking no ofreció la mano, ni tampoco Sam ni Juan lo hicieron. Firebrass les había advertido que Hacking no estrechaba la mano a un hombre a menos que le considerase amigo probado.

Se habló un poco mientras se introducían los cilindros de la gente de Hacking en la piedra de cilindros más Próxima. Tras la descarga de energía del mediodía, se retiraron los cilindros y los jefes de estado, acompañados de sus guardaespaldas y guardias de honor, se dirigieron andando al palacio de Juan. Este había insistido en que se celebrase la primera sesión en su palacio, sin duda

para impresionar a Hacking con su primacía. Sam no discutió esta vez. Hacking probablemente supiese, a través de Firebrass, cómo estaban las cosas entre Clemens y Juan Sin Tierra.

Más tarde, Sam se divirtió malévolamente ante la incomodidad de Juan, que se vio retado en su propia casa. Durante la comida, Hacking tomó la palabra y se lanzó a un interminable y virulento discurso sobre las maldades que el hombre blanco había hecho a los negros. Lo malo era que las acusaciones de Hacking resultaban válidas. Todo lo que decía era cierto. Sam se veía obligado a admitirlo. Demonios, él había visto la esclavitud y lo que significaba, y había visto las consecuencias de la Guerra Civil. Había nacido y crecido en ella. Y eso fue mucho antes de que naciera Hacking. Demonios, él había escrito *Huckleberry Finn* y *Puddinhead Wilson* y *A Connecticut Yankee*.

Carecía de sentido intentar explicarle esto a Hacking. Hacking no le prestaba la menor atención. Aquella voz aguda continuó, mezclando obscenidades con hechos, exageraciones con hechos, cuentos melodramáticos de miserias, cuentos de palizas, asesinatos, hambre, humillaciones, etc, etc con hechos.

Sam se sintió culpable y avergonzado y al mismo tiempo furioso. ¿Por qué atacarle a él? ¿Por qué aquella acusación general?

—¡Todos sois culpables! —gritó Hacking—. ¡Todo hombre blanco es culpable!

—Yo no vi más que una docena de negros en toda mi vida —dijo Juan—. ¿Qué tengo que ver con esas injusticias?

—¡Si hubieses nacido quinientos años después, habrías sido el peor de todos! —dijo Hacking—. ¡Conozco bien tu historia, Majestad!

Sam se puso bruscamente en pie y gritó:

—¿Viniste aquí a explicarnos lo que sucedió en la Tierra? ¡Eso ya lo sabemos! ¡Pero es el pasado! ¡La Tierra está muerta! ¡Lo que cuenta es lo que está sucediendo ahora!

—Sí —dijo Hacking—. ¡Y lo que está sucediendo ahora es lo que sucedía en la vieja Tierra! ¡Las cosas no han cambiado nada! Miro a mi alrededor y, ¿quién está rigiendo este país? ¡Dos mierdas de blancos! ¿Dónde están los negros? Vuestra población negra es un uno por ciento del total, así que deberíais tener por lo menos un negro en un consejo de diez hombres. ¿Hay uno? ¿Sólo uno?

—Está Cawber —dijo Sam.

—¡Sí! ¡Un consejero temporal que lo es porque yo exigí que me enviaseis un embajador negro!

—Los árabes constituyen un sexto de vuestro estado —dijo Sam—, y sin embargo no hay ni un solo árabe en vuestro consejo.

—¡Son blancos, ése es el motivo! ¡Y estoy intentando librarme de ellos! ¡No me interpretéis mal! Hay muchos árabes que son hombres buenos, hombres sin prejuicios. Los conocí cuando estuve como fugitivo en África del Norte. ¡Pero estos árabes de aquí son fanáticos religiosos, y nunca dejarán de plantearme problemas! ¡Así que los echo! ¡Lo que los negros quieren es un sólido país negro, donde todos seamos hermanos de alma! ¡Donde podamos vivir con paz y comprensión! ¡Nosotros tenemos nuestro mundo propio, y vosotros, blancos, tenéis el vuestro! ¡Segregación con Ese Mayúscula! ¡Podría aplicarse una gran Ese Mayúscula de Segregación, porque no tenemos que depender del hombre blanco para el trabajo o la comida o la ropa o para protección o justicia! ¡Triunfaremos, blancos! Lo único que tenemos que hacer es mandaros al infierno. ¡Apartaos de nosotros, y nosotros

seremos felices!

Firebrass se sentó a la mesa, su rizada cabeza inclinada, mirando hacia abajo, las bronceadas manos sobre la cara. Sam tuvo la sensación de que intentaba no reír. Pero no podía saber exactamente si se reía en su interior de Hacking o de los que estaban siendo atacados. Quizá de todos.

Juan seguía bebiendo whisky. El color rojizo de su cara se debía a algo más que a la bebida. Parecía a punto de explotar. Era difícil tragarse los insultos por las injusticias contra los negros siendo inocente, aunque Juan fuese culpable de tantos crímenes odiosos que bueno era que sufriese por alguno, aunque no fuese suyo. Y, como dijera Hacking, Juan habría sido culpable si se le hubiese presentado la oportunidad.

Pero, ¿qué esperaba ganar Hacking con esto? Desde luego, si quería unas relaciones más estrechas con Parolando, estaba intentando realizar su deseo de un modo muy extraño.

Quizá considerase que tenía que poner a todos los blancos, fuesen quienes fuesen, en su lugar: dejar bien sentado que él, Elwood Hacking, un negro, no era inferior a ningún blanco.

Hacking se había visto destrozado por el mismo sistema que había destrozado en mayor o menor grado a casi todos los norteamericanos, blancos, negros, rojos y amarillos.

¿Sería siempre así? ¿Siempre tortuoso, siempre odiando, mientras viviese, por Dios sabía cuantos miles y miles de años, en el mundo del Río?

En aquel momento, pero sólo en aquel momento, Sam se preguntó si no tendrían razón los de la Segunda Oportunidad.

Si ellos conocían la manera de liberarse de aquella cárcel de odio, deberían ser los únicos dignos de que se les escuchase. Ni Hacking ni Juan Sin Tierra ni Sam Clemens ni ningún otro que sufriese por falta de paz y de amor podría decir nada cierto. Habrían de ser los fieles de la Segunda Oportunidad... Pero él no les creía, se recordó a sí mismo. Eran igual que los otros dispensadores de fe de la Tierra. Algunos de ellos, no había duda, eran bienintencionados. Pero sin la autoridad de la verdad, por mucho que clamasen.

Hacking dejó de hablar de pronto.

—Bueno —dijo Sam Clemens—, no habíamos planeado discursos de sobremesa, Sinjoro Hacking, pero te agradezco tu aportación; todos te damos las gracias mientras no nos envíes una factura. Nuestra tesorería está un tanto floja en este momento.

—Tenías que hacer un chiste del asunto —dijo Hacking—, ¿no es cierto? Bueno, ¿qué tal una vuelta? Me encantaría ver ese gran barco vuestro.

El resto del día transcurrió plazeramente. Sam olvidó su cólera y sus resentimientos y acompañó a Hacking a ver las fábricas, los talleres, y finalmente el barco. Aunque solo terminado a medias, era magnífico. La vista más bella que había contemplado en su vida. Incluso, pensó, incluso... sí, incluso más bello que la cara de Livy cuando por primera vez le dijo que le amaba.

Hacking no cayó en éxtasis, pero sin duda quedó profundamente impresionado. No pudo, sin embargo, dejar de comentar el hedor y la desolación.

Poco antes de la cena, Sam fue llamado aparte. Un hombre que había desembarcado en un pequeño bote había exigido ver al jefe de aquel estado. Como fue un hombre de Clemens quien le recogió, Sam recibió la información. Fue inmediatamente en uno de los dos «jeeps» alimentados con

alcohol que se habían terminado la semana anterior.

Aquel joven rubio y delicado del puesto de guardia se levantó y se presentó, en esperanto, como Wolfgang Amadeus Mozart.

Sam le interrogó en alemán, observando que, fuese cual fuese la identidad del joven, hablaba la suave versión austríaca del alemán. Su vocabulario incluía palabras que Sam no comprendía, sin saber si ello se debía a que fuesen particularidades del vocabulario austríaco o particularidades del siglo XVIII.

El hombre que decía llamarse Mozart explicó que había estado viviendo unos treinta mil kilómetros Río arriba. Oyó hablar del barco, pero lo que le hizo emprender el viaje fue la historia de que el barco llevaría una orquesta que tocara para entretenimiento de los pasajeros. Mozart había sufrido durante veintitrés años en aquel mundo de materiales limitados, donde los únicos instrumentos musicales eran tambores, pitos, flautas de madera, zamponas, y una tosca versión de arpa que se hacía con el hueso y los tendones de un pez del Río. Luego se había enterado de la extracción de siderita y del gran barco fluvial y de una orquesta con piano, violín, flauta, trompas, y todos los demás bellos instrumentos que él había conocido en la Tierra, más otros que se habían inventado después de que él muriera en 1791. Y aquí estaba. ¿Había sitio para él entre los músicos del barco?

Sam apreciaba, aunque no era amante apasionado de ella, la música clásica. Pero le estremeció verse, cara a cara, frente al gran Mozart. Es decir, si aquel hombre era Mozart. Había tantos falsarios en el Mundo del Río que proclamaban ser todo el mundo, desde el original y único Jesús H. Cristo hasta P. T. Barnum, que nunca creía sin más a un hombre cuando revelaba su identidad. Había conocido incluso a tres individuos que pretendían ser Mark Twain.

—Da la casualidad de que el antiguo arzobispo de Salzburgo es ciudadano de Parolando —dijo Sam—. Aunque tú y él no os llevaseis muy bien, si no recuerdo mal, se alegrará de verte.

Mozart no se puso pálido ni rojo.

—¡Al fin alguien a quien conocí durante mi vida en la Tierra! —dijo—. Creería usted...

Sam creía que Mozart no se había encontrado con nadie que hubiese conocido en la Tierra.

Hasta el momento, él mismo solo se había encontrado con tres personas que había conocido y con las que había mantenido relaciones amplias durante toda su vida y todos sus viajes por el mundo. El que su esposa Livy fuese una de estas tres personas era una coincidencia que excedía los límites de lo verosímil. Sospechaba que el Misterioso Extraño lo había arreglado. Pero ni siquiera la ansiedad de Mozart por ver al arzobispo confirmaba que fuese realmente Mozart. En primer lugar, los impostores que Sam había conocido insistían con frecuencia en que sus supuestos viejos amigos o bien estaban equivocados o bien ellos mismos eran los impostores. En segundo lugar, el arzobispo de Salzburgo no vivía en Parolando. Sam no tenía ni idea de dónde estaba. Lo había dicho sólo por ver la reacción de Mozart.

Sam se mostró conforme con que Sinjoro Mozart solicitase la ciudadanía. En primer lugar, le habló con toda claridad de los instrumentos musicales. Aún no estaban contruidos, y no serían de madera ni de latón. Serían instrumentos electrónicos que podrían reproducir exactamente los sonidos de distintos instrumentos. Pero si realmente Sinjoro Mozart era el hombre que afirmaba ser tenía una

buena oportunidad de ser el director de la orquesta, y podía disponer de cuanto tiempo desease para componer nuevas obras. Sam no le prometió que fuese a dirigir la orquesta. Había aprendido a no hacer promesas.

Se estaba celebrando una gran fiesta en el palacio de Juan en honor de Hacking, que parecía haber descargado su veneno del día en la primera reunión. Sam habló con él durante una hora y descubrió que Hacking era un hombre inteligente y letrado. Un autodidacta de gran sensibilidad imaginativa y poética. Esto daba aún mayor tristeza a la situación, pues su talento había sido trágicamente anulado.

Hacia la medianoche, Sam acompañó a Hacking y a su grupo al gran edificio de treinta habitaciones y dos plantas, de piedra y bambú, destinado a los invitados oficiales. Luego volvió en jeep hasta su casa, situada a trescientos metros de distancia. Joe gruñó un poco porque hubiese querido conducir él, aunque sus piernas eran demasiado largas para permitirselo. Subieron la escalera y abrieron la puerta. Joe entró en su habitación del fondo y se dejó caer en la cama con un rinchido que hizo estremecerse la casa. Sam miró por las portillas justo a tiempo para ver a Cyrano y a Livy, cogidos del brazo, entrar por la puerta de su cabaña. A su izquierda, un poco por encima de la de ellos, estaba la de Richthofen, donde él y Gwenafra estarían ya acostados. Murmuró ¡buenas noches!, sin saber exactamente a quién se dirigía, y se echó en su cama. Había sido un día largo, duro y tenso, coronado con una inmensa fiesta en la que todo el mundo había bebido asombrosas cantidades de alcohol y mascado goma de los sueños y fumado gran cantidad de tabaco y de marijuana.

Se despertó soñando que estaba en California durante un terremoto en la fiesta del Cuatro de Julio.

Saltó de la cama y recorrió el tembloroso piso hasta la timonera. Antes de llegar a las portillas se dio cuenta de que las explosiones y los temblores de tierra los causaban los invasores. No pudo llegar hasta las portillas, porque un cohete, silbando, dejando tras de sí una roja estela flameante, derribó uno de los pilares. El estruendo le ensordeció, el humo penetró arremolinado por las portillas rotas, y él cayó hacia adelante. La casa se desplomó, su parte central cayó a tierra. La historia se repetía.

Cayó entre madera y cristal roto y tierra y quedó allí tendido, con la pared bajo él, intentando salir de su conmoción. Una gran mano le alzó. A la luz de una explosión vio la cara de Joe con su gran nariz. Joe se había descolgado desde el extremo abierto de su dormitorio, se había dejado caer entre la madera, y había buscado a Sam hasta encontrarlo. En la mano izquierda sujetaba su cilindro y el de Sam.

—No sé cómo, es un milagro, pero no estoy malherido —dijo Sam—. Solo un poco magullado y con algunos cortes de cristales.

—No tuve tiempo de ponerme la armadura —dijo Joe—. Pero cogí mi hacha. Tengo también una espada para ti y una piztola y algunaz balaz y cartuchoz.

—¿Quiénes demonios pueden ser, Joe? —dijo Sam.

—No lo zé. ¡Mira! Eztán penetrando por laz entradaz de los muroz de loz muellez.

La luz de las estrellas era brillante. Las nubes que enviaban las lluvias todas las noches a las tres en punto aún no habían llegado, pero sobre el Río había una espesa niebla. De ella continuaban brotando hombres que se añadían a las masas que se expandían por las llanuras. Tras los muros, en la niebla, debía haber una flota.

La única flota que podía acercarse sin provocar alarma era la de Soul City. Otra cualquiera que llegase a aquella hora habría sido localizada por los espías que Sam y Juan Sin Tierra tenían apostados a lo largo del Río, incluso en territorio hostil. No podía ser la flota de Iyeyasu. Estaba aún en los muelles según el informe recibido a medianoche.

Joe atisbo por encima de un montón de madera y dijo:

—Hay una batalla endemoniada alrededor del palacio de Juan. Y la caza de invitadoz oficialez, donde eztán Hacking y loz zuyoz, eztá en llamaz.

Las llamas iluminaban gran cantidad de cuerpos en el suelo y mostraban pequeñas figuras que combatían alrededor de la empalizada de troncos del palacio de Juan. Luego, vio como colocaban el cañón ante la empalizada.

—¡Ahí está el jeep de Juan! —dijo Sam, señalando un vehículo que iba tras el cañón.

—¡Zí, y aquello ez nueztro cañón! —dijo Joe—. Pero zon hombrez de Hacking loz que eztán obligando a Juan a zalir de zu amado nido.

—¡Larguémonos de aquí! —dijo Sam, y corrió por encima de los escombros en dirección opuesta. No podía comprender por qué los invasores no habían enviado gente a su casa. El cohete que la había alcanzado procedía de las llanuras. Y si Hacking y sus hombres habían salido furtivamente de la residencia de huéspedes oficiales para lanzar un ataque sorpresa conjuntado con un ataque de supuestos buques cargueros, Sam tendría que haber sido objetivo primario junto con Juan Sin Tierra.

Ya descubriría más tarde lo que pasaba... si es que había un más tarde.

El que los hombres de Hacking se hubiesen apoderado del cañón era una mala noticia para Parolando. Mientras pensaba esto, oyó uno, dos, tres grandes cañonazos. Se volvió, sin dejar de huir, y vio trozos de madera volando entre el humo. Los muros de Juan estaban siendo derribados, y los



proyectiles siguientes redujeron a escombros su palacio de troncos.

Solo había una cosa buena en que los invasores se hubiesen apoderado del cañón. El suministro de proyectiles se reducía a cincuenta. A pesar de las muchas toneladas de ferroníquel que aún quedaban bajo tierra, el metal no era tan abundante como para que pudiera desperdiciarse fabricando muchos proyectiles.

Frente a él estaba la cabaña de Cyrano y Livy. La puerta estaba abierta y la casa vacía. Miró colina arriba. Lothar von Richthofen, vestido sólo con una faldilla, un florete en una mano y una pistola en la otra, corría hacia él. Unos pasos detrás venía Gwenafra, con una pistola y un saquito de balas y cartuchos.

Había otros hombres y mujeres que corrían hacia él. Entre ellos unos cuantos ballesteros.

Gritó a Lothar que los organizase, y se volvió para mirar a las llanuras. Los muelles estaban aún llenos de hombres. Ay, si se pudiese hacer girar el cañón y dispararlo sobre aquellas masas apretujadas e incapaces de retroceder.

Pero el cañón había sido desviado del palacio de Juan, que estaba en llamas, y apuntaba hacia los ciudadanos de Parolando que corrían colina arriba.

Luego surgió una gran máquina oscura por una gran abertura del muro. Sam gimió desolado. Era el Dragón de Fuego III entregado a Hacking. Pero, ¿dónde estaban los tres anfibios de Parolando? En ese momento vio a dos dirigiéndose hacia las colinas. Súbitamente las ametralladoras a vapor de las torretas comenzaron a silbar, y sus hombres... ¡sus hombres, comenzaron a caer!

¡Los de Soul City se habían apoderado de los anfibios! Mirase a donde mirase veía lucha. Había hombres combatiendo alrededor del barco. Gimió de nuevo, porque no podía soportar la idea de que el barco resultase dañado. Pero ninguna bala de cañón se lanzó contra él ni en sus proximidades. Al parecer, el enemigo estaba tan preocupado por el barco como él. Proyectiles procedentes de la colina situada tras ellos silbaban sobre sus cabezas y estallaban entre el ejército enemigo. Los cohetes enemigos respondían. Sobre ellos cruzaban rojas estelas flameantes; algunos pasaban tan próximos que podían distinguir sus cuerpos cilíndricos, la larga vara de bambú atrás; y hubo un griterío cuando un proyectil excepcionalmente grande pasó a unos tres metros por encima de sus cabezas. Erró por poco la cima de la colina adonde iba dirigido, y estalló con un tremendo estruendo al otro lado. Cayeron hojas de un árbol de hierro cercano.

La media hora siguiente (¿o fueron dos horas?) fue un caos de gritos, lamentos, chillidos, hedor a pólvora, sangre, sudor y carne chamuscada. Los de Soul City atacaron una vez tras otra la colina, y una vez tras otra fueron rechazados por los cohetes, por las balas de plástico de calibre sesenta y nueve, por ballesteros y arqueros. Luego una carga les permitió llegar al otro lado de las líneas defensoras y entonces se produjo una lucha a espada, a lanza, a hacha, a maza y a cuchillo en la que hubieron de retroceder.

Joe Miller, con sus tres metros de altura, sus cuatrocientos kilos de peso, los peludos hombros tintos de sangre (suya y de otros), hacía girar su pesadísima hacha de acero rompiendo escudos de roble y armaduras de cuero, barriendo espadas, lanzas y hachas, partiendo en dos enemigos, arrancando brazos y piernas, hundiendo cráneos. Cuando sus enemigos rehusaban acercarse a él, cargaba contra ellos. Desbarataba una y otra vez ataques que de no ser por él hubiesen logrado el

éxito.

Le dispararon muchos tiros con pistolas Mark I, pero los que disparaban estaban tan nerviosos por su presencia que lo hacían desde demasiado lejos y los grandes proyectiles de plástico se desviaban.

Luego una flecha atravesó su brazo izquierdo, y un hombre más valiente o más loco que el resto logró esquivar el hacha y hundir su florete en el muslo de Joe. El extremo de la empuñadura del hacha de Joe le rompió la mandíbula, y luego el filo lo partió en dos. Joe aún podía caminar pero perdía sangre rápidamente. Sam le ordenó retirarse al otro lado de la colina, donde estaban curando a los heridos graves.

—¡No, no iré! —dijo Joe, y se derrumbó de rodillas con un gruñido.

—¡Vete allí, es una orden! —chilló Sam, y se agachó, aunque era demasiado tarde, al oír silbar junto a su oído un proyectil que se hizo pedazos contra el tronco de un árbol de hierro. Había debido rozarle, pues sintió un picor en el brazo y en la pantorrilla.

Joe logró incorporarse, como un elefante herido, y se alejó cojeando. Cyrano de Bergerac surgió de las sombras. Estaba cubierto de humo de pólvora y tinto en sangre. Empuñaba una larga y fina espada ensangrentada en una mano y una pistola en la otra. Tras él, igual de sucia y ensangrentada, con su larga melena suelta a la espalda, iba Livy. Llevaba una pistola y una bolsita con municiones, y su función era recargar las pistolas. Al ver a Sam sonrió, mostrando la blancura de sus dientes en aquella cara ennegrecida por la pólvora.

—¡Dios mío, Sam, creí que habías muerto! ¡Ese cohete contra tu casa!

—Yo suponía lo mismo de ti —dijo él.

Eso fue todo lo que tuvo tiempo de decir, aunque de todos modos nada más hubiese dicho. El enemigo lanzaba otro ataque, deslizándose y avanzando entre los montones de muertos o saltando sobre ellos. Los ballesteros carecían ya de municiones y los pistoleros sólo tenían unas cuantas cargas más. Pero el enemigo casi había agotado su pólvora también, aunque tenía más flechas.

Joe Miller se había ido pero Cyrano de Bergerac intentó compensar su ausencia, y estuvo a punto de conseguirlo. Aquel hombre era un demonio, tan delgado, flexible, rápido y duro como la espada que manejaba. De vez en cuando disparaba la pistola con la mano izquierda en la cara de un adversario, y luego avanzaba con la espada atravesando a otro. Lanzaba entonces la pistola hacia atrás, y Livy la cogía y la cargaba de nuevo. Sam pensó por un instante en cuánto había cambiado Livy. El jamás la hubiese sospechado capaz de actuar en una situación como aquella. Aquella mujer frágil, tan a menudo enferma, que odiaba la violencia, desempeñaba con toda frialdad tareas ante las que muchos hubiesen retrocedido.

«Entre ellos yo», pensó, «si tuviese tiempo de considerarlo». Y sobre todo ahora que no estaba a su lado Joe Miller para protegerle físicamente y darle apoyo moral, cosas ambas que necesitaba mucho.

Cyrano lanzó una estocada por debajo de un escudo que un vociferante árabe wahhabi elevó demasiado en su furor, y entonces Livy, viendo que ella tenía que hacerlo, que Cyrano no podía, alzó la pistola con ambas manos y disparó. La pistola se desvió ligeramente y ella la enderezó. Se oyó un estruendo, salió una llama, y el árabe cayó con el hombro destrozado.

Un inmenso negro saltó sobre el cuerpo con el hacha enarbolada y Cyrano, sacando la hoja del primer hombre antes de que cayese al suelo, atravesó al hachero por el cuello.

Después el enemigo se retiró otra vez lomas abajo. Pero al poco rato el gran anfibio gris oscuro, una especie de Merrimac sobre ruedas, avanzó hacia ellos. Lothar von Richthofen se apretó contra Sam, que se hizo a un lado cuando vio el tubo de aluminio y el cohete con su espoleta de cinco kilos. Un hombre se arrodilló y Lothar introdujo el proyectil en el bazuca y luego apuntó. Lothar era muy bueno en esto y el cohete salió disparado hacia abajo, y se estrelló contra el anfibio. Este se cubrió de humo, que el viento despejó. El anfibio se había detenido un instante, pero continuaba su camino otra vez, girando sus torretas y alzando sus cañones de vapor.

—Bueno, ése fue el último —dijo Lothar—. Lo mejor que podemos hacer es escapar de aquí enseguida. Contra eso no podemos combatir. Quién va a saberlo mejor que yo.

El enemigo estaba reagrupándose tras el vehículo acorazado. Muchos de los soldados enemigos lanzaban gritos ululantes similares a los que lanzaban durante sus ataques los ulmaks, los preamerindios del otro lado del Río. Al parecer, Hacking había alistado a los ulmaks no conquistados aún por Iyeyasu.

De pronto, Sam dejó de ver. Sólo los fuegos de las casas y hornos abiertos, que aún operaban, le permitían ver algo. Habían llegado las nubes con la misma rapidez de siempre, lobos a la caza de estrellas. A los pocos minutos llovería torrencialmente.

Miró a su alrededor. Los ataques habían ido diezmado sus filas. Dudaba que pudiesen resistir el siguiente. Aunque no actuara el anfibio.

Aún seguía la lucha hacia el norte y el sur en las llanuras y en las colinas que bordean las llanuras. Pero los gritos y explosiones se habían reducido.

Las llanuras cubiertas de enemigos parecían más oscuras que nunca.

Sam se preguntó si Publiujo y Tifonujo se habrían incorporado a la invasión.

Lanzó una última mirada al casco gigante del barco fluvial con sus dos ruedas de paletas, medio ocultas bajo el andamiaje, tras las colosales grúas. Luego se volvió. Sintió como si llorase, pero estaba demasiado atontado. Las lágrimas tardarían un tiempo en correr.

Era muy probable que corriese antes su sangre, tras lo cual no habría lágrimas. Al menos en aquel cuerpo.

Guiado por el fuego de una docena de cabañas incendiadas, logró llegar hasta el otro lado. Luego la lluvia amainó. Y al mismo tiempo un tentáculo del enemigo corrió hacia ellos por la izquierda. Sam se giró y apretó el gatillo de su pistola. La lluvia, claro está, ahogó la chispa. Pero las pistolas del enemigo habían quedado también inutilizadas, salvo que las usaran como mazas. Avanzaron entonces hacia los soldados de Parolando con espadas, lanzas y hachas: Joe Miller se lanzó hacia ellos, gruñendo con una voz tan profunda como la cueva de un oso. Aunque herido, aún era un formidable y aterrador combatiente. Entre los resplandores de los relámpagos y el retumbar del trueno, su hacha los diezmaba. Los demás acudieron a ayudarlo, y en unos cuantos segundos los supervivientes de las fuerzas de Soul City decidieron que habían tenido bastante. Retrocederían y esperarían refuerzos. ¿Por qué morir entonces siendo suya la victoria?

Sam escaló dos colinas más. El enemigo atacaba por la derecha. Un ala había conseguido

penetrar y avanzaba para cercar y matar a los hombres y tomar cautivas a las mujeres. Joe Miller y Cyrano cayeron sobre ellos, y los atacantes huyeron, tropezando y cayendo entre las húmedas raíces de la hierba arrancada.

Sam contó a los supervivientes. Se estremeció. Eran unos quince. ¿Dónde estaban los demás? Habría jurado que había por lo menos un centenar de hombres con él cuando les ordenó que se agruparan.

Livy aún estaba cerca, detrás de Cyrano. Como las pistolas no funcionaban, permanecía detrás de Cyrano y le ayudaba de vez en cuando con una estocada.

Sam estaba empapado y frío. Se sentía tan desdichado como debió sentirse Napoleón en su retirada de Rusia. ¡Todo, todo perdido! ¡Su pequeña y orgullosa nación y sus minas de ferróniquel y sus fábricas y sus invulnerables anfibios con sus armas de vapor y sus dos aviones y su fabuloso barco fluvial, todo perdido! ¡Los triunfos y las maravillas tecnológicas, la Carta Magna que garantizaba la constitución más democrática que se había conocido y el objetivo del mayor viaje de todos los tiempos! ¡Todo perdido! ¿Y cómo? ¡Por la traición, sólo por la traición! Al menos, el rey Juan no había participado en la conspiración. Su palacio había sido destruido y el propio Juan con él probablemente. El Gran Traidor había sido traicionado.

Sam dejó de quejarse. Aún estaba demasiado paralizado por el terror de la batalla como para pensar en algo que no fuese la mera supervivencia. Cuando alcanzaron la base de la montaña, se encaminaron hacia el norte hasta que llegaron frente al embalse. Ante ellos apareció un lago de medio kilómetro de longitud por uno de anchura. Descendieron hacia él, llegando al poco a un grueso muro de hormigón por cuya parte superior caminaron. Luego llegaron a la parte superior del propio embalse.

Sam dio unos cuantos pasos hasta hallar un símbolo oculto, una cruz aspada en el hormigón.

—¡Aquí está! —dijo—. Ahora todo irá bien si nadie nos delata o no nos localiza algún espía.

Se hundió en el agua fría mientras relampagueaban rayos y aullaban truenos en la lejanía. Tembló de frío pero siguió avanzando, y cuando el agua le llegó a los sobacos sus pies tropezaron con el primer peldaño. Hizo una profunda inspiración, cerró los ojos y se hundió, tanteando con la mano el hormigón hasta encontrar el primer peldaño. Tras esto continuó descendiendo tanteando los otros peldaños, y al llegar al sexto supo que la entrada estaba a sólo unos centímetros. Penetró por ella y luego pudo alzar la cabeza al aire y la luz. Frente a él había una plataforma situada a unos cuantos centímetros sobre el agua, y encima una cúpula cuyo punto más alto quedaba a tres metros de altura. Pasada la plataforma había una entrada. Seis grandes bombillas eléctricas iluminaban potentemente la estancia.

Temblando, jadeando, subió a la plataforma y cruzó la entrada. Joe le siguió un momento más tarde. Llamó débilmente, y Sam hubo de volverse y ayudarle a subir a la plataforma. Sangraba por una docena de heridas.

Tras él llegaron los otros, uno por uno. Ayudaron a pasar al titántropo a través de la entrada, y tras una rampa, a una gran cámara. Había allí camas, toallas, comida, licor, armas y medicinas. Sam había preparado aquel lugar para un caso de emergencia como aquél, aunque siempre había pensado que era una precaución excesiva. Sólo los jefes de estado y los trabajadores que habían construido

aquel lugar sabían de su existencia. Había otra entrada al fondo del embalse, oculta bajo la corriente, que hacía girar las ruedas conectadas con los generadores. Conducía a una cámara para llegar a la cual un hombre había de escalar hasta una pared aparentemente ciega. Pero los que conocían el secreto podían abrir aquella pared.

Todo aquel proyecto era, Sam lo sabía, producto de una extravagancia romántica de la que no se había liberado del todo. La idea de puertas secretas bajo una catarata y bajo el lago, y de escondites ocultos donde pudiese descansar y planear su venganza mientras sus enemigos le perseguían en vano, le resultó irresistible. Se había reído a veces de sí mismo por haber construido el refugio. Ahora estaba contento. El romanticismo había resultado útil. Había también un detonador oculto. Para hacer estallar las toneladas de dinamita colocadas en la base de la presa sólo tenía que conectar dos alambres, y la presa se desmoronaría y el agua del lago se precipitaría de golpe arrastrando toda la zona central de Parolando hasta el río. Sam Clemens y su barco fluvial quedarían también destruidos, pero ése era el precio que había que pagar.

Atendieron a los heridos, y les administraron goma de los sueños y licor como sedantes. A veces, mascando la goma, se eliminaba el dolor, y otras parecía incrementarse. El único modo de neutralizar el aumento del dolor era dando licor al paciente.

Comieron y durmieron, manteniendo la guardia en ambas entradas. Joe Miller se mantenía semiinconsciente casi todo el tiempo, y Sam permanecía sentado a su lado cuidándole lo mejor que podía. Cyrano regresó de su puesto de guardia en la puerta situada bajo la catarata, e informó que afuera era de noche otra vez. Era cuanto sabía de lo que pasaba fuera. No había visto ni oído a nadie.

Lothar y Sam eran los menos heridos. Sam decidió que debían salir cautelosamente del refugio y espiar. Cyrano dijo que también él debería ir, pero Sam se negó. Livy nada dijo, pero miró a Sam agradecida. Sam desvió la vista. No quería ningún agradecimiento por velar por su compañero. Se preguntó si Gwenafra habría muerto o habría sido capturada. Lothar dijo que había desaparecido durante el último ataque, que él había intentado llegar hasta ella, pero que le habían obligado a retroceder. Se sentía avergonzado por no haber hecho más, aunque en realidad no le había sido posible.

Los dos se aplicaron un tinte oscuro por todo el cuerpo y luego bajaron los escalones de la cámara. Las paredes estaban húmedas y los escalones resbaladizos por la humedad. La cámara estaba iluminada por luces eléctricas. Salieron bajo la catarata que rugía y chapoteaba sobre ellos. El saliente se curvaba, siguiendo la parte más baja de la presa, hasta concluir a unos veinte metros del final. Allí hubieron de bajar por escalones de acero hasta el punto donde el muro de la presa se unía a la tierra. Desde allí, caminaron cautelosamente a lo largo del canal excavado. Las raíces de la hierba aún brotaban en las paredes del canal. Las raíces eran tan profundas que parecía imposible acabar con la hierba.

El cielo brillaba con el resplandor de inmensas estrellas y el gran brillo de las nubes gaseosas. Podían actuar con gran rapidez en aquella pálida oscuridad. Tras unos ochocientos metros, se desviaron en ángulo recto del canal, dirigiéndose hacia el destruido palacio de Juan. Acucillados en la sombra bajo las ramas de un árbol de hierro, contemplaron las llanuras que se extendían debajo.

Había hombres y mujeres en las cabañas. Los hombres eran los vencedores y las mujeres las víctimas. Sam se estremeció al oír chillidos y peticiones de socorro, pero procuró borrarlos de su mente. Irrumpir en una cabaña e intentar rescatar a una mujer sería desperdiciar sus posibilidades de hacer algo por Parolando. Y desde luego tendría como consecuencia que los capturasen o los matasen.

Sin embargo, sabía que si oía la voz de Gwenafra acudiría a rescatarla.

Los fuegos de los hornos abiertos y de las fundiciones aún brillaban, y había hombres y mujeres trabajando en ellos. Evidentemente Hacking había puesto ya a trabajar a sus esclavos. Había guardias rodeando los edificios, pero estaban bebiendo licor y alcohol etílico.

Las llanuras estaban bien iluminadas con inmensas fogatas. Alrededor de ellas había muchos hombres y mujeres, bebiendo y riendo. De vez en cuando se producía un forcejeo y una mujer era arrastrada entre gritos hacia las sombras. A veces, ni siquiera la arrastraban hasta las sombras.

Sam y Lothar bajaron por la colina como si fuesen sus dueños, pero sin acercarse a los edificios ni a las fogatas. Nadie les había detenido, aunque habían llegado a estar a veinte metros de varias patrullas. El enemigo parecía celebrar la victoria bebiendo; habían logrado apoderarse de los suministros de sus prisioneros. La excepción eran los árabes wahhabi, a los que su religión prohibía beber alcohol. Y había unos cuantos negros que no estaban de servicio, pero que eran abstemios. Eran los discípulos de Hacking, que no bebían.

Pero por mucha licencia que hubiese entonces, durante el día se había mantenido la disciplina. Habían construido una gran empalizada en la llanura al lado de la primera de las colinas con madera procedente de los edificios destruidos. Aunque Sam no podía ver quién había dentro, dedujo por las torres de vigilancia que la rodeaban que en su interior estaban los prisioneros.

Los dos pasaron de largo, tambaleándose de vez en cuando como si estuvieran borrachos. Pasaron a unos seis metros de tres hombres oscuros y bajos que hablaban una lengua extraña. Sam no pudo identificarla, aunque le sonaba a «africana». Se preguntó si no serían dahomeyanos del siglo XVIII.

Cruzaron audazmente entre una fábrica de ácido nítrico y un edificio destinado a la transformación de los excrementos y salieron a la llanura. Y allí se detuvieron. A unos veinte metros de ellos estaba Firebrass, en una jaula de bambú tan estrecha que no podía sentarse. Tenía las manos atadas a la espalda.

En una gran equis de madera, cabeza abajo, con las piernas atadas a la parte superior de la equis y los brazos a las aspas inferiores, estaba Goering.

Sam miró a su alrededor. A la puerta de la planta transformadora de excrementos había hombres hablando y bebiendo. Sam decidió no acercarse más ni intentar hablar con Firebrass. Anhelaba saber por qué estaba en la jaula, pero no se atrevió a preguntárselo. Era necesario descubrir todo lo posible y volver luego al refugio bajo la presa. Hasta el momento, la situación parecía desesperada. Lo mejor era huir durante la lluvia y abandonar el país. Podía volar la presa y barrerlo todo, incluidas las fuerzas de Soul City, pero no quería perder el barco. Mientras tuviese una posibilidad de conseguir aquel barco, no volaría la presa.

Pasaron ante la jaula de Firebrass, esperando que éste no pudiese verles y llamarles. Pero

Firebrass estaba inclinado con la cabeza apoyada contra las barras de bambú. Goering soltó un gruñido. Ellos continuaron caminando y pronto pudieron doblar la esquina del edificio.

Sus lentos vagabundeos les llevaron cerca de un gran edificio que ocupaba antes Fred Rolfe, uno de los que apoyaban al rey Juan en el Consejo. El número de hombres armados que había de guardia convenció a Sam de que allí dentro estaba Hacking.

Era una casa de una planta hecha con troncos de pino y bambú. Las ventanas no estaban tapadas y la luz del interior mostraba a los que había dentro. De pronto Lothar agarró a Sam por el brazo y dijo:

—¡Es ella! ¡Gwenafra!

La luz de la antorcha brillaba sobre su largo cabello color miel y sobre su piel blanca. Estaba de pie junto a una ventana y hablaba con alguien. Al poco se separó de allí y por el brillante cuadrado cruzó un ensortijado cabello y el negro rostro de Elwood Hacking. Sam se sintió mal. Hacking la había tomado por mujer aquella noche.

Gwenafra no parecía asustada. Daba sensación de tranquilidad. Pero Gwenafra, aunque voluble y desinhibida casi siempre, podía ser muy firme cuando la ocasión lo exigía.

Apartó a Lothar.

—No podemos hacer nada en este momento, y podríamos estropear cualquier posibilidad que pudiese tener ella.

Anduvieron por allí un rato, observando las otras fábricas y advirtiendo que las hogueras se extendían a ambos lados a lo largo de las murallas hasta perderse en el horizonte. Además de ciudadanos de Soul City, había ulmaks y una serie de orientales. Sam se preguntó si podrían ser birmanos, los thais y los ceilandeses del neolítico que vivían al otro lado del Río frente a Selinujo.

Para salir de Parolando tendrían que saltar el muro, y tendrían que robar algunas pequeñas embarcaciones si querían ir Río abajo hasta Selinujo. No tenían la menor idea de lo que había sucedido en Publinujo y en Tifonujo, pero sospechaban que estos países estarían a continuación en la lista de Hacking. Escapar hacia el norte, hacia la tierra de Chernsky, era una tontería. Iyeyasu la invadiría en cuanto se enterase de la otra invasión, si es que no lo había hecho ya.

Resultaba irónico que hubiesen de huir precisamente al país cuyos ciudadanos tenían prohibida la entrada en Parolando.

Decidieron regresar de momento al embalse, explicar lo que habían visto y hacer planes. El mejor momento de fuga sería cuando lloviese.

Se levantaron y empezaron a caminar, rodeando las cabañas en las que estaban los enemigos con las mujeres cautivas.

Cuando acababan de pasar bajo la sombra de un gigantesco árbol de hierro, Sam notó que algo le apretaba el cuello por detrás. Intentó gritar, volverse, liberarse; pero la gran mano continuó apretando, y él cayó en la inconsciencia.

Despertó tosiendo y carraspeando, aún bajo el árbol de hierro. Empezó a incorporarse, pero una voz profunda masculina:

—¡Nada de eso! ¡Siéntate ahí o te abro el cráneo de un hachazo!

Sam miró a su alrededor. Lothar, con las manos atadas a la espalda y una mordaza en la boca, estaba sentado bajo un abeto de mediano tamaño, a unos veinte metros de distancia. El hombre que había hablado era un individuo muy grande de hombros excesivamente anchos, pecho profundo y nudosas manos. Llevaba una faldilla negra y un gorro negro y en la mano un hacha de mediano tamaño. En las fundas del cinturón llevaba un hacha india de acero, un cuchillo de acero y una pistola Mark I.

—¿Eres Sam Clemens? —preguntó.

—Lo soy —dijo Sam, también con voz profunda—. ¿Qué significa esto? ¿Quién eres tú?

El hombre grande agitó su enmarañada cabeza señalando hacia Lothar.

—Lo trasladé allí para que no pueda oír lo que tenemos que hablar. Me envió un hombre al que ambos conocemos.

Sam guardó silencio un instante y luego preguntó:

—¿El Misterioso Extraño?

—Sí. —El hombretón soltó un gruñido—. Así es como dijo que tú le llamabas. Lo de extraño le cuadra bien. Supongo que estás enterado de todo, así que no vale la pena hablar más de eso. ¿Tú crees que yo haya hablado con él?

—No hay otra posibilidad —dijo Sam—. Es evidente que le has conocido. Eres uno de los doce elegidos por él. Era un hombre, ¿no?

—No pude acercarme a él lo suficiente como para descubrirlo —dijo el otro—. Te puedo asegurar que jamás me he achicado frente a ningún hombre, negro, rojo o blanco. Jamás he conocido a nadie que me asustase. Pero ese Extraño me hizo temblar sólo con mirarle. No es que le tenga miedo, comprende, es que me hace sentirme... raro. Como un pájaro desplumado.

»Pero basta de eso. Mi nombre es Johnston. Mejor será que te cuente mi historia porque así nos ahorraremos tiempo. Johnston. Nací en Nueva Jersey hacia 1827, y fallecí en Los Ángeles en el hospital de veteranos en 1900. Entre ambas fechas, fui trampero en las Montañas Rocosas. Hasta que llegué a este Río, maté a cientos de indios, pero jamás había matado a un hombre blanco, ni siquiera a un francés, hasta que llegué aquí. Desde entonces, bueno, reuní un buen surtido de cabelleras blancas.

El hombre se levantó y se alejó bajo la luz de las estrellas. Tenía el pelo oscuro, pero daba la impresión de que con la claridad del mediodía sería de un rojo brillante.

—Hablo mucho más de lo que estoy acostumbrado —dijo—. No puede uno librarse de la gente de este valle. Te contagian malos hábitos.

Se acercaron a Lothar. Mientras lo hacían, Sam preguntó:

—¿Cómo estás aquí y en este momento?

—El Extraño me explicó dónde encontrarte, me habló de ti y de tu gran barco, de la Torre de las



Nieblas y de todo lo demás. ¿Para qué voy a repetírtelo? Ya sabes. Acepté buscarte e ir contigo en tu barco. ¿Por qué no? No me gusta estar atascado aquí. No hay espacio suficiente. No puedes girarte sin chocar con alguien. Yo estaba a unos cuarenta mil kilómetros Río arriba cuando me desperté una noche, y allí estaba ese hombre sentado en las sombras. Tuvimos una charla larga, en la que él lo dijo casi todo. Luego, se levantó y se fue. Me enteré de algunas de las cosas que estaban sucediendo aquí. Llegué cuando la lucha aún seguía, y estoy buscándote desde entonces. Les oí hablar a ellos, a los negros. Decían que no habían encontrado tu cuerpo, así que yo seguí buscando. En una ocasión tuve que matar a uno de esos árabes que se tropezó conmigo. Yo estaba hambriento, de todos modos.

Habían llegado junto a Lothar, pero Sam se irguió al oír las últimas palabras.

—¿Hambriento? —exclamó—. ¿Quieres decir que...?

El hombre no contestó.

—Digamos, bueno —dijo Sam—... tú, tú no serás aquel Johnston al que llamaban el «comedor de hígados», ¿verdad? ¿El matador de *crows*?

—Yo hice la paz con los *crows* y me convertí en hermano suyo —atronó la voz—. Y dejé de comer hígado humano poco tiempo después. Pero un hombre tiene que comer.

Sam se estremeció. Se agachó, desató a Lothar y le quitó la mordaza. Lothar, aunque furioso, estaba lleno de curiosidad. Y, como Sam, parecía encontrar a Johnston un tanto estremecedor. Aquel hombre transpiraba una extraña fuerza salvaje. Sin siquiera intentarlo, pensó Sam. No me gustaría verle en acción.

Regresaron a la presa. Johnston se mantuvo mucho tiempo sin decir nada. En una ocasión desapareció, dejando a Sam un extraño sentimiento de frialdad. Johnston medía un metro noventa y cinco y parecía pesar unos ciento cuarenta kilos, todo hueso y músculos, pero se movía tan silenciosamente como la sombra de un tigre.

Sam dio un salto. Johnston estaba tras él.

—¿Qué sucedió? —dijo Sam.

—No te preocupes —dijo Johnston—. Dices que no has visto mucho de lo que ha pasado. Yo lo he visto todo. Conozco bien la situación. Muchos de los tuyos huyeron saltando las murallas hacia el norte y hacia el sur. Si hubiesen aguantado podrían haber barrido a los negros. Pero los negros no podrán cantar victoria mucho tiempo. Iyeyasu está preparándose para atacarles. No me sorprendería nada que invadiese esta noche. Estuve explorando su territorio antes de llegar aquí. No va a permitir que los negros se apoderen de todo el hierro y del barco. Se lo quitará en cuanto pueda.

Sam soltó un gruñido. Daba igual que se apoderase del barco Hacking o Iyeyasu, si no iba a ser para él. Pero cuando estaban dentro de la presa, se sintió mejor. Quizá las dos fuerzas se destruyeran entre sí, y los habitantes de Parolando que habían huido regresasen y se hiciesen con el control de la situación. Aún no estaba todo perdido.

Además, la aparición del hercúleo Johnston, el comedor de hígados, le dio nuevos alientos. El Misterioso Extraño no le había abandonado del todo. Aún seguía planeando, y había enviado a un hombre excelente en la lucha y que parecía a la altura de las historias que corrían sobre él. Johnston era el sexto hombre elegido por el Extraño. Los otros seis aparecerían a su tiempo. Pero uno de ellos se había perdido. Ulises había desaparecido, aunque todavía podía aparecer de nuevo. El Río era un

lugar grande para las malas monedas, si podía llamarse eso a los doce. Ellos eran malos para alguien, para la gente del Extraño, para Los Éticos, suponía Sam.

En el embalse, Johnston hubo de ser presentado y hubo que explicar la situación. Joe Miller, envuelto en toallas, se incorporó y estrechó la mano a Johnston. Y Johnston, con el asombro en la voz, dijo:

—He visto muchas cosas extrañas en mi vida. Pero nunca había visto nada como tú. No tenías por qué haberme estrujado la mano, amigo.

—No lo hice a propósito —dijo Joe—. Me parecez muy grande y muy fuerte. Ademáz, eztoy enfermo.

Sobre una media hora antes de la lluvia, salieron. El lugar estaba relativamente tranquilo por aquel entonces. Los alegres vencedores se habían ido a la cama, y todo el mundo se había alejado de las hogueras en vista de que iba a llover. Pero las torres de vigilancia y las fábricas estaban llenas de guardias enemigos que habían dejado ya de beber. Al parecer, Hacking había dado órdenes estrictas. Johnston, como un espectro gigante, se desvió cuando pasaban por un lado de la factoría de ácido sulfúrico. Diez minutos más tarde, apareció de pronto junto a ellos.

—He estado escuchando a esos negros —dijo—. No hay duda de que ese Hacking es un negro listo. Ha acabado con las borracheras y las juergas, porque tiene miedo a los espías de Iyeyasu. Hacking sabe que el japonés atacará esta noche, y quiere dar la sensación de que va a ser una cosa fácil. Pero sus hombres están inquietos. Andan escasos de pólvora.

Sam se quedó sorprendido con las nuevas. Preguntó a Johnston si había oído algo más.

—Sí, oí a un par de ciudadanos que hablaban de por qué Hacking decidió que tenía que atacarnos. Se enteró de que Iyeyasu estaba a punto de hacerlo, así que consideró que tenía que adelantarse. Si no lo hacía, los japoneses conseguirían el control del metal y de los anfibios y de todo y conquistarían Soul City inmediatamente, y entonces lo tendrían ya todo. Decían que el rey Juan estaba de acuerdo con Hacking, y que luego Hacking liquidó al rey Juan en su propia casa porque no confiaba en él. Dijo que Juan era un traidor, y que si no lo era, era un blanco y no se podía confiar en él.

—Pero —dijo Sam—, ¿por qué demonios nos iba a hacer eso Juan? ¿Qué podía ganar con ello?

—Hacking y Juan iban a conquistar toda la tierra a lo largo de ciento sesenta kilómetros de costa y luego la dividirían. Juan gobernaría a los blancos y Hacking a los negros. Mitad y mitad, los dos dividiéndolo todo por igual. Iban a construir dos barcos, dos de cada cosa.

—¿Y Firebrass? ¿Por qué está en la jaula?

—No lo sé, pero alguien le acusó de traidor. Y ese alemán, cómo se llama, Herring...

—Goering.

—Sí, bueno, Hacking no es el responsable de que le hayan torturado. Lo hicieron unos de esos árabes wahhabis, que se han dedicado a perseguir a los de la Segunda Oportunidad. Le cogieron y le torturaron, con ayuda de algunos de esos negros dahomeyanos que solían torturar a una docena de personas todos los días antes del desayuno. Cuando Hacking se enteró y prohibió que siguiese la tortura, Goering estaba agonizando. Pero habló con Hacking, la llamó su hermano de alma y le dijo que le perdonaba. Dijo que le vería otra vez en la orilla del Río. Hacking quedó muy impresionado,

según decían sus hombres.

Sam digirió las nuevas, que le alborotaron aún más el estómago. Se sentía tan alterado que ni siquiera le alegró que el campeón de los traidores, el rey Juan, hubiese sido traicionado por Hacking. Tenía que admirar las dotes de gobernante y la penetración de Hacking. Este había comprendido que sólo había un medio de tratar con Juan, y lo había utilizado. Pero luego Hacking no tuvo la conciencia de Sam Clemens. Las noticias lo cambiaban todo. Al parecer Iyeyasu estaba ahora de camino, lo cual significaba que el plan de Sam de huir durante la lluvia no serviría. Los ciudadanos de Soul City estarían demasiado alerta.

—¿Qué es lo que pasa, Sam? —preguntó Livy. Estaba sentada frente a él y le miraba con tristeza.

—Creo que lo hemos perdido todo.

—Oh, Sam —dijo ella—, ¿dónde está tu hombría? No lo hemos perdido todo. Te deprimes tan fácilmente si las cosas no van como tú deseas. Esta es la mejor oportunidad que podías pedir para conseguir recuperar tu barco. Dejemos que Hacking e Iyeyasu se destruyan entre sí, y luego hagámonos con el control. No tenemos más que sentarnos aquí en las colinas hasta que se hayan herido entre sí de muerte, y entonces saltar sobre ellos cuando lancen su último suspiro.

—¿De qué hablas? —dijo Sam enfurecido—. ¿Saltar sobre ellos con quince hombres y mujeres?

—¡No, no seas tonto! Tenemos por lo menos quinientos prisioneros dentro de aquellas empalizadas, y Dios sabe cuántos más hay en las otras... y tienes miles de hombres que se refugiaron en Cernskujo y en Publiujo.

—¿Y cómo puedo reagruparlos ahora? —dijo Sam—. ¡Es demasiado tarde! ¡Puedes estar segura de que lanzarán el ataque dentro de unas horas! ¡Además, a los refugiados quizá los hayan encerrado también en empalizadas! ¡Por lo que sé, Chernsky y Publius Crasus deben de estar de acuerdo con Hacking!

—Sigues siendo el mismo pesimista que conocí en la Tierra —dijo ella—. Oh, Sam, aún te quiero, en cierto modo, claro, aún te estimo como a un amigo, y...

—¡Amigo! —dijo él en voz tan alta que los otros dieron un respingo. ¡Morbleu!, exclamó Cyrano, y Johnston gruñó: «¡Cállate!, ¿quieres que nos agarren esos negros?»). Fuimos amantes durante años.

—No siempre, en realidad —dijo ella—. Pero este no es lugar para discutir nuestros fracasos. Y no pretendo de todos modos sacar a colación aquello. Es demasiado tarde. La cuestión es si quieres o no quieres tu barco.

—Por supuesto que lo quiero —dijo él con fiereza—. ¿Qué te crees...?

—¡Entonces mueve el culo de una vez, Sam! —dijo ella.

Viniendo de cualquier otro, el comentario hubiese sido intrascendente, pero viniendo de ella, de su frágil, suave y pulcra Livy, resultaba incomprensible. Pero lo había dicho, y ahora que lo pensaba, hubo veces en la Tierra, que él había eliminado de su memoria, en que...

—¡La dama tiene mucho sentido común! —masculló Johnston.

Él tenía cosas mucho más importantes en que pensar. Pero las cosas realmente importantes las reconocía mucho mejor el inconsciente, y de allí debía de haber llegado aquel pensamiento. Por primera vez, comprendía, se daba cuenta real, con todas las células de su cuerpo, de que Livy había cambiado. No era ya su Livy. Quizá hacía mucho tiempo que no lo era, quizá no lo había sido desde

algunos años antes de su muerte en la Tierra.

—¿Qué dice usted, señor Clemens? —masculló el montañés.

Sam lanzó un profundo suspiro, como si se quitase de encima los últimos fragmentos de Olivia Langdon Clemens de Bergerac, y dijo:

—Esto es lo que haremos...

Las lluvias comenzaron a caer; relámpagos y truenos cubrieron el cielo y la tierra durante media hora. Johnston surgió de la lluvia con dos bazucas y cuatro cohetes atados a sus anchas espaldas. Luego desapareció otra vez, para regresar media hora más tarde con cuchillos arrojados y hachas indias, todos de acero, y una mancha de sangre fresca, no suya, salpicándole brazos y pecho.

Las nubes desaparecieron. La tierra tenía un color luminosamente plateado bajo las majestuosas estrellas, grandes como manzanas, numerosas como cerezas en un árbol maduro, luminosas como joyas bajo luces eléctricas. Luego el tiempo se hizo más frío, y temblaron bajo el árbol de hierro. Una niebla fina se formó sobre el Río; a los quince minutos era tan espesa que no se veían ni las aguas ni las piedras de cilindros ni los altos muros de las orillas. Media hora después atacó Iyeyasu. Los barcos grandes y pequeños, atestados de hombres y armas, venían del otro lado del Río, donde en tiempos gobernaban los saks y los foxes, de la parte norte del territorio que había sido de los ulmaks, de la tierra donde habían vivido en paz hotentotes y bosquimanos. Y el grueso principal partía de la ribera derecha del Río, de las tres naciones de las que ahora Iyeyasu era rey y señor.

Iyeyasu atacó en diez puntos a lo largo de los muros de la orilla. Las minas volaron los muros, y los hombres penetraron a través de las grietas. El número de cohetes disparados en los primeros diez minutos fue aterrador. Iyeyasu debía de haber estado ahorrando durante mucho tiempo. Los tres anfibios de los defensores hicieron su aparición, con sus ametralladoras de vapor lanzando balas de plástico. Hicieron una notable carnicería, pero Iyeyasu tenía una sorpresa reservada. Cohetes con espoletas de madera que contenían gelatina de alcohol (hecha con jabón y alcohol de madera) cayeron sobre los tres vehículos acorazados é hicieron blanco en ellos por lo menos dos veces. Aquella especie de napalm se extendió ávidamente sobre los vehículos, y si la masa ardiente no penetró en los vehículos, hizo arder al menos los pulmones de los hombres que había dentro.

Sam quedó estremecido al ver aquello, pero no tanto que no le dijese a Lothar que se lo recordara cuando terminase todo, si aún seguían vivos.

—Tenemos que hacerlos más herméticos, y habrá que instalar un sistema de aire en circuito cerrado, como dijo Firebrass —observó.

Johnston apareció tan inesperadamente como si abriese una puerta en la noche, y tras él Firebrass. Parecía agotado y como si tuviese dolores, pero aún fue capaz de sonreír a Sam. Sin embargo, temblaba.

—Le dijeron a Hacking que yo estaba traicionándole —explicó Firebrass—. Y él creyó a su informador, que por cierto era nuestro estimado y honorable rey Juan. Juan le dijo que estaba vendiéndole, que había revelado todos sus secretos para que me permitieran ser jefe de vuestras fuerzas aéreas. Hacking no creería que fuese a unirme a ti sólo porque estuviera de acuerdo contigo. No puedo reprochárselo demasiado. No me sorprendió tampoco que no lograra convencerle de que no estaba traicionándole.

—¿Lo estabas? —dijo Sam.

—No —dijo Firebrass sonriendo—. No lo estaba haciendo, aunque me sentía muy tentado. Pero, ¿por qué habría de traicionarle, habiéndome prometido que sería jefe de sus fuerzas aéreas cuando se apoderase del barco? La verdad es que Hacking estaba ansioso de creer a Juan. Yo no le agradaba porque no correspondo a su idea de lo que debe ser un hermano de alma. Y, según él, llevaba una vida demasiado cómoda. Le fastidiaba que yo nunca hubiese vivido en un ghetto, que hubiese tenido todas las ventajas que él no había tenido.

—El trabajo de ingeniero jefe aún puede ser tuyo —dijo Sam—. Admitiré que es un alivio que no tenga que prometerte el mando de las fuerzas aéreas, pero, de todos modos, podrás volar si lo deseas.

—Es la mejor oferta que me han hecho desde mi muerte —dijo Firebrass—. La aceptaré.

Se acercó más a Sam y le susurró al oído:

—De todos modos, tendrías que haberme llevado: ¡soy uno de los doce!

Sam sintió como si le clavasen en la bóveda del cráneo una varilla fría y atravesasen con ella todo su cuerpo.

—¿El Ético? ¿El Extraño?

—Sí, dijo que tú le llamabas el Misterioso Extraño.

—Entonces estabas traicionando a Hacking.

—Ese pequeño discurso que acabo de hacer es para consumo público —dijo Firebrass—. Sí, traicioné a Hacking, si insistes en utilizar esa palabra. Pero me considero un agente de espionaje de una autoridad superior. No tengo la menor intención de preocuparme porque haya estados negros y blancos en el Río, cuando puedo descubrir cómo y por qué nosotros, todo el género humano, fuimos metidos aquí. Yo quiero respuestas a mis preguntas, como dijo una vez Karamazov. Toda esta polémica entre negros y blancos resulta trivial en este planeta, pese a toda la importancia que pudiera tener en la Tierra. Hacking debió percibir que yo pensaba así, aunque intentase ocultarlo.

Sam tardó un tiempo en recobrase de la sorpresa. Entretanto, la batalla se desarrollaba en la llanura, llevando los de Soul City la peor parte. Aunque costaban a los invasores tres hombres por uno, hubieron de retroceder a la media hora. Sam decidió que era el momento de actuar y se dirigieron hacia la empalizada tras la que estaban los prisioneros de Parolando. Lothar disparó dos cohetes contra las fuerzas de la empalizada y, antes de que se hubiese aclarado el humo, los quince penetraron por el hueco. Cyrano y Johnston hicieron casi todo el trabajo de matar a los quince guardias. Cyrano era un demonio y su espada era como un relámpago, y Johnston abatió a cuatro hombres arrojando sus hachas indias y a tres tirando el cuchillo. Con su pie de hierro rompió dos piernas y hundió un pecho. Los prisioneros fueron dirigidos hacia la armería, donde aún había arcos, flechas y espadas.

Sam envió a dos hombres al norte y dos al sur para que entrasen en contacto con los ciudadanos de Parolando que habían huido a los países limítrofes. Luego dirigió al resto hacia las colinas. Acamparían junto a la presa hasta que viesan cómo se desarrollaba la batalla. Sam no tenía la menor idea de lo que debían hacer. Explicó a Cyrano que tendría que guiarse por el instinto.

Después, Sam dio las gracias a quien hubiese de agradecerse por no haber acampado en la parte superior del propio embalse. En vez de ello se había aposentado en una loma situada más arriba y a la izquierda del embalse, orientada hacia afuera. Tenía así una mejor vista de las colinas y de las llanuras, donde aún explotaban cohetes, aunque no tantos como al principio. La luz de las estrellas resplandecía en las aguas del gran lago que había en la presa, como si todo el mundo fuese paz y quietud.

De pronto, Johnston se levantó de un salto y dijo:

—¡Mirad allí! ¡Mirad! ¡Encima de la presa!

Tres figuras oscuras habían surgido del agua. Corrían hacia la tierra. Sam mandó a los otros que se escondieran tras el gran tronco del árbol de hierro. Joe Müller y Johnston agarraron a los tres cuando pasaban corriendo junto al árbol. Uno intentó apuñalar a Joe, y Joe le retorció el cuello y la sangre salió a chorros de las venas y arterias rotas. Los otros perdieron el sentido. Cuando

recuperaron la conciencia, no hubo necesidad de que le explicaran a Sam lo que habían hecho. Y él sospechaba que lo habían hecho por orden del rey Juan.

La tierra se estremeció bajo sus pies, y las hojas del árbol de hierro repiquetearon como platos en una fregadera. El muro blanco de la presa saltó hecho pedazos, con una gigantesca nube de humo y un estruendo que taladró sus tímpanos. A través del humo cruzaban enormes fragmentos de hormigón como pájaros blancos sobre la chimenea de una fábrica. Fueron cayendo a tierra muy lejos de las aguas. El lago ya no era el pacífico y quieto resplandor de un futuro mundo maravilloso. Las aguas parecían lanzarse a la carrera hacia adelante. El estruendo que produjeron al alcanzar el cañón que habían excavado los nombres de Sam con tanto sudor y esfuerzo volvió a ensordecir a los observadores. El agua, cientos de miles de toneladas, penetró por el cañón, embistiendo por las paredes terrosas, arrancando grandes fragmentos de ellas. La súbita retirada desplazó también gran cantidad de tierra por las orillas del lago, hasta el punto de que los observadores tuvieron que correr hacia un puesto más elevado. Y el árbol de hierro, con sus trescientos metros de altura y las raíces de sesenta metros de profundidad de pronto al aire, sus cimientos parcialmente arrancados, se desplomó. Pareció tardar mucho en caer, y las explosiones de enormes raíces quebrándose y el silbar del aire arañado por las inmensas hojas y las enredaderas que las cubrían aterrorizó a los humanos. Habían creído que estaban a la suficiente distancia, pero aunque el árbol gigante cayese lejos de ellos, les amenazaban las erupciones de las raíces que surgían de la tierra.

El árbol se abatió con estruendo sobre la otra orilla del lago, hundiéndose en el barro. Se desprendió totalmente de los anclajes de la raíz y continuó hundiéndose, la copa primero, en las aguas. Estas giraban y giraban, y, cogiendo aquel enorme árbol como si fuese un palillo de dientes, lo arrastraron cañón abajo durante casi un kilómetro hasta dejarlo empotrado entre las dos paredes del cañón.

Las aguas formaban un muro de por lo menos treinta metros de altura cuando llegaron a las llanuras. En su frente arrastraban una maraña de árboles, plantas de bambú, cabañas, gente y escombros. La masa cruzó como un relámpago los dos kilómetros de llanura, expandiéndose, aunque canalizada, por unos minutos, junto a los ciclópeos muros secundarios que Sam había construido para defender las fábricas y el barco, pero cuya inutilidad había quedado demostrada en dos ataques.

Todo fue arrastrado hacia el Río. Las fábricas se derrumbaron como si fuesen pastelillos. El gigantesco barco fue alzado como un juguete entre el oleaje. Se precipitó hacia el Río, se ladeó, y luego se hundió en la oscuridad y en los remolinos. Sam se tiró al suelo y empezó a arañar la hierba. ¡Había perdido su barco! Todo estaba perdido, fábricas, minas, anfibios, aviones, herrerías, reservas de armas, hombres. Pero lo peor de todo era que había perdido su barco. Su sueño se había derrumbado, la gran joya resplandeciente de sus sueños se había hecho añicos.

Notaba la hierba fría y húmeda en la cara. Sentía como si sus dedos estuviesen ligados a la carne de la tierra y nunca fuese a poder liberarse. Pero la inmensa mano de Joe le levantó y le sentó, como si fuese un maniquí. El monstruoso cuerpo peludo de Joe se apretó contra el suyo, calentándole, y la cara grotesca de Joe con sus huesos salientes y su nariz absurdamente larga estaba junto a la suya.

—¡Todoz han dezaparecido! —dijo Joe—. ¡Jezúz! ¡Qué vizión! ¡No ha quedado nada, Zam!

La llanura quedaba sepultada bajo las aguas arremolinadas, pero a los quince minutos las aguas

desaparecieron. El Río había recuperado su apariencia normal por las orillas de Parolando, aunque debía ir casi desbordado corriente abajo.

Los grandes edificios y el barco con su andamiaje habían desaparecido. Los muros ciclópeos de los lados, separados kilómetro y medio, habían desaparecido. Se veían grandes lagos en los puntos donde antes estaban las minas y los sótanos de las fábricas. La gran masa de agua había vaciado parte de la llanura, donde ésta había sido excavada. Pero las raíces de la hierba eran tan profundas, tan duras, y estaban tan entrelazadas, que ni siquiera el paso de centenares de miles de toneladas de agua había logrado arrancarlas de la tierra. Los muros de tierra y piedra edificados a lo largo de la orilla se habían derrumbado como si fuesen de arena.

El cielo palideció, y la oscuridad iluminada por las estrellas se hizo gris. La gran flota de los invasores había desaparecido, debía de estar en algún punto lejano Río abajo, o bajo las aguas, aplastada, destrozada, con los fragmentos de los cascos de los navíos flotando. Los dos ejércitos de la llanura y los marineros habían muerto todos, machacados por el peso del agua, ahogados, destrozados o aplastados como si fuesen pasta de dientes.

Pero Parolando abarcaba quince kilómetros a lo largo del Río, y el lago, después de todo, sólo había arrasado una zona de unos tres kilómetros. Había causado daños sobre todo en la parte central de Parolando, donde había dejado arrasada una zona de unos ochocientos metros. Fuera de ésta, las aguas habían cubierto la tierra y habían aplastado algunos edificios, pero otros sólo habían estado sumergidos brevemente.

El amanecer trajo consigo un millar de hombres que llegaron en barcos o saltando los muros que separaban Parolando de la Tierra de Chernsky, situada al norte.

A la cabeza iba el rey Juan. Sam dispuso a sus hombres en orden de batalla con Joe Miller en el centro, pero el rey Juan se adelantó cojeando, con una mano alzada en señal de paz. Sam se adelantó para hablar con él. Aun después de que Juan le explicase lo que había hecho, Sam esperaba que le matase. Pero más tarde comprendió que Juan le necesitaba, y necesitaba también a Firebrass y a los otros si quería construir el barco. Además, debía disfrutar con el perverso placer de que Sam siguiera vivo preguntándose en qué momento de la noche caería la daga sobre él. Pronto descubrieron que no tendrían que empezarlo todo otra vez desde el principio. El barco, casi totalmente ileso, fue hallado en una colina del otro lado del Río, kilómetro y medio más abajo. Al retirarse las aguas había sido depositado allí con la delicadeza con que un gato posa su pata. La tarea de sacar de allí el gran casco y llevarlo de nuevo a su sitio no fue cosa fácil. Pero llevó mucho menos tiempo de lo que hubiese llevado construir otro.

Juan explicó una vez más a Sam lo que había hecho. Pero las conjuras y traiciones eran tan complicadas que Sam nunca pudo tener una visión global de lo sucedido. Juan había aceptado traicionar a Sam, sabiendo muy bien que Hacking a su vez le traicionaría a él. Juan hubiese sufrido una desilusión si Hacking no hubiera intentado apuñalarle por la espalda. Habría perdido su fe en la naturaleza humana. Había hecho también un trato con Iyeyasu comprometiéndose a ayudarlo a invadir tras la invasión de Hacking. A Iyeyasu le gustó la idea de que Hacking debilitase sus fuerzas en el ataque a Parolando. En el último momento, Juan había hecho un acuerdo con Publius Crasus, Tai Fung y Chernsky para que le ayudasen a liquidar a las tropas de Iyeyasu, que quedarían destrozadas por las



aguas de la presa.

Juan había enviado a aquellos tres hombres a activar los explosivos de la presa cuando se concentraban entre los muros de defensa secundaria el mayor número de invasores y de defensores. Antes de que esto sucediese, él había huido en un barco oculto entre la niebla.

—¿No estabas, entonces, en tu palacio cuando lo incendiaron? —preguntó Sam.

—No —contestó Juan, sonriendo con su sonrisa de gato—. Estaba a varios kilómetros hacia el norte; iba a encontrarme con Iyeyasu. Nunca me has tenido en gran estima, Samuel, pero ahora deberías ponerte de rodillas y besarme la mano como prueba de gratitud. Sin mí lo habrías perdido todo.

—Si me hubieses dicho a mí que Hacking iba a invadir, podría haberlo previsto todo —replicó Sam—. Podríamos haberle preparado una trampa a Hacking.

Salió el sol, que iluminó el pelo oscuro de Juan y el extraño gris azulado de sus ojos.

—Ah, sí, pero Iyeyasu continuaría siendo un problema formidable. Ahora ha desaparecido, y no tendremos dificultades en controlar toda la tierra que necesitamos, incluyendo la bauxita y el platino de Soul City y el iridio y el tungsteno de Selinujo. Supongo que no pondrás objeciones a que conquistemos esos dos estados...

Hubo otras novedades. Hacking fue hecho prisionero, y hallaron viva a Gwenafra. Los dos se habían visto empujados durante la lucha hacia las colinas del oeste. Hacking estaba disponiéndose a dirigir un ataque hacia las llanuras cuando las aguas de la inundación cubrieron aquella zona. Gwenafra escapó, aunque estuvo a punto de ahogarse. Hacking quedó aplastado contra un árbol y se rompió las piernas y un brazo. Tenía hemorragias, además.

Sam y Juan se apresuraron a dirigirse a donde estaba Hacking, bajo un árbol de hierro. Gwenafra dio un grito cuando los vio, y abrazó a Sam y a Lothar. Pareció dar un abrazo mucho más prolongado a Sam que a Lothar, lo cual no era del todo sorprendente, teniendo en cuenta que ella y Lothar habían estado peleándose de modo constante durante los últimos meses.

Juan quería liquidar a Hacking con algunas refinadas torturas, a ser posible inmediatamente después del desayuno. Sam se opuso con firmeza. Sabía que Juan podría imponer su criterio si insistía, pues sus hombres superaban a los de Sam en una proporción de cincuenta a uno. Pero Sam no parecía querer andarse con precauciones en aquel momento. Y Juan accedió. Necesitaba a Sam y a los hombres fieles a él.

—Tú tuviste un sueño, blanco Sam —dijo Hacking con voz débil—. Sí, yo tuve otro también. Soñé con una tierra donde hermanos y hermanas pudiesen disfrutar libremente. Donde todos fuésemos negros. Nunca entenderás lo que esto significa. Ningún demonio blanco puede entenderlo. Sólo los negros, los hermanos de alma. Sería lo más parecido al cielo que pudiera imaginarse en este infierno de mundo. No se trata de que acabásemos con todos los problemas, amigo. Pero no serían ya problemas del hombre blanco. Serían todos nuestros. Pero ya no será posible.

—Podrías haber hecho realidad tu sueño —dijo Sam—, si hubieses esperado. Después de que terminásemos el barco, habríamos dejado el hierro para quien quisiese cogerlo. Y entonces...

Hacking hizo una mueca. El sudor cubría su negra piel, y su cara estaba crispada por el dolor.

—Amigo, ¡debes de estar loco! ¿Es que acaso crees que yo me creo esa historia de que vas a

embarcarte a la búsqueda del Gran Cilindro? Sé de sobra que querías utilizar el gran barco para someter a todos los negros, para encadenarlos a todos otra vez. Un blanco del viejo Sur como tú...

Cerró los ojos.

—¡Estás equivocado! —dijo Sam—. Si me hubieses conocido, si te hubieses molestado en conocerme en vez de estereotiparme...

Hacking abrió los ojos y dijo:

—Tú eres capaz de mentir a un negro aunque esté en su lecho de muerte, ¿verdad? ¡Escucha! Ese nazi, Goering, realmente me conmovió. Nunca di orden de que le torturaran, solo de que le mataran. Pero esos árabes fanáticos, ya los conoces... Pero lo cierto es que Goering me dio un mensaje, Salve y adiós, hermano del alma, o algo parecido. Te perdono, porque no sabes lo que haces. Algo así. ¿No es extraño? ¡Un mensaje de amor de un maldito nazi! ¡Pero sabes, había cambiado! ¡Y quizá tuviese razón, quizá todos ellos, los de la Segunda Oportunidad, tengan razón! ¡Quién sabe! No hay duda de que parece estúpido sacarnos de entre los muertos, devolvernos nuestra juventud, simplemente para que nos ataquemos y nos matemos los unos a los otros de nuevo. Una estupidez, ¿no es cierto?

Alzó la vista hacia Sam y luego añadió:

—Remátame, por favor. Ahórrame estos dolores. Sufro mucho, realmente.

Lothar se colocó al lado de Sam y dijo:

—Después de lo que le hiciste a Gwenafra, tendré mucho gusto en hacerlo.

Enfiló el cañón de su gran pistola hacia la cabeza de Hacking.

Hacking hizo un gesto de dolor, soltó una risilla y murmuró:

—¡Se viola por principio, amigo! ¡Lo juré en la Tierra, pero esa mujer me sacó el diablo de dentro! Además, qué... ¿es que no os acordáis de todas las mujeres negras esclavas que vosotros los blancos violasteis?

Cuando Sam se alejaba, sonó el disparo. Dio un respingo, pero continuó caminando. Era lo más caritativo que Lothar podía hacer por Hacking. Al día siguiente estaría caminando por la ribera del Río, lejos de allí. El y Sam podrían quizá volver a verse, aunque Sam no lo desease gran cosa.

Lothar, oliendo a pólvora, se aproximó a él.

—Debería haberle dejado sufrir, pero los viejos hábitos son difíciles de vencer. Quería matarle y lo hice. Ese demonio negro se limitaba a sonreírme. Luego hice que su sonrisa le inundara.

—No me expliques más —dijo Sam—. Ya me siento bastante mal. Estoy tentado a abandonar todo esto y dedicarme a hacer de misionero. Los únicos cuyos sufrimientos significan algo hoy son los de la Segunda Oportunidad.

—Ya se te pasará todo eso —dijo Lothar. Y tenía razón. Pero necesitó tres años.

La tierra estaba de nuevo como un campo de batalla agujereado por las bombas, apestada y ennegrecida por los humos. Pero el gran buque fluvial estaba terminado. Lo único que había que hacer ya era probarlo. Estaba terminado hasta el último detalle. Ya habían escrito el nombre del barco en grandes letras negras sobre el casco blanco. A ambos lados del casco, a tres metros sobre la línea de flotación, decía: NO SE ALQUILA.

—¿Qué significa eso, Sam? —le habían preguntado muchos.

—Significa sólo lo que dice, al contrario que muchas palabras de los periódicos —dijo Sam—.

El barco no puede alquilarlo ningún hombre. Es un barco libre con una tripulación de almas libres. No pertenece a nadie.

—¿Y por qué la lancha del barco se llama Prohibido Fijar Carteles?

—Eso viene de un sueño que tuve —dijo Sam—. Alguien pretendía ponerle anuncios, y yo le dije que la lancha no se había construido para propósitos mercenarios. ¿Quién te crees que soy, un comerciante?, dije.

Hubo más cosas en aquel sueño, pero Sam no se las explicó más que a Joe.

—Pero el hombre que hacia esos carteles chillones, anunciando la llegada del mayor barco fluvial nunca visto, era yo —dijo Sam—. ¡Yo era los dos hombres del sueño!

—No lo entiendo, Zam —dijo Joe. Sam renunció a explicárselo.

En el veintiséis aniversario del Día de la Resurrección giraron por primera vez las paletas del No Se Alquila. Fue una hora después de que las piedras de cilindros llameasen para cargar los cilindros del desayuno. Los cables y la plancha conectada a la piedra de cilindros habían sido retirados, y los cables enrollados de nuevo en la bodega a través de una portilla situada en la parte delantera de estribor. Los cilindros habían sido retirados de la piedra de cilindros situada a kilómetro y medio al norte y transportados hasta el barco en la lancha de vapor anfibia y armada, la Prohibido Fijar Carteles. El fabuloso barco fluvial, de un blanco resplandeciente con bandas rojas, negras y verdes, salió del canal y entró en el Río tras el inmenso rompe aguas situado a estribor. Este desviaba la corriente de modo que el barco no se viese empujado hacia el sur al salir del canal, contra el borde de la boca del mismo.

Entre silbidos, repiqueteo de campanas, gritos y vítores de los pasajeros que se apoyaban en la borda, y gritos de los que quedaban en la orilla, las enormes paletas girando, el No se Alquila penetró con grácil firmeza en el Río.

El barco tenía una longitud total de ciento treinta y cinco metros. El bao que había sobre las defensas de las ruedas de paletas tenía unos treinta metros. El calado medio era de unos cuatro metros cargado. Los gigantescos motores eléctricos que hacían mover las paletas producían diez mil caballos de potencia y quedaba energía suficiente para atender a todas las necesidades de electricidad del barco, que eran muchas. La velocidad máxima, teóricamente, era de setenta kilómetros por hora en aguas tranquilas. Río arriba, con una corriente en contra de veinticinco kilómetros por hora, alcanzaría los cincuenta kilómetros. Río abajo, llegaría a los cien. El barco navegaría casi siempre Río arriba, a unos veinticinco kilómetros por hora respecto a tierra. Había cuatro cubiertas; la llamada cubierta de calderas, la cubierta principal, la cubierta de paseo y la de desembarco. La timonera estaba en la parte delantera de la cubierta de paseo, y detrás de ella estaban los aposentos del capitán y de los oficiales principales. Sin embargo, la timonera tenía a su vez dos plantas. Estaba emplazada delante de las dos altas pero estrechas chimeneas que alcanzaban los nueve metros de altura. Firebrass había aconsejado eliminar las chimeneas, porque el humo de las calderas, utilizadas para calentar agua y para alimentar las ametralladoras, podía desviarlo lateralmente. Pero Sam le había dicho riendo:

—¿Qué me importa a mí la resistencia del aire? ¡Yo quiero belleza! ¡Y eso será lo que conseguiremos! ¡Quién podría imaginarse un barco fluvial sin unas altas, gráciles e impresionantes chimeneas! ¿Es que no tienes alma, hermano?

Había sesenta y cinco camarotes, todos ellos de doce por doce, todos ellos con camas abatibles y sillas plegables. En cada camarote había un water y un lavabo con agua fría y caliente, y por cada seis, una ducha. Había tres grandes salones, uno en la zona de oficiales, otro en la cubierta de paseo, y otro en la principal. Tenían mesas de billar, juegos de dardos, equipo de gimnasia, mesas de cartas, una pantalla cinematográfica, un escenario para obras de teatro o representaciones musicales, y en la cubierta principal había un salón con un podium para la orquesta.

El piso superior de la timonera estaba lujosamente amueblado con sillas talladas de madera de

roble y mesas cubiertas con piel de pez dragón en rojo, blanco y negro. El piloto tenía una silla giratoria grande y cómoda ante el cuadro de mandos. Sobre éste había una serie de pequeñas pantallas de televisión de circuito cerrado, que le permitían seguir indicaciones de los centros de control del barco. Tenía ante él un micrófono que le permitía hablar con cualquiera del barco. Controlaba el navío con dos palancas situadas en un pequeño tablero móvil colocado ante él. La palanca izquierda era la de la rueda de babor, la de la derecha la de estribor. Tenía ante sí también una pantalla de radar que utilizaba durante la noche. Otra pantalla le mostraba la profundidad del agua desde el fondo del barco, medida por sonar. Una palanca del cuadro de mandos le permitía conectar el piloto automático, aunque como regla tenía que haber siempre un piloto.

Sam vestía sandalias de piel de pez blanqueada, una faldilla blanca, una capa también blanca y una gorra de oficial de plástico y cuero. Llevaba también un cinturón de cuero blanqueado con una pistolera, que contenía una impresionante Mark II, una pistola de cuatro tiros del calibre 69, y una funda blanqueada con un cuchillo.

Paseó arriba y abajo, con un gran puro verde en la boca, las manos pegadas a los costados, salvo cuando se las llevaba a la boca para sacudir el cigarro. Observó al piloto, Robert Styles, que pilotaba el barco por primera vez. Styles era piloto del Mississippi, un apuesto joven que aunque no mentiroso era muy dado a exagerar las cosas. Cuando apareció unos dos años atrás, Sam se puso loco de alegría. Fue una de las pocas veces que lloró en su vida. Había conocido a Robert Styles cuando ambos eran pilotos en el Mississippi.

Styles estaba nervioso, como estaría cualquiera siendo la primera vez, incluso aquel capitán Isaiah Sellers, cuyos nervios de acero se habían hecho famosos en el Mississippi. No había dificultad alguna para conducir aquel barco. Un profesor de escuela dominical tuerto y con resaca podría hacerlo, y su hijo de seis años también podría hacerlo, si llegaba a las dos palancas. Empujar hacia adelante para aumentar la velocidad, poner en posición media para las ruedas. Para girar el barco a babor, echar hacia atrás un poco la palanca de babor y un poco hacia adelante la de estribor. Para girar a estribor hacer lo contrario.

Pero era necesaria práctica para lograr la coordinación adecuada.

Por fortuna, el pilotar un barco en aquel Río no exigía un esfuerzo de memoria. No había islas, ni bancos de arena, y había pocos troncos a la deriva. Si el barco se aproximaba demasiado a zonas de poco calado, el sonar activaba un timbre de alarma. Si aparecía un barco enfrente durante la noche, o un tronco oculto en el agua, el radar o el sonar lo indicarían y se encendería una luz roja.

Sam observó a Styles durante media hora mientras recorrían las riberas donde miles de personas les despedían y vitoreaban, o maldecían, pues muchos de ellos estaban desilusionados por no haber tenido bastante suerte en la lotería para que les incluyeran. Pero Sam no podía oír las maldiciones.

Luego Sam se hizo cargo de la dirección del barco y, a la media hora, le preguntó a Juan si le gustaría intentarlo. Juan vestía totalmente de negro, como si estuviese decidido a hacer exactamente lo contrario de lo que hiciese Sam. Pero cogió las palancas, y lo hizo bien para ser un ex-rey que jamás en su vida había hecho trabajo alguno, y que había dejado siempre a los inferiores las tareas como aquélla.

El barco pasó ante el reino muerto de Iyeyasu, ahora dividido en tres estados otra vez, y luego

Sam ordenó dar la vuelta. Rob Styles hizo una maravillosa demostración de su capacidad de maniobra. Mientras la rueda de babor fue disminuyendo su velocidad, la de estribor fue aumentándola hasta llegar al punto máximo, y el barco giró como si estuviese sobre un alfiler. Y luego continuó Río abajo. Con la corriente y el viento, y las ruedas de paletas girando a velocidad máxima, el No Se Alquila alcanzaba casi los cien kilómetros por hora. Pero no por mucho tiempo. Sam dijo a Styles que lo acercase a la orilla, donde el sonar indicase aproximadamente treinta centímetros de margen entre el casco y el fondo en el lado de babor. Incluso por encima del chapotear de las ruedas, de los pitidos y los campanilleos, podían oír a la gente de la orilla, que los miraba con expresión de éxtasis, como en un sueño.

Sam abrió las portillas delanteras de la timonera para poder sentir el viento y aumentar la sensación de velocidad.

El No Se Alquila navegaba Río abajo hacia Selinujo, y luego giró otra vez. Sam sentía casi deseos de que hubiese otro barco con el que poder competir. Pero de todos modos era una gloria disponer del único barco eléctrico de metal que existía. Un hombre no podía tenerlo todo, ni siquiera en la vida ultraterrena.

Durante el viaje de retorno, se bajó la gran compuerta de popa y por ella salió la lancha hacia el Río. Anduvo arriba y abajo a gran velocidad, y se colocó delante del buque nodriza. Sus ametralladoras de vapor trazaron surcos por el agua, y los treinta cañones de vapor del No Se Alquila respondieron, disparando al aire.

El gran monoplano anfibio de tres plazas salió por la abertura de popa también, y sus alas fueron fijadas y extendidas. Y luego despegó. Lo conducía Firebrass, que llevaba como pasajeras a Gwenafra y a su mujer.

Un momento después fue lanzado con una catapulta de vapor el pequeño caza de un solo asiento y cabina abierta. Lothar von Richthofen se elevó en el cielo, el motor de alcohol de madera rugiendo, y voló Río abajo hasta perderse de vista. Luego regresó, ascendió en el aire, e inició la primera exhibición de acrobacia aérea que había visto jamás el mundo del Río.

Lothar terminó con un picado al final del cual disparó cuatro proyectiles en el agua y luego las ametralladoras gemelas. Estas eran de calibre ochenta y lanzaban cartuchos con postas de aluminio. Había cien mil proyectiles de este tipo almacenados en el barco, y cuando se agotaran, no sería posible reponerlos.

Lothar aterrizó con su pequeño monoplano en la cubierta de desembarco, encima de los camarotes de oficiales, y los instrumentos previstos fijaron el gancho que el avión arrastraba. Aun así, el aparato se detuvo a solo tres metros de las chimeneas. Lothar despegó de nuevo con el avión y aterrizó al poco otra vez. Después, Firebrass regresó en el anfibio, y subió a su vez en el avión para un vuelo.

Sam observaba por la portilla frontal como los marinos hacían la instrucción en la parte delantera de la ancha cubierta de calderas. Bajo el sol del mediodía, que calentaba el aire hasta más o menos 25° centígrados, desfilaban arriba y abajo y realizaban intrincadas maniobras bajo las órdenes de Cyrano. Sus yelmos emplumados de plateado duraluminio eran como los de los antiguos romanos. Llevaban cotas de malla a listas grises y rojas que les llegaban hasta la mitad de los muslos. Las

piernas las tenían protegidas con botas de cuero. Llevaban espadas y largos cuchillos y pistolas Mark II. Estos eran los pistoleros, sin embargo. La mayor parte de los marinos estaban observando el espectáculo. Aquellos eran los arqueros y los artilleros.

Sam se sintió feliz al ver entre la multitud de la cubierta principal la cabeza color miel de Gwenafra.

Pero junto a la suya vio la cabeza oscura de Livy, y se sintió desgraciado.

Gwenafra, tras otros seis meses de vivir entre constantes celos con von Richthofen, había aceptado la oferta de Sam y se había ido a vivir con él. Pero Sam aún no podía ver a Livy sin sentir el dolor de la pérdida. Si no fuese por Livy, y por la presencia de Juan, habría alcanzado la felicidad total. Pero habría de seguir con ellos posiblemente durante los cuarenta años de viaje. Y Juan, bueno, Juan le hacía sentirse inquieto, y además aparecía en todas sus pesadillas.

Se había mostrado tan dispuesto a dejar que Sam fuese el capitán, y había aceptado gustosamente una posición secundaria, que Sam sabía que no proyectaba nada bueno. Pero, ¿cuándo tendría lugar El Motín?, pensaba Sam. No había duda de que Juan intentaría hacerse con el control total del barco, y cualquier hombre inteligente, sabiendo esto, se le habría adelantado, de un modo u otro.

Pero Sam había quedado muy afectado por el asesinato de Hachasangrienta; no podía cometer otro asesinato, aunque supiese que Juan no moriría para siempre. Un cadáver era un cadáver, y una traición era una traición.

La cuestión era: ¿cuándo atacaría Juan? ¿Al principio, o luego más tarde, durante el viaje, cuando Sam hubiese dejado ya de sospechar?

En realidad, la situación era intolerable. Pero resultaba sorprendente hasta qué punto podía tolerar un hombre una situación intolerable.

Entró en la timonera un hombre muy alto, casi un gigante, de pelo amarillo. Se llamaba Augustus Strubewell, era el ayuda de campo de Juan, y había sido elegido por éste durante su estancia en Iyeyasujo tras la invasión de Hacking. Había nacido en 1917, en San Diego, California, había sido capitán de la infantería de marina norteamericana, condecorado por su valor en el oriente medio y en América del Sur, y había hecho carrera en el cine y en la televisión. Parecía un tipo muy agradable, salvo que, como Juan, presumía de sus conquistas femeninas. Sam no confiaba en él. Todo el que trabajase para Juan Sin Tierra tenía que tener una personalidad retorcida.

Sam se alzó de hombros. Podría también, de momento, disfrutar de la situación. ¿Por qué permitir que algo le robase la alegría del día más grande de su vida?

Se asomó por la portilla, y observó a los marineros que hacían instrucción y a la tripulación. El sol brillaba sobre las olas, y la brisa era fresca. Si hacía demasiado calor, siempre podría cerrar las portillas y poner en marcha el aire acondicionado. En el palo alto de proa ondeaba al viento la bandera del No Se Alquila. Era cuadrada y llevaba un fénix escarlata sobre un campo azul claro. El fénix simbolizaba el renacimiento de la humanidad.

Saludó a la gente agrupada en la orilla y apretó un botón que hizo sonar una serie de silbidos de vapor y un repiqueteo de campanas.

Aspiró el humo de su delgado puro, hinchó el pecho y desfiló arriba y abajo. Strubewell entregó a Juan un vaso lleno de whisky, y luego ofreció otro a Sam. Todos los que estaban en la timonera

(Styles, los otros seis pilotos, Joe Miller, von Richthofen, Firebrass, Publius Crasus, Mozart, Juan Sin Tierra, Strubewell y otros tres ayudantes de Juan) cogieron el vaso.

—Caballeros, un brindis —dijo Juan en esperanto—. Por un viaje largo y feliz, y porque todos consigamos lo que merecemos.

Joe Miller, de pie junto a Sam, con la cabeza casi tocando el techo, alzó un vaso que contenía medio litro de whisky. Olisqueó el líquido ambarino con su monstruosa probóscide, y luego lo probó con la punta de la lengua.

Sam estaba a punto de beberse sus diez centilitros de whisky cuando vio un gesto extraño en la cara de Joe.

—¿Qué es lo que pasa, Joe? —dijo.

—¡Ezto tiene algo!

Sam olisqueó, y no pudo detectar nada que no fuese aroma del mejor whisky de Kentucky.

Pero cuando Juan, Strubewell y los demás empuñaron sus armas, arrojó el licor a la cara a Juan y, gritando «¡está envenenado!», se tiró al suelo.

La pistola Mark II de Strubewell atronó. La bala de plástico se estrelló contra el plástico a prueba de balas de la portilla que había sobre la cabeza de Sam.

Joe lanzó un rugido, como el de un león súbitamente liberado de su jaula, y tiró su licor a la cara de Strubewell.

Los otros ayudantes dispararon inmediatamente, y luego volvieron a disparar. Las pistolas Mark II eran revólveres de cuatro tiros en los que se prendía eléctricamente la pólvora de los cartuchos de aluminio. Eran más largas y pesadas aún que las Mark I, pero se podía disparar mucho más rápidamente, y funcionaban con pólvora sin humo.

La timonera se convirtió en una furia de estruendosas y ensordecedoras explosiones, de silbidos de balas de plástico y de gritos y chillidos de los hombres y de rugidos de Joe.

Sam giró en el suelo, luego se levantó y conectó el piloto automático. Rob Styles estaba en el suelo con un brazo casi arrancado. Uno de los ayudantes de Juan agonizaba frente a él. Strubewell pasó volando sobre Sam, chocó contra el cristal y luego cayó sobre él. Juan había desaparecido, había huido por la escalerilla.

Sam se quitó de encima a Strubewell. Cuatro de sus pilotos habían muerto. También habían muerto todos los ayudantes de Juan salvo Strubewell, que solo estaba inconsciente. Joe les había roto el cuello o la mandíbula. Mozart temblaba acuclillado en un rincón. Firebrass sangraba por las heridas que le habían producido los fragmentos de plástico, y Lothar sangraba por una herida que tenía en el brazo: uno de los ayudantes de Juan le había clavado un cuchillo un poco antes de que Joe hiciera girar su cabeza ciento ochenta grados.

Sam se levantó tembloroso y miró por la portilla. La tripulación que contemplaba a la infantería de marina había desaparecido, pero no sin dejar atrás una docena de cuerpos. Los infantes de marina disparaban desde la cubierta de las calderas contra los hombres que les gritaban desde los lados de la cubierta principal. Parte del fuego partía al parecer de las portillas de los camarotes de la cubierta principal. Cyrano estaba con su grupo de infantes de marina, cuyo número descendía rápidamente, dando órdenes. Entonces atacaron los hombres de Juan, disparando, y Cyrano se echó al suelo. Pero



enseguida estuvo otra vez en pie, su espada brillando primero con un tono plateado y roja después. El enemigo se desconcertó y retrocedió, y Cyrano corrió tras ellos.

—¡No seas estúpido! ¡Retrocede! —gritó Sam, pero por supuesto nadie le oyó.

Intentó recuperarse de su sorpresa. Juan había echado algo en sus bebidas, un veneno o un sedante, y la nariz subhumanamente sensible de Joe les había salvado de beberlo y desplomarse luego, dejando en manos de Juan el control de la timonera.

Miró por la portilla de estribor. A solo unos ochocientos metros delante de ellos estaba el gran rompe aguas tras el que había de anclar el barco aquella noche. Al día siguiente empezaría de forma oficial el largo viaje. Debería haber empezado, pensó Sam.

Desconectó el piloto automático y se hizo cargo de las palancas de control.

—Joe —dijo—, voy a conducir el barco Río arriba junto a la orilla. Incluso puede que encallemos. Coge el altavoz. Les diré a los que están en la orilla lo que sucede y recibiremos ayuda.

Empujó hacia atrás la palanca de estribor y hacia adelante la de babor.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó. El barco continuaba su curso Río arriba, manteniéndose a una distancia de unos cien metros de la orilla.

Accionó las palancas atrás y adelante, frenéticamente, pero el barco no se desvió de su curso.

—¡Es inútil, Samuel, Jefe, Capitán, cerdo! Tengo el control del barco. Mi ingeniero, el que será ingeniero jefe, instaló un equipo de controles. He bloqueado tus controles, y el barco irá adonde yo quiera. Así que no tendrás ninguna ventaja en absoluto. Ahora mis hombres entrarán en la timonera y te capturarán. Pero preferiría que se produjesen los menos daños posibles. Así es que si aceptas abandonar el barco, te dejaré ir sin hacerte daño. Siempre, claro está, que seas capaz de nadar un centenar de metros.

Sam, lleno de cólera, se puso a maldecir y a aporrear el cuadro de mandos. Pero el barco continuó cruzando ante el muelle, mientras la multitud allí reunida hacía gestos de despedida, vitoreaba y se preguntaba por qué no se detenía el barco.

Por la portilla de popa apareció Lothar.

—¡Están intentando sorprenderme! —dijo, y disparó contra un hombre que había aparecido al fondo de los camarotes de oficiales en la cubierta de paseo.

—¡No podremos resistir mucho tiempo! —dijo Firebrass—. ¡Tenemos pocas municiones!

Sam miró por las portillas delanteras. Algunos hombres y mujeres habían salido corriendo a la cubierta de calderas y luego se habían detenido allí, intentando resistir. Entre ellos estaba Livy.

Hubo otra carga. Un hombre atacó a Cyrano, que intentaba clavar su espada en el que estaba junto a él. Livy intentó desviar la hoja con la pistola, que debía de estar vacía, pero la espada se clavó en su estómago. Cayó hacia atrás, atravesada aún por la espada. El hombre que la había matado murió un segundo después, cuando la espada de Cyrano le atravesó el cuello.

—¡Livy! ¡Livy! —gritó Sam, y salió por la puerta de la timonera y bajó corriendo la escalerilla. Las balas silbaban junto a él y se estrellaban contra las mamparas y la escalerilla. Sintió un pinchazo y luego oyó un grito tras él, pero no se detuvo. Tenía una vaga conciencia de que Joe Miller y los demás salían corriendo tras él. Quizá intentaban rescatarle, o quizá sabían que podían salir también ahora antes de quedar cercados en la trampa de la timonera. Por todas partes había cadáveres y

heridos. Juan no contaba con muchos hombres. Se había basado en la sorpresa, y esto no había fallado. Las primeras andanadas habían matado a docenas' de hombres, y varias docenas más habían sido liquidados en los momentos de pánico que siguieron. Muchos otros habían saltado al agua viendo que no había modo de escapar, ni lugar donde esconderse, y que estaban desarmados.

Ahora el barco se dirigía hacia la orilla, con las paletas girando a máxima velocidad, cortando el agua y haciendo temblar las cubiertas. Juan dirigía el barco hacia la costa, donde le esperaba un numeroso grupo de hombres y mujeres fuertemente armados.

Eran los descontentos, la gente disgustada porque la lotería no les había proporcionado un puesto en la tripulación. En cuanto llegasen a bordo barrerían a los pocos partidarios de Sam que quedasen.

Sam había cruzado corriendo la cubierta de paseo, tras dejar la escalerilla de la timonera. Llevaba una pistola con dos balas en una mano y una espada en la otra. No sabía siquiera cómo habían llegado a sus manos. No recordaba haberlas sacado de su funda.

Apareció un rostro en el borde de la cubierta, en la escalera que quedaba justo delante. Sam disparó, y la cara retrocedió. Se colocó luego al borde de la cubierta y disparó de nuevo, asomándose incluso a la escalerilla. Esta vez la bala de plástico dio en el blanco. El pecho del hombre se inundó de rojo, y éste cayó escalera abajo, arrastrando tras él a otros dos. Pero otros que quedaban en la cubierta de abajo alzaron sus pistolas y Sam tuvo que retroceder. Los disparos no le alcanzaron, aunque algunas balas que se estrellaron en el borde le alcanzaron en fragmentos en las piernas al rebotar.

—¡Zam! ¡Zam! —dijo tras él Joe Miller—. ¡No hay más zolución que zaltar al agua, noz tienen rodeadoz!

Debajo, Cyrano, aún con su espada en la mano, combatiendo con tres hombres a un tiempo, retrocedía hacia la borda. Su espada atravesó un cuello, el hombre cayó, y Cyrano se giró y saltó por la borda. Cuando salió a la superficie comenzó a nadar vigorosamente para impedir que las paletas de estribor le alcanzasen.

Comenzaron a caer proyectiles en los lados de los camarotes que había detrás de Sam, y Lothar gritó:

—¡Salta, Sam! ¡Salta!

Pero no podían saltar aún. No podían despejar la cubierta principal que había debajo, y mucho menos la de calderas.

Joe se había dado la vuelta ya y corría con su gran hacha hacia los hombres que disparaban desde detrás de la parte trasera de los camarotes de la cubierta de paseo. Corrían las balas hacia él, dejando una fina estela de humo, pero él estaba demasiado lejos como para preocuparse por la precisión de los disparos, y se apoyaba en su aspecto aterrador y en su fama, que ellos conocían muy bien, para aterrorizarles.

Los otros corrieron tras él hasta que llegaron a la cubierta de la gran rueda de paletas. Estaba a unos tres metros del borde de la cubierta de paseo, y si llegaban a la borda y saltaban, podían agarrarse a las grandes aberturas de hierro a través de las cuales se habían introducido los cables con que la grúa había alzado la estructura que cubría la rueda.

Saltaron uno tras otro, mientras las balas silbaban sin cesar. Se agarraron a las aberturas, sus

cuerpos balanceándose y chocando contra el lateral de la sólida cobertura de metal. Pero lograron llegar arriba y arrastrarse sobre la parte superior de la cubierta, ponerse en pie y saltar. El agua quedaba a unos nueve metros por debajo, una altura que habría hecho dudar a Sam en circunstancias distintas. Pero en aquella ocasión saltó sin dudar, tapándose la nariz y hundiéndose de pie en el agua.

Salió a flote en el momento en que Joe saltaba, no desde la cubierta de la rueda sino desde la principal. Había estado luchando mientras bajaba por la escalerilla y luego mientras cruzaba la cubierta, aplastando a los pigmeos que se interponían en su camino. Pero su piel peluda estaba llena de sangre. Saltó por la borda mientras las pistolas rugían y las flechas silbaban tras él.

Sam se zambulló de nuevo, porque varias de las ametralladoras de vapor enfilaban hacia él sus cañones y lanzaban proyectiles del calibre setenta y cinco.

El barco dio la vuelta unos treinta minutos más tarde. Juan debía haber descubierto que su principal enemigo había logrado escapar. Por aquel entonces, Sam había llegado ya a la orilla y corría tierra adentro, aunque creía que sus piernas iban a deshacerse de un momento a otro. No se reanudó el fuego. Quizá Juan cambiase de idea y no pensase matarle. Quizá prefiriese que Sam sufriera mucho más si seguía vivo en el lugar de su derrota.

Por un altavoz atronó la voz de Juan:

—¡Adiós, Samuel! ¡Idiota! ¡Gracias por construirme este barco! ¡Cambiaré su nombre por otro que se ajuste más a mí! ¡Voy a gozar ahora de los frutos de tu trabajo! ¡Piensa en mí cuanto quieras! ¡Adiós!

Su risa amplificadas por el altavoz atronó los oídos de Sam.

Sam salió del lugar en que se había ocultado en una cabaña y escaló el muro de la orilla. El barco se había detenido y había extendido una larga pasarela sujeta por cables para que los traidores pudiesen subir a bordo. Oyó una voz debajo de él y bajó la vista. Allí estaba Joe, con su pelambarrera rojiza ennegrecida por el agua, salvo en los puntos donde la sangre empezaba a aparecer de nuevo:

—Lothar, Firebrazz, Cyrano y Johnzton conziguieron ezcapar —dijo—. ¿Cómo te encuentraz, Zam?

Sam se sentó en el suelo y dijo:

—Si me hiciese algún bien, me suicidaría. Pero este mundo es un infierno, Joe, un verdadero infierno, ni siquiera puede uno cometer un suicidio decente. Despiertas al día siguiente y sigues con tus problemas pegados a ti como antes... Bueno, da igual.

—¿Qué vamo a hacer ahora, Zam?

Sam estuvo largo rato sin contestar. Si bien él no podía tener a Livy, tampoco podía tenerla Cyrano. Podía soportar la idea de haberla perdido si no estaba donde él pudiese verla.

Luego sintió vergüenza por alegrarse de la pérdida de Cyrano.

Pero de momento no. De momento estaba demasiado conmovido. La pérdida del barco había sido un choque aún mayor que el de ver cómo mataban a Livy.

Después de todos aquellos años de trabajo duro, de penas y traiciones, de planes, proyectos y desilusiones, de...

Era demasiado.

A Joe le entristecía verle llorar, pero se sentó pacientemente junto a él hasta que Sam agotó sus lágrimas. Luego dijo:

—¿Empezaremos a construir otro barco, Zam?

Sam Clemens se puso en pie. La maquinaria electromecánica de su fabuloso barco retiraba en aquel momento la pasarela. Se oían pitidos y repiques de campanas. Juan aún debía seguir riéndose. Quizá estuviese contemplando a Sam con su telescopio. Sam agitó un puño, con la esperanza de que Juan estuviese observándole.

—¡Conseguiré atraparte, traidor! —aulló—. ¡Construiré otro barco y te encontraré! ¡No importan los obstáculos con que haya de enfrentarme ni quién se cruce en mi camino! ¡Daré contigo, Juan, y hundiré ese barco! ¡Nadie, absolutamente nadie, ni el Extraño ni el Diablo ni Dios, nadie, sean cuales sean sus poderes, logrará detenerme! ¡Algún día, Juan! ¡Algún día nos encontraremos!

# EPÍLOGO

El volumen III de la serie del Mundo del Río presentará a Sam Clemens navegando Río arriba con Richard Francis Burton y el resto de los doce hacia la Torre de las Nieblas para descubrir el secreto de los Éticos.



**PHILIP JOSÉ FARMER.** Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo XX y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de El mago de Oz), Phileas Fogg (de La vuelta al mundo en ochenta días), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie Mundo del Río, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo XIX al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el Kamasutra y Las mil y una noches) y en la que también aparece Alice, personaje central de Alicia en el País de las Maravillas. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio Hugo (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.

# Notas

[<sup>1</sup>] Nota tecnológica: El nitrato potásico se prepara en el mundo del Río alimentando cierto tipo de gusanos con excrementos humanos. El producto final de esta dieta es nitrato potásico cristalizado, que, mezclado con carbón vegetal y azufre, da pólvora negra. <<